

Nunca subestimes el valor de una mujer traicionada.
En sus sueños, forjará su destino.



LA
MODISTA
DE DOVER
STREET

MARY CHAMBERLAIN

Para los pequeños —Aaron, Lola, Cosmo, Trilby— y su Ba

PRÓLOGO

El sol de abril iluminaba los gruesos nudos de seda negra, convirtiéndola en un mar de ébano y azabache, plata y pizarra. Ada miraba a Anni, que pasaba la mano por los finos, tiesos bordes de la chaqueta, siguiendo los hilos exquisitos, cálidos, y tocaba la flor como si los delicados pétalos tuviesen vida.

Llevaba la chaqueta sobre un grueso jersey de lana y su delantal de cocinera, de modo que le tiraba de los hombros. «No —le entraron ganas de decir a Ada—, así no. No queda bien.» Pero mantuvo la boca cerrada. A juzgar por la cara de Anni, esa chaqueta era la cosa más bonita que había tenido en su vida.

Anni sostenía la llave de la habitación de Ada en una mano y una maleta en la otra.

—Adiós —se despidió, tiró la llave al suelo y, de un puntapié, la lanzó hacia Ada.

Se marchó, dejando la puerta abierta.

UNO

LONDRES, ENERO DE 1939

Ada se miró en el espejo roto que había apoyado en el aparador de la cocina. La boca abierta, la lengua inmóvil, empezó a depilarse las cejas con unas pinzas oxidadas. Hizo muecas de dolor y lanzó ayes hasta dejar un fino arco. A continuación se dio un poquito de hamamelis con la esperanza de que el escozor se calmara. Después metió el cabello en agua tibia y limpia, en el viejo fregadero agrietado, le quitó la humedad con una toalla y se hizo la raya a la izquierda. Dieciocho años, así parecía mayor. Dedo corazón, peinar y alisar; dedo índice, ondular. Tres ondas a la izquierda, cinco a la derecha, cinco vueltas cada trenza de espiga en la espalda, rizos y una horquilla bien pegada a la cabeza, dejarlo secar.

Ada se estaba tomando su tiempo. Abrió el bolso y se puso a hurgar en él hasta que encontró la polvera, el colorete y el pintalabios. Sin pasarse, para no parecer vulgar, pero lo suficiente para que le diera un aspecto lozano y saludable, como esas jovencitas de la Liga Femenina de Salud y Belleza. Las había visto en Hyde Park con sus pantaloncitos negros y sus blusas blancas, y sabía que practicaban los sábados por la tarde en el patio de la escuela Henry Fawcett. Quizá se uniera a ellas. Estaba bien ser ágil y delgada, y el uniforme podía hacérselo ella misma. Después de todo ahora era modista y ganaba un buen dinero.

Unió los labios para extenderse el carmín, comprobó que las ondas se mantenían en su sitio mientras se le secaba el pelo, y cogió el espejo y lo llevó al dormitorio. La falda de pata de gallo marrón de tablas invertidas y la blusa de color crema con el alfiler de esmalte en el cuello: resultaba elegante. Y el tweed era bueno, un retal de Isidore, el sastre de Hanover Square. Ada sólo tenía quince años cuando empezó a trabajar allí. Cielos, qué verde estaba entonces; recogía alfileres del suelo y barría restos de telas, llevaba las zapatillas grises por el jaboncillo y su chaqueta era de segunda mano y tenía las mangas demasiado largas. Su padre decía que la estaban explotando, que el capitalista gordinflón que llevaba el establecimiento era un negrero y que debía organizarse y defender sus derechos. Pero Isidore le abrió los ojos: le enseñó que el tejido vivía y respiraba, que tenía su personalidad y su propio carácter. La seda, decía, era terca; el linón, hosco. El estambre era duro; la franela, vaga. Le enseñó a cortar la tela de manera que no se frunciera ni se estropeará, le habló de bieses y de orillos. Le enseñó a sacar patrones y dónde marcar con jaboncillo e hilvanar. Le enseñó a utilizar la máquina de coser, los distintos hilos, a colocar las modernas cremalleras de forma que quedaran ocultas en la costura y a coser ojales y dobladillos. «En espiga, Ada, en espiga.» Las mujeres parecían maniqués. Era un mundo mágico. Cabello bonito y vestidos brillantes. Incluso bragas a medida. Isidore le enseñó ese mundo, y Ada lo quería para ella.

Aún no había llegado allí. Entre su madre, que le exigía una parte por mantenerla, el autobús que tenía que coger para ir a trabajar y el té que se tomaba en Lyons con las chicas el día de paga, cuando acababa la semana no le quedaba gran cosa.

«Y no te pienses que puedes venir a esta casa y ser la dueña y señora —dijo su madre a Ada, levantando un dedo manchado, los nudillos arrugados como un gusano viejo— sólo porque pagas.» Aun así, tenía que quitar el polvo y barrer y, ahora que sabía cómo hacerlo, ocuparse también de confeccionar la ropa de la familia.

Ada sabía que esa vida de economías y lendreras y prendas usadas no era para ella. Se humedeció el índice y el pulgar, recogió las medias Bemberg con puntera y talón y se las puso, subiéndolas poco a poco —«procura no hacerles ningún enganchón»— de manera que la

costura le quedara bien recta por detrás. La calidad se nota; las apariencias son importantes. Mientras su mejor ropa estuviese bien, nadie podría tocarla. Los labios apretados, la cabeza alta, «disculpe». Darse aires, y bien. Ada llegaría lejos, lo sabía, también sería alguien.

Apoyó el espejo en la chimenea y se peinó el pelo castaño. Se puso el sombrero, un casquete marrón de fieltro que le había confeccionado uno de los sombrereros en el trabajo, y se lo echó hacia delante y hacia un lado. A continuación se enfundó los nuevos escarpines marrones y, tras poner el espejo en alto e inclinarlo, se retiró un tanto para ver el resultado: perfecto. A la moda. Pulcro.

Ada Vaughan salvó de un salto el umbral, aún húmedo de los restregones y el polvo de minio de esa mañana. El cielo era denso, los cañones de las chimeneas lanzaban bocanadas de hollín al aire. La hilera de casas recorría la calle entera, la carbonilla adherida a los característicos ladrillos amarillos y a los visillos marrones, que trataban de escapar por las ventanas abiertas con el viento trabado de la ciudad. Se tapó la nariz con la mano para que la inmundicia del Támesis y la ceniza de las fábricas de fundición de grasas no se le metieran por la nariz y dejaran mocos negros en los pañuelos que se había hecho, con las iniciales A. V. bordadas en una esquina.

Camina que te camina por Theed Street, las puertas de la calle abiertas, se podía ver el interior, unas casas respetables, limpias como una patena, un buen sitio; había que ser alguien para poder arrendar una vivienda allí, decía siempre la madre de Ada. Alguien, ¡ja! Sus padres no reconocerían a uno de esos «alguien» aunque les diera un sopapo. Quienes eran alguien no vendían el *Daily Worker* la puerta de Dalton los sábados por la mañana, ni rezaban el rosario hasta hacerse callos en los dedos. Quienes eran alguien no se hablaban a gritos o se pasaban días enfurruñados sin decir ni pío. Si Ada tuviera que elegir entre su madre y su padre, escogería sin dudarle a él, a pesar de su genio y sus frustraciones. No quería ganar el cielo, sino la salvación aquí y ahora; un último empujón y el edificio de prejuicios y privilegios se derrumbaría y todos tendrían el mundo que Ada anhelaba. La salvación de su madre llegaría tras su muerte y una vida de sufrimiento y dolor. Los domingos, en la iglesia, Ada se preguntaba cómo alguien podía hacer de la miseria una religión.

Camina que te camina por delante del parque de bomberos y de los sacos terreros para emergencias que había apilados fuera. Pasó por el teatro Old Vic, donde había visto *Noche de Reyes* en un asiento para ella sola cuando tenía once años, embelesada con el lustroso vestuario de terciopelo, el olor de las bombillas y las mondas de naranja. Sabía, lo sabía, que en ese escenario, con su decorado pintado y sus luces artificiales, había un mundo tan real y vasto como el propio universo. Maquillaje y fantasía. Malvolio la hizo feliz, ya que, al igual que ella, ansiaba ser alguien. Siguió adelante, bajando por London Road, dando la vuelta a St. George's Cross y metiéndose en Borough Road. Su padre decía que iba a haber guerra antes de que acabara el año, y su madre cogía panfletos y los leía en alto: «Cuando oiga la sirena, mantenga la calma...».

Camina que te camina, Ada llegó al edificio y levantó la cabeza para ver las letras negras en relieve: INSTITUTO POLITÉCNICO DE BOROUGH. Jugueteó con el sombrero, abrió y cerró el bolso, se aseguró de que tenía las costuras rectas y subió la escalera. Le sudaban las axilas y los muslos, un sudor provocado por los nervios, no la humedad limpia de cuando uno corría.

La puerta de la habitación 35 tenía cuatro paneles de cristal en la mitad superior. Ada miró por ellos: habían apartado las mesas a un lado, y seis mujeres formaban un semicírculo en el centro. Estaban de espaldas a la puerta y miraban a alguien que tenían delante. Ada no veía a quién. Se limpió la mano en la falda, abrió la puerta y entró en la sala.

Una mujer pechugona, con un collar de perlas y el cabello gris recogido en un moño, salió del semicírculo y abrió los brazos.

—¿Y usted es...?

Ada tragó saliva.

—Ada Vaughan.

—¡Desde el diafragma! —gritó la mujer—. ¿Cómo se llama?

Ada no sabía a qué se refería.

—Ada Vaughan. —La voz se le estrelló contra la lengua.

—¿¿Acaso somos un ratón?!

Ada se ruborizó. Se sentía pequeña, estúpida. Dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta.

—No, no —exclamó la señora—. No se vaya. —Ada se disponía a coger el pomo cuando la mujer le puso la mano sobre la suya—. Quédese, ya que ha venido hasta aquí.

Tenía la mano caliente y seca, y Ada vio que llevaba las uñas cuidadas y pintadas de rosa. La llevó con las demás y la situó en el centro del semicírculo.

—Soy la señorita Skinner. —Sus palabras resonaron claras, como una melodía, pensó Ada, o una paloma de cristal—. ¿Y usted?

La señorita Skinner estaba tiesa, toda pechos, aunque tenía la cintura fina. Ladeó la cabeza, el mentón adelantado.

—Dígalo con claridad. —Sonrió, asintió. Después de todo, su rostro era amable, aunque la voz fuese estricta—. Ar-ti-cu-lan-do.

—Ada Vaughan —repitió ella, con convicción.

—Puede que parezca un cisne —afirmó la señorita Skinner, dando un paso atrás—, pero si habla como un gorrión, ¿quién la tomará en serio? Bienvenida, señorita Vaughan.

Se puso las manos en la cintura. Ada supo que llevaba faja: ninguna mujer de su edad tenía una figura así sin ayuda. Cogió aire, «mmmmm», tamborileó con los dedos en la cavidad que se creó bajo las costillas y abrió la boca:

—Do, re, mi, fa, sol. —Sostuvo la última nota, lanzándola como la chimenea de un barco hasta que en el aire únicamente quedó un eco. A continuación relajó los hombros y soltó el resto del aire con fuerza.

«Son los pechos —pensó Ada—, seguro que guarda ahí el aire, los infla como si fuesen globos.» Nadie podía coger tanto aire, no era natural.

—Pónganse rectas. —La señorita Skinner dio un paso adelante—. Barbilla alta, trasero dentro.

—Fue recorriendo el grupo, y al llegar a Ada le puso una mano en los riñones y con la otra le levantó la barbilla—. A menos que estemos rectas —la señorita Skinner echó los hombros atrás y enderezó el pecho—, no podremos proyectar. —Hacía vibrar las erres como unos platillos del Ejército de Salvación—. Y si no podemos proyectar —añadió la señorita Skinner—, no podremos pronunciar. —Se volvió hacia Ada—: Señorita Vaughan, ¿por qué desea aprender elocución?

Ada notó que el calor le subía por el cuello hasta las orejas, supo que se estaba poniendo roja. Abrió la boca, pero no pudo decirlo; la lengua se le dobló. «Quiero ser alguien.» La señorita Skinner asintió de todas formas: ya había visto a chicas como Ada. Ambiciosas.

—Cuando te vi tan elegante creí que eras una clienta —dijo la honorable señora Buckley. Que la tomaran por una clienta. «Vaya.» Sólo tenía dieciocho años cuando empezó allí, en septiembre. Ada aprendía deprisa.

La honorable señora Buckley se hacía llamar madame Duchamps. Caderona y alta, con las uñas pintadas y pendientes discretos, deslumbraba cuando decía cosas como *coutureyatieryParís, jah!* Hojeaba las páginas de la revista *Voguey* confeccionaba vestidos de gala y de fiesta con rollos de seda y chenilla, que ponía y prendía con alfileres a esbeltas debutantes y a sus corpulentas carabinas.

Ada aprendió el oficio de la mano de Isidore, y a ser audaz, de la señora B., como la llamaban

las demás chicas. Si Isidore era sabio, amable, divertido y genuino, a la señora B. la caracterizaban el ingenio y la astucia. Ada estaba segura de que la honorable señora Buckley no era ni honorable ni señora, y su complexión era tan falsa como su nombre, pero eso no la detenía. Lo que ella no supiera de la silueta femenina y de la caída de una tela no merecía figurar en ninguna parte.

La señora B. estaba por encima de Isidore. París: ésa era la ciudad que Ada quería conquistar. Llamaría a su casa de modas «Vaughan». Era un nombre sumamente elegante, como Worth o Chanel, pero con caché británico. Ésa era otra palabra que había aprendido de la señora B., «caché». Estilo y clase en uno.

—¿Dónde aprendió tanto francés, madame? —Las chicas siempre la llamaban «madame».

La señora B. les dedicó una sonrisa sagaz, ladeando la cabeza en el largo cuello.

—Aquí y allá —repuso—. Aquí y allá.

En favor de la señora B. había que decir que supo ver en Ada a una buena trabajadora y a una joven con ambición y talento. Como su dicción era buena, Ada pasó a tratar con la clientela, la lozana maniquí del establecimiento de madame Duchamps, y las jóvenes damas de la alta sociedad empezaron a solicitarla para que ejerciera de modelo de su ropa, en lugar de la señora B., cuya constitución y talle aumentaban día a día.

—Mademoiselle —decía la señora B.—, póngase el vestido de noche.

—¿El de *sedadouppioni*, madame?

Negro azulado con escote halter. Ada cimbreaba las caderas y se paseaba por el lugar, se volvía para que la espalda al aire acaparase las miradas, y las clientas se maravillaban con la forma en que el tejido dibujaba su figura, sinuosa, y desplegaba la cola en abanico. Ada se volvía de nuevo y sonreía.

—Y ahora el de chiffon.

Velos de misterio y forro de tafetán, color hueso y perla y preciosos lustres. A Ada le encantaba ver cómo la transformaba la ropa. Podía ser fuego o agua, aire o tierra. Elemental. Veraz. Así era ella. Levantaba los brazos como para abrazar el cielo, y la tela ondeaba con la leve brisa; hacía una reverencia amplia y después desplegaba el cuerpo como una flor al abrirse, cada extremidad un pétalo sensual, ágil.

Era objeto de adoración, una escultura viva, una obra de arte. Y también una creadora. Sonreía y decía:

—Pero si le pone una pinza aquí o una tabla allá, *voilà*.

Con un gesto de sus largos y delicados dedos y ese nuevo, expresivo, *voilà*, Ada añadía su toque a uno de los modelos de la señora B. y lo hacía más moderno, más deseable. Ada sabía que la señora B. la consideraba valiosa, reconocía su talento y su buen gusto, su capacidad para atraer a las clientas y hechizarlas con una elocuencia natural, gracias a las sabias clases de la señorita Skinner.

—Si la corta al bias —decía Ada mientras le enseñaba a una clienta el largo del vestido en diagonal— ya ve cómo cae, como una diosa griega.

La tela de través por el pecho, un único hombro al aire surgiendo como una sirena de un mar de chiffon.

—*Non, non, non*—exclamaba la señora B. en señal de desaprobación, hablando en francés cuando Ada sobrepasaba los límites de la decencia—. Eso no, mademoiselle. No es para *elboudoir*, sino para un baile de etiqueta. Decoro, decoro.

Y a la clienta le decía:

—A la señorita Vaughan aún le falta experiencia, es algo ingenua en los aspectos más sutiles de la corrección social.

Ingenua tal vez, pero Ada era buena publicidad para madame Duchamps, *modiste*, de Dover Street, y Ada confiaba en que algún día llegaría a ser no sólo valiosa, sino también socia del

negocio. Se había hecho con una clientela respetable. Su talento la distinguía, la fluidez y el equilibrio de sus creaciones la hacían sobresalir. Evocaba Hollywood y el glamuroso mundo de las estrellas, que llevaba a los salones cotidianos. Ada se convirtió en sus creaciones, un reclamo andante de ellas. El vestido de día de flores, el traje de chaqueta a medida, las uñas cuidadas y los sencillos escarpines, se sabía observada cuando salía de la tienda y bajaba sin prisas hacia el oeste, por Piccadilly, pasando delante del Ritz y de Green Park. Camina que te camina, la cabeza alta, fingiendo que vivía en Knightsbridge o Kensington, hasta que se sabía a salvo de miradas curiosas. Entonces se dirigía al sur por el puente de Westminster hasta Lambeth, dejando atrás a los pilluelos que, riendo tontamente, alzaban el mentón y la seguían tambaleándose sobre tacones imaginarios.

A finales de abril caía a raudales una lluvia negra que repiqueteaba en los tejados de pizarra de Dover Street. Una lluvia torrencial salida de los océanos y liberada por los cielos se precipitaba de forma estrepitosa hacia la Tierra y se colaba por las grietas del adoquinado, formaba oscuros ríos que corrían por los canalones y se arremolinaba en hondonadas en las aceras y en los patios de las altas casas estucadas. Rebotaba en los paraguas y en los oscuros sombreros de los transeúntes, empapaba las perneras de los pantalones bajo las gabardinas y se metía en la piel de los zapatos.

Ada echó mano del abrigo, de suave pelo de camello y con un cinturón para anudarlo, y del paraguas. Ese día tendría que enfrentarse al toro, girar a la izquierda de inmediato y coger al número 12 en Haymarket.

—Buenas noches, madame —le dijo a la señora B. Y, tras detenerse en el umbral, salió a la empapada calle. Caminó hacia Piccadilly, la cabeza baja, esquivando los charcos. Una ráfaga de viento se apoderó del paraguas y le dio la vuelta, le levantó los faldones del abrigo y arrancó empapados tentáculos a su pelo. Ada se puso a tirar de las varillas metálicas que se habían doblado.

—Permítame, por favor —dijo una voz masculina mientras un gran paraguas se situaba sobre la cabeza de Ada.

Al volverse, casi le rozó la cara al hombre, demasiado cerca sólo durante un instante, pero lo suficiente para que Ada se diese cuenta. Tenía un rostro delgado, resaltado por un bigotito recortado. Lucía unas gafas pequeñas y redondas, y tras ellas había unos ojos dulces y claros. «De un suave azul verdoso», pensó Ada, lo bastante etéreos para ver a través de ellos. La hicieron estremecer y la conmovieron. Él retrocedió.

—Le pido disculpas —añadió—. Sólo intentaba protegerla. Tome, sujete éste. —Le pasó su paraguas mientras cogía el de ella con la mano libre. Sonaba como si fuera del continente, pensó Ada; tenía un dejo sofisticado en el acento. Ada vio cómo devolvía la forma original al paraguas—. No ha quedado como nuevo —apuntó—, pero hoy le servirá. ¿Dónde vive? ¿Va lejos?

Ella fue a responder, pero las palabras se le enredaron en la lengua. Lambeth. «Lambeth.»

—No —contestó—. Gracias. Cogeré el autobús.

—Permítame que la acompañe hasta la parada.

Ada quería aceptar, pero tenía miedo de que él insistiera en saber dónde vivía. El número 12 iba a Dulwich. Bien. Podía decir Dulwich, era bastante respetable.

—Duda usted —sonrió—. Su madre le dijo que no se fuera nunca con desconocidos.

Ella agradeció la excusa. Su acento era formal, no era capaz de identificarlo.

—Tengo una idea mejor —continuó—. Estoy seguro de que a su madre le gustaría. —Señaló al otro lado de la carretera—: ¿Querría acompañarme, señorita? Un té en el Ritz. No podría ser más inglés.

¿Qué podía haber de malo en eso? Si sus intenciones no fueran buenas, no malgastaría dinero en el Ritz. Probablemente el salario de una semana. Y, después de todo, estarían en un sitio público.

—Es una invitación —afirmó—. Acéptela, se lo ruego.

Era educado, tenía modales.

—Y entretanto dejará de llover.

Ada se centró.

—¿Sí? ¿Usted cree? ¿Cómo lo sabe?

—Porque yo se lo ordeno —contestó. Y cerró los ojos, alzó el brazo con el paraguas y cerró y abrió el puño tres veces—. *Ein, zwei, drei.*

Ada no entendió nada, eran palabras extranjeras.

—¿*Dry*? ¿*Seco*? —dijo.

—Muy bien —la aplaudió—. Me gusta. Entonces, ¿acepta?

Era encantador. Imprevisible. Le agradaba esa palabra; la hacía sentir ligera y desenfadada. Era una palabra diáfana, como un velo de chiffon.

¿Por qué no? Ninguno de los muchachos a los que conocía la invitaría jamás al Ritz, ¡ni en sueños!

—Gracias. Me encantaría.

La cogió del codo para cruzar la calle y atravesaron los arcos iluminados del Ritz hasta el vestíbulo, con sus arañas de cristal y sus jardineras de porcelana. A Ada le entraron ganas de pararse a mirar, asimilarlo todo, pero él la llevaba a buen paso. Sentía que sus pies flotaban por la alfombra roja, dejando atrás inmensas ventanas drapeadas y engalanadas de terciopelo, columnas de mármol, y que se adentraban en una estancia de espejos y fuentes y curvas doradas.

Nunca había visto nada tan vasto, tan rico, tan brillante. Sonrió como si fuese algo que acostumbrase a ver a diario.

—¿Me permite el abrigo? —le preguntó un camarero con un traje negro y un delantal blanco.

—No hace falta —replicó Ada—. Me lo dejaré puesto. Está algo húmedo.

—¿Está segura? —insistió él.

Un calor pegajoso empezó a subirle por el cuello, y Ada supo que había metido la pata: en ese mundo uno les daba el abrigo a ayudas de cámara y a lacayos y a sirvientas.

—No —se corrigió atropelladamente—, tiene razón. Por favor, tome. Gracias.

Se sintió tentada de decirle que no lo perdiera; el hombre del mercado de Berwick Street había dicho que era de pelo de camello de verdad, aunque ella tenía sus dudas. Empezó a quitarse el abrigo, consciente de que el camarero del delantal la estaba ayudando, cogiéndolo con delicadeza. Consciente también de que el movimiento de los hombros había sido lento y elegante.

—¿Cómo se llama? —le preguntó el desconocido.

—Ada. Ada Vaughan. ¿Y usted?

—Stanislaus —le respondió—. Stanislaus von Lieben.

Extranjero. Nunca había conocido a ninguno. Era —pugnó por encontrar la palabra— exótico.

—Y, dígame, ¿de dónde es ese nombre?

—De Hungría —afirmó él—. Del Imperio austro-húngaro. Cuando era un imperio.

Ada sólo había oído hablar de dos imperios: el británico, que oprimía a los colonizados, y el romano, que mató a Jesucristo. Para ella era una sorpresa que existieran más.

—No le cuento a mucha gente esto —añadió, inclinándose hacia ella—, pero en mi país soy conde.

—Santo cielo. —Ada no pudo evitarlo. Conde—. ¿De veras? ¿Con castillo y todo? —Se dio cuenta enseguida de que había sonado vulgar. Quizá él no lo hubiera advertido, siendo

extranjero.

—No —sonrió—. No todos los condes viven en un castillo. Algunos vivimos más modestamente. Ada sabía que su traje era caro. Lana. Ciento por ciento, no le extrañaría. Gris. Bien confeccionado. Discreto.

—¿En qué idioma ha hablado antes, en la calle?

—En mi lengua materna —repuso—, alemán.

—¿Alemán? —Ada tragó saliva.

«No todos los alemanes son malos», era como si oyese decir a su padre. Rosa Luxemburgo; una mártir. Y los que plantaban cara a Hitler. Aun así, a su padre no le gustaría tener en casa a un germanoparlante. «Para, Ada.» Iba demasiado deprisa.

—¿Y usted? —inquirió él—. ¿Qué hacía en Dover Street?

Por un momento Ada se planteó decir que había ido a ver a su modista, pero cambió de opinión.

—Trabajó allí —admitió.

—Qué independiente —observó—. ¿Y en qué trabaja?

No le gustaba decir que era sastra, aunque se tratase de confecciones a medida, para damas, y no podía afirmar *sermodiste*, como madame Duchamps, todavía no, de manera que dijo lo segundo mejor:

—A decir verdad soy maniquí. —«Y artista», quiso añadir.

Él se retrepó en la silla, y Ada fue consciente de que los ojos de él le recorrían el cuerpo como si fuese un paisaje que admirar o en el que perderse.

—Claro —dijo—. Claro. —Se sacó una pitillera de oro del bolsillo interior, la abrió y se inclinó hacia Ada—: ¿Quiere un cigarrillo?

No fumaba; no era tan sofisticada. Y no sabía qué hacer: no quería coger uno y acabar tosiendo. Sería demasiado humillante. Tomar el té en el Ritz estaba lleno de escollos, lleno de advertencias del camino que le quedaba por recorrer.

—Ahora no, gracias —respondió.

Dio unos golpecitos con el cigarrillo en la pitillera antes de encenderlo. Ella lo oyó inhalar y vio cómo expulsaba el humo por la nariz. Le gustaría poder hacer eso.

—¿Y dónde ejerce de maniquí?

Ada volvía a hallarse en terreno firme.

—En Madame Duchamps.

—Madame Duchamps. Claro.

—¿La conoce?

—Mi tía abuela era clienta suya. Falleció el año pasado. Quizá la conociera usted.

—No llevo allí mucho —reconoció—. ¿Cómo se llamaba?

Stanislaus se rio, y Ada reparó en que algo dorado le brillaba dentro de la boca.

—No sabría decirle —aseguró—. Se casó tantas veces que era incapaz de estar al día.

—Quizá fuese eso lo que la mató —aventuró ella—. Tantos matrimonios.

Sin duda, si tomaba por ejemplo a sus padres. Sabía lo que pensarían de Stanislaus y su tía abuela. «Tienen la moralidad de una hiena.» Ahí tenías lo que era Alemania. Pero a Ada le intrigaba la idea. Una mujer, una mujer ligera de cascos. Era como si oliese su cuerpo perfumado, viera la languidez de sus gestos mientras se acercaba bailando y ronroneaba buscando afecto.

—Es usted divertida —alabó Stanislaus—. Eso me gusta.

Cuando salieron ya no llovía, pero había oscurecido.

—Debería acompañarla a casa —dijo él.

—No es necesario, en serio.

—Es lo menos que puede hacer un caballero.

—En otra ocasión —respondió Ada, y cayó en la cuenta de lo osado que sonaba—. No quería decir eso. Me refería a que antes tengo que ir a otra parte. No voy directa a casa.

Esperaba que no la siguiera.

—Pues en otra ocasión será —aceptó él—. ¿Le gustan los cócteles, Ada Vaughan? Porque el Café Royal está aquí al lado y es mi sitio preferido.

Cócteles. Ada tragó saliva. Ésas eran aguas profundas, pero aprendería a nadar y lo haría deprisa.

—Gracias —dijo—. Y gracias también por el té.

—Sé dónde trabaja —replicó él—. Tendrá noticias mías.

Entrechocó los tacones, se levantó el sombrero y dio media vuelta. Ella lo vio bajar por Piccadilly. Les diría a sus padres que se había quedado trabajando hasta tarde.

Martinis, damas rosa, julepes de menta. Ada acabó sintiéndose a sus anchas en el Café Royal y el Savoy, en el Smith's y en el Ritz. Compró rayón en el mercado a precio de mayorista y, después de trabajar con la señora B., se hacía algunos vestidos. Cortados al vies, los baratos tejidos sintéticos resurgían como mariposas de una crisálida y conferían a Ada una elegancia vespertina. Guantes largos y un sombrero de cóctel. Ada destacaba en los establecimientos más elegantes de la ciudad.

—Le tiene sorbido el seso —le decía la señora B. todos los viernes, cuando Ada salía de trabajar y se reunía con Stanislaus. A la señora B. no le gustaba que acudieran caballeros a su establecimiento, no fueran a darle mala fama, pero veía que Stanislaus vestía bien y tenía clase, aunque fuera extranjero—. Así que tenga cuidado.

Ada hacía anillos de papel de plata y exhibía la mano izquierda ante el espejo cuando nadie miraba. Se veía como la esposa de Stanislaus, Ada von Lieben. El conde y la condesa Von Lieben.

—Confío en que sus intenciones sean buenas —decía la señora B.—, porque nunca he visto enamorarse a un caballero tan deprisa.

Ada se reía.

—¿Se puede saber quién es? —quiso saber su madre—. Si fuese un tipo decente, nos querría conocer a tu padre y a mí.

—Llego tarde, mamá —replicó Ada.

Su madre estaba en mitad del pasillo, impidiéndole el paso. Llevaba los calcetines viejos de su padre enrollados en los tobillos y tenía el andrajoso delantal manchado por delante.

—Ya es bastante malo que no llegues a casa en condiciones los viernes por la noche, pero ahora te ha dado por salir a mitad de semana. ¿Qué será lo siguiente?

—¿Por qué no iba a salir por la noche?

—Por la mala fama —contestó la madre de Ada—. Por eso. Será mejor que no intente nada. Ningún hombre quiere cosas usadas.

Apretando la boca con desdén, asintió como si conociera el mundo y sus pecaminosas costumbres.

«No sabes nada», pensó Ada.

—Por amor de Dios —espetó—. Él no es de éstos.

—Entonces, ¿por qué no lo traes a casa y dejas que seamos tu padre y yo quienes lo decidamos?

Él jamás habría puesto el pie en una pequeña casa adosada con dos habitaciones abajo y dos más arriba, que vibraba cuando pasaban los trenes, con una trascocina añadida a la parte de atrás y un retrete fuera. No entendería que ella tuviese que dormir en la misma cama con sus hermanas mientras sus hermanos lo hacían en colchones tirados en el suelo, al otro lado de la cortina divisoria que había improvisado su padre. No sabría qué hacer con todos esos críos correteando por todas partes. Su madre tenía la casa bastante limpia, pero había hollín pegado a los visillos y en los muebles, y a veces en verano había tantos bichos que tenían que salir a sentarse a la calle.

Ada era incapaz de imaginarlo allí, de ninguna manera.

—Tengo que irme —dijo—. La señora B. me descontará dinero de la paga.

Su madre resopló.

—Si volvieras a una hora decente, ahora no estarías así —comentó.

Ada pasó delante de su madre y salió a la calle.

—¡Espero que sepas lo que estás haciendo! —le gritó, para que la oyeran todos los vecinos.

Tuvo que ir corriendo a la parada de autobús, cogió el número 12 por los pelos. No le había dado tiempo a desayunar y le dolía la cabeza. La señora B. se preguntaría qué había pasado. Ada nunca había llegado tarde al trabajo, nunca se había tomado tiempo libre. Pasó por Piccadilly a la carrera. Ese día de junio ya hacía calor. Sería otro día abrasador. La señora B. tendría que comprar un ventilador, refrescar la tienda para que no estuviesen prendiendo alfileres con las manos sudadas.

—Díselo, Ada —apuntó una de las chicas, una boba odiosa llamada Avril, de lo más corriente—. Estamos sudando como cerdas.

—Los cerdos sudan —aseveró Ada—. Los caballeros transpiran. Las damas resplandecen.

—Ya te pillo —repuso Avril, poniéndose un dedo bajo la nariz a modo de bigotito.

Que Avril fuese todo lo maliciosa que quisiera; a Ada le daba lo mismo. Probablemente estuviera celosa. «No te fíes nunca de una mujer», solía decir su madre. Pues sí, a ese respecto no se equivocaba: Ada nunca había conocido a una mujer de la que pudiera decir que era su mejor amiga.

El reloj de los grandes almacenes Fortnum's dio el cuarto de hora, y Ada echó a correr, pero una figura salió de la nada y le impidió el paso.

—Pensé que no ibas a llegar nunca. —Stanislaus se plantó en la acera delante de ella, los brazos abiertos como un ángel—. Estaba a punto de irme.

Ella profirió un grito, el gemido de sorpresa de un cachorrito: había ido a verla antes de que entrara a trabajar. Sabía que se estaba ruborizando, el calor le causaba un hormigueo en las mejillas. Se abanicó la cara con la mano, agradeciendo el aire fresco.

—Llego tarde al trabajo —repuso—. No me puedo parar a charlar.

—Pensé que podías cogerte el día libre —dijo—. Fingir que estás enferma o algo por el estilo.

—Si la señora B. llegara a enterarse, perdería mi empleo.

—Conseguirías otro —repuso él, encogiéndose de hombros. Stanislaus no había tenido que trabajar nunca, no podía entender cuánto había luchado ella para llegar a donde estaba. Ada Vaughan, de Lambeth, trabajando con unamodiste, en Mayfair—. ¿Cómo se va a enterar?

—Stanislaus dio un paso adelante y, cogiéndole la barbilla, le rozó los labios con los suyos. El gesto, delicado como una pluma; los dedos, calientes y secos en su cara. Sin poder evitarlo, se inclinó hacia él como si fuese un imán y ella, sus delicadas limaduras—. Hace un día precioso, Ada. Demasiado bueno para estar encerrada. Tienes que vivir un poco. Es lo que siempre digo.

—Las mejillas le olían a agua de colonia, un olor ácido, con un toque de limón—. De todas formas llegas tarde. ¿Qué más da?

La señora B. insistía mucho en la puntualidad: diez minutos tarde y descontaba medio día de salario. Ada no podía permitirse perder tanto dinero. Junto a Stanislaus, en la acera, había una cesta de picnic. Lo había planeado todo.

—¿Qué tenías en mente?

—Richmond Park —repuso—. Pasar allí el día.

El día entero. Solos ellos dos.

—¿Y qué le digo? —se preguntó Ada.

—Las muelas del juicio —propuso Stanislaus—. Esa excusa siempre es buena. Por eso hay tantos dentistas en Viena.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Es un mal de gente de postín.

Tenía que acordarse de eso: la gente de postín tenía muelas del juicio. Los que eran alguien tenían muelas del juicio.

—Bueno —vaciló—. Vale.

Ya se había quedado sin medio día de salario. De perdidos, al río.

—Ésta es mi Ada. —Cogió la cesta de picnic con una mano y pasó la otra por la cintura de Ada.

Nunca había estado en Richmond Park, pero no se lo podía decir. Él era sofisticado, había visto mundo. Podía tener a las mujeres que quisiera: bien educadas, de clase alta, mujeres como las debutantes a las que ella vestía y halagaba, y que mantenían a flote el negocio de la señora B. Ante ella se alzaban las puertas del parque, con sus ornadas lanzas. Más abajo, el río serpenteaba por un bosque verde exuberante hasta donde las lejanas colinas grisáceas de Berkshire se fundían en bloques perla y plata recortados contra el cielo. El sol ya estaba alto, sus cálidos rayos la abrazaban como si fuese la única persona del mundo, la única que importaba.

Entraron en el parque. Londres se extendía ante ellos, la catedral de San Pablo y la City, el centro financiero, eran vagas siluetas. El suelo estaba seco; los senderos, agrietados y desiguales. Vetustos robles con el tronco dañado y castaños con candelillas marchitas se erguían cual fuertes entre las matas de la pradera y los dentados y lozanos helechos. En el aire flotaba un aroma dulzón, empalagoso. Ada arrugó la nariz.

—Es el olor de los árboles haciendo el amor —apuntó Stanislaus.

Ada se llevó la mano a la boca. «Haciendo el amor.» Ninguna de las personas a las que conocía hablaba de eso. Quizá su madre tuviese razón: la había llevado allí por algo. Era rápido. Se rio.

—No lo sabías, ¿a que no? Los castaños tienen flores masculinas y femeninas. Supongo que las que desprenden ese olor son las femeninas. ¿Tú qué opinas?

Ada se encogió de hombros: mejor pasarlo por alto.

—Me gustan los castaños —continuó—. Castañas calientes en un día frío de invierno. No hay nada mejor.

—Sí. —Ahora se hallaba en terreno seguro—. A mí también me gustan. Los castaños de Indias, y demás.

Y demás. Vulgar.

—Esas castañas son distintas —señaló.

¿Cómo iba a saberlo Ada? Tenía muchas cosas que aprender. ¿Se habría dado él cuenta de lo ignorante que era? No lo daba a entender, era un caballero.

—Nos quedaremos aquí, junto al estanque.

Dejó la cesta en el suelo, sacó un mantel y lo sacudió, de manera que se llenó de aire como un cisne que levantara el vuelo antes de caer en la hierba. De haber sabido que tendría que sentarse en el suelo, se habría puesto el vestido de verano con la falda de vuelo, que daba de

sobra para remeterla y que no enseñara nada. Se sentó, pegando las rodillas y doblando las piernas, y tiró del vestido tanto como pudo.

—Como una señorita —aprobó Stanislaus—. Claro que eso es lo que eres, Ada, toda una señorita. —Sirvió dos vasos de soda de jengibre, le pasó uno y se sentó—. Una bella señorita. Nadie le había dicho nunca que era bella. Claro que nunca había estado con un muchacho. Muchacho. Stanislaus era un hombre. Maduro, experimentado. Pensó que tendría por lo menos treinta años. Quizá más. Se inclinó hacia delante y le ofreció a Ada un plato y una servilleta. ¡Una servilleta! En Theed Street nunca utilizaban esa clase de cosas. Sacó pollo «¡menudo lujo!», unos tomates y un salero y un pimentero minúsculos.

—*Bon appétit*—dijo risueño.

Ada no sabía cómo comer el pollo sin pringarse la cara de grasa. Todo aquello era nuevo para ella. Picnics. Comió con gran delicadeza, retirando trocitos de carne y llevándoselos a la boca.

—Mirarte es un placer —observó Stanislaus—. Recatada. Como una de esas modelos del *Vogue*. Ada empezó a ruborizarse de nuevo. Se pasó la mano por el cuello, intentando apaciguar el color, confiando en que Stanislaus no se hubiese dado cuenta.

—Gracias —contestó.

—No —continuó él—. Lo digo en serio. La primera vez que te vi supe que tenías clase: tu aspecto, tu forma de comportarte, tu manera de vestir. Elegante. Original. Luego, cuando me contaste que confeccionabas tú misma la ropa..., en fin. Llegarás lejos, Ada, créeme.

Se apoyó en un codo, estiró las piernas y cogió una brizna de hierba y comenzó a pasarla por la desnuda pierna de Ada.

—¿Sabes cuál es tu sitio? —preguntó.

Ella negó con la cabeza. La hierba le hacía cosquillas. Deseaba que volviera a tocarla, que le pasara el dedo por la piel, notar el roce de un beso.

—Tu sitio está en París. Te imagino allí, paseando por los bulevares, haciendo que la gente se vuelva para verte.

París. ¿Cómo lo había sabido Stanislaus? Casa de modas Vaughan. La señora B. decía que *maisonera* «casa» en francés. *Maison Vaughan*.

—Me gustaría ir a París —aseguró Ada—. Ser una *modiste* de verdad. Una modista.

—Bueno, Ada —repuso él—. Me agradan las personas soñadoras. A ver qué podemos hacer.

Ada se mordió el labio y reprimió un grito de entusiasmo.

Él se sentó y apoyó los codos en las rodillas. Después levantó un brazo y señaló la espesura de helechos de la derecha.

—Mira —dijo en voz muy baja—. Un ciervo. Y es grande.

Ada siguió su mirada. Tardó un poco, pero lo divisó, la cabeza alzándose orgullosa por encima de los helechos, rematada por una cornamenta en ciernes.

—Les sale en primavera —contó—. Una punta por año. Ése tendrá una docena cuando acabe el verano.

—No lo sabía —admitió Ada.

—En esta época del año anda solo —prosiguió Stanislaus—. Pero cuando llegue el otoño tendrá un harén. Luchará para quitarse de encima a los otros machos, para tener a todas las hembras para él solo.

—Eso no suena muy bien —afirmó ella—. A mí no me gustaría compartir a mi esposo.

Stanislaus la miró de soslayo, y ella supo que lo que había dicho era una tontería. Stanislaus, hombre de mundo, con su tía casada multitud de veces.

—Lo de menos son las hembras —puntualizó—. Lo importante son los machos. El más apto sobrevive, eso es lo importante.

Ada no supo qué quería decir.

—Las muelas del juicio —adujo Ada.

La señora B. enarcó una ceja pintada.

—¿Las muelas del juicio? —repitió—. No intente darme gato por liebre.

—No lo hago.

—No nací ayer —dijo la señora B.—. No fue usted la única que se escabulló. Bonito día de verano. He puesto de patitas en la calle a Avril.

Ada tragó saliva: no debió dejar que Stanislaus la convenciera. La señora B. la iba a echar. Se quedaría sin trabajo. ¿Cómo se lo diría a su madre? Tendría que encontrar otro empleo antes de que acabara el día. «Adivina qué, mamá. He cambiado de empleo. —Mentiría, claro estaba—. La señora B. no tenía bastante trabajo.»

—Sabía que iban a entrar encargos importantes. ¿Cómo suponía usted que me las iba a arreglar?

—Lo siento —se disculpó Ada. Se puso la mano en la mejilla, como lo había hecho Stanislaus, recordando la ternura y el frescor de su tacto. «Atente a la excusa»—. Tenía la cara hinchada. Me dolía mucho.

La señora B. carraspeó.

—Si hubiera sido cualquiera de las otras chicas, ahora mismo estaría en la calle. Dejaré que se quede sólo porque es buena y la necesito.

Ada bajó la mano.

—Gracias —repuso. Se relajó, aliviada—. Lo siento mucho. No era mi intención defraudarla. No volverá a pasar.

—Si vuelve a pasar, no tendrá una segunda oportunidad —aseguró la señora B.—. Y ahora, a trabajar.

Ada ya tenía la mano en el pomo, dispuesta a salir del despacho de la señora B., cuando oyó:

—Es usted muy buena, Ada —dijo la señora B. Ada se volvió hacia ella—. Es la joven con más talento que he conocido en mi vida. No desperdicie sus oportunidades por un hombre.

Ella tragó saliva y asintió.

—La próxima vez no seré tan tolerante —añadió la señora B.

—Gracias —repitió Ada, y sonrió.

Alargó sus delicados dedos, cogió un cigarrillo y se lo llevó a los labios. Las piernas cruzadas como los cabos de una cuerda. Dio una calada, ladeó la cabeza, esbozó una sonrisa beatífica y vio cómo le salía el humo por la nariz. Se inclinó hacia delante y cogió su copa de martini. El Grill Room. Lujoso, asientos rojos, techos dorados. Miró a los espejos y vio su imagen y la de Stanislaus reflejadas un millar de veces. Se convirtieron en otros en la infinitud del espejo, un hombre con un traje elegante y una mujer con un vestido hollywoodiense de color cereza.

—Eres preciosa —afirmó él.

—¿De veras? —Ada esperaba parecer «circunspecta», otra palabra que había aprendido con la señora B.

—Podrías volver loco a un hombre.

Ella descruzó las piernas, se echó hacia delante y le dio unos golpecitos en la rodilla.

—Compórtate.

Un romance arrollador, así es como lo llamaría la revista *Woman's Own*. Un torbellino de amor en cuya fuerza quedaba atrapada. Adoraba a Stanislaus.

—Es nuestro aniversario —señaló ella.

—Ah, ¿sí?

—Catorce de julio. Tres meses. —Ada asintió—. Hace tres meses que te conocí, aquel día de

abril, cuando llovía a cántaros.

—¿Aniversario? —repitió él. Y sonrió, torciendo el labio. Ada conocía esa mirada: estaba pensando—. En ese caso, deberíamos ir a algún sitio. Para celebrarlo. Algún lugar romántico. París.*Paree*.

París.*Paree*. Ada deseaba con vehemencia visitar la ciudad de la luz, no había dejado de pensar en ello desde el día de Richmond Park.

—¿Qué te parece?

No se había planteado que le fuera a sugerir hacer un viaje tan pronto. No en ese momento, con todo lo que se decía de Hitler y de los refugios antiaéreos.

—¿No va a estallar una guerra? —comentó—. Quizá deberíamos esperar un poco.

—¿Guerra? —Él negó con la cabeza—. No va a haber guerra. No son más que habladurías. Hitler tiene lo que quiere. Recuperó lo que deseaba de Alemania. No es codicioso, créeme.

No era eso lo que decía su padre, pero Stanislaus era un hombre culto. Tenía que saber más, por fuerza.

—Dijiste que querías ir —continuó él—. Podrías ver alta costura francesa de verdad. Sacar ideas, probarlas después aquí. No tardarías en hacerte un nombre.

Ada abrió la boca para decir algo, pero la lengua se le quedó como un cojín de rulo. Se mordió el labio e hizo un movimiento afirmativo, evaluando de prisa la situación. Sus padres no la dejarían ir a París, no con todo lo que se hablaba de la guerra, y mucho menos la dejarían ir con un hombre. Sabían que tenía novio, pero ella creía que no les haría gracia que fuera extranjero. A ellos les decía que la acompañaba a casa todas las noches, para asegurarse de que llegaba bien. A él le contó que sus padres eran inválidos y no podían recibir visitas. Tendría que faltar al trabajo e inventar una excusa para marcharse, ya que de lo contrario la despedirían. ¿Qué le diría a la señora B.?

—¿Tienes pasaporte? —le preguntó Stanislaus.

Pasaporte.

—No —respondió—. ¿Qué hace falta para conseguirlo?

—Éste no es mi país. —Stanislaus sonreía—. Pero mis amigos ingleses me han dicho que hay una oficina que los expide, en la calle Petty France.

—Iré mañana —decidió ella—, a la hora del almuerzo. Y me lo haré. ¿Me esperarás?

Les diría a sus padres que la señora B. la enviaba a París para que viera las colecciones, para que comprara telas nuevas. Le preguntaría a la señora B. si le dejaría hacerlo.

Pero el hombre de Petty France dijo que necesitaba una fotografía y la partida de nacimiento. Y, al ver que tenía menos de veintiún años, la informó de que su padre tenía que rellenar el formulario. Lo podían expedir al cabo de veinticuatro horas, pero sólo en caso de emergencia; de lo contrario debería esperar seis semanas.

—Sin embargo —añadió—, no recomendamos viajar al extranjero en este momento, señorita. Va a haber guerra.

La guerra. Eso era de lo que hablaba todo el mundo. Stanislaus nunca la mencionaba, y a ella le gustaba por eso. Hacía que se lo pasara bien.

—No se puede preocupar uno por lo que no existe.

El hombre frunció el ceño, dijo que no con la cabeza y arqueó una ceja. Quizá estuviese siendo algo tonta. Pero aunque fuera a haber guerra, todavía faltaban meses.

Suspiró y se metió los papeles en el bolso. No podía pedirle a su padre que rellenara el impreso, ya que ése sería el final de la cuestión. No le había dicho a Stanislaus la edad que ella tenía, y él tampoco se lo había preguntado. Pero si se enteraba de que era menor, tal vez cambiara de opinión y perdiera el interés en ella. Ada era un espíritu libre, había afirmado él, lo había visto

cuando se conocieron. ¿Cómo iba ella a decirle lo contrario?

Se le ocurrió una idea esa misma tarde, mientras veía a la señora B. extender la factura a lady MacNeice. El padre de Ada escribía despacio, con cuidado, encadenando las letras en un vals interminable. A Ada siempre le había fascinado su forma de coreografiar las palabras, y de pequeña había intentado copiarlo. Era una letra fácil de falsificar, y el hombre de Petty France no se enteraría. Sabía que estaba mal, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Se sacaría la foto al día siguiente, en la hora del almuerzo; había un fotógrafo en Haymarket. La tendría el fin de semana. El sábado iría a la biblioteca, rellenaría el impreso y lo llevaría en persona el lunes. Y al cabo de unas semanas estaría todo listo.

—En ese caso tendrá que ser el Lutetia —dijo Stanislaus—. No podría ser otro hotel. Saint-Germain-des-Prés. —Le apretó la mano—. ¿Alguna vez has estado en un barco?

—Sólo en el río. —Había montado en el transbordador de Woolwich.

—No te preocupes —le aseguró—. Agosto es un buen mes para navegar. No hay tormentas.

Ada lo tenía todo pensado. Tendría que contárselo a sus padres, pero lo haría después de haberse ido. Les enviaría una postal desde París para que no llamasen a la policía y denunciaran su desaparición. Lo pagaría bien caro cuando volviera, pero para entonces probablemente Stanislaus y ella estuviesen prometidos. Le diría a la señora B. que iba de vacaciones a París y le preguntaría si quería que le llevase muestras de tejidos, *tissus*. Lo diría en francés. La señora B. le estaría agradecida, le diría adónde ir. «Es muy amable por su parte, mademoiselle, renunciar a sus vacaciones.» Le daría algo que hacer en París, y podría coger ideas. Mientras, llevaría al trabajo las prendas que tenía pensadas para el viaje, de una en una. A veces llevaba sándwiches para el almuerzo en una bolsa. Era verano, y los tejidos de vestidos y faldas eran ligeros, rayón o lino. Sabía doblarlos de manera que no se arrugaran ni ocuparan demasiado espacio. Lo escondería todo en su armario del trabajo, en el que colgaba el abrigo en invierno y donde tenía unos zapatos de más. Allí nadie miraba. Necesitaría una maleta. En el trastero de la señora B., que nunca estaba cerrado con llave, había muchas. Tomaría una prestada. Tenía las llaves del establecimiento. Entraría temprano el mismo día que salieran de viaje y haría la maleta deprisa. Cogería el autobús hasta Charing Cross, con tiempo de sobra para reunirse con Stanislaus bajo el reloj.

—¿París? —dijo la señora B., elevando la voz como un claxon—. ¿Lo saben sus padres?

—Naturalmente —mintió Ada. Se encogió de hombros y abrió las manos. Naturalmente.

—Pero va a haber guerra.

—No va a pasar nada —aseveró ella, aunque había oído los inquietantes gemidos de las sirenas en los simulacros, como todo el mundo, y había visto cómo construían el refugio antiaéreo en Kennington Park—. Nosotros no queremos que haya guerra. Hitler no quiere que haya guerra. Los rusos no quieren que haya guerra.

Eso era lo que decía Stanislaus. Y él lo sabría, ¿no? Además, ¿qué otra ocasión tendría de ir a París? Su padre sostenía un punto de vista distinto sobre la guerra, pero a Ada no le importaba lo que pensara. Incluso se estaba planteando unirse a la ARP, la organización encargada de la defensa de la población civil en caso de ataque aéreo. «La defensa», repitió, para que Ada no pensara que apoyaba la guerra de los imperialistas. Ahora su padre incluso escuchaba cuando su madre leía en alto algún panfleto. «Es importante saber ponerse la máscara rápida y debidamente...»

—Pero van a evacuar Londres —apuntó la señora B.—. Los niños pequeños. Dentro de unos días. Lo han dicho en la radio.

Tres de sus hermanos menores se iban, a Cornualles nada menos. Su madre se había pasado días llorando, y su padre se paseaba por la casa con las manos en la cabeza. «¡Bah!», pensaba

Ada. Esto pasaría. Todo el mundo era tan pesimista... Deprimente. Estarían de vuelta pronto. ¿Por qué iba a dejar que eso le echara a perder sus oportunidades? París. Su madre se calmaría. Le compraría algo bonito. Perfume. Perfume de verdad, en un frasco.

—Volveré —aseguró Ada—. El martes por la mañana temprano. —«Prometida.» Había estado soñando con la proposición. Stanislaus apoyado sobre una rodilla: «Señorita Vaughan, ¿me haría el honor de...?»—. Sólo estaremos fuera cinco días.

—Espero que no se equivoque —replicó la señora B.—. Aunque si fuese mi hija, no la perdería de vista. La guerra estallará un día de éstos. —Señaló con las manos las grandes lunas del escaparate del establecimiento, con dos tiras de cinta adhesiva puestas en aspa para protegerlas si el cristal se rompía, y las persianas para ocultar las luces—. Y su amigo —añadió—, ¿en qué bando estará?

Ada no se había parado a pensar en eso. Había dado por sentado que estaba de su parte; después de todo vivía en Londres. Pero si hablaba alemán, quizá luchara con Alemania, la dejara allí y volviera a casa. Ella lo acompañaría, desde luego. Si se iban a casar, le sería leal, permanecería a su lado, pasara lo que pasase.

—Claro que en la última guerra encerraron a los alemanes, a los que estaban aquí —prosiguió la señora B.

—A decir verdad no es alemán —puntualizó Ada—. Sólo habla ese idioma.

—¿Y por qué está aquí?

Ada se encogió de hombros.

—Le gusta.

Nunca se lo había preguntado. Como tampoco le había preguntado cómo se ganaba la vida. No era preciso: era conde. Pero si lo encarcelaban, tampoco sería para tanto: Ada podría ir a verlo y él no tendría que luchar. No moriría, y la guerra no duraría para siempre.

—Puede que sea un espía —apuntó la señora B.— y usted, su tapadera.

—De ser ése el caso, razón de más para divertirme —respondió Ada, esperando que la voz no le temblara.

—En fin —dijo la señora B.—, si sabe lo que hace... —Hizo una pausa y esbozó una sonrisa triste—. Dicho sea de paso, hay uno o dos sitios que tal vez quiera visitar en París. —Sacó un papel del cajón del escritorio y se puso a escribir.

Ada cogió la hoja: «Rue Dorsel, place St. Pierre, boulevard Barbès».

—Hace mucho que no voy a París —observó. Y en su voz había una melancolía que Ada no había oído nunca—. La mayoría de estos sitios están en Montmartre, en la orilla derecha.

—Stanislaus le había hablado del Sena—. Así que tenga cuidado.

Su hotel estaba en la orilla izquierda, donde vivían los artistas.

La estación de Charing Cross era una maraña palpitante de mujeres nerviosas y niños quejumbrosos, ancianos enojados, hombres preocupados que consultaban el reloj y muchachos de uniforme confundidos. Fuerzas de reserva, supuso Ada, o reservistas. Marineros y soldados. Algún que otro voluntario de la ARP que se abría paso a codazos entre la multitud. «Vayan por la izquierda.» Ahora la gente los tomaba en serio, como si de verdad tuvieran un cometido que desempeñar. Se anunció la salida de un tren a Kent, y el caos avanzó en tropel, una babosa humana gigante. Ada se quedó donde estaba, intentando que la multitud no la desplazara, dándole con la maleta en la espinilla a la gente.

—Tenga cuidado, señorita.

El frenesí de la escena era equiparable a su humor. ¿Y si no estaba allí? ¿Y si no lo veía? Cayó en la cuenta de que no tenía manera de ponerse en contacto con él. No tenía teléfono. Vivía en Bayswater, pero ella no sabía la dirección. Pasó a su lado una mujer que iba con dos niños, un

chico con pantalones cortos grises y camisa blanca, y una chica con un vestido amarillo de frunces. Lo cierto, pensó Ada, era que sabía muy poco de Stanislaus. Ni siquiera sabía cuántos años tenía. Le había explicado que era hijo único. Sus padres habían muerto, al igual que la tía que se había casado tantas veces. Ada desconocía por qué había ido a Inglaterra. Quizá fuera un espía, al fin y al cabo.

Aquello era una estupidez. No debía ir. Apenas lo conocía. Su madre se lo había advertido: trata de blancas. Le clavaban a la chica un alfiler con una sustancia que hacía que se desmayara, y después despertaba en un harén. Y toda esa gente. Soldados. Miembros de la ARP. Ciertamente iba a haber guerra. Stanislaus se equivocaba. Quizá fuera un espía. El enemigo. No debía ir.

Entonces lo vio. Estaba apoyado en una columna, con una americana azul marino y pantalones de pinzas blancos, a sus pies una bolsa de piel. Ada respiró hondo. Todavía no la había visto: podía dar media vuelta e irse a casa, tenía tiempo.

Pero entonces la vio, sonrió, cogió la bolsa y se la echó al hombro. Un espía. A Ada le subió una hormigueante sensación de calor por el cuello. Vio que avanzaba hacia ella. No pasaría nada. Todo iría bien. Era un hombre apuesto, a pesar de las gafas. Un hombre honesto, estaba claro. Y también un hombre de recursos. No había de qué preocuparse. Qué tontería por su parte. Stanislaus esbozó una amplia sonrisa. Apretó el paso, estaba encantado de verla. Su sueño, París; le estaba pasando a ella, Ada Vaughan, de Theed Street, Lambeth, justo al lado de los edificios Peabody.

En la Gare du Nord reinaba el mismo tumulto sudoroso que en Charing Cross, salvo por el hecho de que en esa estación hacía más calor y el ambiente estaba más cargado, y el gentío era más ruidoso y rebelde. Ada estaba paralizada. «¿Por qué no se ponen en fila? ¿Por qué gritan?» También estaba cansada por el viaje. La noche anterior no había dormido, y en el tren a Dover no hubo manera de conseguir asiento. En la travesía se mareó, y nunca pensó que ver cómo retrocedían los acantilados blancos hasta convertirse en una franja de tierra casi imperceptible pudiera intranquilizarla como lo había hecho. ¿Y si al final estallaba la guerra? ¿Y si se quedaban atrapados allí? No pudo pasar por alto los rollos de alambre de espino de las playas, listos para atrapar y destrozar al enemigo. Las hambrientas gaviotas que se cernían sobre las rocas desiertas y los pegotes de brea costrosa a la espera de la llegada de carne. Los acorazados del canal. Destruidores, los llamó Stanislaus, gigantes de metal al acecho, grises como el agua.

Fue entonces cuando Stanislaus le dio un anillo.

—Espero que sea de tu medida. —Se lo puso en el dedo corazón. Un aro dorado. No de oro, Ada lo supo en el acto—. Será mejor que lo lleves —aconsejó. No era así como ella imaginaba que le propondría matrimonio, y, además, sabía que ésa no era una proposición de matrimonio. El estómago se le revolvió, y se inclinó por un costado del barco—. He reservado la habitación a nombre del señor y la señora Von Lieben.

—¿La habitación? —La voz sonó débil.

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa pensabas?

Ada no era esa clase de chica. ¿Es que no lo sabía él? Quería reservarse para la noche de bodas. De lo contrario él no la respetaría. Pero no podía salir corriendo. No tenía dinero, él estaba pagando todo aquello, naturalmente esperaba algo a cambio. Ya lo insinuó la señora B.

Stanislaus se reía.

—¿Qué ocurre?

Ada sacó medio cuerpo por el costado del barco con la esperanza de que la brisa se llevara el pánico que se había alojado en su cabeza como una bala de cañón. No estaba preparada para aquello. Pensaba que era un caballero. Esas mujeres de la alta sociedad eran todas unas casquivanas. Eso era lo que decía siempre su padre. Y Stanislaus pensaba que era una de ellas.

¿Es que no veía que todo aquello era una farsa? Su manera de vestir, su manera de hablar. Una farsa, todo. Respiró hondo, y el aire salado le irritó los pulmones. Stanislaus le pasó un brazo por los hombros. «Un espíritu libre.» La atrajo hacia él, le cogió la cara y, acercándosela, la besó.

Quizá fuera eso lo que hacía falta para ser una mujer.

El hotelero se disculpó. Había tanto movimiento, con todos esos artistas y músicos, refugiados, «monsieur, madame...». La habitación era pequeña y tenía dos camas individuales, con colchas fruncidas. Dos camas. Menudo alivio. Y cuarto de baño en el dormitorio, con azulejos blancos y negros y un inodoro con cisterna. Y también un balconcito con vistas a la ciudad: Ada veía la torre Eiffel.

De noche París era tan oscura como Londres. De día, el sol calentaba y el cielo estaba despejado. Pasearon por los bulevares y las plazas, y Ada trató de no prestar atención a los sacos terreros ni a las risas estridentes, nerviosas, de las terrazas de los cafés, ni a los jóvenes soldados con sus uniformes marrones y sus correaes. Se enamoró de la ciudad; de Stanislaus ya estaba enamorada. Ada Vaughan allí, en París, de paseo nada menos que con un conde extranjero.

La llevaba cogida de la mano, o del brazo; le decía al mundo: «mi novia». Le dijo a ella:

—Soy el hombre más feliz del mundo.

—Y yo la mujer más feliz del mundo.

Un beso tierno. Durmieron cada uno en su cama.

Orilla izquierda. Orilla derecha. Montmartre. «Rue Dorsel, place St. Pierre, boulevard Barbès.» Ada se llevó las sedas a la mejilla, se deleitó con la suavidad del *charmeuse* en su piel y dejó marcas en el terciopelo allí por donde pasó los dedos. Stanislaus le compró muaré de un chispeante color verde claro que el monsieur llamó *chartreuse*. Esa noche Ada se cubrió el pecho y las piernas con la seda, y la afianzó con un lazo en la cintura. Los desnudos omóplatos señalaban los ángulos de su cuerpo, y en el espejo del baño vio que el ojo recorrería su espalda y se detendría en la suave curva de las caderas.

«Eso es un don», alabó Stanislaus. Y pidió dos cócteles de brandy y licor de Chartreuse para celebrarlo.

Ada miró con anhelo el *atelier* de Chanel, en la rue Cambon.

—Esa mujer era una especie de diamante en bruto —comentó Stanislaus. A veces su inglés era tan bueno que Ada olvidaba que era extranjero—. Salió de la nada.

No lo dijo con mala intención, y la historia que contó Stanislaus animó a Ada: una muchacha pobre a la que le fue bien, contra todo pronóstico.

—Claro que tuvo uno o dos admiradores acaudalados que la ayudaron a establecerse —añadió, guiñándole un ojo.

«Estilo característico. Un sello distintivo —pensó Ada—, eso es.» Como Chanel. Un sello distintivo, algo que hiciera destacar a la Casa de modas Vaughan. Y también ayuda de un admirador si era preciso.

—París está hecho para mí —le dijo a Stanislaus mientras paseaban del brazo por los jardines de Luxemburgo.

—En ese caso deberíamos quedarnos —le respondió, y volvió a besarla con delicadeza. Le entraron ganas de gritar: «¡Sí, para siempre!».

La última mañana los despertaron las sirenas. Por un instante Ada pensó que estaba de vuelta en Londres. Stanislaus se levantó de la cama, abrió los postigos de metal y salió al balcón. Un

haz de luz iluminó la moqueta y el extremo de la cama de Ada, y ésta vio por las puertas abiertas que el cielo azul ya no era vigoroso ni nítido. Debían de haberse quedado dormidos.

—Está todo muy tranquilo —informó Stanislaus desde el balcón—. No es natural. —Entró—. Quizá la alarma fuera real.

—Bueno, nos vamos hoy.

Volvían a casa, y Stanislaus no le había propuesto matrimonio, ni tampoco se había aprovechado de ella. Aunque eso de nada serviría si tenía que contárselo a sus padres. Mentiría. Ya sabía lo que les iba a decir: la señora B. la había mandado a París con una de las chicas, por trabajo. Habían compartido habitación. El hotel era de lo más lujoso.

—Levántate —dijo Stanislaus, la voz entrecortada, inquieta. Él ya se estaba vistiendo. Ada sacó las piernas de la cama—. Espera aquí —añadió.

Ada oyó que abría la puerta y la cerraba al salir. Ella entró en el cuarto de baño, abrió los grifos y se quedó mirando cómo caía la humeante agua y formaba remolinos en la bañera, disolviendo las sales que había echado. ¿Cómo volver a la tina de zinc de la cocina de su casa? ¿Al baño semanal con la pastilla de Fairy?

Pasó una hora. El agua se había enfriado. Ada se incorporó, creando unas olas que rebosaron por un lateral y fueron a parar a la alfombrilla de corcho del suelo. Salió de la bañera, cogió la toalla y se envolvió en la felpa, abrazando el suave algodón por última vez. París. «Volveré.» Aprendería francés. No le llevaría mucho, ya sabía algunas cosas: *merci, s'il vous plait, au revoir*.

Entró en la habitación y se puso la combinación y las bragas. Organizaría un *trousseau* en toda regla para cuando se casara con Stanislaus. Lo tendría que pagar él, desde luego. Con su sueldo apenas se podía permitir gastar en bragas. Compraría un *chemise* dos, y un *négligée*. Sólo tres días en París y ya sabía un montón de palabras. Miró el reloj de la mesilla de noche. Stanislaus llevaba mucho tiempo fuera. Abrió el armario: se pondría el vestido de listas al bies con las mangas abullonadas y el lazo en el cuello. Se había vuelto loca haciendo cuadrar todas las listas, un despilfarro de tela, pero había valido la pena. Se miró en el espejo. Las franjas transversales, en verde oscuro y blanco, se ondulaban al ritmo de su cuerpo, ágil como el de un gato. Puso morritos, así resultaba más seductora. Agradecía que Stanislaus saliera de la habitación cuando ella se vestía por la mañana o se desvestía por la noche. Un caballero de pies a cabeza.

Llamaron suavemente a la puerta —la señal que habían convenido—, pero Stanislaus irrumpió sin esperar a que ella le respondiera.

—Va a haber guerra. —Estaba pálido y ojeroso.

Ada se quedó helada; sentía el cuerpo frío y tembloroso, aunque en la habitación hacía calor. Se suponía que no iba a haber guerra.

—¿Se ha declarado?

—Todavía no —respondió Stanislaus—, pero los oficiales con los que he hablado en el hotel me han dicho que ya los estaban movilizando: Hitler ha invadido Polonia.

Había una crispación en su voz que Ada no había notado antes.

La guerra. La había ahuyentado de la conversación como si fuese una avispa, pero llevaba rondándola desde siempre, y Ada había aprendido a vivir con ese brutal agujón. Era el único momento del año en el que su padre lloraba, cada noviembre, con el sombrero de fieltro y el abrigo de los funerales, las palabras ahogándose con los gases de la memoria, el espigado cuerpo encogido. Le cantaba un himno a su hermano, caído en la Gran Guerra. Lo bastante valiente para morir, pero todo lo que le dieron fue la medalla al Mérito Militar, no era lo bastante bueno para recibir la puñetera cruz. Sólo tenía diecisiete años. «Señor, tú has sido nuestro refugio generación tras generación...»

La guerra. Su madre rezaba por otros tíos de Ada que ésta no había llegado a conocer, engullidos por las voraces fauces de Ypres o del Somme, desaparecidos y dados por muertos,

enterrados en el barro de los campos de batalla. Toda una generación de hombres jóvenes borrada del mapa. Por eso su tía Lily nunca se casó y su tía Vi se metió a monja. Ésa fue la única ocasión en la que su madre juró. Un maldito desperdicio. ¿Y para qué? A Ada no se le ocurría peor manera de morir que ahogarse en un cenagal.

—Tenemos que volver a casa —afirmó. El cerebro le iba a toda velocidad, y notó que la voz se le quebraba. La guerra, de golpe y porrazo, era real—. Hoy. Tenemos que avisar a mis padres.

—Ahora esperaba que no hubiesen recibido su postal; estarían muertos de preocupación.

—Les he enviado un telegrama cuando estaba abajo —aseguró Stanislaus.

—¿Un telegrama? —Los telegramas sólo llegaban si moría alguien. Se volverían locos cuando lo vieran.

—Son inválidos —alegó él—. Es importante que sepan que te encuentras bien.

Se le había olvidado su mentira. Claro.

—Es todo... —pugnó por dar con la palabra adecuada— todo un detalle. Muy considerado.

Estaba conmovida: lo primero en lo que había pensado Stanislaus, en medio de todo aquello, había sido en ella. Y en sus padres. Ahora se sentía mal. Le había dicho que no se podían mover de casa. Tal vez incluso hubiera dicho que estaban postrados en la cama. Ahora, cuando llegara a casa, se vería en un buen aprieto. Todas esas mentiras...

—Se lo he enviado a la señora B. El telegrama. No tenía tu dirección. Ella se lo dirá a tus padres. Confío en haber hecho bien —contó Stanislaus. Y añadió, antes de que ella pudiese abrir la boca—: ¿Quién se ocupa de ellos? Espero que los dejaras en buenas manos.

Ada asintió, pero él la miraba con reproche.

Hicieron las maletas en silencio. En el vestíbulo del hotel encontraron oficiales de uniforme azul. También soldados. Ada nunca había visto a tantos. Los otros huéspedes, a muchos de los cuales ella conocía del restaurante, hablaban en grupos o estaban apoyados en el mostrador de recepción, gesticulando y gritando. Ada percibió el olor a almizcle de los hombres nerviosos, su lujuriosa adrenalina.

—Sígueme. —Stanislaus le cogió la maleta y, tras abrirse paso entre el abarrotado vestíbulo, salieron por la puerta giratoria—. Gare du Nord —le dijo a un botones, que dio un silbido para llamar un taxi. La calle antes desierta, con su inquietante silencio, ahora estaba llena de ruidos y de gente que corría, y había un tráfico atronador. No se veía ningún taxi. Ada no sabía a qué distancia se encontraba la estación. Empezaba a notar una opresión en la cabeza. ¿Y si no podían salir de Francia? ¿Si no podían volver a casa? Por fin apareció un taxi, y el botones se hizo con él.

—No has pagado —le recordó a Stanislaus cuando se alejaban del hotel.

—He saldado la cuenta antes —aseguró—. Cuando he mandado el telegrama.

Ada cerró los ojos.

Una barrera sólida de gente inundaba la calle; hombres, mujeres y niños, ancianos y jóvenes, soldados, policías. La mayoría llevaba maletas o mochilas, todos iban al mismo sitio, a la Gare du Nord. La gente avanzaba en silencio, y lo único que se oía eran los gimoteos de un niño que iba en una cuna grande atestada de bolsas y los gritos de la policía:

—*Attention! Prenez garde!*

Nadie podía moverse. París entero huía.

Tuvieron que recorrer casi todo el último kilómetro a pie. El taxista paró el coche, se encogió de hombros y abrió la puerta:

—*C'est impossible.*

—Es inútil —dijo Ada—. ¿Hay otra forma de llegar? —Ahora la gente se arremolinaba tras ellos. Miró de prisa hacia una bocacalle, pero vio que estaba tan llena de gente como la avenida

principal—. ¿Qué vamos a hacer?

Stanislaus se paró a pensar un momento.

—Esperaremos a que pase la gente —decidió—. Están aterrorizados. Ya sabes cómo son los latinos. —Intentó sonreír—. Apasionados, se dejan llevar por los sentimientos.

Utilizando el equipaje de ariete, consiguieron hacerse a un lado.

—Tomaremos un café —anunció—. Comeremos algo y probaremos suerte más tarde. No te preocupes, querida mía.

Ada habría preferido una taza de té, solo, con dos cucharaditas de azúcar. El café estaba bien si tenía bastante leche, pero Ada no sabía si podría acostumbrarse a él. Lejos de la estación la multitud por fin disminuyó. Encontraron un pequeño café, en el boulevard Barbès, con sillas y mesas en la terraza.

—Aquí es donde estuvimos cuando compré la tela —apuntó Ada—. Ahí mismo. —Señaló el boulevard.

Stanislaus se sentó en el borde de la silla, sacó los cigarrillos y se encendió uno sin ofrecerle a Ada. Ella se dio cuenta de que estaba distraído, echaba la ceniza al suelo y daba caladas breves, malhumoradas. Apagó el pitillo y se encendió otro de inmediato.

—No pasa nada —dijo Ada para tranquilizarlo—. Saldremos de aquí, no te preocupes.

Le puso la mano en el brazo, pero él se la apartó.

El camarero les sirvió el café, y Stanislaus echó el azúcar y lo removió con tanta fuerza que derramó café en el plato. Ella vio que tenía la mandíbula tensa, que abría y cerraba la boca como si hablara solo.

—¿En qué piensas? —Tenía que hacer que cambiara de humor—. Míralo por el lado bueno, quizá tengamos que quedarnos otro día en París.

No sabía qué más decir. No era eso lo que quería, sus padres volviéndose locos, la señora B. furiosa. Como si la estuviera viendo, pensando en despedirla. Ya lo había hecho con una de las otras chicas, cuando no volvió a tiempo de las vacaciones. «¿Acaso cree que dirijo una organización benéfica?» Estaban en un buen apuro, pero por el momento no había nada que pudieran hacer. Ada no tenía a nadie a quien acudir, tan sólo Stanislaus. El camarero dejó un poco de pan en la mesa, que Ada mojó en el café, absorbiendo su dulzor.

—¿Hay alguien que pueda ayudarnos? —preguntó.

—¿A qué?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. A volver a casa.

Los franceses no lo harían, de eso estaba segura, ya tenían a bastantes de los suyos de los que ocuparse. Stanislaus se revolvió en el asiento, apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia ella. Tenía la frente surcada de arrugas y parecía preocupado.

—Lo cierto es, Ada, que no puedo volver —repuso—. Me meterían en la cárcel.

Ella cogió aire. La señora B. había dicho algo así. Se corrigió: la señora B. también había dicho algo así. No debía bajar la guardia, no ahora, no fuera a ser que Stanislaus la abandonara. «No eres el que creí que eras.»

—¿Por qué? —quiso saber—. No eres alemán. Sólo hablas la lengua.

—Austria, Hungría —respondió—, todos somos el enemigo.

Ada puso las manos en el regazo y empezó a jugar con el barato anillo, arriba, abajo, arriba, abajo. Estaba perdida, tendría que volver sola. No estaba segura de poder hacerlo, de encontrar el tren que debía coger. ¿Y si anunciaban algo por megafonía y ella no lo entendía? En la compañía Southern Railway lo hacían constantemente. «Lamentamos tener que informar a los pasajeros que el tren de las 9.05 de la Southern Railway con destino a Broadstairs finalizará su recorrido en...» Se quedaría varada allí, en medio de un país extranjero, completamente sola, sin hablar francés. Y aunque lograra llegar a Calais, ¿cómo iba a encontrar el transbordador? ¿Y si ya no efectuaba ese recorrido? Entonces, ¿qué haría?

—¿Qué harás? —La voz le salió aguda, un gorgorito.

—No te preocupes por mí —aseguró—. No me pasará nada.

Ya era media tarde. El camarero salió y señaló sus tazas.

—*Fini?*

Ada no entendió, así que negó con la cabeza, deseando que los dejara solos.

—*Encore?*

No sabía lo que quería decir, pero asintió.

—No te puedo abandonar —dijo ella—. Me quedaré aquí. No nos pasará nada. —Por un momento lo vio, los dos cogidos de la mano, paseando por las Tullerías.

Stanislaus vaciló.

—La cosa es, querida mía, que no tengo dinero. Ya no. Con la guerra. No podré recibir giros.

—lo dijo con voz baja y trémula, y por un instante no pareció extranjero, tanto se había acostumbrado ella a su acento.

Ada era incapaz de imaginar a Stanislaus sin dinero. Nunca le había faltado un chelín o dos, siempre hacía alarde de ello. Sin duda, no serían pobres mucho tiempo. Y, de todas formas, ser pobre en París con Stanislaus sería distinto de ser pobre en Lambeth. Sintió un amor desbordante hacia ese hombre que la había conquistado por completo, una cálida y grata sensación de optimismo.

—No necesitamos dinero —aseguró ella—. Trabajaré. Yo cuidaré de los dos.

El camarero apareció de nuevo con dos tazas más de café que colocó en la mesa y dejó la cuenta bajo el cenicero.

—*L'addition*—dijo. Y añadió—: *La guerre a commencé.*

Stanislaus alzó la cabeza.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Ada.

—Algo de la guerra. *Guerrees* «guerra» en francés.

El camarero se puso firme.

—*La France et le Royaume-Uni déclarent la guerre à l'Allemagne.*

—Ha empezado —anunció Stanislaus.

—¿Estás seguro?

—Pues claro que estoy seguro. Puede que no sepa mucho francés, pero eso lo he entendido.

Se levantó de súbito y la mesa se tambaleó, el café se vertió en los platos. Se hizo a un lado, como si fuera a marcharse, y después se volvió y se sentó de nuevo.

—¿Te quedarías conmigo? —inquirió—. ¿Aquí, en París? Conseguiríamos trabajo, los dos. No andaríamos faltos de dinero mucho tiempo.

Poco antes Ada estaba completamente segura, pero ahora el pánico se instaló en su cabeza y el miedo le atenazó el estómago. La guerra. ¡La guerra! Quería estar en casa. Quería sentarse en la cocina, en la parte de atrás, con sus padres y sus hermanos. Quería oler el almizcle húmedo que desprendía la colada al secarse alrededor del fogón, oír el agua hirviendo en las cacerolas con las patatas para el té, escuchar cómo su madre pasaba las cuentas del rosario y reírse de su padre cuando la imitaba: «Dios te salve, Marx, lleno eres de lucha, la revolución es contigo, bendito tú eres entre todos los obreros...».

Pero no podía volver a casa, no por su cuenta. De manera que asintió.

—¿Te importaría que utilizáramos tu apellido? —preguntó Stanislaus.

—¿Por qué?

—El mío es demasiado extranjero. Los franceses podrían encerrarme.

—No me importa.

—Me desharé del pasaporte. —hablaba deprisa—. Fingiré que lo he perdido. O que me lo robaron. Así podré ser quien quiera. —Se rio, y el vespertino sol arrancó un destello a su diente de oro. Se sacó del bolsillo unas monedas para pagar al camarero y cogió las maletas—. Vamos

—dijo.
—¿Adónde?
—Tendremos que encontrar un sitio para quedarnos.
—El hotel —propuso ella—. Volveremos al hotel.
Stanislaus la rodeó con el brazo y apoyó el mentón en la cabeza de Ada.
—Me dijeron que está lleno. Encontraremos otro sitio. Una pensión modesta.

La habitación tenía una cama con un armazón de hierro oxidado y un colchón hundido cubierto con un cutí manchado, una mesita, una silla con el asiento roto y unos ganchos en la pared. Habían quitado el papel de la pared, pero en los rincones y por encima del zócalo aún quedaban restos pertinaces, abultados y ondulados de los bichos que dormitaban debajo.

—Yo aquí no me puedo quedar. —Ada cogió la maleta y echó a andar hacia la puerta. Stanislaus no había sido pobre nunca, no entendía cómo habían caído tan bajo.

—Pues no sé adónde vas a ir —replicó él—. Sin dinero. Los hoteles estarán llenos. Los ha requisado el ejército. —Se sentó en la cama y se levantó una pequeña nube de polvo—. Ven aquí. —Su voz era tenue, tentadora—. Será sólo hasta que nos recuperemos. Te lo prometo.

Encontrarían trabajo, prosperarían. Ella ya lo había conseguido antes, podría volver a hacerlo.

—¿Qué piensas hacer? —se interesó ella—. ¿Qué clase de empleo vas a buscar?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. No estoy acostumbrado a trabajar.

—¿Que no estás acostumbrado a trabajar?

—Nunca he tenido que hacerlo —admitió.

A Ada se le había olvidado: era conde. Y, naturalmente, los condes no trabajaban. Eran como los lores y las ladies. Unos puñeteros parásitos, decía su padre. Que se enriquecían a costa de los pobres. Por un instante Ada lo miró con otros ojos, como si fuese alguien ajeno. También vio otra cosa: estaba perdido, no sabía qué hacer. Él era el inocente y ella, la pilluela despabilada. Lo sentía por él. Lo compadecía. Como si oyera resoplar a su padre: «¿Compadecerlo? ¿Se compadecerían ellos de ti? ¿Se compadecía el zar de los campesinos? Ha recibido su puñetero merecido».

Ada se levantó. Aún llevaba el vestido de listas. Estaba algo arrugado, pero se lo alisó con la mano y buscó el pintalabios en el bolso. Se puso un poco de carmín y unió los labios.

—Ahora vuelvo —anunció. Tenía que hacerse cargo de la situación. Sabía adónde ir.

Entró en el primer establecimiento y consiguió un empleo. Ada no podía creer que hubiese tenido tanta suerte. Pero supuso que eso era: una chica con suerte. El salario no era muy alto, pero trabajo había para dar y regalar: monsieur Lafitte regentaba un negocio próspero. Al por mayor, al por menor y sastrería. Era un hombre simpático, que le recordaba a Isidore. Hablaba francés muy deprisa, pero aflojaba el ritmo cuando estaba con Ada, se esforzaba por ayudarla a que aprendiera el idioma. Ada ocupó la vacante que había dejado el aprendiz de monsieur Lafitte, que se alistó en el ejército, dejándolo con más trabajo del que podía hacer. Aunque Ada ansiaba idear nuevos drapeados y cortes, y de vez en cuando sugería un detalle nuevo —darle un giro a un cuello, una vuelta a un bolsillo—, él fruncía el ceño y movía un dedo: «*non*».

En el plazo de una semana Stanislaus y ella pasaron de la sucia habitación a una pequeña buhardilla, más cerca del establecimiento y en una zona mejor del boulevard Barbès. Gracias a monsieur Lafitte y a la portera, madame Breton, su francés pasó a ser aceptable, y Ada incluso empezó a hablar con los clientes.

Ada no terminaba de creer que estuviesen en guerra. Todo estaba demasiado tranquilo, no

parecía real, aunque en las calles, y en los bares y en los cafés, había más soldados. Se veían sacos terreros apilados en los rincones y se construían refugios en los parques y en las plazas. Hombres y mujeres iban con máscaras de gas al hombro.

—Hasta las prostitutas —observó Stanislaus—. Me pregunto cómo lo harán con eso puesto.

A ellos no les facilitaron máscaras, pero Stanislaus consiguió dos; se dio unos golpecitos en la nariz. «No hagas preguntas.»

—Me dedico al comercio.

Ada lo amaba, con su misterio y su encanto y su peculiar acento extranjero, que iba o venía en función de lo nervioso que estuviera.

De vez en cuando ululaba una sirena, pero aquello quedaba en nada, y por la noche el barrio era negro e impenetrable. La tela escaseaba, al menos la buena, y Ada empezó a cortar las prendas más estrechas y más cortas, escatimando en las costuras, metiendo lo justo.

—¿Qué haces todo el día cuando no estoy yo?

Stanislaus y ella se habían sentado en el Bar du Sport. Ya llevaban dos meses en París y eran como de la casa, se habían acostumbrado a tomar una copa de vino tinto por la noche antes de cenar allí. No tenía nada que ver con tomar cócteles en el Smith's, pero Ada se esforzaba por vestirse bien. Monsieur Lafitte le permitía quedarse con los restos y los retales, y, con la nueva moda de estilos sencillos y bajos más cortos, Ada se hizo rápidamente con un vestido de invierno para salir y varias faldas y blusas modestas. Monsieur Lafitte le dio algunas prendas viejas que, según dijo, eran de un tío suyo que había fallecido, y Ada las arregló para Stanislaus. Por su parte, madame Lafitte le regaló un abrigo de invierno, al que hizo algún arreglo. A Stanislaus le haría falta pronto un abrigo, y monsieur Lafitte insinuó que quizá pudiera hacerse con un excedente de tejido del ejército. Llegaban a fin de mes, y Stanislaus volvía a tener dinero.

Recuperaron parte del estilo de los viejos tiempos, pero con una diferencia: ahora eran marido y mujer. No legalmente, pero como si lo fuese.

—Iré con cuidado —aseguró la primera vez—. Y me pondré un preservativo.

—¿Un qué?

—Una goma. ¿Cómo lo llamáis vosotros?

Ada no lo sabía. Había oído algunas cosas a las chicas de la señora B., pero nadie la había sentado nunca para contarle lo que pasaba la noche de bodas. Su madre hablaba del sacramento del matrimonio, y Ada lo consideraba algo tan sagrado que pensaba que los niños se podían tener de una forma que de no estar casado sería imposible. Stanislaus se rio.

—Esta parte aquí y esta otra ahí.

Ella sabía que estaba mal, al no estar casados, pero le parecía natural pegarse a él de manera que su cuerpo se empapaba de aquel olor masculino y su carne se estremecía y se derretía con su calor. Sabía que le pediría matrimonio cuando acabara la guerra, unos meses más tarde, que haría de ella una mujer decente.

—¿Estás segura de que no quieres irte a casa? —le preguntaba Stanislaus. Ada negaba con la cabeza. Se hallaba en París, con él, y no querría estar en ningún otro sitio del mundo. Además, no había tenido noticias de su familia, aunque Stanislaus había dicho que había enviado otro telegrama. «Estamos bien. Trabajando en París.» Los telegramas costaban dinero, ella lo sabía, pero aun así podrían haber mandado una respuesta.

Después de cenar, cuando caía la noche, no había mucho que hacer. Cortaban el suministro eléctrico y las calles se quedaban desiertas, los cafés ocultos tras puertas cerradas y persianas echadas. Jugaban al rummy y a la veintiuna. Ada intentaba leer en francés, pero le costaba. Los

periódicos, por lo que ella entendía, estaban llenos de noticias sobre Alemania y Rusia, de especulaciones sobre los norteamericanos y de quejas sobre el comportamiento de las tropas británicas en Francia. No tenían mucho de lo que hablar. Stanislaus decía que ella no entendería a qué se dedicaba él, así que dejó de preguntar. Y a él no le interesaba el trabajo de Ada. ¿Qué había de emocionante en coger un dobladillo y economizar en un corte? En esos momentos echaba de menos su casa, a sus hermanos. A su madre y a su padre. Incluso echaba de menos a las chicas de la señora B. Al menos se habrían reído.

En diciembre los negocios de Stanislaus empezaron a requerir su presencia hasta de noche. Dos o tres veces a la semana. Noches largas, solitarias, sin nada que hacer. El viejo radiador de hierro de la habitación chirriaba y goteaba. Ada no conseguía acostumbrarse a él. Estaba segura de que había entrado un intruso, que se paseaba por allí a la espera de dar el golpe. No pasaba nada cuando Stanislaus estaba con ella, pero las noches que se ausentaba, ella se metía en la cama pronto para no tener frío, con una velita al lado, «largo de aquí, no te me acerques», hasta que se quedaba dormida. El radiador no calentaba mucho y lo apagaban a las diez, de manera que al amanecer la habitación estaba helada. A veces, en la jofaina con agua que tenían en la mesa se formaba una fina capa de hielo.

Ada confiaba en que algún día pudieran permitirse un sitio mejor donde alojarse, con una cocinita para poder prepararse la comida y así no tener que comer siempre en el Bar du Sport. Tendría que aprender a cocinar. Sabía hacer estofado de cordero, pero llevaba cebada perlada, y Ada no estaba segura de que pudiera comprarla en París. Podía probar a hacer otros platos, franceses. Tortilla, por ejemplo, o un suflé. Se imaginaba batiendo los huevos, como había visto hacer al cocinero del Bar du Sport.

Y la cocina tendría un tendedero, de manera que cuando hiciese la colada pudiera colgarla para que se secase, en lugar de extenderla por la cama. Quizá contarían con un saloncito, una mesa con un mantel de chenilla rojo y un espejo. Tendría la casa bonita y, si podía comprarlas, pondría flores frescas en un tarro de mermelada. Su salario no era alto, pero con los dos ganando dinero podrían llevar una vida sencilla.

Sin embargo, algo estaba cambiando.

—La cosa es, Ada, que tengo que estar de humor —aducía él.

En un principio ella lo respetó, pero ahora no le parecía bien. Le tocaba la cara, le pasaba los dedos por la nariz, hasta llegar al bigote, tamborileaba rítmicamente en sus labios.

Stanislaus le apartaba la mano.

—No, Ada —decía—. Ahora no.

Ella oía su respiración, pesada y fuerte, notaba el aire que salía de su boca.

—¿Me quieres? —le preguntaba.

—Déjalo, Ada.

Apartaba la colcha y se levantaba. Ada lo oía ponerse los pantalones en la oscuridad, maldiciendo los botones, coger de un tirón la camisa del respaldo de la silla, agarrar los zapatos con un manotazo malhumorado y salir dando un portazo. Ella se quedaba en la cama, inmóvil. No tendría que haberle dicho eso, no tendría que haberse arrojado a sus brazos. Su madre decía que los hombres no respetan eso. A los hombres les gusta llevar la voz cantante. Le diría que lo sentía, y él se tranquilizaría.

El Stanislaus que conoció en Londres la encandilaba con su conversación meliflua y con sus caricias. Había cambiado. La guerra lo había cambiado, los negocios lo habían cambiado. Salía noche tras noche. Ada tendría que esforzarse más, ser más seductora. Comprarse un nuevo lápiz de labios si se lo podía permitir. Parecía joven para su edad, lo sabía. Sus mejillas conservaban la redondez de la juventud. Trataría de parecer mayor, más madura. Quizá fuera eso lo que quería Stanislaus, una mujer mayor, con experiencia. El pelo le había crecido: se lo recogería en una trenza que le enmarcara el rostro, como algunas de las sofisticadas mujeres a

las que había visto en París. Y entonces la amaría. Nadie había dicho que el matrimonio fuera fácil.

Por Navidad le compró a Stanislaus unos pañuelos y una pipa. Envolvió los regalos en papel de periódico y los ató con un lazo que le dio madame Lafitte.

—Gracias, Ada —dijo él, y puso los regalos en el suelo, junto a la cama. Por su parte, le regaló un calcetín gris lleno de nueces y un frasquito de perfume.

—L’Aimant —leyó ella—. Coty.

«Me quiere», pensó Ada, lo sabía; sólo que él era incapaz de decirlo. Algunos hombres eran así. Se puso un poco de perfume detrás de las orejas. Era demasiado dulce para su gusto, pero le gustaba que Stanislaus hubiera pensado en ella, que se hubiera tomado la molestia de hacer un calcetín, aunque estuviera lleno sólo de nueces. En su casa era su padre el que hacía los calcetines. Coles de Bruselas, lo más probable, y unas patatas. «Ja, ja, os pillé.» Pero se aseguraba de que hubiese una naranja en la puntera, o una peonza, y su madre siempre les regalaba ropa nueva por Navidad.

Ada nunca había pasado esta festividad fuera de su casa. Habría dado cualquier cosa por estar en Theed Street ese día. Ir a misa mientras su padre preparaba el desayuno: tocino, huevo y pan frito. Después él y los chicos iban al King’s Arms a tomar una jarra de cerveza negra mientras ella y su madre se ocupaban de la comida.

Comer en el Bar du Sport ni le pareció ni le supo como la cena de Navidad en casa. Decidieron permitirse un lujo y pidieron una botella de vino. *Vin du Pays*. Era denso y fuerte, de un rojo rubí oscuro. A Ada le recordó al refresco de grosella Ribena, y no le hizo demasiada gracia, pero Stanislaus se lo bebió como si fuera zumo de fruta, y remató con un par de brandis.

Después se dio unas palmaditas en el estómago y le guiñó un ojo a Ada.

—No hay nada como una buena comida, ¿no, Ada? —comentó—. ¿Echamos una partidita de rummy?

—Me encantaría —repuso ella, apartándose de la mesa.

En ese momento, su madre estaría sirviendo el pudín de Navidad. De haber recibido la bonificación, su padre habría comprado un poco de brandy en la farmacia y lo habría echado por encima al postre. «Apagad las luces.» Le prendería fuego al brandy con una cerilla y llevaría el pudín a la mesa, envuelto en una llameante bola azul.

—Hueles bien —aprobó Stanislaus cuando abrió la puerta de su habitación, y la atrajo hacia él. El aliento le olía a alcohol rancio.

—¿Estás achispado, Stanislaus?

—Sólo alegre, Ada. Alegre —puntualizó—. ¿Por qué no iba a estar alegre un hombre en Navidad?

La abrazó y la apretó con fuerza. Quizá debería haber utilizado perfume antes.

Luego la soltó y se dejó caer en la cama, dando unas palmaditas en el colchón, a su lado. Ada se quitó el vestido y las medias y se tumbó junto a él. Tenía los ojos cerrados, se había quedado dormido: expulsaba el aire por los aterciopelados labios, un brazo por encima de la cabeza. Ada lo contempló mientras caía la noche. Tendría que levantarse, echar las cortinas, encender la luz. Pero en la habitación reinaba el silencio, la luz crepuscular tenue, y Stanislaus dormía. Le pasó el dorso de la mano por la mejilla, acariciando su suave piel, la aspereza de su bigote.

Él le cogió la muñeca y la apretó con tal fuerza que ella chilló.

—Déjalo, Ada —espetó—. Ya te lo he dicho. —La miró como si fuese una desconocida y después la puso boca arriba—. ¿Es esto lo que quieres?

Cogió un preservativo y, tras conseguir ponérselo con torpeza, la penetró y luego se apartó bruscamente sin decir nada. A continuación, dio media vuelta y se quedó dormido.

Ada enterró la cabeza en la almohada. Eso no era amor, las cosas no eran así antes.

El invierno dio paso a la primavera, salpicando de verde los parques y los árboles. A pesar del tremendo frío, había algo seguro en el invierno, a resguardo bajo la larga y gruesa manta de los cortes de luz. Ahora las tardes más largas y los días con más luz eran como un reflector que lo iluminaba todo, y Ada pegaba un bote siempre que pasaba un avión. Sobrevolaban más aviones y había más soldados por las calles y los bulevares. Botas, botas. Ada compraba el periódico casi todos los días, y monsieur Lafitte llevaba la radio al establecimiento. Madame Lafitte dijo que había visto carros de combate británicos cerca de la frontera belga cuando fue a visitar a su hermana, monstruos pesados que avanzaban torpemente por las carreteras. Su hermana decía que los británicos habían enviado a miles de hombres, de manera que habría problemas. Ada era incapaz de hacerse una idea de cuánta gente era ésa. Tantos hombres jóvenes de uniforme. ¿Quién los habría confeccionado?

Stanislaus se encogió de hombros.

—Lo que tenga que ser, será —observó—. No podemos detenerlo. —Volvía a ser el de siempre, relajado, feliz.

Sin embargo, Ada estaba preocupada. La guerra desfilaba con botas claveteadas, izquierda, derecha, izquierda, derecha. Las calles próximas al boulevard Barbès estaban llenas de refugiados, rostros angustiados, andrajosos, que empujaban cochecitos de niño con sus pertenencias. Daba la impresión de que Stanislaus no era consciente. No le preocupaba nada. Era del continente, por eso. Los continentales se hallaban relajados. Él tenía pinta de extranjero, las orejillas pegadas a la cabeza, el cabello rubio corto, el bigote recortado en el centro del labio, un poco como Hitler, pensaba ella a menudo, pero ésa era la moda por aquel entonces. Los ojos lechosos enmarcados por las gafas, que siempre llevaba puestas. Ada no se imaginaba esa cara sin ellas. Vivir así, tan venido a menos, debía de ser una humillación para él.

—Para usted, madame. —Sacó una caja redonda que llevaba escondida a la espalda y se la ofreció. Ella desató el lazo y extrajo un sombrero, un casquete de paja amarillo limón con un velo negro con bodoques—. Tu tocado de primavera, haciendo honor a la tradición.

No le pegaba con la ropa de invierno, y todavía no hacía bastante calor para ponerse el vestido de verano, pero Stanislaus se había tomado muchas molestias para comprarlo, cuando Dios sabía que en los tiempos que corrían resultaba difícil conseguir esa clase de rafia.

Se lo puso, el velo cubriéndole el rostro. Un sombrero de adulta, de mujer.

—Gracias —dijo.

—¿Quieres que, como dicen los franceses, *faire une promenade*?

Ada soltó una risita. Stanislaus rara vez hablaba en francés, al menos con ella. Siempre lo hacía en inglés, y solía confundir *lavy law*, y era incapaz de pronunciar *lath*, por mucho que ella hubiese intentado enseñárselo. Unas veces estaba de buen humor; otras, no. Le había dado por poner la almohada en mitad de la cama: su lado y el de ella.

Dos semanas después de Semana Santa, Alemania invadió Noruega, la neutral Noruega. Llegaron noticias de resistencia y lucha, del envío de tropas británicas para ayudar. En la radio no paraban de hablar de la Línea Maginot y de qué hacer si Alemania invadía Francia. Había que investigar a los refugiados. A los simpatizantes se les pegaría un tiro. El deber de Francia era resistir y defenderse.

Sus vecinos tenían mala cara, y monsieur y madame Lafitte estaban demacrados y débiles. El aire de París empezó a impregnarse de un olor singular. Salía de los poros de las mujeres y de la boca de niños llorones, de hombres adultos y del pelo de perros que orinaban en los faroles.

Ada lo notaba en la nariz, en la ropa, en Stanislaus cuando se tumbaba a su lado en la cama por la noche. Ahora lo sabía: era el olor a cebolla rancia del miedo.

Se hablaba de racionamiento, y Ada se preguntó si Stanislaus cambiaría de opinión, si podría convencerlo de que se marcharan. Debían volver a casa, encontrar la manera de llegar a Inglaterra. Monsieur Lafitte daba a entender que era hora de jubilarse, ahora cada vez había menos trabajo y no quería empezar a confeccionar uniformes del ejército, no a su edad. ¿Y si Ada perdía el empleo? Entonces, ¿qué?

—No debería estar aquí —le dijo el hombre un día—. Una joven como usted. Es demasiado peligroso. Váyase a casa mientras pueda.

Pensó en el barrio donde vivían sus padres, cerca del río, con los muelles y los puertos; en sus hermanos pequeños, que vivirían Dios sabía dónde en el campo; en su madre, que estaría en los huesos debido a la preocupación; y Stanislaus no llegaba a casa hasta las tantas, de manera que Ada no tenía nada que hacer salvo rumiar sus preocupaciones como un zorro en una trampa.

Una noche de mayo Stanislaus volvió con la nariz ensangrentada y el labio roto, llevaba las gafas retorcidas y ladeadas en la nariz.

—Haz las maletas —dijo—. Tenemos que irnos.

—¿Qué ha pasado?

Se echó agua de la pila en la cara. En la mesa cayeron gotas rosáceas. Había sangre en la toalla con la que se secó.

—¿Qué ha pasado? —repitió Ada—. ¿Te han pegado?

—No importa —respondió—. Tú haz las maletas. Ahora.

Fue a limpiarle los cortes con la toalla, pero él le cogió la mano y se la apartó.

—¡Las maletas! —gritó—. ¡Muévete!

Ella sabía que Stanislaus sólo levantaba la voz cuando estaba preocupado. Quizá alguien hubiera pensado que era alemán.

—¿Me estás escuchando? Tenemos que irnos.

Bajó la maleta del armario y la tiró a la cama. Ada la abrió, sacó un vestido del armario y empezó a doblarlo. Él se lo quitó y lo metió en la maleta de cualquier manera.

—No tenemos tiempo para eso. —Hizo lo mismo con el resto de la ropa y el sombrero, después cogió la ropa interior del poste de la cama, donde se estaba secando, la echó encima y cerró la maleta—. Vamos.

Él no metió nada suyo. Ada lo siguió por la escalera, corriendo, bajando los escalones de dos en dos. Tropezaría si trataba de seguirle el ritmo. Se agarró a la barandilla para no caerse.

—Pero ¿adónde...?

—Cállate —espetó él.

La portera se había ido a su casa a pasar la noche, la persiana bajada, la portería oscura y desierta. Salieron del edificio, cruzaron el patio y se vieron en la calle. Una vez allí caminaron hasta un coche negro que estaba aparcado cerca, un coche que ella no había visto en su vida. Él abrió el maletero, metió la maleta y a continuación abrió la puerta del pasajero.

—Sube.

Entró, el asiento de piel frío en las desnudas piernas. Stanislaus le dio a la manivela hasta que el coche cobró vida, se subió al sitio del conductor y arrancó, las veladas luces dibujando estrechos triángulos en la carretera en la oscura medianoche. Ada tenía el estómago encogido y la boca le sabía a metal, a miedo.

—¿Adónde vamos?

—A Bélgica.

—¿Bélgica?

—Bélgica es neutral.

Ada estaba en lo cierto: pensaban que era alemán. Tuvo ganas de decir cuánto lo sentía. No lo veía en la oscuridad, pero sabía que tenía la boca cerrada, los labios apretados, y que no le diría nada al respecto. Era un hombre valiente.

—¿De dónde has sacado el coche?

—Me lo han prestado.

Entonces se acordó:

—¡Las muestras! —dijo ella—. Me he dejado las muestras. Tenemos que volver.

—Olvidalo.

—Por favor, Stanislaus.

Él se rio, una risa cruel, burlona. Ella nunca lo había visto de esa forma.

En la carretera no había tráfico, y cruzaron París a toda velocidad, las calles y los barrios sin iluminar desplegándose a sus espaldas. Quizá pudieran volver más adelante, cuando hubiera pasado esa crisis. Madame Breton se las guardaría. Eso era lo que hacían los porteros.

—¿Sabes cómo llegar a Bélgica? —preguntó Ada.

—Más me vale.

—¿Cuánto tardaremos?

—Cinco horas, seis. Quién sabe...

Seis horas era mucho tiempo. Conducía deprisa.

—¿Nos cogerán?

—¿Quiénes?

—Los que te persiguen.

Stanislaus no dijo nada. Permanecieron sentados en silencio. Ella cerró los ojos; estaba cansada. El ronroneo del motor y el vaivén del coche resultaban tranquilizadores, aunque tenía el estómago revuelto y un montón de preguntas en la cabeza. Había pasado algo, algo serio. ¿Y si los pillaban? Ella también se vería en un aprieto.

Debió de quedarse dormida, porque amanecía, una luz tenue, gris, que se colaba entre los altos árboles y trazaba suaves líneas en la carretera.

—Me alegro de que hayas dormido —observó Stanislaus con amargura.

Ada estiró las piernas y los brazos, cerró y abrió las manos. La carretera era recta; el paisaje, llano.

—¿Dónde estamos?

—En algún lugar de Picardía —respondió.

Su padre solía cantar *Las rosas brillan en Picardía*. Era una de sus canciones preferidas. Ésa y *Tipperary*. Le apetecía escucharla en ese momento, un deseo tan punzante que la atravesó como un puñal. Era como si lo oyese cantar, la voz dulce y delicada, y empezó a tararearla con él, un dúo triste, quedo:

—*En el silencio del rocío plateado, las rosas florecen en Picardía, pero no hay ninguna rosa como tú.*

Stanislaus se volvió para mirarla.

—¿Qué es eso?

—Es una canción que se cantaba en la guerra —respondió—. La cantaban los soldados en las trincheras. Supongo que los alemanes también tendríais canciones así.

Apretó el volante y tensó los músculos de la mandíbula.

—Yo no soy alemán.

—Lo sé. —Estaba enfadada, cansada. era un error absurdo. Pero aun así no tenía por qué ser tan seco, ella no era el enemigo—. ¿Crees que se volverá a combatir aquí?

—Cierra el pico.

Ada se hundió en el asiento y se puso a mirar por la ventanilla, las lágrimas agolpándosele en los ojos. No sabía dónde estaban, y daba la impresión de que en la carretera no había señales de tráfico. Dejaron atrás a un pelotón de soldados vestidos de color caqui, con casco, y con el fusil preparado.

—Son británicos —comentó Ada—. Para un momento, quiero hablar con ellos. —Preguntarles adónde iban, qué estaban haciendo allí. Quizá se ocuparan de ella, la llevaran a casa—. Por favor, para —insistió.

—No seas tonta —espetó él. Y añadió—: Eres una puñetera carga. Lo sabes, ¿no?

Él nunca había hablado mal. Ada se volvió en el asiento y por la luna trasera vio cómo desaparecían los soldados.

El coche empezó a perder velocidad.

—No. —Stanislaus pisó a fondo el pedal y cambió de marcha, profiriendo súplicas de irritación y enfado. El vehículo renqueó y se detuvo—. ¡No! —Ahora chillaba. Se bajó y cerró de un portazo. Ada vio que abría el maletero y sintió que el coche se estremecía cuando lo cerró de golpe. Luego fue hasta donde estaba ella y le abrió la puerta—. Sal —dijo.

—¿Qué pasa?

—No tenemos gasolina.

—¿Qué vamos a hacer?

—Andar —respondió.

Ada puso el pie en el estribo y se bajó de un salto. Miró la carretera, pero no había ni rastro de los soldados. Podía correr, darles alcance.

Él le cogió la mano y empezó a tirar de ella.

—La maleta —objetó ella—. Necesito la maleta.

—No hay tiempo. Nos retrasará.

—Pero... los zapatos —adujo Ada—. No puedo andar con estos zapatos.

Sólo tenía los zapatos con los que había ido a Francia, tantos meses atrás, unos sencillos escaarpines de tacón alto y grueso. Los había usado mucho, y tenían un agujero en una de las suelas. Eran bastante cómodos, pero no para andar.

—Pues quítatelos —zanjó él. No le soltaba la mano y caminaba a buen paso.

—¿Está muy lejos?

—Diez kilómetros. Quince.

—¿Cuánto es eso en millas?

—Siete —repuso—. Más o menos. Diez.

Diez millas. Ada no había andado tanto en su vida, y allí estaba, trotando para seguir el ritmo.

Pararon una vez, porque Stanislaus tenía que hacer sus necesidades. Ada agradeció la pausa: tenía flato, y se sentó a un lado de la calzada y se quitó los zapatos. Eran viejos y estaban usados, aunque por lo menos no le rozaban. Movié los dedos de los pies. No sabía qué hora era, pero el sol ya estaba alto en el cielo. Habían dejado atrás a varios pelotones de soldados. Le entraron ganas de decirles: «¡Buena suerte, muchachos!», pedirles ayuda, que la llevaran a casa, pero Stanislaus le ordenó que no dijera nada, la amenazó con silenciarla de una vez por todas si hacía un ruido. Por la carretera iban más personas, caminando como ellos o en bicicleta, hombres con sus novias o esposas sentadas en la barra. Una pareja llevaba un bebé, y otra un niño pequeño afianzado a una silla en la rueda trasera. De vez en cuando pasaba un coche, lleno de equipaje. Gente acomodada, pensó ella, que había logrado solventar la escasez de gasolina. Se preguntó a quién le habría pedido prestado el coche Stanislaus.

Estaba tenso, pero era normal, tenía una gran responsabilidad. Lo estaba haciendo lo mejor que podía. Ella sabía que no les pasaría nada. Tenía suerte. Tenían suerte. No sucedería nada, y

resultaba emocionante, en cierto modo, huir así. Lamentaba haber tenido que dejar las muestras, pero en la maleta no había mucho más que quisiera llevarse a toda costa a Inglaterra. La ropa que había metido —que Stanislaus había metido— estaba vieja y dada de sí. Si volvían a casa, ella se recuperaría en un santiamén, podría hacerse cosas nuevas. Eso si la señora B. le devolvía su antiguo trabajo. ¿Y en caso contrario? Conseguiría otro empleo, como había hecho en París. O quizá se quedaran en Bélgica. No sabía nada de Bélgica. Sacó un pañuelo y se limpió la nariz. Al menos aún conservaba el bolso de mano, y, antes de marcharse, había tenido la precaución de meter dentro la barra de labios y el peine. El monedero y el pasaporte siempre estaban ahí, en el bolsillo lateral.

—No queda mucho —observó Stanislaus. Ahora parecía más contento; le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Pero su buen humor no duró mucho—. Cuando lleguemos a la frontera —continuó—, tendrás que hablar tú. Tu francés es mejor que el mío.

—¿De qué tengo que hablar?

—Me deshice del pasaporte, ¿te acuerdas? Tendrás que decir que lo perdí, o que me lo robaron, o que con las prisas por marcharnos no sé dónde lo puse. Algo. Tengo que salir de Francia.

—Pero en mi pasaporte no pone que esté casada. No es el pasaporte de una mujer casada. Yo estaría en el tuyo si fuera tu esposa.

—Ya se te ocurrirá algo.

Ahora el gentío aumentaba, y delante Ada vio lo que parecía una cola que llegaba hasta dos funcionarios que estaban de pie, a lo lejos, junto a una garita.

—¿Es eso? —quiso saber—. Bélgica.

Stanislaus asintió, le pasó la mano por la cintura y la atrajo hacia él.

La mayoría de la gente hablaba francés, pero se oían otros idiomas que Ada no había oído nunca. Arriba y abajo caminaban soldados, asegurándose de que en la hilera se mantenían el orden y la calma. Soldados franceses, pensó Ada. Avanzaban despacio, centímetro a centímetro. Stanislaus se metió la mano en el bolsillo y le dio un franco a un niño que empujaba un carrito *con baguettes* y un recipiente de acero al que el sol arrancaba destellos. Ada tenía sed y hambre, y agradeció el pan y el agua, aunque le habría gustado que la taza de metal del agua hubiera estado un poco más limpia. Claro que los franceses no se preocupaban de esas cosas.

La cola se movía con lentitud. Tras ellos se sumaba más gente. Debían de ser cientos, pensó Ada, miles. Era como si media Europa escapara. Ahora los zapatos le apretaban. Tenía muchas ganas de sentarse o, mejor aún, de tumbarse cuan larga era y apoyar la cabeza en una mullida almohada de plumas. A ese paso estarían allí todo el día, toda la noche. Los aduaneros se tomaban su tiempo, examinando los papeles, haciendo preguntas, escrutando a los refugiados. Abrían maletas, sacaban un vestido de algodón, un fajín, reliquias arrebatadas a otra vida. Stanislaus se hallaba a su lado, la preocupación arrugándole la frente.

Avanzaban muy despacio. Diría que Stanislaus era su hermano. Que era algo simplón. Se daría unos golpecitos con los dedos en la cabeza. «Lelo. —¿Le importaría a él? También podía ser sordomudo—. Mi hermano no puede hablar. Alguien le robó el pasaporte.» Después le espetaría: «¿Por quién me tomas?», o le diría: «Bien hecho, Ada. Sabía que se te ocurriría algo»; quién sabía. Ensayó mentalmente las frases, en su mejor francés. ¿Y si se le olvidaban? ¿O si la veían venir? «No es tu hermano.» «Vengan conmigo, monsieur, mademoiselle.» Tendría que advertirlo: «No digas ni mu». Le preocupaba que tuviese un aspecto sospechoso, con los cortes y las magulladuras de la cara.

Despacio, despacio. A la mayoría los dejaban pasar, pero a algunos los rechazaban. Había una familia con muchos miembros, una abuela y sus dos hijos y una hija, o quizá una esposa, nietos. En total serían unos diez. Los niños, patizambos, llevaban los calcetines caídos por las flacas piernas; los chicos con pantalones cortos de franela gris, las chicas con vestidos de frunces. No

se movían, los ojos muy abiertos, vigilantes, mientras uno de los padres señalaba los documentos, a los niños. El funcionario negó con la cabeza, llamó a otro hombre que lucía un galón en el uniforme. Ada no oía lo que decían. Uno de los hijos cogió la mano del hombre, se la estrechó, risueño, y pasaron al otro lado, a Bélgica. Ada suspiró aliviada. Si esa familia podía cruzar, a Stanislaus y a ella no les pasaría nada. Fue siguiendo a cada refugiado, uno por uno, mientras el aduanero los dejaba pasar, sonriendo con ellos, por ellos. Familias, mujeres solas, hombres mayores. Avanzando poco a poco. Sólo tres personas los separaban del puesto fronterizo. Justo delante tenían a una pareja de ancianos. El hombre llevaba un sobretodo atado a la cintura con una cuerda; y la mujer, una falda negra con el bajo desigual que le colgaba por detrás, por los tobillos anchos, gordos. Todo el mundo parecía anticuado con la guerra, vestía ropa vieja, remendada y zurcida. Quizá se estuvieran reservando sus mejores galas para el armisticio. El funcionario les selló los documentos, y Ada vio cómo se alejaban arrastrando los pies.

Ya casi estaban. Sólo tenían delante a un joven. Como de la edad de Ada, con las mejillas sonrosadas y tersas, sin barba. De cerca el funcionario parecía serio, aburrido. Un tipo duro. Si no dejaban cruzar a Stanislaus, pensó Ada, ¿qué pasaría? ¿Lo arrestarían? ¿Lo llevarían a la cárcel? Si él empezaba a hablar, sabrían que ella había mentido, y en ese caso también se vería en un aprieto. Tal vez tuvieran que quedarse en Francia. Podían esconderse. Cambiarse el nombre. Nadie lo sabría. En cualquier caso, no tendrían que haber ido. Podían dar media vuelta, regresar a París.

Al cambiar de postura para que no le doliera la ampolla, Ada pisó un osito marrón que estaba en el suelo. Era de lana, suave, y estaba relleno de miraguano y cosido por el lateral, con puntadas regulares, uniformes. Quizá alguien le hubiese tejido un jersey a su esposo y un juguete al niño con la lana sobrante. Ada miró a su alrededor: no se veía a ningún niño. Se lo quedaría, de amuleto. Lo metió en el bolso.

El aduanero había cogido la documentación del joven y la estaba estudiando, le daba la vuelta, la ladeaba. Le devolvió los papeles y señaló a la izquierda, a una pequeña oficina que se encontraba a unos metros de distancia.

—*Mais...*—empezó el chico, los hombros caídos. Estaba a punto de llorar. Pero el funcionario no escuchaba, llamaba a Ada y a Stanislaus. El joven cogió la mochila, se la echó al hombro y se dirigió hacia la oficina.

Ellos se adelantaron. Ada repasaba mentalmente las frases: «Mi hermano, alguien le robó...».

—*Nationalité?*

Ada no sabía si enseñarle el pasaporte. Lo tenía allí mismo, en la mano, un librito azul oscuro. Al final optó por apretar el bolso con el suave osito dentro: «Deséame suerte».

—*Nous sommes anglais.*

El oficial levantó la barbilla y escudriñó sus rostros. Ella no se atrevía a mirar a Stanislaus. Tenía las axilas húmedas. Le empezaron a sudar las corvas y las palmas de las manos.

El hombre no dijo nada, con un movimiento de muñeca les indicó que pasaran y llamó a los siguientes, una familia con cinco hijos.

Habían cruzado, como si tal cosa. Se sentía mareada debido a la tensión, pero casi también decepcionada. No había tenido ocasión de decir lo que tanto había ensayado. Stanislaus no sabría lo lista que podía ser.

—Lo hemos conseguido —afirmó.

Estaban en Bélgica.

El alivio llevó consigo agotamiento. A Ada le dolían las piernas y la espalda, tenía otra ampolla en el talón. Quería que aquello terminara. Quería ir a casa, abrir la puerta: «Hola, mamá, soy yo». No estaba segura de tener la fuerza necesaria para caminar un metro más, y no sabía dónde se encontraban.

—¿Estamos lejos del mar? —preguntó.
—¿Del mar? —se rio él—. Estamos muy lejos del mar.
—¿Adónde vamos?
—A Namur.
—¿Por qué?
—*No more*

[1]

—dijo, guiñándole un ojo—. ¿Lo coges?
—¿Dónde está? ¿De camino?
La familia a la que tenían detrás en la cola los adelantó, la hebilla de una de las maletas le arañó la pierna y la empujó contra Stanislaus. Se apoyó en él.
—Quiero ir a casa —admitió—. A Inglaterra. ¿No podemos volver ahora?
—Puede. —Su voz era distante—. Puede. Pero primero iremos a Namur.
—¿Por qué? Quiero ir a casa. —Sintió ganas de decir: «Ahora mismo». Pataleó como una niña.
—No —negó él—. Namur.
—¿Por qué Namur?
—Negocios, Ada —contestó. Ella era incapaz de imaginar qué negocios podían llevarlos allí.
—Prométeme que después nos iremos a casa. —En su voz había pánico.
Le cogió la mano y le besó los nudillos.
—Te lo prometo.

Hicieron autostop y un coche los llevó hasta Mons, donde cogieron un tren abarrotado que se dirigía a Namur, y que iba parando en cada estación y en cada luz roja. Llegaron por la tarde. *Labaguette* era todo cuanto había comido Ada desde que salieran de París hacía dieciocho horas, y se notaba mareada y débil. Stanislaus la cogió del codo y la alejó de la estación mientras iban bajando por bocacalles. Ella no sabía adónde iban ni si Stanislaus sabía cómo llegar, pero se detuvieron junto a un pequeño café sobre el cual había un letrero pintado en el que ponía: PENSION.

—Espera aquí —dijo—. Yo me encargo.

Ada se sentó a una mesa de fuera. Ese lado de la calle se hallaba a la sombra, pero estaba demasiado cansada para ir al otro, donde brillaban los últimos rayos del sol de mayo. Stanislaus salió.

—Ya está. Madame nos dará una comida sencilla y, mientras comemos, su hija preparará la habitación. —Madame apareció con dos vasos de cerveza y los dejó ante ellos.

Stanislaus cogió su vaso.

—Por ti, Ada Vaughan. Namur.

Ella tocó el bolso con el osito de lana, levantó el vaso para brindar con él y le sonrió. Tenían suerte.

Paté y pan, salchichas. La cerveza era turbia y dulce, y Ada se bebió dos grandes vasos. Se le subió a la cabeza, y lo agradeció. No se achispaba desde antes de la guerra. Ahora era como si de los primeros días con Stanislaus hiciese una eternidad, en el Café Royal, un martini o dos, con una cereza pinchada en un palillo. Satisfechos y ebrios de amor, bajaban por Piccadilly hasta el número 12, donde él la besaba bajo el farol, los labios tiernos contra los suyos. De camino a casa, ella comía caramelos de menta para que no le oliera el aliento. Y ahora era exactamente así: el mal humor de Stanislaus había desaparecido, sus preocupaciones —las preocupaciones de ambos— habían terminado. «*No more. Namur.*» No más mal humor o

silencios amargos. Volvía a estar animado, pero pasaba deprisa de la luz a la oscuridad. Y a Ada le preocupaba. Sus cambios de humor también la hacían cambiar a ella: cuando estaba alegre, ella lo estaba también, ágil y chispeante. Pero cuando se enfurruñaba, la ofuscaba como la niebla.

Después de cenar fueron arriba. Ada caminaba con paso vacilante, era consciente de que olía mal tras haber estado huyendo todo el día, tenía el pelo pegado, lleno de polvo y sudor. Madame les dejó una jofaina de agua y una palangana en la mesa, además de una toalla y una manopla.

—Tengo que lavarme —dijo con lengua de trapo.

Stanislaus asintió, se acercó a la ventana y se puso a mirar la calle, dándole la espalda. Ada humedeció la manopla y se frotó. Era como si estuviese oyendo a su madre, se veía de pequeña junto a la pila de la cocina, en su casa: «Lo más arriba que puedas, lo más abajo que puedas». Soltó una risita con la boca contra la manopla y se sorprendió llorando, un arrebató de nostalgia y miedo, como si cayera rodando por un barranco y no pudiera parar.

Fue consciente de que Stanislaus la cogía al caer, la tumbaba en la cama y se desabrochaba torpemente los botones de la bragueta. La cabeza le daba vueltas, los ojos le pesaban. Sólo quería dormir. Notó que le separaba las piernas y la embestía con impaciencia, oleadas intensas de dolor que la hicieron gritar. Después se separó de ella y se tumbó a su lado. Ada tenía las piernas mojadas. Incluso a través del velo del cansancio, vio que él ni se había quitado la camisa.

Cuando despertó reinaba la oscuridad. Entonces lo oyó. La sacudida lejana de una explosión, el estruendo de artillería pesada. No habían echado las cortinas, y por la ventana se distinguían trazos blancos y bermellón en el cielo nocturno.

—Stanislaus...

Lo buscó a tientas a su lado: la cama estaba desierta; las sábanas, frías y lisas. Se incorporó, despierta, el pánico apoderándose de su cuerpo, sin aliento.

—Stanislaus...

Su nombre resonó en la habitación vacía. Algo iba mal, lo sabía. Buscó su ropa, se la puso, «por favor, Dios mío, permite que vuelva». Oyó pasos fuera: tenía que ser él. «Seguro que ha salido a buscar un cigarrillo.» Abrió la puerta, pero era madame quien subía la escalera, iluminando el camino con un pequeño quinqué.

—Mademoiselle. —Jadeaba debido a la subida—. Han llegado los alemanes. Tiene que bajar al sótano.

—Mi esposo —dijo Ada—. ¿Dónde está mi esposo?

—Venga conmigo —la instó madame, iluminándolas a ambas. Con la otra mano se levantaba el largo camisón.

—Pero mi esposo... —El pavor se dejaba oír ruidosamente, un claxon penetrante, persistente—. Mi esposo. No está.

Habían entrado en el café. Estaba a oscuras. Ada distinguió las mesas y las sillas, el espejeo de botellas tras la barra. Madame abrió una trampilla y se dispuso a bajar.

—Venga —dijo.

Ada buscó a Stanislaus en la penumbra, aguzó el oído para sentir su respiración, olió el aire para percibir su aroma, pero su nariz se inundó de un olor acre a cerveza pasada y azúcar quemado.

—Mademoiselle, ahora: ha de venir ahora mismo. Corremos peligro.

Una mano le tiró del tobillo: Stanislaus no se encontraba allí. Estaba fuera, en la noche, a solas, en peligro. Se oyó un estruendo a lo lejos. La mano volvió a tirarle del pie, y Ada perdió el equilibrio y tuvo que agarrarse a una silla para no caerse.

—Ya voy —aseguró.

Buscó la luz de su cigarrillo en el sótano, su sombra en el espacio abovedado. «Te tomaste tu

tiempo, Ada.» Madame cerró la trampa y encendió una única bombilla que arrojaba una luz tenue en la oscuridad. El sótano estaba lleno de barriles apilados de cinco en cinco y un par de carretillas de transporte. El suelo de tierra olía a setas. Madame había bajado una lámina de linóleo y dos sillas de duro respaldo. Junto a una de ellas había una cesta con pan y queso. Estaba preparada para ese día, sabía que la guerra se avecinaba. Ada también tendría que haberlo sabido.

—Mi esposo —empezó a gimotear Ada—. No está aquí.

—¿Su esposo?

—Sí. ¿Dónde está?

—¿Suesposo?

—Sí. *Mon mari*. —Ada se preguntó si madame estaba sorda o no entendía su acento—. El hombre que estaba conmigo esta tarde. Con bigote, gafas. Mi marido.

—Sí, sí —afirmó la mujer—. Sé quién es. Se ha ido.

Ada se acercó cojeando a la silla y se sentó, la sangre rugía en su cabeza.

—¿Se ha ido? —inquirió con un hilo de voz.

—*Oui*—confirmó madame—. A reunirse con su esposa. Iban a Ostend, a coger el transbordador, a Inglaterra. Le he dicho que pensaba que sería un milagro, el transporte ya no es lo que era. No se puede conseguir combustible, ¿sabe? Pero él ha insistido.

—No —negó Ada—. Debe de tratarse de un error.

—No. —La mujer sonaba casi jovial—. Se ha mantenido firme. Ha dicho que tenía que volver a Inglaterra.

¿Stanislaus se había ido? ¿A reunirse con su esposa? ¿A Inglaterra, donde seguramente lo encerrarían en la cárcel? Aquello no tenía sentido.

—Pero ¿y yo? —dijo Ada.

—Ha afirmado que usted tenía otros planes. Que sabría qué hacer.

Las fuerzas le abandonaron el cuerpo, la carne blanda y entumecida. Madame debía de estar hablando por fuerza de otra persona. Por la mañana, cuando hubiera luz, iría a buscarlo. Estaba en las calles, perdido. Quizá herido. Lo encontraría. La artillería alemana aún se hallaba muy lejos, aunque sonaba bastante próxima.

La carretera pasaba por encima del sótano. Oía coches, pasos en los adoquines, el chirriar de una carretilla y el timbre enérgico de una bicicleta. Había una trampilla de madera que daba a la calle, por la que los repartidores bajaban los barriles. Ada veía luz por las rendijas.

—No salga —advirtió madame—. La última guerra..., los alemanes. Cuánto horror. —La retuvo, la curtida mano en el brazo de Ada, los arrugados dedos rodeando su muñeca.

Ada se zafó.

—Puede que esté esperando —aventuró—. Fuera. Tenemos que dejarlo entrar.

—Se ha ido.

Madame negaba con la cabeza. «No conoce a Stanislaus», pensó Ada. O no lo entendió bien. Hablaba un francés malísimo.

Ada oía voces, apagadas, un discurso urgente que no comprendía del todo. La ciudad estaba despierta y viva, y Stanislaus formaba parte de ella.

Se quitó de encima a madame, cogió el bolso, subió la escalera y abrió la trampilla que comunicaba el sótano con el café. La luz de la mañana entró a raudales, motas de polvo bailoteando en los rayos de sol. Ada miró a madame, que estaba de pie junto a la silla, en la mano una servilleta de tela que le caía por el regazo.

—*Vous êtes folle!*—exclamó, negando con la cabeza.

Ada recorrió los cerrojos de la puerta y salió a la calle. La luz era limpia, y el sol brillaba bajo y

caluroso. En ese lado de la casa la calle estaba silente y desierta, como si un ejército de demonios hubiese pasado por allí y se hubiera llevado a las almas. En el aire flotaba un olor peculiar, un bálsamo dulce de un árbol con follaje reciente cuyas ramas colgaban sobre la calzada. Recordó a Stanislaus, hacía tanto tiempo, «es el olor de los árboles haciendo el amor». La ampolla aún le dolía, y arrancó unas hojas y se las puso en el talón del zapato; acto seguido, camina que te camina, dio la vuelta a la esquina, cojeando.

Los edificios eran altos, paredes de ladrillo con el tejado vertiginoso y ondulado. Ada dio media vuelta y enfiló otra calle. Desierta. No había ni rastro de los alemanes por ninguna parte. Un hombre en bicicleta se dirigía hacia ella, y por un momento Ada estuvo segura de que se trataba de Stanislaus. Pasó de largo; un tipo de pelo rubio con la mirada lasciva, que volvió la cabeza al pasar. Ada se llevó la mano al cuello del vestido. Se lo había abotonado mal con las prisas de la noche y se le abría en la parte superior, se le veía la combinación. «Vestida deprisa y corriendo. Una mujer de vida alegre.» Esperó a que el hombre pasara, se abrochó debidamente el vestido y se fue corriendo por si volvía; la ampolla reventada le rozaba el zapato mientras se apresuraba golpeando los adoquines.

La calle desembocaba en una gran plaza donde había cientos de personas. Ada se detuvo, se llevó las manos a la cara y se tapó la nariz. El olor del miedo, que había conocido en París, también inundaba esa plaza, le dejaba un gusto agrio en la lengua, su fúnebre lamento le resonaba en los oídos. Rostros marcados por la determinación, las miradas fijas al frente, los codos fuera, tirando de maletas y de niños. Gritaban y lloraban, empujaban bicicletas o cochecitos cargados de bártulos. Vio a una anciana en una carretilla, el cabello liso y blanco, el rostro demacrado y ojeroso, las lágrimas corriéndole por las hundidas mejillas, los huesudos nudillos aferrándose a los lados mientras su hijo pugnaba por mantener firme la carretilla. Los coches tocaban la bocina en señal de irritación al intentar abrirse paso entre la multitud. Un caballo de tiro, percibiendo el terror, se tensó en las crujiendo varas del pesado carro. Se respiraba enfado por doquier. Ella ya lo había visto antes, en Londres, en París. Sólo que ahora era real: los alemanes llegaban. Bélgica debería haber estado a salvo.

Nunca encontraría a Stanislaus en medio de ese gentío. Quizá él hubiera conseguido escapar, o quizá lo hubieran cogido, le hubieran pegado un tiro, su cuerpo pudriéndose tras las líneas enemigas. Cerró los ojos e intentó desechar ese pensamiento, intentó entender todo aquello, entenderlo a él. ¿Cómo podía tener esposa? Habían pasado cada día juntos desde que salieron de Londres. Siempre volvía a casa, aunque fuese tarde. Ada lo habría sabido. Madame se equivocaba. Pero, entonces, ¿por qué salir de París tan deprisa? ¿Por qué ir a Bélgica? ¿Por qué Namur? ¿Por qué ese sitio?

La multitud la zarandeaba. Supo dónde se encontraban, cerca de la estación de trenes. La gente debía de dirigirse allí. Quería librarse de ella, pensar. Trató de dar media vuelta y oponer resistencia a esa fuerza. Nadie reparaba en ella, no le importaba a nadie. Se hallaba sola en medio de un millar de gente asustada que huía. Stanislaus no estaba, y ella no sabía adónde ir ni qué hacer. No tenía a nadie a quien recurrir. Dejó que el gentío la arrastrara consigo. Quizá ellos supieran adónde iban. Quizá supieran de un lugar seguro.

París. Podía volver a París. Monsieur Lafitte, madame Breton. Ellos la cuidarían. Les explicaría por qué se había marchado sin decir nada. «Un pequeño lío en el que se metió Stanislaus: creyeron que era alemán.»

Y entonces la verdad la golpeó con fuerza en la cara: ¿y si Stanislaus era alemán? ¿Y si la señora B. tenía razón? Era un espía, y ella su coartada. Intentó volverse de nuevo, pero la presión de la multitud era excesiva. Hacerse a un lado, pensó, a un lado, adelante y a un lado. Allí había menos gente.

Un hombre la pisó y ella soltó un grito.

—*Excusez-moi, mademoiselle*—se disculpó—. *Excusez-moi*. —No se detuvo, la mirada fija en el

espacio que se abría más adelante.

Ada llegó al final de la plaza y se paró bajo un soportal, lejos de la multitud. ¿Qué hacía Stanislaus en Londres? Ella nunca se lo había preguntado. La llevó a París, dijo que no habría guerra, dijo que no podía volver a Inglaterra. Ella le prometió que se quedaría a su lado. Formaban una pareja joven y guapa, y ella era su tapadera. ¿De dónde sacaba el dinero? ¿En qué negocios andaba metido? ¿La amaba?

Había sido una idiota. Se había dejado engañar. Y después Bélgica, Namur. «*No more.*» Claro: sabía que los alemanes iban allí, seguro que lo sabía. Y había ido a reunirse con ellos, no con su mujer, no tenía mujer. Se trataba de una palabra en clave. Los espías las utilizaban. Claro que nunca le había visto el pasaporte: no se lo podía enseñar. Lo delataría. «Cuando lleguemos a la frontera, Ada, tendrás que hablar tú.» La había dejado allí, se había desembarazado de ella cuando ya no le servía. Propósito cumplido, misión concluida.

Un avión pasó, emitiendo un zumbido rítmico continuo, como una avispa gigantesca. Volaba tan bajo que Ada distinguió una esvástica en la cola, la cruz en el lateral y la espectral silueta del piloto en la carlinga. Momentos después se produjo una explosión, lo suficientemente cerca como para que el suelo vibrara. La muchedumbre chilló y se dispersó, y Ada oyó los relinchos asustados de los caballos, el llanto de los niños, vio a gente que caía al suelo y era pisoteada. Permaneció en el extremo de la plaza, petrificada. Apareció otro avión, y Ada cayó en la cuenta de que había divisado a la gente y se disponía a atacarla. Se abrió camino a empujones por los soportales y se metió en una bocacalle. Corría y corría cuando cayó otra bomba, esta vez más próxima, su fuerza sacudiendo el suelo de tal forma que tropezó y se cayó. «Levántate, levántate.» Sabía que tenía que correr, salir de las calles y buscar refugio. Oyó un gran estruendo: ante ella un edificio se desplomaba, un gigante con las rodillas hechas añicos, derrumbándose en medio de una densa nube de polvo. Debía volver con madame, al sótano, refugiarse.

Se levantó y miró a su alrededor: el cielo estaba lleno de polvo, una argamasa pegajosa, gris, que le taponó la nariz y le cayó como si fuese ceniza en las manos y en la boca. Intentó librarse de ella, pero se le pegaba a la lengua, era como papel secante, chupándole la saliva. No sabía dónde estaba *lapension*, ni cómo se llamaba, ni en qué calle se encontraba ella. Se había desorientado. Sentía el pie pringoso. Se había hecho un corte en la rodilla al caer, y la sangre le corría por la pierna y se le metía en el zapato. La ampolla le estallaba de dolor. Se quitó los zapatos: tenía que correr. Alejarse de allí. Quizá la pensión estuviese a la derecha. Había cruzado la plaza. Calle arriba, la primera a la derecha, pero la calle volvía sobre sí misma y regresaba al mismo punto de partida. Se estaba moviendo en círculos.

La gente había salido corriendo en busca de un lugar donde cobijarse. Se oyó otro avión a lo lejos y un ruidoso tableteo. El aparato se acercó, y Ada contempló, paralizada, la bomba alargada y negra que caía tras una hilera de casas cercanas. La tierra tembló. Ada oyó el tintineo de cristales rotos, notó que un fragmento le rozaba el brazo, vio que una nube de humo negro y espeso salía de una calle vecina. Ahora había más aviones y más bombas que se aproximaban cada vez más deprisa. No había ningún lugar seguro. Había cristales rotos por todas partes e iba descalza. Se puso los zapatos, haciendo una mueca de dolor debido a las ampollas, y se alejó corriendo de la explosión, mientras bajaba por otra calle que no reconoció, «lejos, lejos», el cerebro a la misma velocidad que las piernas, rezando por primera vez en meses. «Por favor, Dios mío, por favor, Dios mío...»

Dio la vuelta a una esquina y las vio. Eran dos. Estaban allí plantadas, bien a la vista, mirándola fijamente.

Les Soeurs de la Bienveillance. Pesadas vestimentas negras y griñones blancos almidonados.

Reconoció el hábito: se trataba de la orden en la que había ingresado su tía Vi hacía quince años.

—Por favor —pidió. Fue consciente de que las palabras le salían de forma atropellada, pugnando por hacerse sitio, suplicando que las oyeran en medio del rugido de las bombas—. Por favor, ayúdenme. *Aidez-moi*. Me llamo Ada. Mi tía es monja, una de ustedes, la hermana Bernadette de Lourdes, quizá la conozcan. Hizo el noviciado aquí, en Bélgica. —¿O había sido en Francia? Ada no se acordaba. Por aquel entonces era pequeña—. Me he perdido. Mi esposo... —¿Qué podía decir?—. Estoy sola.

—¿Su esposo? —repitió una de las monjas.

Tenía que seguir con la mentira.

—Sí —se apresuró a decir. Los disparos y las explosiones habían cesado. El humo y el polvo las envolvían como un sudario, y el olor a mampostería rota y a quemado inundaba el aire. Tal vez fuese su única oportunidad—. He perdido a mi esposo.

Tenía náuseas, y la cabeza empezó a darle vueltas. Cuando volvió en sí, se hallaba sentada en el suelo, la cabeza metida entre las rodillas.

—Madame —decía una de las monjas—. Madame, no se puede quedar aquí. No es seguro.

—Ayúdenme —insistió Ada. La voz era lejana, un golpeteo distante en su cabeza—. No tengo adónde ir.

Las monjas la levantaron, una por cada lado, asiéndola con firmeza por los codos.

—Venga con nosotras.

Se apoyó en ellas, las piernas moviéndose, primero una y luego la otra, pero ahora sus huesos eran de esponja, y se había quedado sin fuerzas.

Reparó en que reinaba una calma inquietante, nubes de humo se alzaban en el claro cielo azul, un río espejeaba con la luz del sol, y un castillo coronaba la colina. También se fijó en los adoquines irregulares y en los cristales rotos y, más allá, en un arco de hierro forjado en el que ponía: LARÉSIDENCEDESAINST-JOSEPH. Las monjas la llevaron adentro, a un gran recibidor con el suelo en damero de mármol y una estatua de tamaño natural de san José en el centro. En un brazo sostenía un lirio, y con el otro, en alto, impartía una bendición. Una monja echó a andar por un pasillo, y la otra la condujo hasta un largo escaño de madera.

—*Asseyez-vous*—dijo—. *Attendez*.

Ada se sentó. Aún se sentía mareada y débil. En su cabeza resonaban el ruido de las bombas y el derrumbamiento. Hacía días que no comía en condiciones, nada de carne ni patatas, y tampoco había dormido bien. Se quitó un zapato y luego el otro. Tenía los pies sucios, ensangrentados y negros de haber ido descalza. Apretó contra sí el bolso, que tenía rozaduras y polvo y en el que se notaba el bulto del osito que llevaba dentro. El osito le estaba dando suerte, hasta el momento la había mantenido con vida. Buscó la polvera y el pintalabios. «Debo de estar hecha un espantajo.»

Oyó un tintineo de cuentas, un frufú de faldas pesadas, y percibió el suave olor a polvos de talco de las monjas. Una de las de esa mañana llevaba una bandeja, y otra monja, alta y delgada, caminaba con aire de autoridad. Sería la directora. ¿Cómo decía que había que llamarlas su tía Vi? ¿Reverenda? ¿Madre? ¿Madre superiora? Tras ella había una monja de más edad con el rostro severo y rubicundo y gafas redondas de concha. La que la había rescatado esa mañana depositó la bandeja a su lado, en el banco. Tenía un vaso de agua y un poco de pan. La monja alta se acercó a Ada, abriendo los brazos para darle la bienvenida.

—*Je suis la bonne mère*—dijo. Ada intentó ponerse de pie, pero las rodillas le fallaron. La madre superiora se sentó a su lado y señaló la bandeja—. *Mangez*.

Ada bebió el agua y notó que le suavizaba la garganta. A continuación, partió un pedazo de pan

y se lo metió en la boca.

—Es usted inglesa —observó la religiosa—. Ha perdido a su esposo.

Ada asintió.

—¿Cómo se llama?

—Ada Vaughan.

—¿Y es sobrina de nuestra querida *soeur* Bernadette de Lourdes?

Ada asintió nuevamente. Los labios le temblaban. Nunca había estado tan sola ni tan asustada.

—Recuérdeme cómo se llamaba su tía antes de ordenarse —pidió la religiosa.

—La tía Vi —respondió Ada. Y se corrigió—: Violet. Violet Gamble.

—¿Y cuándo ingresó?

—No me acuerdo —admitió Ada. Sabía que la estaban poniendo a prueba; podía ser una impostora. Si respondía mal, la echarían, volvería a verse en la calle—. Yo era pequeña cuando se fue, pero hará unos quince años, quizá diez. —Y añadió—: Creía que estaba aquí.

—¿Y de dónde era? —preguntó la otra monja, la de la cara roja. Lo dijo en inglés, con acento irlandés. Sonaba estricta, como si Ada estuviese contando una patraña.

—De Londres —afirmó ella—. De Walworth. Vivía en el número diecinueve de Inville Road, en Walworth.

La monja de la cara roja hizo una señal de asentimiento a la superiora.

—Por favor, ayúdenme —pidió Ada.

—¿Cómo? —repuso la madre superiora—. Nosotras cuidamos ancianos. Debemos pensar en ellos.

—Trabajaré para ustedes. —Su tía Vi había dicho que siempre tenían a personas laicas que se ocupaban de limpiar, fregar los platos, hacer las camas. Ada podía hacer eso. Tenían que acogerla—. Dejen que me quede, por favor. Haré lo que sea. No tengo ningún sitio al que ir.

La madre superiora le dio unas palmaditas en la mano a Ada, se levantó y se fue a un rincón, indicando a la otra monja que la siguiera. Le dieron la espalda a Ada y juntaron la cabeza. Ella no oía lo que decían, y tampoco estaba segura de que lo fuera a entender en caso contrario. La madre superiora hablaba deprisa.

Volvieron al cabo de unos minutos.

—Podemos ampararla. —Se encogió de hombros—. Pero ¿durante cuánto tiempo? —dijo, la palma de las manos hacia arriba—. *Je ne sais pas*. Si los británicos nos ayudan, si echan a los alemanes, unos días, quizá. Después tendrá que marcharse.

Ada asintió. Allí estaría a salvo, más que en *la pension*. Además, no sería capaz de dar con la pensión, no ahora, con las bombas y el humo.

—Gracias, *bonne mère*—respondió Ada—. Muchísimas gracias.

Los ingleses llegarían pronto. Todo se arreglaría. La enviarían de vuelta a Londres, con sus padres.

La madre superiora asintió y se metió las manos bajo el escapulario.

—La hermana Monica —informó, ladeando la cabeza hacia la otra monja, que miraba ceñuda a Ada— está a cargo de las novicias. La dejaré con ella. Ahora tengo mucho que hacer. —Dio media vuelta y se fue por el pasillo.

—Ella no es la única que tiene mucho que hacer —aseveró la hermana Monica con tirantez—. Y que no tiene tiempo para hacerlo.

—Puedo ayudar —se ofreció Ada, aunque lo único que quería hacer era dormir.

—¿Usted? ¿Cómo?

—Sé coser. Y limpiar y...

La hermana resopló y empezó a alejarse mientras decía:

—Bien, en ese caso venga conmigo. La madre superiora dice que tengo que hacer de usted una monja.

Ada se levantó, metiéndose el bolso bajo el brazo.

—¿Hacer de mí una monja?

—Ha dicho que la vista como una de nosotras —explicó con desaprobación—. Un sacrilegio. Por no mencionar el peligro. ¿Y si ganan los alemanes? Entonces, ¿qué?

Había dos puertas altas al final del corredor; en ellas ponía: PRIVÉ. La hermana Monica las franqueó, subió un largo tramo de escalones de madera, enfiló otro corredor y entró en una habitación grande llena de anaqueles con montones de prendas de vestir, ropa blanca y toallas dobladas.

—Necesita darse un baño —dijo la monja al mismo tiempo que le ponía una toalla a Ada en los brazos y le señalaba la puerta de enfrente—. Pero, cuando acabe, no se vista. Póngase esto —le dio una combinación larga blanca— y vuelva aquí. No se eternice. Y no llene más de cinco centímetros la bañera ni se olvide de limpiarla al terminar.

Una bañera amplia con patas en forma de garra, suelo y paredes de azulejos. Sin espejo. Mejor: no quería ver el aspecto que tenía. Abrió el grifo, y las tuberías chirriaron al vomitar un agua humeante. No usaban mucho la bañera, pensó Ada. Las tuberías estaban llenas de aire, como la bomba de su casa. Se desvistió y se metió en el agua caliente, haciendo una mueca de dolor cuando le tocó las ampollas reventadas, contemplando cómo eliminaba la suciedad. Se echó hacia atrás, mojóndose las puntas del pelo. Si cerraba los ojos se quedaría dormida.

La hermana Monica aporreaba la puerta:

—Salga ya. No tengo tiempo para quedarme aquí esperándola.

Ada se frotó el cuerpo con la toalla y se puso la combinación por la cabeza, pero se le arrugó con la piel húmeda. Se sentía mejor después del baño y la comida, más entera.

—Siéntese ahí —pidió la hermana Monica, señalando una silla. En las manos tenía unas tijeras grandes. Ada las miró con cara de espanto—. Ni se le ocurra protestar —continuó la hermana Monica—. La tengo calada, Ada Vaughan.

Se sentó en la silla y la hermana Monica le agarró el pelo. Después oyó las hojas de la tijera al cerrarse y vio que un mechón castaño caía al suelo. Sabía que las monjas se afeitaban la cabeza, pero si sólo iba a estar allí unos días, ¿por qué tenía que hacerlo ella? Pronto estaría de vuelta en Inglaterra y tendría un aspecto ridículo. Mechones de pelo caían de la combinación al suelo.

—Ahora póngase ahí —ordenó la hermana Monica.

Ada se tocó la cabeza: no se la había afeitado, pero el pelo era corto. Lo notó seco y áspero, como si fuesen cerdas. Tenía el cabello a los pies, largas ondas de una abundante cabellera ambarina, como hojas caídas. Cruel. Un corte cruel. Tendría que llevar sombrero mientras le crecía. Podría haberse hecho un turbante con una de las muestras que dejó en París, eso habría estado bien. Pero ahora tendría que salir con esos trasquilones, a menos que encontrara un pañuelo para cubrirse la cabeza.

La hermana Monica recorría los anaqueles e iba sacando prendas dobladas.

—Se pondrá el hábito de la hermana Jeanne —decidió—. Murió la semana pasada. Éstos son los pantalones. Van primero. —Sostuvo en alto un cuadrado grande de percal, dividido por la mitad—. Póngaselos y tire de las cintas. Cintura. Piernas.

Ada se los puso: eran enormes.

—¿Tiene otros más pequeños?

La hermana Monica soltó un bufido.

—Me figuro que lo siguiente que querrá serán unas bragas francesas a la medida. —Ada no dijo nada—. Y ahora esto.

Cuerpo y enaguas, túnica y escapulario, cordón y rosario. De sarga, negra. La hermana Jeanne era una monja corpulenta, y su ropa le quedaba enorme a Ada. Los zapatos y las medias tampoco eran de su número.

—Y ahora el griñón —concluyó la monja. Se lo encasquetó, tirando con fuerza para que le

quedara bien pegado a la cabeza—. Y se lo abrocha aquí. —Le arañó la barbilla al meter el botón forrado por un ojal pequeño en el almidonado hilo—. Una cosa más —mencionó—. Cuando tenga el periodo, venga a pedirme pañitos. Y eso que estoy viendo, ¿es un anillo de boda? —Lo señaló, y Ada asintió—. Démelo.

Ada se quitó la alianza y se la entregó a la monja.

—¿Le importaría decirme por qué le ha dejado una mancha verde en el dedo?

Ada sabía que no era de oro.

—Verá —dijo la hermana, los ojos entrecerrados reflejando ese «te he calado»—, la hermana Bernadette me lo ha contado todo de su familia. He hecho memoria: Vaughan es su apellido de soltera. Conque casada. Es una mujer caída, una ramera, y así se lo he dicho a la madre superiora.

Ada se sentía indefensa. ¿Por qué había mentido? Ahora no podía decir la verdad, nadie la creería, nadie se apiadaría de ella. Quería alejarse de la hermana Monica, ir con la madre superiora. Ada se lo explicaría todo. Había sido amable.

—Deme su pasaporte —pidió la hermana—. Nosotras lo guardaremos.

Ada abrió el bolso y sacó el osito de lana y el pasaporte. La hermana Monica se lo metió en el bolsillo.

—Tendremos que quemar el bolso —afirmó—. Por si vienen los alemanes.

Ada iba a protestar, pero no se atrevió. Se lo entregó.

—Y el osito —añadió la monja.

El animalito le daba suerte, aunque Ada no se atrevió a decírselo a la monja, que negó con la cabeza, se palpó el lateral de la túnica, dio con el bolsillo y metió allí el osito.

El suelo se estremeció e instantes después Ada oyó el estruendo: los alemanes bombardeaban de nuevo, cerca. La hermana Monica se santiguó y cogió de la mano a Ada. Echaron a correr por el pasillo. Las gruesas faldas dificultaban el movimiento. Cruzaron las puertas donde ponía PRIVÉY entraron en un dormitorio grande, que olía a desinfectante, en el que debía de haber más de una veintena de ancianos tumbados o sentados en un lado de las camas. La estancia tenía puertas en ambos extremos, y por las del fondo Ada vio a una monja que sacaba una cama y tras ella, otra. Estaban evacuando la sala, poniendo en fila las camas para meterlas en los ascensores.

—Écheles una mano —ordenó la hermana Monica.

Ada siguió el ejemplo de una mujer joven que ayudaba a caminar a uno de los ancianos. Fue a la cama que tenía más cerca y le pasó los brazos por la espalda a un hombre frágil; notó su peso al apoyarse en ella. Olía a orina y tenía el aliento rancio de por la mañana. El hombre buscó a tientas un bastón y echó a andar. Ada fue a la cama siguiente. Ese hombre era más corpulento, y Ada casi se dobló bajo su peso. Lo sostuvo por el codo mientras caminaba. Siguieron al resto, bajando con pasitos lentos, dolorosos, por la empinada escalera de piedra que llevaba al sótano.

Algunas veces las explosiones eran tan próximas que el suelo vibraba con el impacto; otras veces reinaba el silencio, interrumpido únicamente por el tableteo de disparos lejanos. Ada dormía en la cama de la difunta *soeur* Jeanne y seguía su rutina: en pie a las cinco, ángelus, oraciones, misa. La costra que tenía en la rodilla le tiraba cuando se arrodillaba. Ya llevaba allí cuatro días, los iba contando. Trabajaba el día entero. Lavaba a las ancianas, les peinaba el escaso pelo blanco, afeitaba a los hombres y les limpiaba sus partes. Lo peor era la cuña. A veces los ancianos se orinaban en la cama, y Ada tenía que quitar las empapadas sábanas y limpiar el desastre. «Por favor, Dios mío —pensaba Ada—, haz que los alemanes se vayan. Haz que pueda volver a casa.» Agradecía a la madre superiora que la hubiera acogido, pero sabía

que no podría aguantar allí mucho tiempo, sobre todo no con la hermana Monica. *Hermana Maliciosa*, la llamaba Ada.

Pasaban la mayor parte del tiempo en el sótano del edificio. La madre superiora decía que era lo mejor, hasta que los alemanes se fueran y las explosiones cesaran. Cada día, después del ángelus, les contaba lo que estaba sucediendo, recibía las noticias del sacerdote, que las oía en la radio. Ada contaba los días: cinco. Los alemanes habían atravesado las defensas de los aliados en las Ardenas. Ada no sabía dónde estaba eso, pero sí sabía que la cosa era seria. Seis. Ocho. Bruselas había caído. Nueve. Amberes había caído. Ada se tapaba las orejas con las manos. Diez. Combates duros. Catorce. Dieciséis. Más de dos semanas. Tal vez aquello no acabara nunca. Ojalá parara. Ojalá se acabase. ¿Y si los suyos no eran capaces de contener a los alemanes? ¿Qué pasaría entonces? No quería vivir en un sótano, ni ser monja, ni escuchar cada día a la madre superiora, que guiaba sus oraciones, cuando podían estar fuera haciendo algo, devolviendo los golpes, como los soldados a los que había dejado atrás, aquellos muchachos británicos, aunque no estaba segura de que ella fuera lo bastante valiente.

El rígido y duro hilo del griñón le arañaba la cabeza y le rozaba en la barbilla. En una ocasión se vio de reojo en el cristal de una ventana: negra e informe. El hábito daba calor, y Ada se sintió tentada de quitarse una de las capas, pero no se atrevió, no fuera a enterarse la hermana Maliciosa. En el convento había algunas monjas inglesas, pero todas ellas debían de hablar francés, de manera que Ada no sabía con seguridad cuántas había ni quiénes eran. No tenía a nadie con quien hablar. Echaba de menos a Stanislaus.

Un buen día la madre superiora les anunció que el rey de Bélgica se había rendido, y el ejército también, tras dieciocho días de valiente resistencia. Ahora el país se hallaba bajo el dominio alemán. Pese a todo, ellas debían continuar con su vocación de cuidar de los pobres, los enfermos y los ancianos. Ada estaba a punto de preguntar qué pasaría con ella, pero entonces sonó la campana, una y otra vez. Su clamor rebotó en la capillita improvisada del sótano, donde se hallaban reunidas. El vía crucis tembló, y las velas de debajo titilaron.

La madre superiora indicó a las monjas que se sentaran. Se oían voces a lo lejos, aproximándose. Botas arriba, «uno, dos, uno, dos», golpeando pesadamente la escalera de piedra y por el corredor. La madre superiora permaneció junto al altar, mirando por encima de su cabeza, a la espera. Las puertas de la capilla se abrieron de golpe, rebotando contra la pared. Entraron dos soldados alemanes, las botas relucientes, los uniformes grises prístinos y planchados, el cuello abrochado y con insignias. Ada estaba segura de que fuera habría más soldados. Se acercaron al altar, y uno de ellos se quitó la gorra y se la metió bajo el brazo. Acto seguido se volvió hacia ellas y habló en francés.

Ada tenía la garganta seca y le costaba tragar saliva. Allí estaba ella, una mujer británica, con los nazis tan cerca que podía tocarlos. «El enemigo.» Las piernas le temblaban, y apoyó las manos con fuerza en los muslos para mantenerlas inmóviles. La monja que tenía al lado manoseaba las cuentas del rosario, el rostro ceniciento. Otra, delante, tiritaba, y Ada se preguntó si estaría llorando. No entendía lo que decía el alemán: hablaba un buen francés, pero ella era incapaz de seguirlo. Hablaba de pasaportes, extranjeros, enemigos. Británicos. Para su protección. Seguridad. Coger sus pertenencias. Reunirse en la parte de delante.

Saludó con la cabeza a la madre superiora, levantó el brazo:

—*Heil Hitler.*

Dio media vuelta y avanzó con su compañero entre las hileras de bancos de la capilla. La puntera de acero de las botas arrancaba chispas a las frías losas.

La madre superiora esperó a que salieran de la capilla y cerró la puerta, que hizo un clic leve, respetuoso. La religiosa respiró hondo:

—Oremos.

Las monjas se pusieron de rodillas, la cabeza inclinada apoyada en las manos. Una oración

silente. A Ada le gustaban los momentos dedicados a la oración, ya que le proporcionaban la oportunidad de soñar despierta, pero ese día rezó con fervor, desesperada. Eso era la guerra. La guerra de verdad, no la guerra ilusoria que había vivido en París con Stanislaus, como si no les pudiera pasar nada. Ahora estaba allí, y ella se hallaba sola en un país extranjero, debido únicamente a su estupidez. Tendría que haber vuelto a Inglaterra al principio, cuando era posible. Ahora Stanislaus se había ido, y ella se encontraba muy lejos de casa. «Por favor, Dios mío, por favor, Dios mío, sálvame. —Y añadió—: Sálvanos a todos.» La madre superiora se apartó del comulgatorio y se levantó.

—*Soeur* Brigitte, *soeur* Augustine —dijo, con la voz más dulce que le había oído nunca Ada. Les indicó que se levantaran—. *Soeur* Thérèse, *soeur* Josephine, *soeur* Agatha, *soeur* Clara. —Las monjas se fueron levantando una por una—. *Soeur* Clara —repitió la madre superiora, mirando a Ada. Lo había olvidado: le habían dado un nombre, Clara. Lo odiaba, no era ella—. Tenemos a cinco monjas británicas —informó—, y a la hermana Clara, que tiene pasaporte británico. Ahora los alemanes mandan y, por el bien de todos, debemos obedecerlos. No podemos mentirles, fingir que son ustedes belgas. —Respiró hondo de nuevo, la vista clavada en las puertas cerradas. Las monjas no hacían ruido, a excepción del frufrú de los griñones al rozarles el pecho cada vez que respiraban. Tardó un tanto en hablar—. Dios las bendiga y las asista.

La hermana Monica se acercó a Ada por el pasillo.

—Usted también —dijo.

—No entiendo —afirmó Ada.

—Los alemanes están reuniendo a los británicos. —La voz se le quebraba, y Ada vio que se mordía el labio, reprimiendo las lágrimas. No creía que la hermana Maliciosa tuviera sentimientos—. Las harán prisioneras de guerra. Vaya con ellas y no haga nada que la delate o que delate al resto, ¿entiende? Sus vidas dependen de su silencio.

Ada negó con la cabeza.

—¿Por qué yo?

—Mentimos, Dios nos perdone. Les dijimos que era usted monja. Si llegaran a averiguar que...

—Tras las gafas, los ojos de la hermana Monica parecían pequeños y lastimeros.

«Cuánto horror», había dicho madame. Y su padre también: «Los alemanes comían niños, ¿lo sabías?». Las consecuencias serían funestas, y le remordería la conciencia por los restos.

—¿Y usted? —preguntó Ada—. ¿No viene?

—No. —la hermana Monica cabeceó—. Tengo pasaporte irlandés. —Le cogió la mano a Ada y se la apretó, un gesto inesperado de ternura—. Se puede llevar el bolso de la hermana Jeanne y su Biblia.

Ada salió tras ella de la capilla, una mano en el rosario, la otra apretando con fuerza el osito de la buena suerte que llevaba en el fondo del bolsillo.

Los miedos que tenía antes —cómo llegar a casa, sin dinero, sin ropa— ahora eran pequeños e insignificantes. Habían aparecido otros, pesados fardos de angustia que Ada llevaba a la espalda, más pesados cada día. Estaba atrapada. Estaban atrapadas. Escapar era impensable. Ésa sería su vida para siempre, viviría siendo la hermana Clara bajo el dominio nazi, cuidando de los ancianos en aquel geriátrico en medio de Múnich.

La hermana Brigitte había logrado abrir el ventanuco del desván, pero ahora no había manera de cerrarlo. Daba lo mismo, pensaba Ada, en la habitación hacía calor y, al estar situado justo debajo del tejado, el ambiente estaba cargado. A primera hora de la mañana se oía a las palomas arañando la superficie en busca de asidero, arrullando a las hembras. Las seis monjas compartían el cuarto. Había dos literas, y se turnaban para dormir. No pasaba nada, dado que la mitad de ellas trabajaban de noche y ocupaban la cama del resto, que trabajaban de día.

Ada nunca había estado tan cansada. Se notaba nerviosa y llorosa, como su tía Lily, que padecía de los nervios desde que los zepelines de la primera guerra mundial le provocaron alopecia. No se atrevía a pensar en su casa, aunque la hermana Brigitte decía que se concentraran en las cosas buenas de antes de la guerra para animarse. La hermana Brigitte era la líder, su nueva madre superiora. Incluso empezaron a llamarla así. No era muy mayor; Ada pensaba que no podía tener mucho más de treinta años, pero era serena y prudente, y una hábil negociadora. Se mantenía en sus trece cuando era preciso, cedía cuando era sensato. Gracias a ella les dieron esteras para las camas y permiso para oír misa cuando acudía el sacerdote. El padre Friedel era mayor, también debería estar en ese geriátrico. Apenas recordaba el latín, «*In nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti*», seguía al médico arrastrando los pies con su bolsón de cura, incapaz de reconocer quiénes eran los vivos y quiénes los muertos.

Ada, la hermana Brigitte y una monja tímida, la hermana Agatha, cubrían los turnos de día en los pabellones del geriátrico. Era lo más duro, cuando los ancianos se hallaban despiertos y había que darles de comer y limpiarlos, administrarles medicamentos, drenar úlceras. Los pacientes olían a cerrado, tumbados en los catres con sus huesudos nudillos y las manos arrugadas. Ada tenía que cortarles las uñas de los pies, una placa córnea dura que se les clavaba en la carne. Tenía que amortajarlos cuando morían, blancos y grises sin el pulso de la sangre. Levantaba un brazo rígido hasta que le crujía contra el omóplato y limpiaba con trapos mojados en agua jabonosa la granulada piel fofa. Brazo izquierdo. Derecho. Echar hacia delante el cuerpo, frotarle la espalda, tumbarlo, lograr separar la pierna derecha de la ingle, limpiarles las partes pudendas, pierna izquierda. Entre los dedos de los pies. Enderezarlos, listos para reunirse con su Creador.

Ada no sabía cuánto más podría aguantar aquello. Vivir con cadáveres con las extremidades rígidas y la sangre coagulada, con ese olor a putrefacción y formaldehído a su alrededor. Quería pasar los dedos por tendones vivos, ver ojos chispeantes, no cerrar los párpados de ojos vacíos sin brillo. Quería piel suave y sangre bombeando y la esperanza inherente a la vida y la respiración. Acababa de cumplir diecinueve años. Era joven, quería vivir en el mundo, pero la muerte la rodeaba, la aprisionaba. Tantos muertos, débiles, dementes. El padre Friedel en las tumbas, asperjando agua bendita en los ataúdes.

De ocho de la mañana a ocho de la tarde, día tras día, semana tras semana. Cenar. Descansar. «¿Descansar?» Después hacían su propia colada, pantalones de percal y enaguas, pesados debido al agua, que criaban moho antes de secarse, extendidos en los extremos de las literas, los pañitos que utilizaban durante el periodo manchados y marrones, los griñones blandos y grises. Ada zurcía las medias. La hermana Brigitte le había sacado a un soldado un poco de hilo de cuatro hebras y una aguja, y a Ada le encantaba dar las puntadas, trama y urdimbre, meter y sacar. La ayudaba a no pensar, le recordaba el trabajo que solía hacer, la vida que había tenido. Y rezar. Siempre rezar. Cerraba los ojos e intentaba dormir mientras rezaban, acallando el piadoso sonsonete de la hermana Brigitte, balanceándose de rodillas, pensando en Stanislaus.

No creía que fueran a salir con vida del viaje en aquel vagón de ganado, cruzando Francia desde Namur hasta Alemania. El aire de junio estaba enrarecido, la luz era escasa y cada día hacía más calor. Ada iba embutida entre la hermana Brigitte y otro prisionero, un hombre de Glasgow que juraba como un carretero y no se estaba quieto, el codo clavándosele cuando se volvía. Cada vez que el tren paraba entraba más gente. Al final, ya nadie podía moverse. Ada intentaba levantar los pies, ponerlos de puntillas, bajarlos, notaba que se le estaban hinchando los tobillos incluso con los anchos zapatones de la hermana Jeanne. Había un hombre alto en un rincón del vagón que se hizo con el mando. Era inglés, hablaba con acento afectado, y Ada lo imaginaba en otra vida en su casa, un pez gordo, quizá militar, o médico.

—¡Vamos a la playa —vociferó— en autocar! Cantemos algo. Todos juntos,*Diez botellas verdes en la pared*. —Al principio Ada se animó—: *Si por casualidad una botella verde se cae...* —pero a medida que iban pasando los días, las voces se tornaron débiles y el vagón enmudeció, el silencio interrumpido por lágrimas inquietas y el llanto de un niño. El miedo se cernía como una horca, las preguntas pudriéndose sin ser respondidas en su crudo almacén de acero. El hombre intentaba convencerlos de que se movieran, «para favorecer la circulación sanguínea», de que hicieran sitio para los enfermos, de que dejaran que algunos se sentaran o se apoyaran en un lado. Los desplazaban hacia el fondo o hacia la parte delantera. A Ada le pisaron los pies, dolorosos pisotones que dejó de sentir al cabo de un día. No tenían agua, debían dormir de pie mientras las ruedas y los frenos chirriaban.

—Deberíamos estar agradecidas y dar gracias a Dios —dijo la hermana Brigitte cuando llegaron a Múnich seis días después y supieron lo que tenían que hacer—. Nuestra vocación es ayudar a los ancianos y a los enfermos, estén donde estén. —Miró a Ada—. O sean quienes sean. —La hermana Monica debía de habérselo dicho: «ya la calará». No debía decir una palabra más alta que la otra, pensó Ada.

Ada no estaba de acuerdo con la hermana Brigitte. Después de todo, esas personas eran el enemigo, por muy viejas que fuesen o muy enfermas que estuviesen.

En el vagón había un único cubo, y la gente tenía la ropa sucia, lloraba de vergüenza. Ada tenía la nariz taponada a causa de su propio hedor, la garganta y la boca completamente secas. Triquitraque. El tren se detuvo. Fuera se oían gritos. Bajaron los laterales de los vagones y los prisioneros entrecerraron los ojos al ver la luz, cogieron aire como peces boqueando, tropezaron con los muertos y los moribundos. En el letrero de la estación ponía: MÜNCHEN.

—Baviera —dijo en voz baja la hermana Brigitte—. Católicos.

Como si eso importara. Ada no sabía dónde estaba Baviera, y le daba lo mismo. Quería salir corriendo o morir. Que le pegaran un tiro, que la liquidaran, lejos de ese sitio. Pero estaba demasiado débil para correr, y demasiado asustada.

No se les permitía hablar cuando estaban trabajando en el hogar, ni entre ellas ni con nadie. Aunque no fuese una prisión, eran prisioneras, hacían trabajos forzados, había soldados por todas partes. El hogar de ancianos era un lugar grande, sólo para hombres, oficiales del ejército retirados y jubilados, profesionales, personas que eran alguien, que podían pagar. A los sanos se les permitía entrar y salir y pasear a sus anchas. Viudos, en su mayor parte, que no sabían cuidar de sí mismos cuando sus esposas morían y no querían un ama de llaves. Disponían de un cómodo cuarto de estar y de un espacioso comedor, además de un gran invernadero cuyas puertas se abrían al aire libre. Los enfermos eran mucho más numerosos y vivían en el hospital anexo. Los soldados entraban en los pabellones, señalándolas con bastones y pegándoles gritos a ellas y a las otras mujeres que trabajaban allí, polacas, con una gran P prendida en la raída ropa. Las obligaban a fregar los pabellones, hacer la pesada colada, cavar las tumbas y ocuparse del huerto.

—Ser gentil no cuesta nada —dijo la hermana Brigitte en una de sus homilias nocturnas—. Aunque no se nos permita hablar con ellas. Esas mujeres polacas también son prisioneras, como nosotras. Las obligan a trabajar como esclavas, en contra de su voluntad. Así que sonrían. Déjenlas pasar. Asientan en señal de reconocimiento. Recuerden que están tan asustadas y solas como nosotras.

«Más asustadas», pensó Ada. Había observado su inquieta forma de mirar para asegurarse de que no las había visto ningún soldado, de negar con la cabeza como diciendo: «No nos causéis problemas. No empeoréis las cosas».

A las monjas les estaba permitido llevar a los ancianos enfermos al jardín, sacar las camas afuera para que les diera el sol y respiraran aire fresco. El verano había sido caluroso, pero ya estaban en octubre, y las temperaturas descendían hasta bajo cero por la noche. En su cuarto no había calefacción, y Ada se preguntaba cómo sería aquello cuando fuese pleno invierno, con la corriente que entraba por esa ventana que no se podía cerrar y una sola manta en la cama.

—Tenemos suerte de estar vivas —afirmaba la hermana Brigitte— y ocupadas. Cuando el diablo no tiene qué hacer mata moscas con el rabo.

Los ancianos estaban bien alimentados. Los que se encontraban en condiciones ayudaban a las prisioneras en los huertos. Cultivaban verduras, pero las SS se llevaban la mayor parte, y era poco lo que quedaba para ellas. A los débiles los ataban a la cama y los alimentaban a base de líquidos. Las monjas comían sopa de col con bolas de masa, y Ada engordó.

—¿Puedo hablar con usted, hermana Clara? —dijo la hermana Brigitte una noche, a finales de octubre, cuando subían la escalera hacia el desván.

Ada se preguntó qué habría hecho. Quizá hablara dormida o dijera palabrotas. Puede que desvelara secretos, aunque no es que le quedaran muchos. La hermana Brigitte sabía que no era monja, y tal vez supiera lo que la hermana Monica había adivinado: que no se había casado. O quizá tuviera alguna noticia. Ada sabía que había hablado con un soldado —bueno, hablar no, porque no sabía alemán—, y había dibujado una cruz roja y señalado. «Porque —les explicó— ellos pueden informar a nuestras familias.»

Quizá supiera algo de Stanislaus. Estaba allí, en Alemania, la había localizado, había ido a salvarla. «Esa noche me perdí, Ada. Vuelve conmigo.» Y ella lo haría, por supuesto. Lo perdonaría. Sólo había sido un malentendido.

—No he podido evitar fijarme en que no ha tenido el periodo —dijo la hermana Brigitte. Se sentó en la cama inferior de la litera y dio unas palmaditas en el colchón, a su lado, para que se sentara Ada—. ¿Hay algo que deba contarme?

Ada se encogió de hombros.

—Es el susto. —Su madre solía decir que tenía ese efecto en las mujeres—. Y las preocupaciones. Y el cansancio.

—¿Y tiene ganas de devolver?

—Sólo cuando los tengo que amortajar. No soporto los cadáveres, ¿sabe? El olor.

—¿Estuvo casada? —La hermana Brigitte no escuchaba lo que Ada estaba diciendo, de lo contrario no preguntaría esas tonterías.

—Sí, pero... —Ada se calló. No podía decir: «No de verdad», no fuera a ser que la hermana desconociese la verdad.

—¿Y consumó el matrimonio?

Eso no era asunto de la hermana Brigitte.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo con su esposo?

A Ada le entraron ganas de decirle que se callara.

—¿Está esperando un hijo?

La pregunta de la hermana la hizo estremecer.

No se había parado a pensarlo. Un hijo. Claro que no. Pero la noche que Stanislaus se marchó, en Namur, Stanislaus se le echó encima. Notó que la penetraba. Le dolió. Estaba mojada cuando se retiró, sangró un poco. Él no se puso preservativo.

Ada, sentada en la litera, se miraba las manos entrelazadas. Ahora que la hermana Brigitte

mencionaba la posibilidad, cobraba sentido: no tenía el periodo, había engordado. Incluso sentía un revuelo en su interior. ¿Cómo lo llamaban? Movimiento fetal. Ella pensaba que sería algo que había comido o bebido.

—¿Es que no lo sabía? —preguntó la hermana Brigitte.

Ada negó con la cabeza, aturdida. ¿Cómo iba a tener un hijo? ¿Dónde lo iba a tener? ¿Dónde lo iba a dejar?

—¿Qué voy a hacer? —Notó que lo decía con un hilo de voz, que el estómago le daba un vuelco. «Embarazada.» ¿Y si se enteraban los alemanes?

No podía estar embarazada. Sólo lo había hecho esa vez sin preservativo. Nadie se queda embarazada tan fácilmente, todo el mundo lo sabe. «Un hijo.»

—No dice nada —observó la hermana Brigitte, dándole unas palmaditas en la rodilla—. Dios nos mostrará el camino.

—¿Nos?

Las había puesto en peligro a todas. Pagarían por ello cuando tuviera al niño y los alemanes se enterasen de que no era monja, de que las hermanas habían mentido y la habían encubierto. Empezó a sentir pánico.

—Podría decir que me violaron —propuso Ada. Era evidente lo que había que hacer—. Un soldado. Puede que así no pase nada.

—Sería mentir.

—Quizá sea necesario —aseveró. Tragó saliva: mentir había acabado dándosele bien—. ¿Me dejarían quedarme con el niño?

—Cuando se miente, hay que vivir la mentira, y antes o después la verdad sale a la luz. La mentira y vivir la mentira.

—Pero ¿el niño?

La hermana dudó.

—Quizá pueda adoptarlo una buena familia alemana.

—¿Llevarse a mi hijo?

—Hermana Clara, no podemos quedarnos con el niño. ¿Cómo lo esconderemos? ¿Cómo haremos que guarde silencio?

No podía dar al niño, no a los alemanes. Escaparía. Cogería ropa de los ancianos, de las otras prisioneras. Harapos. Así no parecería una monja. Tendría que burlar a los soldados, fingir que era una de las polacas. De noche dormían en otra parte. Escabullirse cuando nadie mirara. Quizá algún alemán se apiadara de ella, la ayudara a llegar a casa. O a encontrar a Stanislaus. Entonces volvería con ella, se ocuparía de los dos. «Siempre he querido tener un hijo, Ada.»

Sin embargo, nunca daría con él. Había sido una tonta por creerlo. Aquella noche, en Namur, debería haberse resistido, su última noche antes de que llegaran los alemanes. «Estoy muy cansada, Stanislaus, muy cansada.» Y ahora estaba allí, era prisionera de guerra e iba a tener un hijo. Vivía sólo porque estaba actuando como si fuera una monja, viviendo una mentira.

Y si lograba escapar, ¿qué pasaría si la pillaban? La hermana Brigitte y las demás sufrirían. Ya veía al soldado descargando el bastón. «¿Adónde ha ido? Hablad.» La hermana Brigitte no se inmutaría, pero las otras sí. Sobre todo la tímida hermana Agatha. ¿Y si se quedaba y ellos se enteraban? Entonces, ¿qué? Era inútil: no había escapatoria.

—Arrodillémonos y recemos —propuso la hermana Brigitte.

Ada se levantó de la cama y se puso de rodillas. Calculó que estaría de unos cinco meses. Embarazada. Prisionera. Cerró los ojos. Unas lágrimas calientes, airadas, le rodaron por las mejillas.

El suelo de piedra estaba frío. Tenía el empuje de los descalzos pies entumecido, los dedos

helados, doblados contra el borde de la losa. Sus piernas eran sólo pesos muertos en el cuerpo. La luna iluminaba el descansillo de abajo, un rectángulo blanco contra la negrura del hueco de la escalera.

Se fue hacia delante, se tambaleó, se contuvo.

Había quince peldaños en ese tramo, quince en el tramo inferior. Los había contado. La casa de Theed Street sólo tenía doce, pero había bastado para que su vecina abortara al caerse por ella. La combinación era fina, y Ada tiritaba. Se agarraba al pasamanos con una mano, con la otra se apoyaba en la pared. Un único empujón.

Era un pecado mortal, pero no lo haría sólo por ella, sino por todas, por las demás hermanas, que sufrirían. «Cuenta. A la de tres —se dijo—, a la de tres.»

Arqueó la espalda, las manos firmes en el costado. Lo único que tenía que hacer era balancearse y soltarse. Pero ¿y si se rompía un hueso? ¿Y si se abría la cabeza?

«Una.»

Levantó un pie, el otro. Los escalones eran de piedra. La escalera de Theed Street era de madera. La vecina acabó con tan sólo unos moratones por el cuerpo y un chichón en la frente.

«Dos.»

Respiró hondo. Había un buen recorrido hasta el foco de luz del descansillo. La escalera era pronunciada y estaba oscura.

Más abajo se abrió una puerta, oyó voces. Se echó hacia delante y perdió el punto de apoyo, la combinación se le enredó en las piernas. Intentó evitar la caída, notó que se daba en la cabeza contra un escalón, la espalda contra la pared, el brazo se le doblaba debajo, el cuerpo rebotaba de lado a lado. Se oyó gritar, un alarido desgarrador que sonó lejano. Se encendió una luz.

Quedó tendida, retorcida, en la escalera, una pierna sobre la otra. La caída no había sido grande: cinco escalones, a lo sumo, aunque le habían parecido más.

—*Was ist los?*—Un soldado alemán se inclinó sobre ella, una bota cerca de la cara, la boca del arma apuntándola.

A Ada la cabeza le estallaba y sentía un dolor punzante en el costado. Trató de hablar, se oyó ladrando al abrir la boca para coger aire.

—Hermana Clara —era la voz de la hermana Brigitte, sobre ella—, ¿se encuentra bien?

La bota del soldado bajó un escalón.

—Se ha caído —explicó la hermana Brigitte mientras bajaba a toda prisa la escalera—. Es sonámbula, no pasa nada.

Ada vio que la hermana Brigitte hacía un gesto con la mano para restarle importancia y que el soldado se fuera. Éste vaciló, dio media vuelta y bajó la escalera.

—Se ha roto al menos una costilla —informó la hermana Brigitte—, o puede que dos. Y tiene un chichón feo en la sien. Pero al menos no ha perdido al niño.

Sentía dolor cada vez que respiraba. Estaba tumbada boca arriba. No se podía dar la vuelta, dolía demasiado. Y todo para nada. Quizá el susto bastara. Quizá funcionara así: se pierde el niño después. Le había dado unos buenos golpes. Seguro que se soltaba y lo expulsaba en el retrete.

—Pobrecito. —La hermana le palpaba el estómago—. Habrá pensado que estaba en un tobogán.

¿Se creía la hermana Brigitte el cuento que le había contado al soldado? Sonámbula. Se había tropezado con la combinación. Había perdido el equilibrio. Tal vez fuera así y fuese incapaz de pensar que Ada lo había hecho a propósito. La hermana trataba al niño como si ya fuera una persona. Ada deseó haber muerto. Haberse desnucado o haberse abierto la cabeza. Pero la escalera era demasiado estrecha; se había quedado encajada. Seguía allí, viva, en la Alemania

nazi, con las costillas y la cabeza doloridas. Y con un niño que crecía en su vientre. Le entraron náuseas.

—No pasa nada —decía la hermana—. Sé lo que me hago. Soy enfermera. Usted quédese tumbada y no se mueva.

Ada permaneció despierta toda la noche, confiando en que empezaran los dolores, que la sangre le corriera por los muslos, que la sábana de debajo se volviera pegajosa. Le dolían las costillas cada vez que respiraba. Oyó el arañar de las palomas en el techo del desván, los suaves arrullos cuando el gris amanecer se coló por el minúsculo tragaluz. Echaba de menos a su madre, deseó que estuviese allí, con ella. No es que a su madre le hubiera parecido bien aquello, el hecho de que no estuviera casada y todo lo demás. Tendría que contar una mentirijilla. «Me caí por la escalera. Fue un accidente.» Su madre sabría qué hacer. «Descansa. No te muevas.» Quizá tuviera la cama para ella sola. Cissie tendría que dormir en el suelo, o en el sofá cama de la salita, donde dormía el tío Jack antes de morir. Chocolate. Tomaría chocolate con montones de azúcar, remolinos en la taza, vapores aterciopelados.

Se percató de que la hermana Brigitte dirigía las oraciones, le lavaba las manos y la cara, salía de puntillas de la habitación. Despertó cuando la monja le pasó un brazo por la espalda.

—Incorpórese y échese adelante —pidió la hermana Brigitte.

Ada se sentó, estremeciéndose con cada movimiento. Notó que la hermana le levantaba la combinación, dejando a la vista los desnudos pechos. Ada cruzó los brazos para taparlos.

—Vaya, conque nos ha salido recatada. —La hermana se reía—. Créame si le digo que lo he visto todo. Extienda los brazos. —Fue como si la desmembraran. La hermana Brigitte le fajó el pecho, una vuelta, y otra, y otra más—. No mejorará —contó—, pero al menos podrá ponerse de pie. Tiene que trabajar.

—No puedo.

—No tiene elección. Haga un sacrificio. —Miró a Ada con severidad y le tendió el brazo. Ada se agarró a él y se levantó de la cama. La monja le cogió la barbilla y la obligó a mirarla a la cara—. Lo que hizo es pecado. Confío en que no vuelva a hacer algo así. Pídale al Señor que la perdone. La hermana Brigitte sabía la verdad. Cómo no. Ada negó con la cabeza: no sabía qué hacer.

Notó que la falda de la túnica se le enganchaba al pasar delante del anciano. Lo había visto antes: era viudo, uno de los que estaban sanos y vivían a cuerpo de rey en la parte residencial del hogar donde se les servía todo en bandeja. Paró y se volvió: el hombre se la había pillado con el bastón. Se reía, un hombre alto, con un chaleco de lana gris marengo abotonado hasta el cuello, una camisa de color claro y pantalones de algodón verdes. Era atractivo, en cierto modo. Tenía el pelo blanco y los ojos del mismo azul traslúcido que Stanislaus. Por un vertiginoso instante Ada se preguntó si él y Stanislaus no estarían emparentados.

—Eres una monja muy guapa —alabó, y Ada notó que el calor le subía por el cuello hasta las mejillas; confió en que el griñón ocultara su rubor—. ¿Cómo te llamas?

Ada miró a su alrededor: tenían prohibido hablar. No había nadie a la vista, aparte de los pacientes.

—¿Habla usted inglés? —susurró.

—Un poco —le contestó—. Pero las lenguas se olvidan si no se usan. ¿Cómo te llamas?

A punto estuvo de decir «Ada». Resultaba muy fácil meter la pata.

—Soy la hermana Clara.

—Hermana Clara —repitió—. ¿Y antes de ser monja?

No estaba segura de si debía decírselo. ¿Hacían eso las monjas? Pero le hacía bien hablar inglés. El silencio era insoportable durante el día.

—No pasa nada —insistió el anciano, como si le leyera el pensamiento—. Me lo puedes decir.

Echó un vistazo: estaban solos.

—Ada.

—Ada —dijo—, de Adelheid. Un nombre muy alemán. ¿Lo sabías?

Negó con la cabeza. No había nadie ni en la puerta que tenía más cerca ni en la que estaba más alejada. Le apetecía seguir hablando:

—¿Y usted?

Sacudió el bastón para librarse de la túnica y se irguió cuan largo era.

—Soy Herr Professor Dieter Weiss.

—Ésos son muchos nombres.

A Ada se le escapó una risita. Cayó en la cuenta de que hacía meses que no se reía. Se estremeció de dolor: le dolían las costillas. Seguían estando solos, sin ningún soldado que hiciera restallar el látigo y gritara: «*Es ist verboten, zu sprechen!*».

—*Herr* significa «señor» en alemán; *Professor*, «profesor»; Dieter es mi nombre de pila y Weiss es el apellido.

—No conozco a ningún profesor —confesó Ada.

Le caía bien ese anciano. Tenía nombre, y ello lo convertía en una persona, no en una masa de carne a la que tenía que lavar y dar de comer.

Herr Weiss sonrió.

—Ahora estoy jubilado, pero daba clases en un *Gymnasium*. Los ingleses lo llamáis instituto o enseñanza secundaria. —Levantó el bastón y señaló la ventana; Ada vio a uno de los soldados apoyado en un árbol, fumando—. Ésos son mis muchachos. Yo les enseñé todo cuanto saben. Están recién salidos del cascarón.

—¿Qué enseñaba?

—Historia —contestó Herr Weiss—. Historia de Alemania. ¿Por qué no te sientas a hablar conmigo?

Ada miró a su alrededor.

—Está prohibido.

—¿Por qué?

Ada se encogió de hombros.

—Lo está.

—Pero ahora este sitio es mi hogar, y en mi propia casa hablaré con quien me plazca. —Blandió el bastón hacia las figuras que se veían por la ventana—. No te preocupes por ellos. Aún me respetan, fui su profesor. —Se echó a reír. Tenía los dientes limpios e iguales, la cara afeitada y lozana. No olía como los otros. Ada necesitaba sentarse—. Ven conmigo al invernadero —propuso—. Le echaremos casa a la situación.

—¿Casa?

—¿No se dice así?

—Cara, supongo —corrigió ella—. Significa ser atrevido.

—¿Lo ves? —La cogió por el codo y la obligó a enfilar el corredor—. Ya me estás haciendo bien.

Ada se dejó llevar. «Ayudando a un anciano, comandante, nada más, sólo íbamos a la estufa.» Entonces se le ocurrió una cosa: si él le enseñaba alemán a cambio, si aprendía a hablarlo, le iría bien, conseguiría salir adelante. Y, quién sabía, quizá pudiera escapar. Le sostuvo el bastón mientras se sentaba en una silla.

—Señor Weiss —dijo—. Señor Professor Weiss. Si lo ayudo con su inglés, podría enseñarme alemán.

El anciano cogió el bastón y lo estrelló con fuerza contra el suelo.

—Te olvidas, querida, que tú eres la prisionera y yo tu carcelero. Conmigo no se hacen tratos.

Ada estaba segura de que diría que sí. Dio media vuelta para marcharse, pero la túnica se le quedó enganchada de nuevo. Esta vez notó que el bastón le daba en la pierna. Se detuvo.

—Pero si me preguntas si estaría dispuesto a enseñarte alemán, quizá la respuesta sea distinta. Ada se dio cuenta de que estaba acostumbrado a salirse con la suya: un hombre al mando, pero un hombre al fin y al cabo, que la creía bonita. «Síguele la corriente. Haz que se sienta importante.»

—¿Me enseñaría alemán, por favor?

Él se inclinó hacia delante y le apretó la mano.

—Hermana Clara, sería un placer. Y tú mejorarás mi inglés.

El soldado que estaba fumando fuera entró en el invernadero. Ada no estaba segura, pero se parecía al que la había encontrado en la escalera hacía unas noches. Antes no se había fijado en lo joven que era. Todavía no se afeitaba, y su piel tenía la tersura de la de un niño. Podría haber sido su hermano pequeño. Retiró la mano y la apoyó en el hombro de Herr Weiss, como si lo hubiese estado calmando.

—Hans —dijo Herr Weiss—, le ordenarás que me enseñe inglés. Todos los días.

Ada era incapaz de mirar a la cara al soldado. Empezó a temblar y apretó los puños para que sus manos se estuvieran quietas. Desear era peligroso, aunque fuese algo tan normal y corriente como una conversación. Podía decir que no, ponerse a chillar. Quizá ella no conociera las palabras, pero comprendería el sentido: «Tengo poder para decidir sobre la vida».

El soldado se encogió de hombros y dijo algo. Herr Weiss respondió. El soldado hizo entrecocar los tacones y levantó el brazo.

—*Heil Hitler!*

—*Heil Hitler!*

—Lo tiene que confirmar con el comandante —informó Herr Weiss—. Pero vendrás a verme por la tarde, cuando acabes de trabajar, hermana Clara. Que mi pequeño pasatiempo no interfiera con tu deber para con el Reich. —Extendió el brazo—. *Heil Hitler.*

Ada tragó saliva: no sabía si él esperaba que ella respondiera lo mismo. No podía, no lo haría. Y por la tarde, cuando acabara de trabajar. Para entonces estaba muy cansada, demasiado cansada. Pero sabía que era una orden. El anciano le volvió a coger la mano, se la apretó y le pasó el pulgar por la palma.

Las Navidades de 1940 habían quedado atrás hacía mucho tiempo. «Recuerden la fecha —dijo la hermana Brigitte—. Debemos recordar la fecha.» Ya había pasado un año, corría 1941. Ada se alegraba de que *Joanne* estuviese rolliza. Ada estaba embarazada de ocho meses y rellenaba el holgado hábito, aunque no imaginaba cómo podía ser posible: no estaba comiendo ni por una persona, menos aún por dos. Sopa de col. Una o dos veces un poco de queso que Herr Weiss le daba de tapadillo. Pero ¿qué tenía de bondadoso todo aquello? Herr Weiss le había pasado la mano por la cintura hacía dos días, cuando iban a la sala de estar, y le hablaba de la Luftwaffe, que bombardeaba Londres, la City. Noches frías, claras de enero en que las iglesias de piedra brillaban como fantasmas y los pilotos dejaban caer los explosivos, iluminando las calles. «Los británicos se rendirán después de esto», vaticinó. La City estaba cerca de su casa, aunque eso no se lo podía decir a Herr Weiss. Una bomba rebelde, eso sería todo lo que haría falta. Sólo una. ¿Subían a la City por el río? ¿O bajaban? Herr Weiss no lo sabía.

¿Lo adivinó al tocarle el cuerpo? No abultaba mucho. La hermana Brigitte le había dicho que la primera vez siempre era así. No se notaba, gracias a Dios. Ada se había zafado de Herr Weiss cuando el niño dio una patada.

¿También tenía hambre su hijo? Debía de querer vivir, el pequeñín. Se aferraba a la vida. Ya había sobrevivido a muchas cosas en su corta existencia. La preocupación le martilleaba la cabeza, la devoraba como un demonio en el juicio final.

—Dios proveerá —decía la hermana Brigitte.

Ada no tenía la fe de la hermana Brigitte. Ni era valiente como ella. Ojalá tuviese más valor. Cada día podía ser el último, y eso la aterrorizaba. Podía irritar a un soldado nervioso, que se le escapara algo cuando estaba con Herr Weiss, que podía ser picajoso. Los británicos habían bombardeado Bremen, le contó. «Nos vengaremos.» También podía ser tierno. Incómodo. Una mano deteniéndose en la suya, el bastón rozándole la pierna, un poco más arriba. Debía andarse con ojo. Tenían el poder sobre la vida. No permitían que se les olvidara nunca.

Había llamado al niño Thomas. «Thomas», los alemanes lo escribían igual, aunque lo pronunciaban de manera distinta. El pequeño Thomas, Tommykins. Intentó no quererlo, no querer al pequeño Tomichen. Si nacía enclenque, o incluso muerto, lloraría su pérdida, pero no lo lamentaría. Pero si vivía, ¿qué le pasaría? Procuraba no pensar en ello. Pero ¿cómo evitarlo? Notaba la forma del codo o la rodilla por la noche, cuando estaba en la cama, su hipo era el suyo, sabía cuándo dormía, cuándo se despertaba. Pese a todo, se estaba enamorando de ese hijo que aún no había nacido.

—No pasa nada —le susurraba, la mano describiendo círculos en su barriga—. No pasará nada. Cuidaré de ti.

Su hijo, otra vida que llevaría esperanza y amor en sus canciones. En medio de toda esa muerte y oscuridad, él era dicha, y el futuro. Era todo cuanto Ada tenía. Y no podía borrarlo de un plumazo, meterlo bajo la alfombra como si fuera basura. Amaba a ese niño, el hijo de Stanislaus, el hijo de ambos.

Esa tarde de febrero no se encontraba bien.

—Será algo que he comido —dijo—. Me suenan las tripas.

No había comido nada desde el desayuno. Estaba incómoda. El niño dormía, bien asentado en su vientre, contra la vejiga. Ya llevaba dormido casi dos días, mientras su estómago se revolvía a su alrededor. «Se está preparando —aseguró la hermana Brigitte—. Reservando las fuerzas.»

La hermana Brigitte la examinó.

—¿No le duele? —preguntó—. Increíble. Está dilatada casi por completo. —Notó que la monja la palpaba—. Vamos a echarle una mano. —Ada rompió aguas, el líquido saliendo y saliendo, goteando por el lateral de la cama. ¿Y si atravesaba el suelo y empapaba el techo de debajo?—. Despacio, despacio —pidió la hermana Brigitte.

La hermana Agatha estaba con el oído pegado a la puerta, vigilando. Había encajado una silla contra el picaporte y rezaba una oración:

—Virgen María, haz que los soldados jueguen a las cartas, que no se acerquen por aquí.

—Jamás controlaban a las monjas: ¿qué podían tramar por la noche las monjas, estando como estaban solas, en el desván? Pero nunca se sabía. Podían oír algo.

—Chsss —pidió la hermana Brigitte—. Chille bajito.

Ahora los dolores llegaban deprisa, como una tormenta apremiante, uno tras otro. La hermana Brigitte le dijo que respirara, que cantara una canción para sí, que cantara cualquier cosa.

«Era bella como una mariposa y orgullosa como una reina.»

—Empuje.

«Era la preciosa Polly Perkins, de Paddington Green.»

—Empuje.

El niño nació en la madrugada de ese frío día de febrero y, endeble y púrpura, descansó tendido en el pecho de Ada. La hermana Brigitte lo envolvió en una toalla vieja que había escamoteado, metió la placenta en el cubo del agua sucia, que tirarían por la mañana, y limpió a Ada lo mejor que pudo.

También bautizó al niño.

—Por si las moscas —aseguró. Thomas. Tomichen. Tommykins—. Un buen santo —observó la hermana Brigitte.

—¿Y ahora? —quiso saber Ada.

Tendría que confesar. «Llebadme a mí, no a ellas. Matadme a mí, no a ellas. Perdonadle la vida al niño. Por favor, perdonadle la vida a mi hijo.»

«Mi hijo.» Ada no esperaba sentir tanto amor, tanta pasión. Le acarició la sien, contempló el delicado valle que coronaba su cabeza, el mohín de los labios y el subir y bajar de su mandíbula mientras yacía contra ella. Dormía, tan frágil, tan callado. La hermana Brigitte lo cogió, lo envolvió en la toalla, lo acomodó en el borde de la cama y salió de la habitación. La hermana Agatha cogió la combinación ensangrentada de Ada y la ayudó a vestirse y a incorporarse en la cama, junto a Thomas.

La hermana Brigitte volvió un poco después, con el padre Friedel. El sacerdote entró en el desván, los pitañosos ojos adaptándose a la penumbra.

—Un niño. Hemos encontrado un niño —dijo la hermana Brigitte, señalando a Ada, subrayando las palabras que ésta tenía que repetir—. Ada, su alemán es mejor que el mío. Dígale al padre que encontramos a este recién nacido. En la puerta de atrás. Dígale que nos hicimos cargo de él. Pídale que se lo lleve en el bolso. Que diga que lo encontró en el brizo de su iglesia.

Ada supo que la hermana Brigitte había trazado el plan, y la hermana Agatha estaba en el ajo. Tenía que entregar al niño, dárselo al sacerdote, despacharlo. Tener esperanza y rezar para que alguien bueno lo encontrase. A su niño, a su Tomichen.

Tragó saliva. Su alemán era básico, pero Herr Weiss le había enseñado que en su día el inglés fue alemán, así que, si no sabía cómo se decía una palabra, que probara con su equivalente inglés.

—Un niño —empezó—. *Wir haben gefunden. Vor der Tür.* —Ada apartó la punta de la toalla de la cara del pequeño. Tenía que guardar ese minúsculo recuerdo—. Brizo. —Su voz era frágil; la palabra, demasiado complicada.

El padre Friedel parecía confuso. La madre de Ada le había hablado de esas cunas en una ocasión: se abrían y se depositaba allí al niño. Ada emuló el movimiento de abrir una portezuela, depositar allí un bulto, cerrar.

—*Ja, ja*—repuso el padre Friedel—. *Ein Babyklappe.*

Ada no sabía si era eso, pero asintió.

—Dígame que es preciso que no se entere nadie —añadió la hermana Brigitte—. Que se tiene que llevar al niño ahora que está dormido. Que lo meta en el bolso. Que no diga nada.

Si descubrían al padre Friedel, todas ellas estarían perdidas. Y Thomas. Ada señaló al niño y el bolso.

—*Still*—dijo, tapándose la boca con los dedos—. *Nicht ein Wort.* —Señaló la puerta.

—*Ja, ja*—repuso el sacerdote.

Ada no estaba segura de que lo hubiera entendido, no estaba segura de que lo fuera a entender nunca, pero era su única esperanza de conseguir sacar a Thomas, de darle la oportunidad de que siguiera con vida.

Ada se levantó como pudo de la cama. Sabía que no se le tenía que notar lo cansada que estaba, que acababa de dar a luz a ese niño. La hermana Brigitte se adelantó y cogió el bolso del sacerdote. Lo dejó en la litera y lo abrió, movió la estola a un lado y el crucifijo y la oliera al otro. Acto seguido cogió a Thomas y lo depositó dentro. El padre Friedel observaba risueño. «Está loco —pensó Ada—. Tarumba. Santo cielo.» La hermana Brigitte cerró el bolso.

—Un momento —pidió Ada.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó el osito de lana. Luego abrió el bolso, metió el osito en la toalla y se inclinó para besar a Thomas en la frente, lisa como la cera.

—Para que te dé suerte —susurró—. Volveré, mi pequeño Tomichen. Te encontraré. —Sacó la

estola del lateral y el crucifijo y puso ambas cosas encima del niño. Si los soldados le hacían abrir el bolso al padre Friedel, tal vez al ver la cruz y la estola no miraran más—. Lo llamamos Thomas —añadió.

—Se tiene que ir —apremió la hermana Brigitte.

—Por favor —dijo Ada en inglés—. Por favor, cuide de él.

Eso no lo sabía decir en alemán. Las palabras más importantes y no podía hacerse entender. El pequeño sólo tenía tres horas de vida. Su precioso niño. Sabía que no era momento de contemplaciones. Tendría toda una vida para eso. Cerró el bolso y se lo dio al sacerdote.

Éste se encogió de hombros, cogió el asa con la mano izquierda y levantó la derecha para impartir una bendición:

—*In nomine Patris...*

La hermana Brigitte lo acompañó. Ada oyó sus pasos en la escalera de piedra. Quince escalones hasta el descansillo, y quince más. Se fueron desvaneciendo. Una puerta se cerró. Ada se tiró en la cama, enterró el rostro en la tosca esterilla y lanzó un alarido.

La mañana siguiente la hermana Brigitte sacó las telas de fajar de debajo del colchón, donde las había escondido, y le vendó el estómago a Ada.

—No hablará de esto —le ordenó mientras apretaba la tela—, ¿entendido?

A la hermana Brigitte nunca le habían arrancado a un niño, ella nunca había tenido que ver cómo envolvían a su hijo en una toalla y se lo llevaban. Nunca entendería la angustia que sentía Ada, sin saber dónde se encontraba Thomas, si estaba vivo o muerto. Nunca conocería su desconsuelo. Ada jamás se había sentido tan sola.

—Debe hacer un sacrificio —decía la hermana—, para expiar el pecado. Además —le dio otra vuelta a la faja—, nuestras vidas dependen de su silencio.

—Pero el padre Friedel... —empezó Ada.

—El padre Friedel no sabe nada —aseguró la monja—. Ni una palabra. —Le pasó el brazo por la espalda—: ¿Puede ponerse de pie?

Ada apoyó los pies en el suelo, sosteniéndose en la hermana Brigitte.

—Debería haberse pasado diez días en la cama —dijo, como si fuese Ada la que insistiera en caminar—. Para descansar y recuperarse. Pero esto —dio unas palmaditas en la tela que le rodeaba el estómago— se encargará de que no sufra un prolapso.

Un prolapso. Eso era lo que tenían las ancianas, la razón de que olieran a pis. Ada se estremeció.

—Ya no puedo seguir escondiéndola. ¿Tiene los pechos irritados? ¿Le ha subido la leche?

Tomichen. Tommykin. Ada intentó evocar su cara, los labios fruncidos, la tez rosada y los párpados hinchados, pero los detalles se habían desdibujado tan sólo dos días después. Aunque reconocería su olor, estaba segura. Olía a ella, al blando interior de su carne. Cerró los ojos, aferrándose al recuerdo perdido.

—Hermana Clara, ¿le importaría contestarme?

—Lo siento —se disculpó Ada—. Es que no puedo evitar pensar en mi hijo.

—Tiene que dejar de pensar en ello —repuso la monja, la voz severa— o se volverá loca. Ahora cójase de mi brazo y probaremos a bajar la escalera.

A Ada le fallaron las piernas y se le doblaron las rodillas. Nunca había estado tan cansada. Se hallaba en la parte alta de la escalera. Si se desmayaba, arrastraría consigo a la hermana Brigitte. Se agarró al pasamanos y con cautela adelantó un pie.

Cuando llegó el verano, a Herr Weiss le dio por esperar a Ada en el invernadero. Se trataba de

una especie de cobertizo de gran tamaño que daba al jardín, con sillas de mimbre en fila contra la pared. Durante el invierno se reunían en la salita común, pero Herr Weiss se había quejado de que era demasiado ruidosa, aun cuando, que Ada oyera, ellos eran los únicos que hablaban. —Pero aquí —dijo al mismo tiempo que daba unas palmaditas en el asiento de al lado— estamos solos. Tú y yo. —Alargó el brazo y le apretó la mano como hacía siempre—. Cuéntame más cosas de ti —le pidió una tarde—. De antes de que entraras en el convento. Me gusta imaginarte en esa época.

Ada apenas recordaba cómo era en Londres o en París, o si alguna vez había sido feliz. Se había quedado más delgada incluso que antes del embarazo. El hábito de la hermana Jeanne le iba largo, grande. Si tuviera aguja e hilo, habría podido estrecharlo un poco, pero a esas alturas le daba lo mismo. Sabía que parecía un espantajo. Notaba que tenía la piel escamosa, la cara irritada y llena de arrugas.

—Era modista —contestó—. De señoras.

—¿Y qué hacías?

—Confeccionaba vestidos de fiesta y de día, trajes de chaqueta, blusas y cuellos. —Intentó recordar el esplendor de sus creaciones, pero la lista le salió pobre y contumaz, como una mentira caída en desgracia.

El anciano le cogió la mano y se la llevó a la entrepierna.

—¿Llegaste a ponerte esos vestidos?

Ada intentó apartar la mano, pero él la apretó con más fuerza.

—A veces hacía de maniquí —contestó. Le dieron arcadas y se tragó la flema. Él estaba haciendo esa... esa cosa repugnante.

—Seguro que estabas preciosa.

La mano del anciano se aferraba con fuerza a la mano de Ada, y bajo ella su pene se endurecía.

—Dime qué aspecto tenías.

—Herr Weiss —probó—. Por favor.*Bitte*.

Él se rio.

—¿Es que no te gusta? —preguntó, apretándole de tal modo los nudillos que Ada gritó de dolor—. Quiero verte con un vestido de fiesta, la hendidura del escote, la curvatura de la espalda. Quiero ver cómo te acercas a mí contoneándote. Háblame.

Ese mundo, esa otra Ada, quedaba muy lejano. Cerró los ojos. La belleza elemental, su teatralidad y su elegancia se habían desprendido de su memoria como la carne de un cadáver. Ahora no era más que un sonajero de huesos.

—¡Háblame! —ahora Herr Weiss chillaba.

—Rosa —dijo, el pánico aflorando a su voz—. Uno era rosa. —Se acordó de cuando ella y Stanislaus estaban juntos, reflejados en los espejos del Café Royal, en Londres. Hacían una buena pareja—. Cereza. Cortado al vies. ¿Sabe cómo es?

Él negó con la cabeza, «no». Tenía los ojos cerrados y se restregaba contra la palma de la mano de Ada.

—Se corta en diagonal hasta la orilla. —Le faltaba el aliento, notaba las palabras breves y estranguladas, ahogadas por lo que la estaba obligando a hacer—. Cuarenta y cinco grados. Exactamente. Le da amplitud. Caída. Realza el cuerpo. Resbala por la cadera, descansa en el estómago.

Herr Weiss lanzó un gemido, jadeó y aflojó la presión. Ada apartó la mano y se retrepó en su asiento, lejos de él.

—Vete —ordenó—. Te veré mañana.

Ella se levantó y echó a andar hacia atrás, a tientas hasta que encontró la puerta. La boca le sabía a hierro, y sentía el martilleo de todas las venas de su cuerpo. No se lo podía contar a la hermana Brigitte, ya que la acusaría de haberlo incitado. Después de todo ella no era monja.

¿Lo había alentado? No veía cómo. ¿Qué anciano quería hacer semejante obscenidad? Era repugnante.

Pero ¿y si la obligaba a ir más allá? Si se negaba, la castigaría. El poder estaba en sus manos, ella era la prisionera. La idea la hizo estremecer. Un anciano. Era asqueroso. Y ella monja, o presunta monja. Quizá pudiese explotar eso. *Herr Weiss, hice voto de castidad.*

A partir de ese momento, él insistió en que tenía que sentarse a su lado todas las tardes. No tenía elección. Ada se acomodaba lo más lejos posible y mantenía las manos tensas y escondidas tras el escapulario.

—Verás —dijo unas semanas después mientras le cogía la mano y se la hundía en la entrepierna—, mientras tenga vigor, estaré vivo.

Ada cerró los ojos, tratando de no pensar en lo que tocaba.

—Los ancianos sin vigor, sin virilidad —prosiguió. Se dio unas palmaditas en la cabeza y con un dedo dibujó en el aire una espiral—, están algo mal de la azotea. Eso pasa cuando uno se hace mayor, ¿sabes?

«Viejo pervertido —pensó Ada—. Como si esto impidiera que pierdas la razón.»

—No son productivos —decía Herr Weiss—. Sólo toman, no dan. No son más que parásitos. Igual que los imbéciles. Y los judíos. Y los invertidos.

—No entiendo. —Ada no sabía de quién hablaba ni qué estaba diciendo.

Daba la impresión de que Herr Weiss no escuchaba.

—¿Por qué hemos de mantenerlos con vida? Es malgastar tiempo y dinero.

Le apretó la mano, la empujó a un lado con suavidad y le dio unas palmaditas.

—Puede que esta semana no, querida —añadió, como si todo aquello hubiese sido idea de Ada—, por lo visto no estoy de humor. —Sonrió y se acomodó en la silla—. Pero lo entiendes, ¿no? Mientras tenga vigor, nadie me pondrá en la lista.

Ada retiró la mano y la escondió.

—¿La lista? —repitió.

—Es una forma de hablar —repuso—. Aquéllos cuya vida no vale la pena. Los retrasados. Los deformes. ¿Qué vida llevan? Mejor librarlos de su sufrimiento. Una muerte piadosa.

—¿Los matan?

—Me gusta considerarlo horticultura. Eso es lo que les dije a mis muchachos. —Señaló la ventana con el bastón, aunque no se veía a ningún soldado—. ¿Queréis que un árbol crezca fuerte y alto? Pues centraos en las ramas más fuertes y libraos del peso muerto. Hay que ser científico, no sentimental. Eugenesia. Ése es el futuro.

Ada intentó tragar saliva, pero tenía la boca seca y la lengua áspera. Pensó que se atragantaría. Tosió, un espasmo doloroso que le desgarró el cuerpo.

—Los alemanes son como un árbol que ha de ser despojado de parásitos y de débiles —continuó Herr Weiss—. Niños enfermizos. Los viejos y los enfermos. La escoria infame que nos chupa el vigor.

—¿Niños? —quiso saber Ada—. ¿Qué niños?

—Los endebles —replicó, golpeando el bastón contra el suelo—. Los incurables. Los huérfanos. Los delincuentes. Los no deseados. Todos ellos.

Thomas. Una punzada de miedo, hiriente como un cristal. Tenía que saber la verdad. El padre Friedel, él se lo diría. Debía hacerlo. Bajo juramento, en el confesionario. A pesar de lo que dijera la hermana Brigitte, tenía que preguntárselo. Pero no lo veía desde hacía algún tiempo.

—¿Y el padre Friedel? —preguntó, el pánico tiñendo su voz—. ¿Dónde está el padre Friedel?

—¿Friedel? —bufó Herr Weiss—. ¿Qué quieres de él? Ha muerto, ¿no lo sabías?

—No —contestó Ada. Le entraron ganas de llorar, no pudo evitarlo—. No.

Herr Weiss la miró, el cuerpo agazapado, listo para pasar a la acción, los ojos azul claro entrecerrados para afinar la puntería.

—¿Qué significa para ti?

El cuerpecillo de Thomas, una vez rosa y con vida, descansaba azul y marmóreo en su cabeza.

—Nada —aseguró. Cerró los ojos. «Tranquilízate. Actúa con normalidad»—. Ha sido usted, al hablar de gente muriendo. Pensé en los últimos sacramentos, claro está. En el padre Friedel. Estaba aquí todo el tiempo.

Ada vio que Herr Weiss se relajaba.

—Fue decapitado —informó éste.

A Ada le dieron arcadas. Se tapó la boca con la mano.

—Hace unas semanas —precisó él—. Por predicar en contra de ello. Lo llamó asesinato. ¿Cómo vamos a renunciar a ello? ¿Por qué íbamos a hacerlo?*Aktion T4*. Tiene todo el sentido del mundo. —Se acomodó en la silla y cerró los ojos, con una sonrisa de satisfacción en la cara. Movi6 la mano para restarle importancia.

Su Thomas, su bello e inocente Thomas, sacrificado. ¿Habrían pillado al padre Friedel? Ella pensaba que estaba senil, pero seguro que se lo imaginó. De ser así, era evidente que no dijo dónde encontró al niño. Había muerto para salvar a su hijo. El pequeño Thomas era menudo y frágil. También plácido, no había llorado una sola vez ni había hecho ningún ruido, se había quedado tendido en el colchón, con los ojos cerrados. Quizá fuese simple. ¿Tan malo sería que no viviera para ver los horrores del mundo?

Y Stanislaus. Viviendo tan ricamente en alguna parte, Hungría, Austria, Alemania... No estaba sufriendo. No como ella. No como Thomas, su hijo. ¿Cómo pudo abandonarla? ¿Es que no tenía corazón, sentimientos? Tenía que haber sabido por fuerza que la cogerían, cómo la tratarían. Ada no había sido nunca una persona resentida, nunca había sido rencorosa. Pero Stanislaus era su amante. Sintió que en lo más profundo de su ser ardía la rabia, como lava en las entrañas de la tierra, asfixiando la razón con sus gases. Nunca había sentido algo así.

La hermana Brigitte dirigía las oraciones nocturnas. Ada se escabulló sin hacer ruido y se arrodilló junto a su litera en la penumbra. Quizá Thomas siguiera con vida. Quizá el padre Friedel se lo hubiera dado a una familia, a una buena familia que no creyera en esa *Aktion T4*, o como se llamara. Esa familia lo quería, cuidaba de él. Enterró el rostro en las manos y por una vez agradeció los tenues mantras de las monjas, que podía mascullar sin pensar.

—Bienaventurados los que lloran...

—*Sie*. —El soldado la tocó con el bastón—. *Herkommen. Folgen*.

Echó a andar y salió. Caminaba deprisa, y Ada tenía que trotar para no quedarse atrás. No sabía adónde la llevaba. Por el corredor, fuera del edificio, una mañana de enero. Casi había amanecido. Era la primera vez que salía del edificio desde que había llegado. Corría 1942. Ya llevaban allí casi dieciocho meses, y había pasado alrededor de un año desde que dio a luz a Thomas. Había nieve en el suelo, y el cielo estaba encapotado y resentido. Debían de haberla visto con Herr Weiss en alguno de sus encuentros vespertinos. Uno de los soldados la habría visto tocándolo. Estaba prohibido. O quizá él se hubiese hartado de ella y les hubiera dicho a los soldados que se librasen de ella, que la hiciesen desaparecer como hicieron con las polacas.

Delante había un camión, y el soldado le ordenó sentarse en la parte de atrás. Estaba sola. No sabía si temblaba de frío o de miedo, fuertes escalofríos que le recorrían los huesos y le daban dentera. De detrás de uno de los edificios salieron dos soldados, fumando y bromeando. Uno se subió a la cabina y el otro a la caja, con Ada, arrebujiándose en la guerrera verde e introduciendo los dedos en unos gruesos guantes de cuero. El camión se puso en movimiento y franqueó la verja, rumbo a la ciudad.

Estaban en el centro de Múnich, se lo había dicho Herr Weiss. Dejaron atrás calles con edificios altos a ambos lados, pasaron delante de catedrales con imponentes agujas y plazas grandes, espaciosa. Después las casas fueron disminuyendo y dieron paso a sembrados y árboles. Ada le dio dos vueltas al enorme hábito de la hermana Jeanne, agradeciendo la gruesa sarga de más, se tapó las manos con el escapulario y encogió y estiró los dedos de los pies para que no se le congelaran. Atravesaron pueblos con gallinas que cacareaban asustadas y espirales de humo que salían de las chimeneas. Un perro empezó a ladrar, se soltó de la correa y los siguió durante un tiempo, después se quedó rezagado y levantó la pata contra un árbol; la humeante orina era un chorro continuo, que derritió y coloreó de amarillo la nieve.

¿Adónde la llevaban? Se encontraba sola, quería estar con las otras monjas. En la unión estaba la fuerza. A veces se cogían de la mano, ella y la hermana Brigitte y la hermana Agatha. Cuidaban las unas de las otras. No hacía falta decir nada. «Lo entendemos.» ¿Qué iba a hacer Ada ahora, sola? ¿En una prisión o en un lugar peor?

Más adelante se alzaba lo que parecía una fábrica. Construcciones alargadas y bajas, y una chimenea alta que vomitaba un humo negro, punzante. Cruzaron algunas verjas. ARBEITMACHTFREI. Se preguntó qué fabricarían allí: «El trabajo libera». No era ése su caso, no en ese lugar ni en ese momento. Qué suerte la de ellos. La carretera rodeaba la fábrica. Pasaron delante de una señal: Dachau, leyó Ada cuando se detuvieron ante una gran casa de muros altos y una puerta de doble hoja situada en los límites del recinto.

El soldado abrió la lona de la parte de atrás y se bajó de un salto.

—*Runter!*

Ada bajó al asfalto, y el hombre la cogió del brazo y la empujó hacia las puertas de la mansión. Otro soldado las abrió y la hizo entrar en un recibidor situado en la parte delantera de la casa. Después se volvió, cerró las puertas y echó la llave. La habitación se hallaba iluminada sólo por una ventanita circular por la que llegaban laboriosamente al suelo pobres haces de luz. Había una balda baja con botas de distintos tamaños y formas. Botas militares negras, altas, relucientes y lustrosas; dos pares de botas de señora: uno cuidado, marrón; el otro de ante, con un adorno de piel y la suela de crepé. También había unos chanclos y un par de botitas de niño. Las paredes estaban pintadas de un gris triste, y no había calefacción. El lugar era frío y húmedo, y Ada veía su propio aliento.

La puerta de dentro se abrió y un hombre demacrado entró en el recibidor. Llevaba una chaqueta de rayas, sucia, con una gran estrella amarilla cosida en la pechera. Daba la impresión

de llevar varios días sin afeitarse.

—*Komm her*—dijo, la voz apagada y muerta. La condujo hasta el recibidor principal de la casa, una vasta estancia cuadrada revestida de madera oscura e iluminada por una vidriera de colores de gran tamaño que se abría en la escalera. Una mujer atractiva y delgada estaba apoyada en el barandal de la escalera, en la mano una boquilla larga. Ada reparó en que lucía un vestido de crepé de lana, de color rubí, con un cuello de marinero de popelín blanco ribeteado de encaje. Hacía mucho que no veía tanta elegancia. Por un instante se creyó suspendida, libre, en una telaraña de belleza y añoranza, y sonrió. La mujer se separó de la escalera y se acercó a ella con parsimonia, el taconeo resonando con suavidad en el brillante suelo de parquet.

—Tengo entendido que es usted modista de señoras —dijo en alemán. Primero miró a Ada a los ojos, después a su andrajoso hábito, y añadió con desdén—: Aunque parece poco probable.

—Lo soy —aseguró Ada. Había sido Herr Weiss. Por eso estaba allí. Él era la única persona que lo sabía.

—¿Hablas alemán?

—Un poco.

—Con que lo entiendas me basta. Ven.

Ada la siguió hasta un cuartito que salía de la trascocina. En una mesa grande que ocupaba la mayor parte del espacio había un papel, unas tijeras, jaboncillo, un acerico, un metro y tela negra, muaré, supuso Ada, a juzgar por las aguas que hacía. Bajo la ventana había una máquina de coser, con rueda de mano, no de pedal. En un rincón se veía una tabla de planchar y una plancha eléctrica. Esa gente era rica. En el rincón más apartado descansaba una poltrona vieja. La mujer cogió el papel de la mesa y se lo mostró a Ada: era una fotografía, arrancada de un periódico, de una mujer con un vestido de noche.

—Me harás este vestido para esta tarde —dijo.

—¿Esta tarde? Madame, es... —iba a decir imposible, pero la mujer la interrumpió, el tono afilado como una bayoneta.

—Ésta es la casa del comandante, el Obersturmbannführer Weiss. No discutas conmigo.

Debía de ser Frau Weiss, y su esposo sería pariente de Herr Professor Weiss. Herr Weiss les habría dicho quién era ella, lo que hacía. Ada se preguntó qué más sabrían de ella.

—Ésas son mis medidas —informó la mujer al mismo tiempo que señalaba un maniquí de modista situado en otro rincón de la estancia—. Si la ropa le está bien, me está bien a mí. No me la pruebo hasta que está terminada.

A Ada le entraron ganas de decir que la ropa no se podía confeccionar sobre un maniquí de madera, rígido. Había que adaptarla para que se ondulara con el cuerpo cuando éste se movía, para que tuviera la debida caída cuando se hallaba en reposo. Quiso preguntar si había un patrón u otra fotografía del vestido, ya que la que tenía estaba demasiado granulada para apreciar los detalles.

—La judía rechoncha que estaba aquí antes no lo supo entender —decía la mujer—. No permitiré que me toques. —Al principio Ada había pensado que era una mujer guapa, pero su boca era dura, y su perfecta piel demasiado quebradiza para ser bondadosa. La mujer se volvió y se detuvo en la puerta—. A las seis, en punto —espetó—. Todo lo que necesitas está ahí.

Ada oyó que echaba la llave al salir.

Incluso con un patrón y una clienta voluntariosa, a Ada le costaría terminar un vestido de etiqueta en un día. Se quedó mirando la fotografía: el vestido era entallado, con un cuello chimenea que arrancaba orgulloso en los hombros y con mangas tres cuartos. No era un diseño complicado, pero esos cuellos podían ser difíciles, con la tela cortada al sesgo y con fuelle;

además, los hombros siempre resultaban delicados. El cuerpo y la falda tenían que encajar a la perfección. Era la clase de vestido que en las manos adecuadas, con la modista adecuada, podía dar la impresión de que valía cien libras. Mal hecho, parecería un modelo de percha. Y Ada sabía que Frau Weiss nunca compraría algo que no fuera hecho a medida.

Extendió el muaré en la mesa y pasó el dedo por las delicadas aguas, que brillaban con la luz, dotando al negro de sutiles matices. La gente pensaba que el negro era un color apagado, soso, pero tenía tantos matices y tanta luminosidad como el azul o el rojo. El muaré no era seda, sino rayón, un tejido infeliz; era como si oyera decir a Isidore, que se deshace como una viuda llorosa. Había al menos cinco metros, más que suficiente para el vestido. Suficiente incluso para un sombrero de cóctel o un tocado. Ada levantó la tela y cubrió con ella el maniquí. No tenía muselina para hacer primero una toile, un primer modelo. Tendría que apañarse sin ella.

Se remangó, se echó el metro al cuello, clavó alfileres del acerico en el escapulario y se puso manos a la obra. Quizá tendría que estar agradecida. Quizá ése fuera un regalo de Herr Weiss.

A las tres el vestido colgaba sin vida en el maniquí. Frau Weiss no había aparecido en todo el día. Aunque las medidas fuesen exactas, Ada sabía que el maniquí no era ningún sustituto del cuerpo. Había que caminar con el vestido, insuflar vida a su forma hueca, para que la tela se fundiera con la carne y con la piel.

Ada hizo un descanso. Fuera reinaba el silencio. Se quitó el escapulario por la cabeza, se desprendió de la pesada túnica, las enaguas y la combinación, se quedó tiritando con los pantalones de percal. Silencio. Acto seguido se libró de los pantalones y se enfundó el vestido, retorciéndose mientras se lo subía por el cuerpo y se lo ponía de manera que el cuello se le asentara ladeado en los hombros y el canesú envolviera cómodamente el pecho. El rayón era suave como un bálsamo en la piel, como seda peinada en los muslos. Ada se puso de puntillas, como si llevase tacones, y dio una vuelta, dos. No había espejo, pero se vio con el cabello largo, ondulado, el muaré lanzando destellos claros y oscuros contra el sol de la tarde, la piel blanca e inocente en contraste con las aguas. Fue un leve atisbo de su antigua vida, de elegancia y belleza y libertad, de lo que podría haber sido su vida de no haber conocido a Stanislaus.

Había que meter una pinza, la costura se podía fruncir si la tirantez no era adecuada. Se llevó la mano al cuello, que descansaba orgulloso y uniforme, se tocó los hombros allí donde iría la manga. Tensar la costura en esa zona. Mantenía la espalda unida con una mano. Los corchetes aquí y aquí. Fuera se oían voces. Ada se quedó helada.

Se quitó el vestido lo más deprisa que pudo y se puso la combinación y los pantalones. Voces de hombres, no se entendía lo que decían. Se subió las enaguas y se enfundó la túnica, tuvo que dar dos vueltas al cordón en la cintura. No se puso el escapulario, lo único que hacía era estorbar. Luego cogió el vestido del suelo y lo llevó hasta la máquina de coser mientras las voces se perdían en la distancia.

Las manos le temblaban al poner los alfileres y enhebrar la máquina. Prender con alfileres, hilvanar y coser. Si la hubieran pillado con el vestido puesto, sabía que el castigo habría sido severo. Planchó las costuras y las sobrehiló, le probó el vestido de nuevo al maniquí, encajó las mangas para que no formaran arrugas, ajustó el largo. No tenía organdí para hacer el bajo y darle la vuelta de manera que la caída fuera suave como una brisa. «En espiga, Ada, en espiga.» Corchetes, con quince bastaría. La luz natural se desvanecía. Sobre la mesa había una única bombilla, que Ada encendió tras enchufarla en la pared. La luz era tenue, pero si se acercaba bien la labor, podía ver. Un planchado final, no demasiado fuerte en el bajo. Junto a la mesa había una caja con perchas, y Ada escogió una y puso el vestido en el listón para colgar cuadros. Incluso con la pobre luz de la habitación, Ada supo que era una obra maestra. «Cuando termine esta guerra —pensó—, la Casa de modas Vaughan cobrará vida.»

Miró la tela sobrante. Quedaba algo de entretela, y el muaré tenía consistencia. Quizá una rosa. No tardaría mucho, añadida a un pequeño casquete que se afianzara bien y que Frau Weiss se podría sujetar al cabello con una horquilla, si las había en Alemania.

Por primera vez desde que había nacido, hacía casi un año, Ada no pensó en Thomas. Cumpliría un año en pocas semanas. El 19 de febrero de 1942. «Feliz cumpleaños, Tomichen.»

El hombre de la chaqueta con la estrella amarilla recogió el vestido más tarde, sujetándolo por la percha, con el brazo extendido.

—Perdone —dijo Ada—. ¿El aseo?

Él le señaló un cubo que había junto a la puerta, apagó la luz y echó la llave al salir. El cuarto quedó completamente a oscuras. Oyó cómo se iban desvaneciendo sus pasos. Un niño lloraba lejos. Ada recordó las botas infantiles del recibidor. El llanto era tenue, pero ahora que Ada lo había oído, ya no cesaba. El pequeño debía de estar en la habitación de encima. ¿Cuánto llevaba llorando la pobre criatura? Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, y la luz de la luna entraba por los barrotes de la ventana, proyectando sombras en la mesa. Oyó puertas que se abrían y se cerraban, pasos, una voz de mujer —Frau Weiss— que gritaba. Sonó el timbre de la puerta, un ruido grave, sonoro, más voces, risas, el timbre de nuevo. Una fiesta. Su cuarto estaba cerca de la cocina y por las puertas se colaban ruidos cuando la gente entraba y salía. Oyó copas, el estallido sordo que indicaba que se estaban descorchando botellas de champán, risas más y más ruidosas, y mientras, sobre su cabeza, el niño berreando.

Ada se alivió en el cubo y se sentó en la banqueta que había junto a la máquina de coser. No había comido nada desde el día anterior y sólo había bebido un poco de agua por la mañana. ¿Le habrían dicho a la hermana Brigitte dónde estaba? De lo contrario se preocuparía, le inquietaría que Ada hubiese cometido alguna estupidez, que se hubiera escapado. Y Herr Weiss la estaría esperando. No lo toleraría, perdía los estribos con facilidad. Irrumpiría en la sala de estar, estrellando el bastón contra el suelo, exigiendo que le contaran qué pasaba. A los soldados no les haría ninguna gracia.

Salvo que Herr Weiss debía de saberlo. Había dado permiso para que ella se ausentara un día. Las voces eran cada vez menos numerosas, y el niño se había callado. Se habría quedado dormido llorando, el pobrecito. Pronto irían a buscarla. Se oían voces en la trascocina, alguien fregaba cubiertos y platos, las copas tintineaban en el agua jabonosa. La fiesta había terminado. Ahora irían a recogerla, a llevarla de vuelta a Múnich.

Sin embargo, la casa fue enmudeciendo y el cuarto se fue enfriando y no llegó nadie. Ada se pasó a la vieja poltrona del rincón. Los cojines tenían bultos y los muelles estaban rotos, pero era más blanda que la banqueta y se podía retrepar. Olía a viejo. Ada estaba cansada y hambrienta. Echaba de menos a la hermana Brigitte y a las demás monjas, su calor y su respiración suave cuando dormían. Quería hablar con ellas. No es que le cayeran demasiado bien, pero compartían lo que ella compartía, temían lo que ella temía, y, a pesar de que Ada no creía en Dios, sabía que rezaban por lo mismo. Estaban en el mismo lado y se tenían las unas a las otras.

Por la mañana el hombre de la chaqueta de rayas abrió la puerta y señaló el cubo.

—Ven conmigo.

Ada cogió el cubo y fue tras él por la trascocina hasta un retrete al aire libre. Contra la pared había plantado un rosal trepador repleto de orondos escaramujos rojos. Florecía en ese suelo, debía de darle el sol. Ada entró. A juzgar por las manchas de la taza, y por el olor, Ada supo que hacía años que no limpiaban el retrete. El hombre se apartó mientras ella vaciaba el cubo y a

continuación la llevó de vuelta a la trascocina, donde le dio un tazón con el esmalte desconchado y lleno hasta la mitad de una papilla beige. A la Ada de antes no le gustaban las gachas, sólo se las podía comer si estaban cubiertas de azúcar, pero la Ada de ahora, un Ada distinta, las engulló con avidez. El hombre se quedó esperando mientras comía.

—¿Quién eres? —preguntó ella. Él apretó los labios—. ¿Puedes hablar? —Él negó con la cabeza—. *Das ist nicht gestattet*. —Movi6 un dedo—. *Verboten*.

La devolvió a la habitación, donde Frau Weiss la esperaba. Tenía un rollo de tela en un brazo y lo que parecía una revista de señoras en la mano. Ada se preguntó si los alemanes habrían decretado el racionamiento, como los franceses. Daba la impresión de que a esa mujer no le faltaba de nada.

Dejó la tela en la mesa y, tras abrir la revista, se la pasó a Ada.

—Éste —dijo al mismo tiempo que señalaba un traje de chaqueta de señora y después el tejido de la mesa.

Ada cogió la fotografía: la chaqueta se ceñía en la cintura y estaba abotonada hasta el cuello con una línea recta de corchetes que discurría por el centro. La falda era de línea evasé. No tenía ninguna gracia. Como tampoco la tenía la tela, de un gris insulso con cuadros pardos. Aburrida. Sin embargo, Ada se dio cuenta de que abotonada en un lateral, con un cuello mao, dos bolsillos con solapa ribeteados a juego con la tela y una falda lápiz con una tabla invertida en la parte de atrás, el traje sería juvenil, *modisch*. Esa palabra se la había enseñado Herr Weiss. Era como en inglés, sólo que se escribía de manera distinta. Frau Weiss estaba sacando forro e hilos. No había hecho comentario alguno sobre el vestido, pero Ada sabía que tenía que haber quedado satisfecha con él, de lo contrario la habría despachado.

Ada la miró.

—Madame —respiró hondo—. Quizá —señaló la fotografía— abotonado aquí, con un bolsillo ahí. Más *modisch*. —Ada esperaba recibir un grito, pero Frau Weiss escuchaba—. ¿Tiene lápiz y papel? —continuó Ada—. Me gustaría enseñárselo.

Frau Weiss salió del cuarto y volvió enseguida. Ada no dibujaba bien, pero podía trazar un boceto si lo hacía muy esquemático, sencillo y rectilíneo. Vio que Frau Weiss esbozaba una sonrisilla. Era una mujer vanidosa.

—Necesito el traje para mañana. —*Ja*. Se volvió y salió de la habitación.

Y forrado. Ada tendría que estar en pie la noche entera.

Cogió la revista y la cerró. Tenía la insignia nazi en la portada, con las palabras NS-FRAUEN-WARTE. Ada pasó un dedo por las letras. No sabía leer alemán, pero intentó adivinar lo que ponía por *Frau*. En la portada se veía una alemana corpulenta con un pichi bordado largo y una blusa blanca, sentada en un banco tricotando un calcetín. Un niño pequeño regordete jugaba en una cuna a su lado. El pie de la foto estaba escrito con una letra extraña, anticuada. El niño parecía tener la misma edad que Thomas, sentado en su cunita, sonriendo, el pelo bien cortado y peinado con raya.

Arriba el niño lloraba otra vez. ¿Por qué no lo cogía Frau Weiss? Ella nunca dejaría que su hijo llorara de ese modo, durante horas. Le saldría una hernia. Esa mujer debía de ser dura como el pedernal. Iba unido a la vanidad.

A Ada le permitían salir dos veces al día; la llevaban a la trascocina y le daban una sopa aguada con toscos pan de salvado, que comían ella y el hombre de pie, en silencio. Luego de vuelta a su habitación, donde cortaba y drapeaba y se sentaba y cosía. Necesitaba pesos para la chaqueta, para que la caída fuese perfecta. En las ventanas había cortinas, una tela podrida que colgaba de una barra oxidada. Tras palpar el bajo, Ada sacó los pequeños plomos que hacían que las cortinas cayeran debidamente y cogió un par. Los introduciría más tarde en el bajo de la

chaqueta. Cuando notó que la casa estaba tranquila, se puso el traje, señaló los puntos en que tiraba o hacía arrugas y ajustó las pinzas. Introdujo los pesos e hilvanó con punto de bastilla el forro. Aunque la lana era apagada, resultaba suave al tacto, al igual que el forro. Frau Weiss nunca sabría que se lo había probado, que el forro que acariciaba a Ada ahora se pegaría a la mujer como una tela de araña. Le gustó la idea.

Se quedó dormida en la poltrona. Cuando empezaba a amanecer, Frau Weiss entró en la habitación y, sin decir palabra, se llevó el traje.

La rutina fue la misma que la del día anterior: vació el cubo, comió las gachas aguadas y volvió a la habitación.

Esta vez el hombre le llevó un cesto de ropa y se lo puso en los brazos.

—Para remendar —le dijo.

Ada apenas podía sujetar el cesto, estaba rebosante de ropa. Fue sacando las prendas: calcetines para zurcir y medias de señora con unas buenas carreras en la parte de arriba, justo por debajo de la liga. Chaquetas y jerséis con los puños deshilachados o los codos desgastados, pantalones a los que les faltaba un botón, una falda con la cremallera rota, blusas con costuras abiertas, vestidos con el dobladillo descosido, sostenes sin corchetes. Había una manta con los bordes deshechos, una chaqueta con el forro desgarrado, un gabán grande de tweed que Ada dedujo que estaba allí para darle la vuelta, y un pelele con un roto.

¿Qué clase de esposa era, que dejaba que se amontonara la ropa para remendar y convertía un quehacer de poca importancia en uno de envergadura? Ada sabía que algunas mujeres no sabían coser, y Frau Weiss debía de ser una de ellas, pero tendría que haberlo intentado. Era una guarra de tomo y lomo, se dijo Ada, y le sorprendió la crueldad de sus pensamientos, le sorprendió que le importase. Ada tardaría días y días en terminar todo aquello. Se preguntó si volvería algún día al geriátrico, con la hermana Brigitte y las demás monjas, si volvería a ver algo que no fuera ese cuarto y el retrete, si volvería a hablar inglés. Si volvería a hablar con alguien, si volvería a casa, si volvería a ser libre.

Ada perdió la noción del tiempo, empezó a contar los días por los ciclos menstruales. Al menos con los ancianos los domingos eran distintos y podían tener conciencia del tiempo, pero allí todos los días eran idénticos. A Ada la dejaban salir para comer e ir al retrete. Le dieron una jofaina y un trapo. En un momento determinado llegó un paquete con un griñón nuevo, pantalones y una combinación. Debía de ser de la Cruz Roja. Después de todo la hermana Brigitte había conseguido hacérselo llegar. Quizá pronto también llegara una carta.

¿Qué decía la hermana Brigitte? «Recuerden la fecha. Recuerden.» Ada empezó a llevar la cuenta, marcaba los días con jaboncillo en el tablero de la mesa, por debajo. Era verano, estaban a finales de julio de 1942. Llevaba allí siete meses, había visto cómo se convertía la nieve en lluvia y cómo la lluvia daba paso al sol. Los dedos le sudaban por el calor cuando cosía. No paraba de limpiárselos en un trozo viejo de felpa para no dejar manchas de grasa en los exquisitos linones y tules hilados de Frau Weiss.

Un caluroso día la puerta se abrió y entró Herr Weiss, elegante con una camisa blanca y un chaleco de lana, el bastón dando golpecitos en el suelo.

—*Nönnchen*—saludó—. Mi sobrino me dijo que te encontraría aquí.

Ada estaba en lo cierto: Herr Weiss había organizado aquello, estaba emparentado con el Obersturmbannführer, al que Ada no había visto aún. Se tensó, los dedos cerrados en puños, los dientes bien apretados en la mandíbula.

—Ven, hermanita Claralein. —Echó a andar hacia ella, la punta de metal del bastón golpeteando en el suelo de piedra—. ¿No te alegras de verme?

¿Por qué se presentaba ahora? ¿Después de tantos meses? ¿Qué quería?

—¿No sonríes al ver a tu viejo profesor? —Deslizó el bastón por el suelo y le levantó el hábito—. ¿No estás contenta de volver a oír hablar en inglés?

«Sé educada. No te busques líos.» Sonrió, una leve curvatura de los labios, y él le lanzó una sonrisa radiante, apaciguado.

—Se me ha olvidado cómo suena.

Él se rio.

—La lengua materna no se olvida nunca. Se lleva muy dentro, siempre. ¿Por qué no nos sentamos tú y yo?

Ada siempre hacía la cama por la mañana, volvía a colocar los cojines en la silla y doblaba el viejo hábito de la hermana Jeanne y lo escondía debajo. Se había inventado pequeñas rutinas que aportaran orden a su vida, cosas normales y corrientes que le recordaban a otro mundo, que le proporcionaban cierto grado de control.

—Sólo hay una silla —observó Herr Weiss mientras le señalaba la cama e iba renqueando hacia ella.

Tac, tac. Andaba más encorvado de lo que ella recordaba. Era un anciano.

—Yo me sentaré en la banqueta —propuso. A una distancia prudencial.

—Como quieras —repuso él—, como quieras.

Se sentó, la tensión aflojándose, los músculos relajados. «Cálmate», se dijo. Herr Weiss había ido a hablar, a recibir una clase de inglés. Nada más.

—Dime, ¿qué te parece esto? —le preguntó.

—Para ser una prisión no está mal —contestó Ada.

Era la verdad. Podría estar lavando cuerpos viejos, muertos o moribundos con el escroto colgando y los dedos aferrándose a las mantas. Tal vez no tuviera bastante comida o ropa o una cama en condiciones, y trabajaba a todas horas, pero era un trabajo del que podía enorgullecerse. Aunque Frau Weiss nunca la elogiara, y mucho menos le demostrara gratitud, sabía que apreciaba su destreza.

—Pensé que te gustaría —afirmó Herr Weiss—. Habría venido a verte antes, pero primero quería que te instalaras.

Era astuto, taimado. Se hallaban solos en ese cuarto, sin que nadie los interrumpiera. Las tijeras estaban en la mesa, a su alcance. Si se acercaba a ella, podía abalanzarse y cogerlas. Tenía el corazón desbocado. ¿Sería capaz de hacerlo? Quizá fuese viejo, pero era fuerte, «vigoroso», y ella estaba delgada y débil. No tenía nada que hacer.

—Vamos, querida —decía él—. No pareces contenta. La vida podría ser peor, créeme. —Se levantó del asiento y cogió el bastón de donde lo había dejado, apoyado en el brazo—. La próxima vez que venga, me gustaría ver un poco de gratitud. Pero ahora están a punto de servir la cena, y mi sobrino es un maniaco de la puntualidad. —Dio un taconazo e hizo una reverencia—. Creo que hay jabalí y un excelente burdeos. Cosecha de 1921. El vino alemán es bueno, pero no tiene el cuerpo del francés. Buenas noches, hermana Clara. —Giró sobre sus talones y salió golpeteando de la habitación. Ya en la puerta se dio la vuelta—: Tenemos muchas cosas que celebrar: los rusos se baten en retirada. —Sonrió y volvió a hacer una reverencia—: Hasta la próxima vez.

Ada aguzó el oído hasta que el sonido de los pasos se desvaneció en el pasillo. Acto seguido se frotó un ojo. Después de tantos meses, creía haberse librado de Herr Weiss, de su encanto baboso, los huesudos dedos contra los de ella, empujándolos con fuerza contra sus genitales mientras se retorció y gemía bajo su mano. Le revolvió el estómago recordar aquello y pensar en el futuro. Se preguntó si la guerra terminaría algún día, si podría empezar una vida nueva. ¿Qué quedaría? ¿Quién quedaría? No le llegaban muchas noticias de la guerra. Frau Weiss jamás hablaba de ella. Pero que los rusos se retiraran debía de significar algo. Ada no sabía mucho de geografía, ni de política, pero se acordaba de que su padre decía lo vasta que era

Rusia. No sólo Rusia, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Como si lo estuviese oyendo: «Imagínate, Ada, el país más poderoso del mundo, y socialistas. El paraíso». Si se batían en retirada, es que ahora Alemania era el país más poderoso. ¿Cómo lo llamaba Herr Weiss? El Tercer Reich.

Ansiaba oír la voz de su padre. «Te dio fuerte, Ada, hija.» Empezar por donde lo había dejado, antes de conocer a Stanislaus, con la señora B. Haber tomado una decisión distinta la tarde que se conocieron, en Londres. «No, gracias. Debo irme a casa. No puedo tomar el té con usted en el Ritz.» ¿Dónde estaría ahora? La señorita Vaughan, nuestra mejormodiste. Tal vez tuviese esposo. Leal, no alguien traicionero como Stanislaus. Uno de los suyos.

En lugar de eso se hallaba atrapada en esa prisión, a merced de Herr Weiss, dejándose la vista y la belleza. Trabajaba como una esclava, lo sabía, pero al menos estaba cosiendo, creando. Eramodiste. Quizá cuando terminara la guerra, si es que acababa, volviera a París. Al fin y al cabo tendría experiencia. No era preciso explicar dónde la había adquirido. «Casa de modas Vaughan.» Necesitaría que alguien la respaldara, había sido el caso de Coco Chanel, alguien que supiera ver su talento. *Modiste extraordinaire*. ¿Cómo llamaban a aquellos magos de la Antigüedad que convertían el metal en oro? Alquimistas. Eso era ella, eso es lo que haría. Ésa era su guerra. El metal. Lo convertiría en oro. Más adelante. Quizá. Debía conservar la esperanza. Había perdido a su amante, a su familia, a su hijo, pero no perdería eso.

Fue corriendo al cubo, sintió secas y dolorosas arcadas de bilis. No tenía nada que vomitar salvo sufrimiento.

Volvió a la banqueta dando un traspie. Se sentía impotente. Si alguna vez salía de ese sitio, jamás permitiría que otra persona volviera a ejercer semejante control sobre su vida.

Cogió la labor y se inclinó sobre la mesa, entrecerrando los ojos. Encima, el niño empezó a berrear. Ada oía a Thomas en ese llanto, veía su carita antes de que se cerrara el bolso del sacerdote. No podía quitárselo de la cabeza, su hijo, su pequeño abandonado, solo. A Ada le dieron ganas de chillar también. «¿Se puede saber qué te pasa, Frau Weiss?» ¿Qué madre deja sufrir a su hijo así? Necesita que lo consuelen. O agua anisada. Horas y horas, hasta que Ada oía que el llanto cesaba y se imponía el silencio. Preferiría que la azotaran a diario a escuchar la angustia del niño, sin poder hacer nada. Preferiría aguantar a Herr Weiss con sus repugnantes y lascivas necesidades.

Preferiría morir.

Clavó la vista en las tijeras y toqueteó el filo. ¿Cuánto se tardaría en morir desangrado? ¿Una hora? ¿Doce horas? Ahorcarse sería más rápido. Podía hacer una cuerda con suma facilidad. Atarla a la lámpara del techo. Mover la mesa, poner la banqueta encima, subirse a ella y quitarla de en medio de una patada. El cable de la luz parecía poca cosa, no aguantaría su peso. Quería asegurarse de que moriría.

Puso las tijeras de nuevo en la mesa. ¿Era eso lo que querían? ¿Matarla a base de trabajos forzados? ¿Volverla loca? ¿Qué fue de la persona que estuvo allí antes de que llegara ella? ¿Enloqueció debido al silencio y a la soledad? ¿A la preocupación? ¿Al niño llorón? ¿Le recordaba a sus propios hijos?

Volvió a mirar el cable. Empujó la banqueta hacia la mesa y se subió encima. Se tambaleó, y Ada se agachó para mantener el equilibrio.

Aquello era demencial. Ni siquiera tenía valor para tirarse de una mesa.

No, maldita fuera. Sobreviviría. No se alzarían con esa victoria. Hablaría sola, se haría compañía. Inventaría historias con finales felices, recitaría poemas que había aprendido en la escuela: «El viento era un torrente de oscuridad entre los agitados árboles». ¿Quién escribió eso? «La luna era un galeón fantasmal aventurándose en un mar de nubes.» No se acordaba. No tenía a nadie a quien poder preguntar. «El camino era un lazo de...» Noyes, Alfred Noyes. «Un lazo de luz de luna sobre un anochecer púrpura.»

—¡Y el bandido llegó cabalgando! —gritó Ada—. Cabalgando, cabalgando.
«El bandido llegó cabalgando, hasta la antigua puerta de la posada.»

Ese septiembre, el septiembre de 1942, Frau Weiss presentó a Ada a sus amigas, mujeres robustas, y también delgadas, ninguna tan tiquismiquis como Frau Weiss, pero aun así quisquillosas. Habían rodeado con un círculo varias fotografías del *Wiener Bunte Modeo* del *NS-Frauen-Warte*. Diseños sencillos. Ropa sobria, práctica, que carecía de estilo e ingenio. Ada modificó un escote, un largo, añadiendo o suprimiendo un adorno para hacerla distinta, única, para realzar a la mujer que la llevaba y no a la madre. De vez en cuando iban con fotos de mujeres glamurosas llamadas Zarah Leander o Emmy Göring, que Ada suponía que eran actrices o estrellas cinematográficas. Le señalaban las imágenes para que Ada copiara la indumentaria.

No eran como las clientas que acudían a ver a la señora B., mujeres de clase alta, correctas con el personal. «Eso es educación», decía la señora B. Esas alemanas tenían dinero, pero no clase. Con un fuerte acento bávaro. Sus esposos serían tenderos. O farmacéuticos. Incluso médicos. Führer esto y Führer aquello. Un río de palabras que serpenteaba por lugares de los que Ada no había oído hablar nunca: Wannsee, Stalingrado, El Alamein; y formaban remolinos en torno a gente a la que no conocía: Johannah, Irma. Esa Fräulein. Modelo, por el amor de Dios. Fotógrafa. Aquí, en Múnich. ¿A quién pensaba el Führer que estaba engañando? ¿Por qué no hablaba con él Magda Goebbels? Ada aguzaba el oído, tratando de captar alguna noticia de su país entre las corrientes de la conversación: gobierno general, Luftwaffe, Londres. Pero los temas pasaban de largo arrastrados por una marea de chismorreos sobre otras mujeres, no sobre la guerra. El cutis de esa Fräulein. Demasiado perfecto. Seguro que conseguía polvos de tocador. Y pintalabios. Al parecer no sufría con la economía de guerra, no se apretaba el cinturón como el resto.

Se pavoneaban las unas delante de las otras. No veían a Ada cuando cortaba y daba forma a la tela en sus cuerpos, metiendo aquí, prendiendo con alfileres allá. La seda se había requisado, era imposible hacerse con medias, o mantequilla. Pero Frau Weiss les servía café, café de verdad, «de un pequeño comerciante al que conocía», y esbozaba una sonrisa y servía bizcocho endulzado con azúcar, azúcar de verdad. Se daba tono con ellas. «Por favor, servíos, *bitte schön*», orgullosa de ser generosa con sus bizcochos y su café, benévola al compartir su secretillo con ellas, su monja, su modista. Ada sabía reconocer a una persona advenediza cuando la veía, tenía calada a Frau Weiss, con sus falsedades y su mal comportamiento. De no ser por Ada y su destreza, ninguna de esas mujeres le haría la corte a Frau Weiss.

Todas estaban guapas con la ropa de Ada. Ahí residía su magia, su talento especial. Aplicar vapor y estirar la tela para que sentara como un guante, alisar las bolsas, ensalzar la línea. A ellas les daba lo mismo que a Ada le estallara la cabeza por la noche, que viera doble por la mañana, que tuviera el estómago encogido de hambre. «*Sehr feminin. Modisch.*» Entraban en su cuarto siendo unas palurdas y salían convertidas en reinas. «*Ich könnte ein Filmstar wie Olga Chéjova sein.*» Ada sabía que la necesitaban. Las veía tal y como eran: desnudas y vulnerables, su glamur tan sólo aires y gracias hueros, mujeres corrientes, iguales que Ada o las polacas. Sin Ada no eran nadie.

Ella las detestaba. Cada vez que entraban en la habitación sentía burbujear en la boca del estómago un odio profundo, visceral, como si fuese azufre. Frau Weiss, fría como el hielo, indiferente al sufrimiento de los demás. «Inmoral», era como si oyese a su madre. «Amoral.» Ada no siempre estaba de acuerdo con su madre, pero ahora eso había terminado. Se congraciara con ella, tendría éxito. «Casa de modas Vaughan.» Acicalaría a su madre. Le proporcionaría una buena base, una faja, un sostén, la vestiría con crepé de China y con el

mejor *charmeuse*. «Ojito con el *charmeuse*—decía Isidore—. Es un tejido taimado.» De escasa confianza. Poco fiable. Se imaginaba en su taller, una buhardilla luminosa con ventanas de suelo a techo, como esas casas de artistas de Great West Road. Un maniquí en el rincón, uno de esos expandibles, que se podían ajustar. Un riel doble para sus creaciones, uno encima del otro, con una vara con un gancho para subir y bajar los vestidos. En el suelo una alfombra oriental. Y Thomas jugando en medio, construyendo puentes con su mecano.

«¿Qué fue del padre de Tommy, Ada? Murió. Una muerte terrible. En la guerra. No me gusta hablar de esas cosas.»

De esas mujeres, esas mujeres alemanas. Herr Weiss, todos ellos, que la mantenían allí como si fuese una esclava, una mujer sin sentimientos.

A veces se mareaba. Tenía hambre y estaba cansada, y el aire de otoño, cortante, le roía los huesos. Llevaba la misma ropa desde que había llegado, en enero. Los bordes estaban sobados y deshilachados, pero la tela estaba tiesa debido a la mugre, y le rozaba al moverse. No podía parar de trabajar sin sentir el dorso de la mano de Frau Weiss en la mejilla o el ribete de una correa en la espalda, incluso a través de la gruesa sarga del hábito. Temía el regreso de Herr Weiss, oír la llave en la cerradura, que la puerta se abriera y entrase el anciano. Había empezado a temblar, estremecimientos incontrolables que hacían que la aguja se le clavara en la carne o las tijeras resbalaran por la tela, hasta que sonaba el gong que anunciaba la cena y Ada se podía relajar.

El otoño dio paso al invierno. La escarcha cubría los cristales y abría los poros del edificio de tal modo que la humedad fungosa de los ladrillos flotaba en el aire y hacía que el lugar oliera como si fuese un sótano. A Ada le dieron una manta. Había empezado a quitar los cojines de la poltrona y a ponerlos en el suelo. Hacía frío, pero al menos podía estirarse. La túnica de la hermana Jeanne era un trapo sucio que olía a sudor, pero Ada estaba acostumbrada al hedor, había aprendido a tumbarse de forma que la tela sobrante la tapase. Por la noche no solía pasar frío, procuraba no pensar en su casa, en la cama que compartía con Cissie, en el minúsculo salón delantero que hacía las veces de comedor en Navidad. La hermana Brigitte solía decir: «Imaginen que están en casa sanas y salvas, piensen en aquéllos a los que quieren y que las quieren». Veía el banquete, el jamón, y el paté de hígado, el pastel de cerdo, la terrina rebanada, el fiambre en lata y el rosbif frío, las salchichas hojaldradas y la lengua de buey, la morcilla y los menudos de cerdo, y un montón de huevos rellenos de carne, sus preferidos. Su madre y su tía Lily abriéndose paso a duras penas con tazas de té mientras su padre permanecía a un lado con un botellín de cerveza Watneys o una jarra de cerveza negra, quitándose hebras de tabaco de los labios. La Navidad debía de estar cerca. Sacó el jaboncillo y escribió 1942 en la cara inferior de la mesa. Diciembre. Llevaba en ese lugar casi un año; en Alemania, casi dos y medio.

Se dio la vuelta en la cama, llevándose consigo el hábito sobrante. La puerta de su casa estaba pintada de negro, como todas las demás puertas de Theed Street. Veía a su madre a cuatro patas, la rodilla tiesa de tanto darle con Cardinal, restregando y frotando hasta que el umbral quedaba reluciente. «Menuda pérdida de tiempo. Qué más da.» A Ada se le llenaron los ojos de lágrimas, e intentó apartar el recuerdo, pero éste se negó a desaparecer, como una mancha pertinaz; aumentó de tamaño hasta que ella misma se vio allí, cruzando la calle de puntillas para que los tacones no rozaran con los adoquines, llegando a la acera. Tierra firme, decía cuando era pequeña y aún iba a la escuela y se imaginaba que la calle era un océano y ella un velero que se alejaba, subiendo y bajando, «un año y un día». Giró a la izquierda, dejó atrás sombrías casas negras y vidas ausentes que no iban más allá de un trayecto en autobús de medio penique, la tiendecita del barrio con sus reclamos como esmaltados amarillos y negros

de té Lyons Tea y mostaza Colman's y detergente OMO pintados en la pared, y el cochecito con el freno echado, el niño profundamente dormido. Su madre siempre miraba los cochecitos, y Ada no veía el motivo, pero ahora lo entendía. Ahora ella también era madre, pero su hijo estaba lejos, perdido y solo. Sentía el peso del corazón encadenado, arrastrado con grilletes. Amor y dolor, desesperación y esperanza, el futuro y el pasado. Intentaba que no vagaran a la deriva por su cabeza por la noche, cuando estaba tumbada en los polvorientos cojines en el suelo, enredada como el juego de la cuna. Pero los pensamientos eran tercos, igual que la seda; Thomas y su casa. Se quedaba dormida, despertaba sobresaltada. «Stanislaus. No pierdas la esperanza», se decía.

Las mañanas, cuando vaciaba el cubo, eran gélidas. El hombre de la chaqueta de rayas ya no estaba allí. Se había marchado en primavera, y otro ocupaba su lugar, un hombre de mediana edad con la piel como un colgajo. En su día debió de ser corpulento, estar bien alimentado. Le guiñaba un ojo a Ada cuando nadie miraba, le mandaba un beso. Ella sonreía.

Después de él llegó un hombre cadavérico, alto, encorvado, torpe. Se mordía el labio, apartaba la vista de Ada, como si viese su propia miseria reflejada en ella. Frau Weiss la dejó salir una mañana y le dijo que sacara aquel cuerpo del retrete exterior, donde dormía: había hecho jirones la chaqueta y había anudado las tiras, y después había atado un extremo a una viga y el otro al cuello. Ella encontró la estrella amarilla en el cubo de los desperdicios, arrancada. Sólo llevaba allí una semana.

Ada perdió la cuenta de los hombres que iban y venían. Llegó otro paquete de la Cruz Roja. Sin ninguna carta. Contenía dos griñones nuevos, ropa interior y una túnica. Ada se preguntó por qué seguían molestándose; preferiría llevar ropa normal. La nueva túnica le quedaba mejor, pero conservó la otra para usarla de manta.

Con el frío Ada tenía los dedos entumecidos y torpes. Frau Weiss y sus amigas llevaron tweed de Donegal para las faldas de senderismo de invierno y lana verde oscura para los abrigos, cachemir para los vestidos, chenilla para la noche. Ada agradeció el calor de la lana, suavizó las agrietadas manos con la lanolina del tweed. Con el cachemir que sobró, se confeccionó unos guantes sin dedos que utilizaba para trabajar, y con los restos de tweed se hizo unos mitones y unos calcetines para dormir con ellos por la noche. Durante el día los escondía en el fondo del cesto de los retales. «Oculta un árbol en un bosque.»

La primavera llegó tarde ese año, 1943. Días interminables de nubes grises y lluvia glacial que se rindieron de pronto y dieron paso a mayo. Empezó a hacer demasiado calor para esa época del año. Frau Weiss, la frente perlada de sudor, entregó a Ada una pieza de lino, un tejido soso con el que quería que le hiciera unos pantalones de pinzas. «El lino se enfada —oyó decir a Isidore—. No te interpongas en su camino.» Ada se quitó el escapulario, la túnica y el griñón, que hacía que le sudara y le picara la cabeza. Tenía que cortarse el pelo ella misma, y sin espejo, así que no sabía cómo le quedaba. Se puso a trabajar llevando tan sólo combinación y enaguas, consciente de que tenía las manos nudosas, los brazos atrofiados y las venas abultadas.

Una mañana, hacia finales de mes, la puerta se abrió y entró Frau Weiss con un niño pequeño de la mano. Tenía el pelo rubio y los ojos azules, parecía triste y solemne. En una mano llevaba un osito de lana marrón. Ada observó que la expresión de su rostro pasaba de la curiosidad al terror al verla. Empezó a sollozar. Ése era el niño que lloraba todas las noches hasta quedarse dormido.

Thomas. Su Thomas.

—*Nein*—ordenó Frau Weiss, dándole en la mano—. Deja de llorar, no eres un niño pequeño.

Ada avanzó hacia él, se agachó para situarse a su altura y abrió los brazos. Sabía que no debía hacerlo, pero no pudo evitarlo. Aquello era lo natural, ése era su hijo.

Frau Weiss cogió al pequeño y le dio un puntapié a Ada, que se quedó tendida en el suelo. —¡No toques a mi hijo! ¡No hables con él! —Le dio una patada a Ada en la espalda—. ¡Nunca! —Y otra, esta vez en las costillas—. ¡Jamás!*Nie!*—gritaba, y el niño lloraba—. *Das ist eine Hexe!*—vociferó, cogiendo al niño del mentón y obligándolo a mirar a Ada—. Infrahumana. —Dejó al pequeño en el suelo—. No le tendrás miedo, eres mejor que ella. Tienes que ser un hombre. —Ada vio que Frau Weiss tenía gotas de sudor en la frente y las manos le temblaban cuando las apoyó en la cabeza del niño.

Entonces Ada lo supo: Frau Weiss le tenía miedo.

«Me has convertido en tu prisionera —pensó—, en tu esclava, pero te he calado, Frau Weiss. Necesitas ser cruel para sobrevivir. Y la crueldad te destruirá antes de que me destruya a mí. Te odias y me desprecias por ello. Cuando me haya ido, ¿quién te hará sentir importante? ¿Quién hará que estés bella?

»¿Y qué pasará si me vuelvo contra ti? Tengo las tijeras en la mano, sólo tendría que arremeter contra ti para que tu sangre brotara como un géiser y te retorieras como una serpiente bajo mis pies. Y me quedaría con Thomas, lo abrazaría con fuerza y no lo soltaría jamás. Valdría la pena sentir su cuerpo junto al mío, disipar sus temores y enjugar sus lágrimas.»

—Vístete, monja —espetó Frau Weiss. Y tras mover un dedo delante de la cara del niño—: Haremos de ti un hombre, Joachim.

Salió de la habitación y echó la llave, dejando allí al niño. El pequeño empezó a golpear la puerta, la cara roja e irritada, el llanto tan violento que se atragantó y le dieron arcadas.

—*Mütti, Mütti.*

Ada se colocó la túnica, se ajustó el griñón en la cabeza y se puso el escapulario. Después extendió en la mesa la popelina que iba a cortar, la cabeza como un bombo con los berridos del pequeño.

Sabía que si hablaba, sería el niño el que sufriría. Frau Weiss lo llamaba Joachim, pero Ada no se lo tragaba: de ser el hijo biológico de Frau Weiss, su dolor la desgarraría. Ada sabía que entre una madre y su hijo jamás se cortaba el cordón umbilical. La pasión que ella sentía por ese niño era prueba suficiente de que era suyo, de que era su Thomas.

Cuando la guerra terminara, cuando los alemanes fueran derrotados y Hitler fuese destruido, le enseñaría a Frau Weiss de lo que era capaz el amor de una madre. Cogería en brazos a Thomas. «No llores, mamá está aquí.» Se lo llevaría a casa. Encontraría un lugar bonito para que vivieran los dos, una casita en el campo. Un verano había ido a Kent a pasar unos días de vacaciones gracias a la organización Children's Country Holiday Fund: rosas alrededor de la puerta, malva loca en el jardín, el tejado de paja. Bonito como un cuadro. Ahí era adonde irían. Serían felices. Se lo llevaría. Si Stanislaus llegaba a averiguar su paradero, le soltaría: «Ni te acerques. ¿Qué clase de padre has sido? No te necesitamos».

—*Mütti*—gimoteó Joachim, los ojos muy abiertos, aterrorizados, al ver a Ada.

Ada intentó no hacerle caso. Sabía que Frau Weiss debía de haberle contado cuentos sobre ella, «es una bruja, una sabandija»; sabía que si se acercaba a él, se pondría histérico. «Canta —pensó—, canta.»

—*Era bella como una mariposa y orgullosa como una reina, era la preciosa Polly Perkins, de Paddington Green.*

Se puso a trabajar, cortó la tela y marcó las pinzas. «Segunda estrofa, con fuerza, todos juntos»: —*Sus ojos eran negros como las pepitas de una pera, no había ninguna rosa en el jardín con la que se pudieran comparar sus mejillas.*

Thomas dejó de llorar, Ada vio con el rabllo del ojo que el niño había dejado de restregarse los ojos y la miraba. De su cuerpecillo escapó un largo sollozo. Ada siguió cantando.

—*Los rizos de su cabello eran tan bellos y largos, que creí que me amaba, pero me equivocaba.*

Otro fuerte sollozo inundó el aire, como una última convulsión. Ada reanudó la canción, lo

bastante alto para que la oyera Thomas, pero no tanto como para que se enterara Frau Weiss.
—*Era bella como una mariposa y orgullosa como una reina, era la preciosa Polly Perkins, de Paddington Green.*

Dejó de cantar. Thomas estaba junto a la puerta, sorbiéndose la nariz, mirándola. Ada empezó a coger con alfileres las pinzas, pero el niño se echó a llorar, así que ella volvió a cantar la canción.

—*Cuando le pedí que se casara conmigo, repuso: «Ah, eso», y me dijo que cambiara de tema, que estaba harta.*

El niño se calmó de nuevo. A ella le entraron ganas de sonreírle, hablar con él: «*Ich bin dein Mütti, Tomichen, no te haría daño. Te gusta la música, ¿eh? No me tengas miedo*». Ada oyó los pasos de Frau Weiss, que entró en la habitación, tiró del brazo del niño y se lo llevó.

Ada seguía contando el paso de los meses por los ciclos, los iba tachando con el jaboncillo bajo la mesa, al lado de donde apuntaba los años. Llevaba allí dieciocho meses. Junio de 1943. Días largos y noches que se prolongaban hasta el amanecer mientras Ada convertía lino en faldas y linón en blusas, fruncía algodón para confeccionar trajes de baño y con seda de paracaídas hacía saltos de cama y bragas. Si no terminaba algo, Frau Weiss la golpeaba con la hebilla del cinturón o con lo que tuviese más a mano. La seda se le enganchaba en los dedos, así que tenía que doblarla en la mesa. Meter la aguja, sacarla, no fuera a ser que su agrietada piel le hiciera un enganchón y frunciera la prenda. Se llevaba los saltos de cama a la cara, se acariciaba con ellos las mejillas, sosteniéndolos en alto sobre los puños bien cerrados para que los dedos no tocaran el delicado tejido. Eran suaves y estaban calientes como la mano de un niño, como la mano de su hijo, su Tomichen.

Ahora tenía que confeccionarle la ropa a Thomas. Ya no era un niño pequeño, sino un hombrecito, y llevaba camisas y chaquetas, pantalones cortos y peleles. Ponía especial cuidado en ella, bordaba un cochecito en el peto u ositos en los tirantes. Todavía lloraba por la noche, y Ada se preguntaba qué miedos poblaban sus sueños. Por el día lo oía en el jardín que había detrás del cuarto de Ada. Tenía una bicicleta con los frenos chirriantes, Ada la vio una mañana cuando salió a vaciar el cubo y asomó la cabeza por el rosal para ver el jardín. Era una bici de niño pequeño, negra y baja, con gruesas gomas de rueda y ruedines. Debía de haber aprendido a montar en bicicleta. Sería inteligente. La había dejado fuera por la noche, tumbada en la hierba, donde dormía como un reloj herido.

Ada confiaba en poder verlo fuera, jugando en el jardín. Oía su parloteo, sus chillidos y sus risotadas, pero siempre lo hacían entrar en cuanto Ada salía. En septiembre, cuando los días volvieron a acortarse, las primeras heladas cubrieron las doradas bayas de espino y el hielo hizo crujir la hierba, supo que no lo volvería a ver, no ese verano.

Ada despertó sobresaltada. Oía un zumbido sordo, como una máquina de coser o una abeja, un traqueteo grave, continuo, e, imponiéndose a él, el silbido del aire. Se acercaba, cada vez era más ruidoso.

Un avión. Sobrevolando la zona. El sonido describió un círculo, se debilitó y después aumentó de nuevo. Había más de un aparato. ¿A qué bando pertenecían? Se vio un leve destello y Ada oyó el estruendo de una explosión. Fue a lo lejos, pero los sonidos se repitieron. Bum, bum. Se acordó de Bélgica, Namur, Stanislaus. Era como si de eso hiciese una eternidad, como si fuese otro mundo. El cielo nocturno empezó a brillar como un badil de cobre rebosante. Ada supo que no podían ser los alemanes. «Tienen que ser los nuestros. Los nuestros. Nuestros muchachos.» ¿Cabía abrigar esa esperanza? La guerra terminaría pronto. Podría irse a casa.

Quizá estuviera en casa en Navidad. Navidad de 1943. Sólo quedaban tres meses.

Por la mañana Frau Weiss no dijo nada, pero Ada vio que estaba enfadada. Las bombas habían caído lejos, probablemente en Múnich. ¿Habrían bombardeado el centro? ¿Estaría a salvo la hermana Brigitte? Quizá el anciano, Herr Weiss, hubiera resultado herido, o hubiera muerto. «Ojalá —pensó Ada—, ojalá.»

Frau Weiss tiró un vestido en la mesa, dándole en la cara a Ada al hacerlo.

—¡Un alfiler! —gritó—. Te dejaste un alfiler. —Lo sujetaba con la mano, y empezó a pinchar con él a Ada, clavándoselo en las palmas de las manos cuando las levantó para defenderse—. No te necesito, ¿me oyes? —continuó—. Ninguna de nosotras te necesita. ¿Acaso crees que no tenemos modistas alemanas? Son las mejores del mundo. ¿Crees que me gusta que tú me hagas la ropa?

Llevaba un sencillo vestidito azul, que había confeccionado Ada, que realzaba las formas del cuerpo, austeros cuadrados y triángulos que disimulaban el vistoso corte y elevaban a Frau Weiss a una categoría superior. Estaba sublime, etérea, una apagada crisálida convertida en una belleza deslumbrante gracias al arte de Ada. Frau Weiss la necesitaba. Le gustaba que Ada le hiciera la ropa, le gustaba presumir de ella con sus amigas, compartirla con ellas. Ada no tenía rival como modista, y era consciente de ello. Sabía que Frau Weiss también se había dado cuenta y se odiaba por la debilidad que demostraba.

—Si se vuelve a repetir —espetó Frau Weiss—, vas al campo. —Fue hacia la puerta con pasos airados y, al pasar junto a Ada, la abofeteó violentamente con el dorso de la mano—. Me das asco.

Las prisioneras polacas del geriátrico habían llegado del campo y no parecían sanas. Ada se preguntó si el campo tendría algo que ver con el humo negro que veía en el cielo cuando salía a vaciar el cubo. El olor le recordaba a aquel sitio de la calle Cut, en Londres, donde derretían grasa. Supuso que salía de la fábrica. Quizá procesaran carne, cerdo o incluso caballo, dado lo difícil que era conseguir buena ternera, según Frau Weiss.

Cuando Frau Weiss y sus amigas hablaban del campo, delante de Ada, decían que estaba lleno de bolcheviques y judíos, gitanos e invertidos. Agitadores. Frau Weiss escupía las palabras, *sabandijas*, «*Untermenschen*». Ada conocía a muchos judíos y bolcheviques. Era como si oyese a su padre, sentado en la silla Windsor con los barrotes rotos en la cocina de su casa, en Londres: «Si alguien te llama bolchevique, Ada, hija, tú di que sí, y a mucha honra». Su casa quedaba muy lejos. Antes su vida tenía horizontes, pero la guerra los había limitado, había marchitado sus recuerdos y los había enterrado junto con sus sueños. Ahora su mundo no era más que ese cuarto sucio con mugrientas ventanas con barrotes oxidados.

Su único error fue haber creído a Stanislaus. Las mejillas le ardían, calientes como la lava. ¿Y si se quedaba allí el resto de su vida? ¿Y si la guerra no acababa nunca? ¿O si ganaban los alemanes? ¿Qué haría entonces? Cogió el vestido de Frau Weiss y lo arrojó al otro extremo de la habitación. Después agarró las tijeras y las lanzó contra el maniquí, el jaboncillo contra la ventana, el acerico al suelo. Se llevó las manos a la cabeza, apretó con fuerza y chilló, moviendo el cuerpo de un lado a otro.

Tenía sangre en un dedo. Debía de haberse pinchado con los alfileres. Se chupó la sangre. El alfiler. Una dolorosa punzada cada vez que Frau Weiss se volvía. Un alfiler, claro. Se echó a reír. Un alfiler, en medio de los bombardeos. Vaya por Dios. Siempre eran las cosas pequeñas, la gota que colmaba el vaso, la pulga que vencía al elefante.

Había más de una manera de librar una guerra. Se quitó la ropa y se puso el vestido, exquisito estambre, negro y sensual al tacto. Lo pegó a la piel, siguiendo la línea de su cuerpo desde los pechos hasta los muslos. Los huesos se le notaban, y el vestido le quedaba suelto, pero Ada volvía a ser una mujer, tomando posesión del vestido, como un gato marcando el territorio. Frau Weiss no lo sabría nunca.

Se pasó la mano por el verdugón de la cara: tenía sangre. Frau Weiss debía de haberle dado con el anillo.

Nadie le abrió la puerta para que saliera ese día de finales de septiembre, no mucho después del primer ataque aéreo de 1943. En la casa se oían voces desconocidas, ruidos apremiantes, golpes de muebles al arrastrarlos y moverlos, pasos delante de su puerta, por la cocina y la trascocina. El sol empezó a caldear la estancia, entraba por la ventana y atrapaba motas de polvo en los rayos. Ada se figuró que sería por la tarde. Tenía hambre y sed. La casa quedó en silencio, vacía y desierta. Oscureció y cayó la noche. Ada encendió la luz y no pasó nada: no había electricidad. La habían dejado allí, sola.

Intentó dormir, pero los pies se le enredaban en la manta. Los sacudió presa del pánico. Probó con el truco de siempre, su mantra: «Thomas. Casa. Stanislaus. *Modiste*». Estaba encerrada. Las paredes avanzaban hacia ella, el techo bajaba. En el cielo se oía el zumbido de aviones que volaban en círculo sobre la zona. Ada esperaba ver cómo un rojo bermellón iluminaba la estancia, oír el ruido sordo del bombardeo. Una o dos veces las explosiones se habían producido cerca, haciendo que la casa se estremeciera y las ventanas vibraran. Cerró los ojos con fuerza.

Podía caerle una bomba encima, asfixiarse entre los escombros, ser enterrada en vida. Se incorporó, gritando, pero el eco le devolvió los gritos. Se tumbó de nuevo, aunque en lugar de apoyar la cabeza en el cojín, se dio contra el frío suelo de piedra. Le dolía el estómago. Moriría en ese sitio, encerrada en un taller, desaparecida para siempre. ¿Quién sabía que estaba allí? Le dio un calambre en una pierna, se levantó y se puso a andar hasta que se le pasó. Se ahorcaría, se cortarían las venas. Esta vez sería capaz de hacerlo. No tendría más remedio: morir de hambre era una muerte dolorosa.

«Por favor, no me bombardeéis, dejadme vivir.» Se preguntó qué quedaría en pie de Múnich a esas alturas. Se figuró que los alemanes estarían haciendo lo mismo en Inglaterra. Procuró no pensar en su familia. Sobrevivirían, como ella. Tendrían suerte.

Por la mañana la puerta se abrió violenta y ruidosamente, y en la habitación entró una mujer gruesa con una falda negra anodina y una chaqueta de punto marrón a juego con el jersey. Ada no la había visto nunca.

—Tú —dijo, señalando a Ada—. Ponte de pie cuando te hable. —Ada se levantó de la cama. Se sentía inestable, algo débil—. Soy Frau Weiter. Y a partir de ahora seré quien da las órdenes. Vacía eso —ordenó, apuntando el cubo.

Ada se alegró de poder salir, respirar el vivificante y fresco aire otoñal, ver al último prisionero con chaqueta de rayas. Pero, cuando la atravesó, en la trascocina no había nadie, y en el jardín tampoco. El agua de la cisterna se derramó, salpicando el suelo y la pared. Se acercó al rosal y asomó la cabeza, pero en el jardín no vio a nadie. ¿Se había ido Frau Weiss? ¿Se había llevado a Thomas?

Su bici no estaba. Al lado, en el barro, había un osito de lana.

—Tú —dijo Frau Weiter cuando Ada volvió—, quítate ese hábito. —Tiró al suelo una bata gris, sin cuerpo, y la señaló—: No eres distinta de los demás prisioneros. ¿Por qué ibas a tener privilegios?

Ada cogió el informe vestido de algodón. Era fino, sus fibras carecían de vida.

—A partir de ahora aquí mando yo —continuó Frau Weiter—. Mi esposo es el nuevo

comandante. Ayudarás a la cocinera, lavarás y plancharás, zurcirás y coserás. Harás todo lo que te pidamos. No hablarás. Ponte eso y vete. —Señaló la puerta abierta y la trascocina y se fue.

Ada se preguntó qué habría pasado. Se quitó el hábito y se puso el vestido por la cabeza. La prenda endeble, sin alma, la asustó: era lo que llevaban las prisioneras polacas. ¿Era eso ahora? ¿Era como ellas? Ellas provenían del campo. Dobló el hábito, lo dejó en la cama y echó a andar hacia la trascocina.

Ada vio que la cocinera no era una prisionera. Estaba bien alimentada, una mujer rolliza, de cintura ancha, cabello gris y perlas de sudor en la frente y en la nariz. Bajo las axilas la blusa tenía cercos húmedos y oscuros.

Frau Weiter la llamaba Anni, y mantenían largas conversaciones. Ada se enteró de que era su cocinera desde hacía muchos años. Y también de que al Obersturmbannführer Weiss lo habían enviado a Polonia. La mujer dijo que quería quedarse en la casa, con el niño. Frau Weiter chasqueó la lengua en señal de desaprobación: ¿por qué se le iba a permitir recibir un trato especial, cuando era evidente que el Obersturmbannführer Weiter y ella necesitaban la casa del comandante? ¿Siendo como era tan complicado conseguir una vivienda decente? Naturalmente la mujer tuvo que instalarse en otra parte, volver con su familia.

Anni no sonreía nunca, pero cocinaba buenos platos que Ada ayudaba a preparar: pelando, troceando, desmenuzando. Sopa de hígado, jabalí asado, repollo relleno, chucrut, *Apfelstrudel*, *Topfenstrudel*, *Auszogne*. No era de extrañar que Anni estuviese tan rolliza y Frau Weiter tan robusta. Y su esposo, el Obersturmbannführer Weiter, un hombre enorme con la barriga que le colgaba sobre el cinturón. La chaqueta se le abría en los botones, las costuras de las mangas le tiraban. Ada nunca había conocido a nadie gordo de verdad, no sabía lo que era la gula hasta ese momento, ni por qué era un pecado. «Las glándulas —solía decir su madre—. Es por las glándulas. No lo pueden evitar.» Los Weiter comían cinco veces al día en el comedor; para cada comida, un mantel limpio.

De lino, con una tira *debroderie anglaise* de treinta centímetros. Esa labor costaba más incluso que los ojales, los ojetes eran pequeños y requerían hilos y agujas finos. El trabajo hacía que le dolieran los ojos y le estallara la cabeza. Iniciales en las toallas, «E. W.», cosidas a mano y con su dobladillo, sábanas y almohadones. Vainicas en las toallas de invitados y los pañitos para las bandejas, bordados blancos en los posavasos y en los mantelillos individuales. Los Weiter lo dejaban todo perdido cuando comían y dormían. Exigían ropa blanca limpia a diario, y Ada tenía que cocer las sábanas y los manteles sucios en el caldero, frotarlos con bórax y fenol hasta dejarse las manos en carne viva, escurrirlos y tenderlos en las cuerdas del jardín, vastas velas que ondeaban al viento. Los bombardeos y la guerra significaban que costaba conseguir jabón, y también combustible para hervir el agua, pero los Weiter se negaban a estar sin ropa limpia; gritaban a Ada si dejaba pasar un día, amenazaban con enviarla al campo y coger a otra para que hiciera su trabajo.

Ada se tomaba su tiempo sacando la colada o metiéndola, contemplaba cómo avanzaba y maduraba el otoño en el jardín, las flores se secaban en la tierra y las hojas se descomponían en el suelo. Había pasado otro año. «Polvo al polvo, tierra a la tierra.» En los árboles y en los arbustos había bayas con las que los pájaros se daban un banquete. El rosal trepador del retrete tenía abundantes escaramujos, bayas de espino de un naranja estridente que la hacían sonreír. Cogió unos cuantos y se los metió en el bolsillo. Por la noche, cuando estaba sola, los miraba. Le recordaban al jardín, a un lugar donde la vida seguía, optimista y ajena a todo.

Frau Weiter llevaba trajes tradicionales, de lana en invierno, de terciopelo en ocasiones especiales, de algodón en verano, con corpiños hechos a medida que realzaban el generoso pecho. Blusas recargadas con lazos en el cuello y las mangas. Le gustaban bordadas de arriba abajo con flores de las nieves y gencianas y otras flores de zonas montañosas. Era una mujer sucia, puerca, que se manchaba la ropa todos los días: sopa en la falda, salsa en la blusa, grasa

en el corpiño. Los pies le sudaban, atiesando las medias, y en las bragas había restos de pis y cosas peores. Lavar y remendar, coser y planchar, resultaba duro y difícil alisar las tablas de las faldas sin aplastarlas. Ada estaba en pie al amanecer y sólo se retiraba a dormir de madrugada. «Haz esto. Haz lo otro.» Con la ropa que llevaba, Frau Weiter parecía una de las albóndigas de Anni. O un personaje de las tradicionales pantomimas navideñas inglesas. Ada se reía para sí. El pelo recogido en un moño, Frau Weiter. Podría ser un hombre disfrazado de mujer. La viuda Twanky.

Anni sólo hablaba con Ada para darle órdenes, pero no rebañaba las cacerolas, y hacía la vista gorda si Ada chupaba una cuchara o pasaba el dedo por un recipiente antes de lavarlo. Pequeños placeres que rompían la monotonía de la sopa aguada que Ada se veía obligada a comer cada día. Anni tenía sofocos, oleadas de calor que hacían que el cuello se le pusiera rojo y le sudaran las axilas. En tales casos abría puertas y ventanas, se abanicaba la cara con las manos. La señora B. tenía una clienta norteamericana que llevaba almohadillas en las axilas. «El cambio —le decía a la señora B. moviendo los labios, como si Ada fuese demasiado joven para entender ese complot de la edad—, la edad crítica.»

Ada le dio unas vueltas al asunto. Le quedaba algo de felpa y restos de suave algodón de la ropa que hacía. No le llevó mucho: dos semicírculos, cinta. Contaba con algunos cierres de sostén que se había dejado Frau Weiss, que unió a las cintas, los suficientes para hacer dos pares.

Cuando Anni la dejó salir por la mañana, Ada le dio los protectores, señalándole las axilas y abanicándose la cara como si tuviera calor. Moviendo los labios dijo:

—Para el sudor. —Anni cogió las almohadillas. «A saber si informará a Frau Weiter de esto —pensó Ada. Le daba lo mismo: la hizo sentir viva, un gesto bondadoso—, sólo es para devolverte el favor, querida.» Estaba pelando patatas cuando apareció Frau Weiter, aún en camisón.

—Monja —dijo—, coge un cubo y ven conmigo.

Ada la siguió hasta el recibidor. Era la primera vez que volvía a estar en ese sitio desde que había llegado, hacía casi dos años. Era Navidad, 1943, y en un rincón se alzaba un gran abeto con velitas en las ramas. Ahora en el suelo había una alfombra y un pesado aparador de madera de roble tallada con dos sillas de madera bajas, feas, a cada lado. Frau Weiter subió la escalera, dejando atrás la gran ventana, enfiló el pasillo y entró en su dormitorio. El olor abofeteó a Ada antes de ver su causa: Herr Weiter estaba desnudo en la cama, rodeado de vómito.

—Límpialo —ordenó su esposa al mismo tiempo que señalaba la inmundicia del suelo—. Y después el resto.

No era sólo vómito: el hombre estaba tumbado entre sus excrementos. A Ada se le revolvió el estómago y le dieron arcadas mientras lo lavaba, Frau Weiter rondando detrás.

—Ahí —decía—. Y ahí. Y ahí hay más.

Abrir cada pliegue y arruga de carne, retirar los hediondos restos, notar cómo se le cerraba la piel sobre sus dedos como vastas encías con vida. «Cerdo», pensó Ada. Había comido tanto en la cena de Navidad que se puso malo. Le estaba bien empleado.

La ropa de cama. El dormitorio. El cuarto de aseo. Se pasó la mañana entera limpiando, la tarde entera lavando. Frau Weiter no pegaba a Ada, a diferencia de Frau Weiss, pero Ada la despreciaba más. Era una guarra y una vaga, una glotona y una holgazana. Ada odiaba cómo le caía la carne de las muñecas en rollos sobre las torpes manos; su forma de moverse por la habitación, como una babosa por la hierba; cómo se reía con Anni, «ja, ja», y le pellizcaba las mejillas, «qué buenos somos contigo, Annerl!»; los pliegues del mentón bamboleándose a su libre albedrío.

Esa noche, cuando encerró a Ada, Anni le metió algo en el bolsillo. En la mesa había un vaso de leche. Ada abrió el paquetito: una rebanada de *Stollen*, el tradicional pan dulce, envuelto en papel encerado. «*Danke. Frohe Weihnachten.*» «Feliz Navidad.»

Ada se sentó en la poltrona, el dulce en la mano, y lloró.

Guardaba los escaramujos en un cajón. Se habían secado y habían encogido, el color había perdido su brillo. No hacía eso desde que era pequeña y cogían los escaramujos de las casas elegantes de West Square, pero se acordaba. Extendió el papel encerado del pastel, abrió los frutos y sacó los pelillos de dentro. Frau Weiter llevaba una combinación pegada a la piel, fruncida en la cintura y afianzada con corchetes en un lado. Cada frunce formaba una bolsita, y Ada introdujo bien dentro los pelillos. Acto seguido sostuvo en alto la combinación: no se veía nada. Cogió otra.

Hizo rodar el último escaramujo en la mano. En el rosal había muchos más. «Hay más de una manera de librar una guerra», se recordó.

Las amigas de Frau Weiss aún iban a verla, con tela en los brazos, fotografías en las manos. Ada tenía que confeccionar ropa para ellas, además de ocuparse del resto de los quehaceres. Sabía que si se negaba la enviarían al campo. Frau Weiter no necesitaba a Ada, no como la necesitaba Frau Weiss. Quería preguntarles a las mujeres qué había sido de Frau Weiss y del niño, pero era consciente de que no debía decir esta boca es mía. Las escuchaba cuando hablaban. Ahora el Obersturmbannführer Weiss se hallaba a cargo de otro campo, Neuengamme. Cerca de Hamburgo, por lo que pudo entender. Pero nunca mencionaban a Frau Weiss por su nombre, ni al pequeño Thomas. Alemania iba bien. La guerra acabaría pronto.

Los árboles empezaron a iluminarse con minúsculos brotes verdes. Ada guardó los mitones de tweed, que seguía usando de noche, y los guantes de cachemir que se ponía de día. Las polillas habían agujereado las palmas, y los bordes empezaban a deshilacharse. La lana estaba apelmazada de tanta suciedad. ¿Cuánto duraría esa guerra? Tachó otro mes del calendario de debajo de la mesa: marzo de 1944. Ya llevaba en esa casa más de dos años. Los dolores de cabeza eran fuertes, y a veces no veía las puntadas. Los ojales y los ojetes eran lo peor: tenía que acercárselos a los ojos para que las vueltas fuesen rectas e iguales.

Una mañana de abril de ese año, temprano, antes de que le diera tiempo de quitarse el hábito con el que seguía durmiendo, apareció Herr Weiss. A veces se preguntaba si habría muerto, confiaba en que así fuera. Ya no oía sus pisadas en el corredor por la noche, el golpeteo acerado del bastón. Ahora que su sobrino se había ido, ella pensaba que no volvería. Sin embargo, allí estaba, con una sonrisa de satisfacción, asintiendo: había acudido por su recompensa. Ada le estaba cosiendo el dobladillo a una sábana, que fue a parar al suelo; las tijeras, que descansaban en su regazo, también cayeron estrepitosamente.

—Herr Weiss —saludó—. No lo esperaba.

—Dije que volvería. —Se metió la mano en la chaqueta y sacó una agenda—. Lo anoté —añadió—. ¿Sabes qué día es?

Ada negó con la cabeza.

—Es el cumpleaños del Führer: 20 de abril de 1944. —Sonrió de nuevo y cruzó la estancia. Su cojera era más pronunciada, y al moverse se dibujaba una mueca de dolor en su rostro. Respiraba con dificultad. Ada vio que había estado enfermo—. Trabajas bien —observó, señalando con el bastón los vestidos y los trajes que colgaban del listón que recorría el cuarto—. ¿Sabes cómo te llaman aquí?

Ada volvió a decir que no con la cabeza.

—Te llaman la modista de Dachau —repuso—. Eres la comidilla de la localidad. Lo que tenemos

aquí es una especie de comunidad. Influyente, ¿sabes? No sólo Dachau, sino también Múnich, Berlín. Tengo entendido que incluso ha llegado a oídos del mismísimo Führer. —Se rio, un resuello ronco que acabó con una película de saliva en los labios—. Exagero, el Führer está demasiado ocupado para preocuparse por semejantes trivialidades. —Levantó los vestidos con el bastón, dejando a la vista las impecables costuras y el perfecto sobrehilado. Sonrió a Ada como si fuese una niña—. Tengo una amiga —añadió—. Está buscando una modista nueva. Una persona que debe ser discreta. Así que pensé: ¿quién más discreta que mi *Nönnlein*? —Se acercó con parsimonia a la silla y se sentó, dejando el bastón en el suelo, a sus pies—. Ven aquí —dijo, dándose unas palmaditas en la rodilla—. Debería alegrarte verme.

Ada sabía lo que venía a continuación, de manera que cogió su banqueta.

—No, querida —dijo el anciano—. Deja la banqueta y ven a sentarte a mi lado.

Podía sentarse en el suelo y cogerle el bastón si intentaba algo. Se acercó, y él le agarró la mano y tiró de ella, de modo que se vio obligada a sentarse en su regazo. Tragó saliva. Herr Weiss nunca había hecho eso. Siempre se habían sentado uno al lado del otro. Ada sabía que nadie oiría sus gritos, que daría lo mismo.

Le acarició la mano.

—¿Me has echado de menos?

Ada no dijo nada.

—Yo a ti sí. —Le llevó la mano a la entrepierna y sonrió como una cabra en celo—. Como puedes comprobar.

Ada intentó cerrar el puño: de ese modo no lo tocaría.

—*Nönnlein*—continuó, abriéndole la mano—. Tengo noticias para ti. —Apartó su mano y, rodeándola con los brazos, la estrechó contra sí. Tenía unas cuantas cerdas blancas en la mejilla y un puñado más bajo el labio inferior. El aliento le olía a alcohol, y Ada le vio las venillas en la cara, los apagados ojos de un ajeno ahumado. Tenía los labios agrietados. Esperaba que no la besase—. Me marchó —anunció—. Hoy. Me iré lejos, quizá no te vuelva a ver.

Los músculos de Ada se relajaron. «Gracias a Dios.»

—Pero, antes de irme —prosiguió, acariciándole la cara con el dorso de la mano—, quiero lo que me debes. —Ada tragó saliva—. Por todo esto —abarcó el lugar con el brazo, señalando los vestidos que rodeaban la pared— y por lo que quizá esté por venir. —Le apretaba la cintura, los dedos bien abiertos, de manera que le rozaban el pecho—. Una sola palabra mía —siguió— y esto podría esfumarse. ¿Has oído hablar de Ravensbrück? —Le estaba tirando del hábito, subiéndoselo, tocándole la pierna—. Es de mujeres. Delincuentes, judías, polacas, gitanas, lesbianas. —Escupió la última palabra, y ella notó saliva en la mejilla. Le acariciaba el muslo. Ada intentó cruzar las piernas, pero él se las abrió a la fuerza—. Muy lejos de aquí.

—Por favor —suplicó—. Soy monja.

—Lo sé —contestó el anciano—. Y no violaría a una monja —añadió, arrastrando las palabras por los dientes—, si es que lo eres. —A Ada la sangre le corría con fuerza por el cuerpo, obligando a su corazón a bombearla. «Estate tranquila, tranquila. ¿Cómo lo puede saber él? Tiene que seguir creyendo que eres monja.»

—Entonces no haga esto.

La levantó de un empujón, aunque le cogió el brazo, apretándose con fuerza. Era sorprendentemente fuerte, demasiado para Ada.

—No aprendes, ¿eh? Tú no me dices lo que tengo que hacer. Monja. —La zarandeo y la miró con resentimiento—. Quítate la ropa.

—Por favor —pidió Ada—. Por favor, no.

Le estrujó la muñeca y se pasó la lengua por los labios.

—Pensándolo bien —corrigió—, tu cuerpo desnudo me repugnaría. —La soltó—. Estás demasiado delgada. No tienes lo que debe tener una mujer. Quítatelo todo salvo la

combinación.

A Ada le temblaban los dedos mientras se sacaba el escapulario por la cabeza y se desabrochaba el hábito. Él la observaba, la piel del rostro tirante, en un rictus de deseo. Descubriría que no era virgen, y, entonces, ¿qué? ¿La enviaría a Ravensbrück? ¿La metería en un burdel? El anciano cogió el bastón.

—Y déjate el griñón. No creo que el pelo sea tu mejor baza. —Se rio, un ruido sordo, obscuro, en la garganta—. Ahora acércate. —Se inclinó hacia delante y la agarró del brazo, sentándola encima una vez más. Se quedó petrificada mientras él se toqueteaba la bragueta, se restregaba contra ella, la sobaba a través de la combinación—. Ayúdame. —Tiró de la mano de Ada hasta acercársela al pene y gimió. Había terminado.

La apartó de un empujón cuando sonó el gong del desayuno.

—Ahora tendré apetito —afirmó—. Anni prepara un paté excelente para el Obersturmbannführer Weiter y su encantadora esposa. *Schlackwurst*, salchichas de hígado, queso, panecillos recién hechos, miel, café, *Sekt*. Adiós, hermana Clara. —Se levantó, se metió la camisa por dentro de los pantalones, se abotonó la bragueta y cogió el bastón del suelo—. Le hablaré bien de ti a mi amiga. —Salió de la habitación y echó la llave.

Le había manchado la combinación. Ada agarró un trozo de tela y frotó con él la mancha. Temblaba. A continuación cogió el hábito y se lo puso. No lo volvería a ver. Tenía hambre.

Sentía una profunda y una terrible fatiga que se le metía en los músculos y le consumía el cerebro. Ada se desplomaba en su improvisada cama de madrugada y se levantaba a rastras al amanecer, demasiado cansada para llorar o soñar. Aún llevaba la cuenta del tiempo, pero el resto de esa primavera y de ese verano lo pasó trabajando, un trabajo pesado, tedioso. Frau Weiter la hizo lavar sus *Federbetten*, gruesos edredones rellenos de pluma que utilizaban en invierno. Ada tuvo que varearlos para quitarles los pelotones de plumón mientras Frau Weiter la observaba sentada.

—Más. Hace falta más. Empléate a fondo.

Apenas tenía fuerzas para coger la vara. Tuvo que quitar las cortinas de todas las habitaciones, pesados brocados que mantenían a raya las corrientes de aire invernales, y lavarlas para liberarlas de años de polvo, tenderlas fuera para que se secaran y se oreasen al sol estival, recogerlas y plancharlas bien para dejarlas listas.

—Ponte el vestido limpio —ordenó Frau Weiter una mañana de otoño que Ada estaba colgando las cortinas de brocado limpias para el invierno—. Asegúrate de lavarte las manos y la cara.

Ada hizo lo que le pedían. Frau Weiter la encerró en su habitación, y Ada permaneció a la espera, viendo por la ventana cómo se alzaba el sol en el cielo para después bajar tras las casas. No había desayunado ni comido nada a mediodía, y sentía calambres en el estómago, una debilidad dolorosa que le encogía las tripas. Tenía quehaceres pendientes, así que estaría en pie la noche entera para acabar la colada y la plancha.

La puerta se abrió y entró Frau Weiter, seguida de otra mujer a la que Ada no había visto nunca y dos terrieres escoceses. Frau Weiter se mantenía a cierta distancia de la mujer, frunciendo la boca en señal de desaprobación, mirándola por encima del hombro.

Uno de los perros se acercó a Ada, le olisqueó los tobillos y meneó el corto rabo. Ada notó su aliento caliente en la piel, la trufa fría y húmeda. Le entraron ganas de acariciarlo, sentir el calor sedoso de su pelo, que se le echara encima, gimoteando encantado, la lengua deseosa de lamerla, el afecto de otro ser vivo.

—*Negus*—dijo la mujer—, *Komm!*—Se dio unas palmaditas en el muslo y el perro se volvió y echó a andar hacia ella. Ada deseó poder decir: «No pasa nada, no me importa». Añoraba a ese

animalito que decía: «Anda, otro ser humano». Hasta los perros tenían nombre—. *Sitz*—ordenó la mujer, levantando un dedo.

Ada no pudo evitar escudriñarla: delgada, pechos voluminosos, rotunda. Tenía el cabello de un color apagado, ni corto ni largo, ondulado; la cara redonda y corriente. Era joven, lo suficientemente atractiva, pero su rostro no era bello, no resistiría el paso de los años. La tez clara, realzada por un toque de pintalabios. Pintalabios. Ninguna mujer usaba ya pintalabios.

Llevaba un traje de chaqueta blanco, la falda recta hasta la rodilla, la chaqueta corta, con un volante y cuello amplio. La lucía abotonada, tirante en torno al pecho, y debajo Ada divisó la parte superior de un fino jersey de punto. Se la podía imaginar en el mercado de la calle Cut: «Dos kilos de patatas, dos cebollas, cuatro manzanas, para asar». Ella y la viuda Twanky, si es que la viuda era capaz de borrar ese rictus de desdén, o que los vendedores se encargaran de que lo hiciese: «¿Ha pisado bosta de caballo, señora? Debería mirar por dónde pisa». Una mujer normal y corriente, que no se sabía sacar partido.

—Ésta es la monja —informó Frau Weiter—, la modista de la que ha oído hablar.

La mujer echó un vistazo a la habitación. Ada estaba confeccionando un vestido de noche para una de las amigas de Frau Weiss, de color verde botella y con escote halter. Colgaba del listón, y Ada estaba esperando un poco antes de coserle el dobladillo. «Deje que caiga, Ada, que caiga —solía decir Isidore—. La destreza se refleja en el bajo.» Tenía una tela en la mesa, un algodón de flores del que se había apropiado otra de las amigas de Frau Weiss para una blusa y, doblado al lado, el patrón que había cortado Ada.

—*Ja*—contestó la mujer—. Confío en que sea tan buena como dice todo el mundo.

Abrió el paquete que llevaba, dejando a la vista un rollo de seda negra que puso en la mesa y empujó hacia Ada. Ésta se lo acercó, pasando los dedos por la cara superior, palpando los nudos y las nervaduras, su brillo y su fuerza. *Douppioni*. No tocaba seda de esa calidad desde que estaba con la señora B.

—Necesito un vestido de noche —dijo—. Tengo entendido que eres la mejor.

Era un cumplido, y Ada se ruborizó, oleadas de gloria le recorrieron el cuerpo. Nadie la había elogiado, no así. De mujer a mujer. Se sentía avergonzada, no se reconocía: era una criatura cobarde que clamaba por la aprobación. Esa mujer le arrojaba migajas de halagos que Ada cogía con entusiasmo, como un gorrión muerto de hambre. «Gracias. Muchísimas gracias.»

—Tengo tres modistas —le decía la mujer a Frau Weiter—: una aquí, en Múnich; otra en Berlín y una tercera en Berghof. No se imagina las facturas que me llegan. Una fortuna. Pago por su silencio, naturalmente. Y no me importaría si valieran para algo —continuó—. Faldas, pantalones, trajes tradicionales. —Negó con la cabeza—. Son competentes, pero ¿y la magia? Eso es algo que no tienen. —Se inclinó y cogió a uno de los terrieres, levantando el mentón para que el perro pudiera lamerla. Después sonrió, dejó que se bajara y se centró en Ada—: Y veo que tú tienes magia —afirmó. Fue hasta el vestido de noche verde, le pasó la mano por la falda y se volvió hacia Frau Weiter—. Maldades, mentiras. Pero ¿por qué iba a imponerse la verdad al chismorreó, Frau Weiter? Entallado. —Giró sobre sus talones y se situó de cara a Ada—: Lo quiero entallado. Que se abra en abanico por debajo de la rodilla. Como una sirena.

Eldouppioniera recio, permitiría una cola, pero no le gustaba que lo estiraran. «Le gusta ver deportes —oía decir a Isidore—, pero no los practica.» La mujer era delgada, y sin embargo tenía las pantorrillas musculosas y la espalda ancha. La imaginaba jugando al tenis o nadando, o en la londinense Liga Femenina de Salud y Belleza; pantaloncitos de color azul marino y blusa blanca, volteretas hacia atrás y hacia delante. El vestido tendría que ser dócil para que pareciera una segunda piel, que no quedara tirante como una faja.

—El cuello alto, anudado atrás —continuó—. La espalda, al aire. Y con rosas. —Sacó del bolso una tela roja que le enseñó a Ada: seda salvaje, de un vivo carmesí. Excepcional. La arrebujaó y se la puso en la garganta para mostrarle a Ada lo que quería—. Rosas —repitió—. Aquí, en el

cuello.

Las rosas recargarían en exceso un vestido con cola, echarían a perder la línea, la sencillez que Ada tenía en mente. Sin embargo, un único adorno, una rosa grande, centrada a la izquierda, justo por debajo del cuello, le aportaría clase. Tragó saliva, respiró hondo y no dijo nada. La mujer no tenía muy buen gusto. Ada se lo tendría que demostrar. Que las líneas sean puras, que transmita elegancia. *Mássoigné*. Ahí residía la magia. Se odiaba por pensar así, por tener que decir: «Madame, quizá de esta manera...». ¿Por qué le importaba el aspecto que tuviera o dejara de tener esa alemana? Aun así, era la única cosa propia que podía hacer, que la convertía en un ser completo, en una persona.

—Necesitaré tomarle medidas, madame —dijo—. Sin ropa. Para que sean precisas.

—En ese caso tendrá que desvestirse —apuntó Frau Weiter. Y añadió—: No se apure, me quedará con usted.

La mujer se encogió de hombros.

—Sé lo que hay que hacer —le dijo a Frau Weiter con sequedad—. No hace falta que me lo diga. —Se inclinó y acarició a uno de los perros, rascándolo detrás de la oreja—. No tiene que decirme lo que ya sé, ¿a que no, *Stasi*? —El perro se tumbó boca arriba, moviendo la pata trasera cuando su ama le acarició la barriga—. *Mütthi* ha hecho esto muchas veces.

Se levantó, se desabrochó la chaqueta y miró a su alrededor en busca de una percha, pero al no encontrarla le dio la prenda a Frau Weiter, como si fuese un galán de noche. Ada tosió para disimular una sonrisilla.

La mujer se quedó con la ropa interior de satén, un sostén de color crema que hacía juego con unos pantaloncitos, las ligas y la parte superior de las medias a la vista, justo por debajo del encaje. Era una mujer fuerte, aficionada a los deportes, enjuta, sin una gota de grasa. Ada le tomó las medidas: por encima del busto, por debajo del busto, el contorno del busto. La parte alta de la cadera, la baja, largo. Las anotó en un papel. De la nuca a la cintura, de la cintura al tobillo, y dejó el papel junto a la máquina de coser, al lado de los demás encargos, para que no se perdiera.

Los ataques aéreos cobraron intensidad ese otoño. Ada observaba el cielo encendido, a la espera de oír el bum de las bombas, contaba el tiempo que mediaba entre la luz y el ruido, como si fuese una tormenta. «A treinta kilómetros de distancia. Veinte. Quince.»

La Navidad pasó, y Ada la tachó en el calendario. 1944. La sexta. Casi todas ellas vividas en esa casa. ¿Cuántas más tendría que estar allí? En febrero Thomas cumpliría cuatro años. Esperaba que se encontrase a salvo y que fuera feliz. Confiaba en que Frau Weiss lo consolara durante los bombardeos: «No pasa nada, Tomichen, *Mütthi* está aquí, *Vaticuidará* de ti».

La viuda Twanky y el Obersturmbannführer Weiter y Anni capeaban los ataques en el sótano, del que subían por la mañana, desaliñados y de mal humor. Los rusos se estaban acercando, y los británicos. Y también los norteamericanos. Ada sólo oía lo bien que le iba a Alemania, aunque albergaba sus dudas. Si tanto era así, ¿por qué seguían luchando? Ahora sabía la verdad: Alemania podía perder. Alemania estaba perdiendo. Veía que Frau Weiter entrecerraba los ojos en señal de odio, como si fuese culpa de Ada.

La caldera estaba en el sótano, un horno negro que Ada tenía que atizar mañana y noche. Ese invierno, de 1944 a 1945, fue crudo. Ada no había conocido uno tan frío. Tiritaba de día con la fina combinación; por la noche se tumbaba en los cojines frotándose las piernas para entrar en calor. Se ponía el hábito, la túnica, las enaguas, hasta el griñón, doblaba la manta y se la echaba encima, además del viejo hábito de la hermana Jeanne, pero aun así lo notaba, la helada se colaba por las ventanas, y un frío glacial le daba en la cara. Bum. Bum. Ada contaba: «Ocho, siete, seis». Las bombas se acercaban. Hacían vibrar las puertas y sacudían la casa. Ada llevaba

puesto el crucifijo, para que le diera suerte.

Frau Weiter seguía teniendo el sarpullido: le dejaba ronchas en la cintura, Anni tenía que aliviarlo con una loción de calamina. El médico no supo qué lo causaba.

—¿Qué sabrá él? —espetó Frau Weiter, la voz de pito, como la de un niño. Escupió a Ada, un salivazo asqueroso que no le dio y cayó al suelo—. Eres tú. Es tiña. Impétigo. Herpes zóster. Sois todas unas asquerosas. Estáis enfermas.

Le quitó la loción a Anni, se rascó las inflamadas ampollas, se levantó la combinación y se subió bien los tirantes. Ada esperó hasta que se hubo ido. La viuda Twanky.

La colada se helaba en la cuerda. Ada metía las rígidas sábanas y las extendía sobre la caldera en el sótano. La nieve se amontonaba, en la casa llegaba hasta el alféizar de las ventanas, empujada por el viento. El cielo era de un azul claro. Ada lo prefería plumizo y amarillo, porque entonces no hacía tanto frío, justo antes de que nevara. El humo de la fábrica del campo cercano salía día y noche, feas nubes negras que cubrían el jardín y dejaban una carbonilla arenosa en el suelo. Del campo llegaban ruidos que no había oído antes: traqueteo de camiones, órdenes a voz en grito: *Raus! Beeilung!* El sordo golpeteo de gente que caminaba con pasos firmes. Algo estaba cambiando. En invierno, cuando los árboles estaban pelados, atisbaba el camino de entrada al campo desde el extremo más apartado del jardín. Cada mañana, cuando tendía la ropa; cada tarde, cuando la recogía, llegaba más y más gente. Encorvada, exhausta. Ese día alguien cayó al suelo, y uno de los soldados se adelantó. Se oyó un chasquido suave, débil, como si se hubiese partido una ramita. El hombre no se levantó.

El campo. La fábrica. Ada siempre había imaginado las prisiones como grandes edificios victorianos con barrotes en las ventanas. Apretó la helada sábana. Esa prisión era distinta. Ada temblaba. Había algo raro en ella: el humo, el olor. Las palabras que utilizaban los alemanes: *Untermensch, Ungeziefer*. «Sabandijas.» Una vez había oído que en Londres gaseaban a las ratas de alcantarilla, y que después las quemaban.

Ada ya casi pensaba que la mujer *deldouppioniy* los perros no volvería, pero se presentó de nuevo una mañana de enero de 1945 para probarse el vestido. Llevaba una sencilla falda y un jersey de punto a juego con la chaqueta, los dos perrillos pisándole los talones. Había tela más que suficiente para confeccionar una cola, pero Ada le había dado al vestido un corte recto, entallado, sencillo. Que se viera con él puesto. Que apreciara la magia.

—Y si sigue queriendo la cola —dijo Ada—, hay tela de sobra.

Había hecho una única rosa, cortando la seda al sesgo, doblándola, retorciéndola de manera que se rizara y se abriera. La cosió justo debajo del cuello, a la izquierda. La mujer se enfundó el vestido y Ada se lo sujetó por detrás.

Y allí estaba, la piel de los desnudos hombros de un marfil luminoso contra la seda de color ébano, la rosa del cuello un exquisito destello carmesí.

—No hay espejo —se disculpó Ada—. Tendrá que ir con Frau Weiter.

Las clientas tenían que utilizar el espejo de uno de los dormitorios de arriba; se daban la vuelta delante de éste, de un lado a otro, se veían la espalda, la parte delantera, hablaban del modelo sin que Ada estuviese delante, como si no lo hubiera hecho ella. No entendía por qué no le permitían tener un espejo. ¿Les preocupaba que pudiera romperlo? ¿Que cogiese un trozo y se lo pusiera en la garganta? Podía hacer eso mismo con las tijeras. ¿O es que eran demasiado vanidosas? ¿No podían permitir que Ada viese que sabían que no eran dignas de sus creaciones?

—*Komm*—les dijo a los perros.

—Los puede dejar aquí —propuso Ada—. Yo me ocuparé de ellos.

La mujer vaciló y sonrió.

—*Bleib!*—ordenó, levantando un dedo hasta que los dos animales se sentaron y después se tumbaron.

Ada esperó a que se hubiera ido y los llamó, los cuerpos calientes, nervudos y el sedoso pelo meneándose al tocarlos, gimoteando mientras pugnaban por lamerle la cara. Las barbas le hicieron cosquillas, y los estrechó con fuerza, besándolos en la cabeza como si fuesen las últimas criaturas con vida a las que conocería, los últimos gestos de afecto que compartiría. Se echó a llorar, y les secó las lágrimas del pelo y se pasó la mano por las mejillas para enjugárselas.

—*Schön*—dijo la mujer cuando volvió—. Elegante.*Perfekt*.

Los perros corrieron con ella.

—*Sitz*—dijo, y ellos se sentaron, temblorosos, los cortos rabos golpeando el suelo.

—¿Sin cola? —preguntó Ada—. ¿Y con una sola rosa?

—Tenías razón. Gracias.*Danke*.

¿Quién se había molestado alguna vez en darle las gracias? Ada tragó saliva. Detestaba sentir tanta gratitud, era lamentable, pero había que aferrarse a las palabras amables.

—Necesito cogerle el bajo —comentó—. Por favor, tenga la bondad de ponerse aquí. —Ada fue a coger la banqueta—. Súbase. Con cuidado.

La mujer se apoyó en ella para subirse al taburete. Frau Weiter tenía cara de pocos amigos: Ada nunca se había atrevido a pedirle a Frau Weiter que se subiera a la banqueta. Pesaba demasiado, tenía las piernas tan gordas que no las podía levantar. Ada puso un dedo en la suave pierna de la mujer, justo por encima del tobillo.

—Creo que éste sería el mejor largo, madame —opinó—. Más, lo arrastraría por el suelo; menos, no sería ni largo ni corto.

Prendió la tela con alfileres.

—Dese la vuelta cuando se lo pida.

Continuó poniendo alfileres mientras la mujer se iba volviendo, muy poco a poco, hasta que todo el bajo estuvo cogido. Ada nunca había hablado con las otras mujeres, ni con Frau Weiss ni con Frau Weiter, y mucho menos les había preguntado: «¿Es para una ocasión especial? ¿Va a algún sitio elegante?». No estaba segura de poder hacer preguntas a esa mujer, pero ¿qué podía perder?

—El vestido le sienta bien, madame —aseguró—. ¿Me permite que le pregunte para qué es?

—*Nein!*—gritó Frau Weiter—. ¿Cómo te atreves?

—¿Por qué no iba a poder preguntar? —contestó la mujer. Se volvió hacia Ada—: Es un secreto.

—Se llevó los dedos a los labios—. Digamos que es para ese día con el que sueñan todas las mujeres.

La viuda Twanky estaba que echaba humo. Podía darle un ataque, pensó Ada. En cualquier momento. Bien. Así Ada podría trabajar para esa mujer. Decirle que el negro no era el color apropiado para «ese día especial». Más bien sería para un funeral.

—Póngase tacones —aconsejó Ada—. Y recójase el pelo, retíreselo de la cara.

Ella sonrió. Era una mujer amable, normal y corriente.

—La monja no está hablando por hablar —le dijo a Frau Weiter—. No la castigue.

La aludida cogió aire y guardó silencio un instante. Ada disfrutaba viéndola incómoda.

—Entonces, ¿le agrada mi modista? —quiso saber al cabo, zalamera y dócil.

—Mucho —replicó la mujer—. A mi novio le encantará este vestido. Será su preferido, no me cabe la menor duda. Y no tendrá que pagar nada. —Se rio—. Eso será lo que más le gustará de todo. —Se bajó de la banqueta y, tras ponerse de puntillas, dio una vuelta—. Enviémelo cuando esté terminado —le dijo a Frau Weiter—. A Berlín. Quizá nos volvamos a ver, hermana Clara.

Se quitó el vestido, se puso su ropa de diario, llamó a los perros y se marchó.

Había sobrado tela, y la mujer no le había pedido que se la devolviese. Un metro, tal vez más. Lo suficiente para confeccionar una chaquetita, un bolero, las mangas raglán, cortas; a la izquierda, en el pecho, un toque carmesí, tenía bastante seda salvaje para hacer una pequeña rosa.

Ahora los aviones llegaban casi todas las noches. Unas veces se veían fogonazos y se oían explosiones; otras pasaban de largo sin dejar caer bombas. Frau Weiter estaba cada vez más nerviosa, el sarpullido de la cintura le sangraba, y Ada tenía que lavar las manchas de las combinaciones. Una tarea desagradable, pero valía la pena verla sufrir. El Obersturmbannführer Weiter cada día volvía más tarde a casa, y Ada se enteró de que el Obersturmbannführer Weiss regresaba para hacerse nuevamente cargo del campo. Oyó que Frau Weiter gritaba a su marido por esa razón. «Y Thomas —pensó Ada. ¿Dónde está Thomas? Por favor, que se encuentre a salvo. Que lo hayan mandado al campo, lejos de las bombas.» La guerra pintaba mal para Alemania. Ada escuchaba cuando Frau Weiter chillaba a Anni. Los alemanes habían hecho retroceder a los norteamericanos en Francia, pero habían tenido que emplear todos sus recursos, y ahora los rusos estaban cada vez más cerca. Los rusos eran animales, indisciplinados, vengativos. ¿Quién los protegería? —¿Quién está al mando?! —vociferaba la mujer—. ¿Qué será de nosotros?! ¡¿A quién le importamos ahora?!

Los días eran cada vez más largos, pero el frío persistía. El suelo estaba helado donde Ada salía a tender la ropa, y en más de una ocasión resbaló y cayó de espaldas, cortándosele la respiración. Anni se quedaba en la cocina y cocinaba, pero los alimentos escaseaban. Habían bombardeado las vías férreas y las carreteras. No había transportes. Los británicos habían lanzado bombas en los sembrados y en las fábricas, en los aeródromos y en las industrias de municiones. «Esto tiene que acabar pronto.»

La esperanza lo empeoraba todo. Ahora era un caballo impaciente que Ada debía refrenar cada día, y no sabía si podría aguantar. Las manos le temblaban, le daban lloreras que no podía parar, inclinada sobre la pila, los codos metidos en el agua, viendo cómo caían las lágrimas, duras como piedras, rompiendo la superficie y dibujando ondas concéntricas, como su tía Lily cuando tenía un ataque de nervios. Siempre que estaba enferma iba a quedarse en su casa, pasaba los días gritando y sollozando. ¿Le estaría ocurriendo eso mismo a Ada? ¿Estaba a punto de derrumbarse? ¿Ahora que casi había terminado todo? ¿Después de haber aguantado todos esos años?

Aún tenían algunas verduras que cultivaban los prisioneros, pero empezaban a escasear, y a las hortalizas de primavera les faltaba tiempo. Algunas cebollas, blandas en el centro; patatas, a medio hacer; col, más hojas que cogollo. Ada se veía obligada a comer las mondas, pero Anni la dejaba rebañar las cacerolas, que apurara los restos de sopa. Se estaban quedando sin pescado en conserva, y la harina no duraría hasta que acabara el mes. Anni seguía haciendo pan, pero lo escatimaba: una rebanada al día, y nada para Ada. Hizo trampas y las colocó en el jardín: cogió una paloma, a la que retorció el pescuezo y desplumó y añadió al estofado. Ada padecía tales dolores que sentía náuseas y sufría estreñimiento. Cada día estaba más delgada y más débil. No tenía fuerzas para lavar cosas pesadas ni para planchar o remendar. Frau Weiter se pasaba todo el tiempo gritando, y pegaba o empujaba a Ada, le daba con la correa. También había dejado de tener el periodo, como si el esfuerzo pusiera a su cuerpo al límite, como si fuera a malgastar la preciada sangre.

Enviaron a la mujer el vestido de seda negra. Ada tenía que terminar la chaqueta. Debería ir forrada, pero no tenía con qué hacerlo. Quedaría bien. Tenía que sobre hilar las costuras; *eldouppionise* deshilachaba, hilillos finos que se desprendían de la tela. Igual que los soldados, pensó Ada, que si cerraban filas eran fuertes como un toro, pero de uno en uno se podía acabar con ellos, derrotarlos.

Una mañana entró en la cocina y se la dio a Anni, llevándose un dedo a la boca, *chsss*. «Un regalo, para ti.» No le pudo decir que era un retal de la tela de aquella mujer, la única persona aparte de Anni que había sido amable con Ada.

La nieve empezó a derretirse. La hierba estaba embarrada, y Ada tenía que poner buen cuidado para que no se le cayeran al suelo las sábanas. Brotes de narcisos habían comenzado a alegrar los arriates, y los árboles criaban una pelusa de un verde tenue, luminoso, como cada año desde que Ada estaba allí.

Frau Weiter entró en la trascocina.

—Monja —dijo—, ¿cómo te llamas?

Ada se paró a pensar un instante.

—Soy la hermana Clara.

—Hermana Clara —repitió. Frau Weiter había perdido peso, como todos ellos. Las mejillas y el mentón le colgaban, los trajes tradicionales le quedaban flojos en la cintura—. No tendrás ninguna queja de este sitio, ¿eh? Te hemos tratado bien, el Obersturmbannführer Weiter y yo, ¿no es así? Te hemos dado de comer, no has pasado frío. Eres monja. Hemos respetado tu vocación. No tendrás nada en contra de nosotros, ¿verdad?

Ada no contestó.

Esa noche la casa entera se estremeció. Ada se quedó tumbada en la cama, se arrebujó bien en el hábito, y se tapó la cara con el escapulario. Temblor tras temblor, como si fuese un terremoto. ¿Aguantarían las paredes? ¿El tejado? Los cristales de la ventana del cuarto de Ada se rompieron, y uno cayó al suelo, haciéndose añicos. A Ada le olía a polvo de argamasa y a quemado. Se retiró el escapulario y vio que en el cielo se alzaban furiosas llamas de color escarlata. «Están cerca», pensó. Un bum, bum, bum incesante. A su alrededor el suelo vibraba, y Ada oyó que la casa se resquebrajaba.

Luego paró. Los aviones se alejaron y dejaron de oírse. La casa estaba firme y desierta. El gris lento del alba avanzaba despacio, y las luces de los titilantes fuegos retrocedían.

El sol de abril iluminaba los gruesos nudos de seda negra, convirtiéndola en un mar de ébano y azabache, plata y pizarra. Ada miraba a Anni, que pasaba la mano por los finos, tiesos bordes de la chaqueta, siguiendo los hilos exquisitos, cálidos, y tocaba la flor como si los delicados pétalos tuviesen vida.

Llevaba la chaqueta sobre un grueso jersey de lana y su delantal de cocinera, de modo que le tiraba de los hombros. «No —le entraron ganas de decir a Ada—, así no. No queda bien.» Pero mantuvo la boca cerrada. A juzgar por la cara de Anni, esa chaqueta era la cosa más bonita que había tenido en su vida.

Anni sostenía la llave de la habitación de Ada en una mano y una maleta en la otra.

—Adiós —se despidió, tiró la llave al suelo y, de un puntapié, la lanzó hacia Ada.

Se marchó, dejando la puerta abierta.

Ada se levantó como pudo de la cama: era una treta. La estaban poniendo a prueba, esperaban que saliera corriendo. Y Frau Weiter estaría fuera, lista para echarle mano cuando pasara por su lado. «Pensabas que podías escapar, ¿no, monja?» En la habitación hacía frío. Ada temblaba, el corazón le latía con fuerza en el pecho, haciendo que la sangre le corriera por las venas. Se acercó a la puerta dando un traspié, se apoyó en el marco y miró hacia la cocina: no se oía nada. Ni el tintineo de cuando Anni llenaba el hervidor y lo ponía al fuego, ni el golpeteo de la cuchara de palo contra la ennegrecida cacerola, ni el chirriar de la puerta de la despensa al girar sobre sus goznes. Miró al pasillo: Anni había dejado la puerta del recibidor entornada. Al otro lado Ada vio que la gran puerta de madera de la casa estaba abierta, y, más allá, la puerta de fuera. En la casa no había nadie.

Salió de puntillas al pasillo y continuó con cautela hacia el recibidor, pegada a la pared, lista para quedarse quieta si oía algo. Asomó la cabeza por la puerta: allí no había nadie. Era como si hubiese pasado un fantasma que le hubiera robado la vida a la casa. Al pie de la escalera vio una bolsa abierta, ropa tirada por el suelo, un cepillo del pelo, uno de los zapatos de Frau Weiter. A los lados había carpetas vacías; y en la chimenea, cenizas encendidas. Ada no era capaz de interpretar lo que veían sus ojos. Se habían marchado deprisa y corriendo, de repente, habían salido por la puerta a la carrera, «no hay tiempo para eso, no hay tiempo». París. Stanislaus. «Déjala. Nos retrasará.»

Algo había sucedido. Tenía un sabor metálico en la boca, el estómago se le encogió. Las manos y las axilas empezaron a sudarle. Estaba sola. Se habían ido. La mandíbula le temblaba, y los dientes le castañeteaban. El cuerpo entero le temblaba. Quizá volvieran. Empezaba a llorar otra vez. Los nervios. Se tambaleaban y hacían eses, daban vueltas en su interior, atrapados en un vals macabro, izquierda, dos, tres; derecha, dos, tres.

Dio un paso más, y su pie se topó con un tubito que había en la alfombra, que brilló al rodar: una barra de labios. Hizo girar la base y asomó una fina capa plana de color rojo. Miró la desierta escalera, el desierto pasillo que tenía detrás: allí no había nadie. Se pintó la boca y presionó los labios, oliendo la dulce cera del cosmético. Repitió el gesto, desplazando la barra de lado a lado, uniendo y separando los labios. Su respiración era superficial, entrecortada. Se tocó la cara con el dorso de la mano, y tras pasársela por la boca, vio un borrón rojo en los dedos.

Ni un pájaro ni un perro. Ni coches ni aviones. Ni voces ni palabras. Ninguna contraventana meciéndose con la brisa, ninguna puerta cerrándose de un portazo. El aire contenía la respiración, mudo, calmado. Oyó sus pies descalzos en el suelo cuando caminaba hacia la puerta. El aparador estaba a la izquierda. Se apoyó en él para no caerse y se detuvo. Encima, en la pared, había un gran espejo.

Un rostro desconocido le devolvía la mirada, los ojos hundidos y ojerosos; en el centro tenía un manchón rojo, furioso. En la cabeza llevaba una tela gris sucia, y de un andrajosos hábito de monja asomaba un cuello flaco, como el pescuezo de un pollo. Cuando levantó una mano y se tocó la mejilla, Ada vio que el reflejo hacía lo mismo. Se dejó caer en el suelo, rodeándose las rodillas fuertemente con los brazos. Miró por la puerta abierta el vacío que se abría al otro lado. Temblaba, era incapaz de ponerse de pie, y de lo más profundo de su ser le llegó un lamento suave, paralizado.

En el umbral había dos soldados que apuntaban con sus fusiles al interior de la casa. Ada vio que se aproximaban. Debía levantarse y echar a correr, pero las piernas le pesaban como troncos cortados. Ya nada importaba. No sentía nada, estaba muerta. ¿Cuánto llevaba sentada allí? ¿Todo el día? ¿Toda la noche? Oyó unos disparos. El tableteo de ametralladoras, un bum

de explosiones que resonaba a lo lejos. Los soldados entraron en el recibidor, sincopados, armas a la izquierda, armas a la derecha. Las pesadas botas avanzaban ruidosamente, las cinchas chirriaban. Se acercaron más. Ada olió el metal de la boca cuando le pusieron el arma en la sien.

—Levántese.

¿Hablabas inglés? Sonaba raro, ajeno. Estaba fuera de lugar. Allí, en la casa del comandante. Ada miró al frente, sin pestañear, las manos y las piernas moviéndose de forma espasmódica, los labios temblorosos.

—¿Puede ponerse en pie, señorita? —Esa voz resultaba más cercana, más amable. Acento norteamericano.

Ada abrió la boca: «¿Quiénes son ustedes?». No estaba segura de que el sonido saliera, de que lo dijera en inglés. El primer soldado se situó tras ella. Se estremeció, notó que le metía los brazos por debajo de los suyos para levantarla.

—¿Quiénes son ustedes? —quiso saber.

—Norteamericanos —repuso el soldado—. Del sexto ejército. ¿Habla inglés?

Miró ya a uno, ya a otro, los uniformes de un verde oliva apagado. «Norteamericanos.»

—Soy británica —contestó Ada. Se apoyó en el soldado, palpando la basta lana de la guerrera. Su cuerpo era firme y estaba caliente. Había olvidado qué se sentía al tocar otro cuerpo. Se pegó más a él—. ¿Ha terminado?

—¿Qué está haciendo aquí? —inquirió el otro hombre.

—¿Ha terminado? —repitió Ada—. ¿Ha terminado?

—Casi —replicó el primer soldado.

—¿Qué está haciendo aquí? —insistió el otro.

¿Que qué estaba haciendo allí? Cogió aire con fuerza, estremeciéndose.

—Quiero ir a casa —afirmó—. Llévenme a casa. —Se sentía confusa, con las ideas revueltas. Las manos todavía le temblaban, tenía las piernas entumecidas, la voz débil, como la de un niño.

—¿Quién es usted? —preguntó el soldado.

—Por favor, llévenme a casa.

—Debe venir con nosotros.

—Por favor. —Le entraron ganas de gritar.

El primer soldado habló de nuevo:

—¿Cómo se llama?

Ada se tocó el crucifijo que llevaba al cuello. ¿Quién era?

—Soy la hermana Clara —repuso, mordiéndose el labio, notando el sabor a dulce mazapán del pintalabios.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Me tenían encerrada. —empezó a sollozar otra vez—. Frau Weiss. Y al niño. A mi hijo. Thomas. ¿Dónde está?

—¿Quién era Frau Weiss?

—Su esposa. La esposa del comandante. Y Frau Weiter. Thomas, debo encontrar a Thomas.

—Empujó al soldado, forcejeando para zafarse—. Suélteme.

El soldado le apretó el brazo.

—No, señorita —dijo—. Usted se viene con nosotros. Ahora.

La empujó hacia la puerta.

—Los zapatos —dijo Ada—. Necesito los zapatos. Y el vestido. Tengo que cogerlos. No está permitido...

Forcejeó nuevamente, señalando a sus espaldas, pero el soldado no la soltó.

—Es una treta —aseguró.

—Ve con ella —dijo el segundo soldado, apuntando con el fusil a Ada—. Que coja su ropa.

El hombre la soltó y echó a andar hacia el pasillo, el fusil en ristre, comprobando que el terreno estuviese despejado antes de entrar, e indicó a Ada que lo siguiera. Se introdujo en su cuarto, y el soldado fue tras ella. La cama sin hacer seguía en el suelo, la manta y el viejo hábito de la hermana Jeanne arrebujados de cualquier manera encima de los cojines. En el suelo estaban los cristales de la ventana rota.

—No puede entrar —advirtió—. No está permitido. *Es ist nicht gestattet*.

El soldado se acercó.

—Hablas alemán —espetó—. Eres una puta nazi. —Le cogió la barbilla y aproximó su cara a la de él. Ese día no se había afeitado, la barba era áspera y tenía una mancha de comida en la mejilla—. Eres una puta nazi —repitió—. Pagarás por esto. —Empezó a chillar, señalando con el otro brazo el campo—. Por todo. —Ada oyó que se atragantaba, casi sollozaba—. Vosotros habéis hecho esto. Puta alemana. Zorra asquerosa. —Le pellizcó el mentón y la apartó con fuerza.

—No —negó Ada, frotándose el rostro—. *Nein*. No soy alemana. Soy británica. *Britische*.

—Ah, ¿sí? —gruñó el soldado, con saliva en los labios—. Entonces eres una puta colaboracionista. Una traidora. Te colgarán por ello.

—No entiendo. —¿Qué estaba diciendo? No podía hablar inglés. Había olvidado las palabras—. *Ich verstehe nicht*.

El soldado se sacó una pistola de la cintura y apuntó a Ada. Ella clavó la vista en el arma, en el hombre. Tenía el brazo extendido y firme, apuntándole a la cabeza.

—Sería tan puñeteramente fácil... —observó.

Ésos no eran norteamericanos. Era un ardid. Eran soldados. Del campo. Impostores. Habían ido en su busca. Ya la había amenazado con ello Frau Weiss.

—El vestido —dijo Ada—. Tengo que ponerme el vestido. Frau Weiter no me deja llevar este hábito.

Cogió el vestido de la mesa y se lo fue a meter por la cabeza, pero la gruesa sarga de la túnica se lo impidió. Se lo quitó, oyó que se rasgaba y lo lanzó a la cama, encima del arrugado hábito de la hermana Jeanne.

El soldado dio un paso adelante, la pistola más cerca.

—Lo coseré —dijo ella, al mismo tiempo que se agachaba a cogerlo—. Lo coseré. El bolso de la hermana Jeanne. Debo encontrarlo. Tengo que devolverlo. —Cogió el hábito y la bata rota, con manos temblorosas los enrolló y se los metió bajo el brazo.

—¿Qué coño estás haciendo? —El arma hizo un clic.

Ada se estremeció.

—Ayúdeme —pidió—. Tiene que ayudarme a encontrarlo. Tengo que devolver estas cosas.

—Se daba cuenta de que las palabras le salían atropelladamente. No hablaba en inglés desde hacía mucho tiempo, no en voz alta. La guerra había terminado. *Der Krieg ist vorbei*. El final. *Das Ende*. ¿Había terminado de una vez por todas? Tenía que pensar. Se sentía atontada, hablaba como si estuviese borracha, pronunciando mal las palabras. Se agarró a la mesa para mantener el equilibrio. Estaba mareada.

—¡Coge los zapatos, zorra alemana! —gritaba el soldado.

Ada tembló.

—Sí, los zapatos. Necesito los zapatos. Están junto a la cama. Ahí mismo. Aquí. —Los cogió para enseñárselos al soldado y a continuación los dejó en el suelo. No tenían cordones, y la parte de atrás estaba rota. Ada se los puso—. La ropa que tengo que remendar —dijo—. Tengo que coser el vestido. ¿Dónde ha puesto la ropa que tengo que remendar? Tengo que ordenar esto, y recoger la colada de Frau Weiter. El bolso de la hermana Jeanne. No lo encuentro. —Se oyó gimotear. Estaba debajo de la mesa. Claro. Lo usaba para guardar los restos de material. Lo sacó y le dio la vuelta, las telas cayendo al suelo—. El hábito de la hermana Jeanne —insistió—.

Espero que no se enfade.

¿En qué estaba pensando? Debía de parecer que estaba loca, desquiciada. No podía parar. Lo metió en el bolso, pero el bolso era demasiado pequeño, y la túnica no entraba del todo. El tejido estaba grasiento. Ada no se había percatado de ello hasta ese momento.

—¡Deja de joderme de una vez! —exclamó el soldado—. Furcia alemana.

Ada pegó un bote al oír esas palabras.

—No, no —negó—. No soy alemana. *Britische*.

—Será mejor que estés diciendo la puta verdad, Dios me asista.

—¿Adónde vamos? —preguntó, y al echar un vistazo reparó en la máquina de coser, junto a la ventana—. La necesito. No me puedo ir sin ella.

—Déjala —ordenó el hombre, y cogió a Ada por el codo.

Ella se soltó.

—No puedo —aseguró—. Debo ponerle la tapa. Aquí está. Aquí está la tapa. —Cubrió con ella la máquina, la encajó y le puso los cierres.

—¡Déjala! —El soldado gritaba, intimidándola con la pistola.

—No —repitió Ada—, usted no lo entiende. Tengo que llevármela. —Cogió la máquina de la mesa, y su peso la desequilibró. Se irguió y, cogiendo el asa, la llevó a rastras hacia la puerta.

El otro soldado había entrado en la habitación, pero Ada no lo había visto. Se puso un dedo en la cabeza y lo hizo girar.

—Se ha vuelto loca —dijo. Y añadió—: El sargento está aquí.

El hombre cogió la máquina de coser y echó a andar hacia el pasillo, Ada iba detrás. Ahora había dos soldados más.

—Es una puta alemana —aseguró el primer soldado—. Habla puto alemán.

Se pusieron a discutir entre ellos. Ada no sabía qué decían. Captaba palabras que no tenían sentido. Pensaban que era alemana. Una enemiga. ¿La encerrarían? ¿Le pegarían un tiro? Tenía que decirles quién era, por qué estaba allí. «No soy alemana. Me cogieron. No pude impedirlo.» ¿Por qué no era capaz de encontrar las palabras? ¿De hacer que vieran la verdad?

Estaba en mitad del pasillo, toqueteando el crucifijo con una mano, sosteniendo el desbordado bolso de la hermana Jeanne con la otra. Uno de los soldados nuevos se le acercó. No llevaba fusil, pero Ada vio que tenía una pistola en una funda a la cintura y tres galones beige cosidos en el brazo: un sargento.

—Dígame, ¿habla usted inglés? —le preguntó.

Ella asintió.

—¿Es monja?

No. Sí. Ada lo miró fijamente, la boca abierta.

—¿Qué van a hacer conmigo? —quiso saber—. No soy alemana. No soy alemana.

—Bien —contestó, alargando la palabra—. Ayer nos topamos con unas cuantas monjas en Múnich. —Se acercó más—. Dígame, hermana, ¿qué es eso rojo que tiene en la cara?

Ada tenía el corazón desbocado, latiéndole con fuerza contra el pecho. Se sentía mareada, flotaba. Los soldados no eran reales, no podían serlo. La guerra no podía haber terminado así, sin más. Norteamericanos. Ella no era alemana. Extendió el brazo y le tocó la mano al sargento, el vello de los dedos y la suave piel. El rojo que tenía en la cara. ¿Tenía rojo en la cara?

—¿Me quiere decir cómo llegó aquí? —inquirió, sin esperar a que respondiera. Ada negó con la cabeza y sintió un fuerte tirón en el cuello, una oleada de dolor inundando su cerebro. Empezó a tambalearse. El sargento la cogió antes de que cayera al suelo—. ¿Cuándo fue la última vez que comió algo? —Se volvió—: ¿Tienes una de esas barritas? —El cabo se sacó un paquetito del bolsillo y se lo pasó—. Chocolate —dijo, poniéndoselo en la mano a Ada.

Ada olió el azúcar y el cacao, dulce y amargo, y dijo que no con la cabeza.

—Hará que se sienta mejor —insistió el sargento. Ella clavó la vista en él—. ¿Quiere decirme

cómo llegó aquí? —repitió.

—No soy alemana —repuso ella—, créame.

—Dígame qué hace aquí.

Nunca se lo había contado a nadie, no toda la historia, la verdadera, ni siquiera a sí misma, mentalmente. No sabía cómo empezar, por dónde. Había pasado mucho tiempo.

—Los alemanes llegaron —comenzó.

—¿Dónde estaba usted? —preguntó el sargento.

—En Bélgica, Namur. —«*No more.*»Stanislaus.

—¿Y?

—Nos llevaron con ellos. A las monjas británicas. Nos enviaron allí, a cuidar de ancianos. Pero Herr Weiss... —Fue como si sintiera la mano artrítica del anciano en la suya, en la entrepierna— me envió aquí.

—Menudo chollo, esto. Bonita casa —comentó el hombre—. ¿Seguro que no se ofreció voluntaria?

—¿Voluntaria? —repitió Ada—. Me trajeron por la fuerza.

—Verá, hermana, tengo que estar seguro de que dice la verdad —repuso el sargento.

—Y mi hijo —dijo Ada—. He perdido a mi hijo.

El sargento retrocedió.

—Lo que dice cuadra —observó—. Es básicamente lo que contaron las otras monjas.

—Frau Weiss tiene a mi hijo —siguió Ada.

—Claro, hermana —contestó el sargento, la voz suave y amable—. Está un poco confusa.

—Se han ido —dijo ella—. Se han ido todos.

El sargento la miró con dureza y después sonrió.

—¿Cómo decía que se llamaba usted?

—Soy la hermana Clara.

—Bueno, hermana Clara —dijo—. Tengo una corazonada con usted. Deberíamos arrestarla, asegurarnos de que es una prisionera de verdad y no una alemana que finge o una traidora cagada de miedo; disculpe mi vocabulario, hermana. —Sacó el chocolate del bolsillo y se lo volvió a ofrecer—. ¿Ha cambiado de opinión?

Ada negó con la cabeza.

—Ese campo no es lugar para una monja —aseguró—. No la puedo mandar allí, con los demás prisioneros. Créame, señora, no querría ir allí. —Hizo una pausa, entrecerrando los ojos en señal de concentración—. A ver, esas otras monjas... —Se mordió el labio—. Dígame, ¿me puede dar el nombre de alguna?

—La hermana Brigitte —empezó Ada—. La hermana Agatha, la hermana...

—La hermana Brigitte, eso. Se podría decir que es la jefa, la que habla por ustedes, ¿no?

Ella asintió.

—Bien, la hermana Brigitte dice que se quedarán donde están. Que no pueden abandonar a los ancianos. Da lo mismo que haya guerra o paz. Sirven a Dios y siguen su vocación. —Levantó las dos manos y la miró con desdén—. Así que, ¿por qué no la devuelvo a su rebaño? Ya las inscribiremos y las clasificaremos más adelante.

—¿Cuándo podré irme a casa? —Quiso saber Ada—. Debo encontrar a mi hijo. Frau Weiss tiene a mi hijo.

—Claro —repuso el sargento—. Claro. —Se volvió hacia uno de los soldados—: Vaya por el jeep y llévela allí. —Señaló la máquina de coser del suelo—. Y llévese eso si la hace feliz. Le diré a Battelli que vaya con ella.

El soldado que la había llevado a su habitación la ayudó a subirse a la trasera del jeep, ceñudo todo el tiempo. Una lona cubría la parte superior y los laterales, y había una tosca puerta al

fondo. El hombre le señaló un asiento, dejó la máquina de coser a sus pies y le dio una manta. Acto seguido retrocedió y se volvió hacia la casa. Por la trasera del vehículo Ada veía la carretera. Sobre ella pendía un manto de humo, denso como una nube. Oía a quemado, a goma, el amargo hedor de la cordita.

Se subió otro soldado, que se sentó junto a ella. Era joven y tenía una abundante mata de pelo negro y los ojos marrones oscuros. Parecía más amable que el resto. Le sonrió.

—Hermana, me llamo Francesco —se presentó—, pero todos me llaman Frank. Yo también soy católico. Me han ordenado que cuide de usted.

Ella miró la lona de detrás del soldado. El sol la había descolorido y la lluvia había dejado marcas. Los ojetes estaban oxidados, y las cuerdas se habían puesto marrones. «No soy monja. Debería decirlo. No soy la hermana Clara. No soy católica. Ya no. No soy nada.» Se quedó mirando las manos, llenas de venas, los nudillos pronunciados como peñascos. Tenía la piel abierta, las uñas completamente mordidas. Eso era todo lo que era: huesos y venas. Un esqueleto andante.

El conductor arrancó y, dando sacudidas, iban dejando atrás camiones del ejército, el apagado verde camuflaje salpicado de barro. A la izquierda se veían las ruinas bombardeadas de un edificio grande, polvo y humo cerniéndose sobre los escombros, y los restos retorcidos de un tren y una vía férrea, deformados como una percha rota.

—Pues sí —decía Frank—. Le dimos a la grande. Una fábrica de municiones. Parecía Coney Island el cuatro de julio.

¿Había sido la noche anterior? ¿O el mes anterior? Bum, bum. Ada se estremeció al comprender lo que decía: el cielo iluminado. Explosiones. El cristal de la ventana saliendo despedido del marco, haciéndose añicos en el suelo de piedra, el estertor de la casa al verse afectada. La fábrica de municiones. La grande. Tenía sentido.

Frank sacó un paquete de cigarrillos. Old Gold, leyó Ada. Cogió uno y lo encendió. Ella no probaba el tabaco desde aquellos acres Gauloises franceses que Stanislaus y ella fumaban en París hacía tantos años.

—Por favor —pidió—, ¿me da uno?

Frank puso cara de perplejidad.

—Creía que las monjas no fumaban —observó—. ¿Seguro que quiere uno?

Ella asintió.

El soldado enarcó las cejas y le pasó la cajetilla.

—Supongo que le hará falta. —Le guiñó un ojo—. No se lo diré a la reverenda madre.

Se echó hacia delante y le encendió el pitillo. Ada dio una calada profunda. El tabaco sabía fatal y le ensució la lengua. Notó que el áspero y caliente humo le inundaba los pulmones. Tosió y vio cómo le salía el humo por la nariz.

—Caray, no se lo trague —advirtió Frank—. Sólo eche el humo. Supongo que es la primera vez que fuma.

El cigarrillo la dejó todavía más mareada, pero le despejó la cabeza y dio paso a un recuerdo: un hombre cuidaba de ella, le encendía el cigarrillo. Ésa era ella, Ada, volviendo a la vida. Un segundo cigarrillo no sabría tan mal.

Pasaron delante de otra fábrica. Las puertas estaban abiertas. ARBEITMACHTFREI. Claro, por ésa había pasado al llegar, recordaba las palabras: «El trabajo libera». Dentro había gente arremolinada. Algunas personas llevaban chaquetas y pantalones de rayas, como los hombres de la casa. Vio a soldados con portapapeles.

—¿Qué hacían ahí? —le preguntó a Frank—. ¿Qué era lo que fabricaban?

Al soldado se le tensaron los músculos de la mandíbula, y miró hacia otro lado.

—Cadáveres —espetó. Cogió el pitillo y con dos dedos lanzó la colilla por la trasera del jeep—. Era un campo de concentración.

El campo. Ése era el campo.

El conductor aceleró. Dachau era un pueblo mayor de lo que recordaba Ada. Dejaron atrás otra estación de trenes, el tejado arrancado, en el andén un cráter inmenso. Las ventanas y las puertas de las casas vecinas habían estallado. Pasaron delante de una iglesia y un depósito de agua, bajaron por calles adoquinadas largas, sinuosas, con casas altas a cada lado. En la carretera había soldados. Norteamericanos, supuso Ada por el color de los uniformes. Un hombre con una chaqueta de rayas cruzó tambaleándose la carretera, el rostro demacrado. Ada se volvió para verlo mejor. Quizá lo conociera, tal vez fuese uno de sus hombres. Él giró la cabeza, la expresión vacía y fantasmal. El jeep se detuvo: dos filas de niños cruzaban la carretera. Llevaban el mismo abrigo gris andrajoso y los mismos zapatos rozados, los calcetines caídos y arrugados en los tobillos.

Ada tiró el cigarrillo, se acercó con dificultad a la puerta trasera y bajó.

—¡Eh! —exclamó Frank.

Ella se levantó la túnica y echó a correr tras los niños. Cogió al último por la manga y le dio la vuelta.

—Thomas —dijo. El pequeño lanzó un grito y la maestra, a la cabeza de la comitiva, paró y fue hacia ella.

—Váyase —espetó, la cara desfigurada por el miedo—. Suéltelo.

—Thomas —repitió Ada—. Estoy buscando a Thomas. O Joachim. Sí, Joachim. Así se llama. ¿Está aquí? —Los niños se habían parado y la miraban. Ella escrutó los blancos rostros, reparando en que tenían las mejillas agrietadas y los labios resecos. Debían de tener ocho o nueve años. Demasiado mayores para ser Thomas—. No —dijo Ada—. ¿Dónde está?

Frank, que se hallaba a su lado, la cogió del codo y la apartó de allí.

—Venga conmigo —pidió—. Y no vuelva a hacer eso.

La llevó al jeep, bajó la portezuela y la ayudó a subir. Thomas aún era un niño pequeño. Muy pequeño. Un niño de la guerra. Eso era todo lo que había conocido, el negro estruendo de la guerra.

Cerró los ojos.

—Creí que lo había visto —afirmó. El conductor siguió delante—. ¿Adónde me llevan?

—A Múnich.

En el jeep hacía frío, y ella se arrebujó en la manta.

La carretera estaba llena de baches, y el vehículo se veía obligado a virar bruscamente y a aminorar la marcha. Tuvieron que parar en dos ocasiones para pasar un control, «ok, amigo, adelante». Dejaron atrás a un grupo de personas, una anciana y una mujer más joven con un niño. La más joven empujaba un carrito lleno de maletas, un anciano hacía equilibrio encima de ellas. El paisaje era invernal, manchas de nieve en campos marrones, áridos. Los pueblos estaban desiertos, las casas se veían lúgubres y destartaladas. Atravesaron un hayedo, los árboles con el tronco cubierto de musgo y con ramas desnudas hasta donde alcanzaba la vista.

—¿Soy libre? —preguntó Ada a Frank.

—Claro —le contestó.

—¿Ha terminado?

—Claro.

«Libre.»

—¿Y Frau Weiter? —inquirió—. ¿Y Anni?

—No sé de quiénes me habla.

Y la ropa que había que remendar. Tenía que coserla. Revolvió en el bolso de la hermana Jeanne y sacó el raído hábito: allí no había nada más.

—Me he dejado la ropa que tenía que arreglar —aseveró. Estaba en la maleta, encima del armario, con las demás muestras, en París. Stanislaus tenía que parar el automóvil—. Tenemos

que volver.

—Olvídelo —contestó Frank.

—Por favor.

—¿Por qué necesita remendar esa ropa? Todo ha terminado, hermana. —Se rio, ja, ja, ja—. Qué rara es usted.

Ella negó con la cabeza. Ése no era Stanislaus, se trataba de otro hombre.

—¿Dónde estoy? —quiso saber—. ¿Qué está pasando?

El vehículo redujo la velocidad de nuevo y Ada vio que se encontraban en una calle ancha con casas rodeadas de amplios jardines. Habían llegado a una ciudad. Más allá de los jardines Ada vio otros edificios, la aguja de una iglesia, mansardas.

—Casi hemos llegado —informó Frank.

Dieron la vuelta a la esquina. Las casas en uno de los lados de la calle estaban abiertas en canal, como si les hubiesen arrancado un brazo o una pierna, dejando a la vista la grena. Se veían nervios de papel pintado que colgaban en tiras, un colchón asomando en el borde como un músculo desgarrado del tendón, una mesa con los bordes dentados, rotos, como un hueso. Otra esquina. El armazón de una iglesia. Un león de bronce derribado de su plinto, tumbado de costado, las garras dando zarpazos en el aire. Había polvo por todas partes, y humo. Y gente, deambulando, perdida y callada. Edificios quemados, montones de escombros altos como escoriales. Quedaba la mitad de un puente de ferrocarril, las vías onduladas como una montaña rusa. Atravesaron una plaza: ninguno de los edificios tenía ventanas o puertas, ahora miraban con ojos vacíos y bocas hambrientas. Cascotes por todas partes. En el rincón más alejado había tres carros de combate, los soldados apoyados en ellos. Ada se quedó helada.

—No pasa nada, hermana —la tranquilizó Frank—, son de los nuestros.

Nada era como lo que recordaba de aquel breve trayecto años atrás. Se figuró que estaban en el centro de Múnich.

El geriátrico había sobrevivido. Había perdido la verja y la tapia, y los jardines estaban tan pelados como los campos, pero Ada lo reconoció. Frank la ayudó a bajar, cogió el bolso de la hermana Jeanne y la máquina de coser.

—Usted primero —dijo.

Ada fue hacia las puertas, las abrió y entró en el vestíbulo, con su suelo en damero. Allí estaba la hermana Brigitte.

—Hermana Clara —dijo. Fue hacia ella, los brazos abiertos. Ada avanzó como pudo hacia ella y la hermana Brigitte la abrazó, estrechándola con fuerza—. Gracias a Dios —dijo—. Gracias a Dios.

La hermana Brigitte quemó el hábito de la hermana Jeanne, y el de Ada.

—No tiene que devolverlo —afirmó al mismo tiempo que empujaba a Ada hacia la cama y le mullía las almohadas—. Ahora túmbese y deje de preocuparse.

—¿Herr Weiss? —preguntó. Oía los golpecitos del bastón a medida que se iba acercando, lo veía tumbado en la cama, a su lado. —Herr Weiss... Murió, Dios lo tenga en su gloria.

«Dios no lo tenga en su gloria.»

—¿Y la máquina de coser?

—La tiene debajo de la cama. Nadie se la podrá quitar.

«Sígale la corriente —oyó Ada que decía la hermana Brigitte a la hermana Agatha—. Agotamiento nervioso.» La guerra había acabado de verdad. Hitler había muerto. Alemania se había rendido. Ada yacía en una cama, tapada por un suave edredón. Un *Federbetten*. Como el

que utilizaba Frau Weiter. Ada no entendía cómo podía calentar sin mantas, pero así era, allí debajo se estaba calentito y a gusto. Se encontraba en un dormitorio amplio, luminoso, veía los jardines por las ventanas. Ahora allí no había soldados, tan sólo un abedul espigado que empezaba a echar hojas y un par de ancianos con mantas en los hombros que arrastraban los pies, cogidos del brazo de la hermana Josephine. La monja era más alta que ellos, el griñón limpio y blanco. Era un milagro que hubiesen sobrevivido todos, los ancianos, incluso la hermana Thérèse, que toqueteaba el rosario con sus viejos dedos, artríticos, y roncaba suavemente por la noche. En la habitación había seis camas, una para cada una de ellas. Camas en toda regla, con patas, cabecero y sábanas, deshilachadas en los bordes y raídas en el centro, pero limpias. Despertaban al amanecer, rezaban sus oraciones, se iban a realizar sus quehaceres y dejaban dormitando a Ada.

Cuando se hubiese recuperado buscaría a Thomas. No podía andar muy lejos. Escribió una carta a su casa: *Queridos mamá y papá. Espero que estéis bien y que le hayáis dado su merecido a Hitler.* Imaginaba la cara que pondrían cuando la recibieran. Todo el mundo lo sabría: un sello extranjero. Los vecinos hablarían: «Apuesto a que es de su Ada. Seguro». *Me encuentro bien.* No quería preocuparlos. Así las cosas, ya se habrían angustiado bastante. *Esto ha sido toda una aventura.* Mejor no mencionar a Thomas, todavía no. *Os lo contaré todo con detalle cuando esté allí, que confío sea pronto. Vuestra hija, que os quiere. Ada.*

—Frank ha preguntado por usted hoy —contó la hermana Brigitte mientras le dejaba en el regazo una bandeja con una sopa—. Viene dos veces a la semana, con las raciones. Creo que usted le cae bien.

Ada sonrió. Era un hombre apuesto.

—¿Me podría traer un espejo? —pidió Ada.

—No —repuso la hermana Brigitte—. No hasta que esté mejor. —Se sentó en el borde de la cama, y Ada tuvo que agarrar la bandeja para que no se moviera—. Sé que no es monja, hermana Clara, pero estamos orgullosas de usted. Nos ha honrado a todas nosotras. ¿Cómo se llama?

—Ada —contestó—. Ada Vaughan.

Lo dijo en voz queda, una y otra vez. Ésa era, Ada Vaughan. No decía esas palabras desde..., ¿desde cuándo? Contó los años, ayudándose de los dedos. Desde que la capturaron los alemanes, en 1940. Cinco años prácticamente. Podía volver a ser Ada, ser ella misma, regresar a casa, de vuelta a la normalidad. *Modiste extraordinaire.* Podía encender la luz cuando le diera la gana, llevar medias de nailon, lavarse el pelo. Tendría que ver qué moda se estilaba. Bailar. Conocer a un hombre joven y echar raíces. Thomas y ella. Una pequeña familia. Eso esperaba.

—Bueno, Ada —dijo la hermana Brigitte, sonriéndole—, ¿se ha planteado seguir la vocación?

Ada no lo pudo evitar: se echó a reír, la cama estremeciéndose de tal modo que la sopa se derramó y fue a parar a la bandeja.

—Quizá no —replicó la hermana—, ya veo.

—No —convino ella—. Quizá no. —Cogió la cuchara y movió la sopa. Después respiró hondo—: Cuando esté mejor, hermana Brigitte... —Hizo una pausa, no sabía cómo formular la pregunta—. Debo encontrar a Thomas. ¿Me ayudará?

Ada veía a la hermana Brigitte de perfil. Había envejecido durante la guerra, tenía arrugas a ambos lados de la boca debido a la preocupación.

—No se haga ilusiones, querida mía —aconsejó en voz baja—. En esta guerra han pasado cosas terribles. Cada día nos enteramos de más cosas. Ande, tómese la sopa.

—No la quiero. —Ada levantó la bandeja.

—Insisto —se empeñó la hermana Brigitte—. Tiene que recuperar las fuerzas. Físicas y mentales. —Señaló la sopa con la cabeza y esperó hasta que Ada cogió la cuchara—. Poca cantidad y a menudo. —Se levantó y se acercó a la ventana—. Sobrevivimos porque

cultivábamos hortalizas —contó—. Y teníamos un cerdo, gallinas, patos. Pero nos robaron las gallinas y los patos. Y habrían robado el cerdo, pero era demasiado ruidoso. Los cerdos lo saben —continuó—. Son unos animales inteligentes: saben cuándo les ha llegado su hora y no se van en silencio. —Miró a Ada—. Aun así nos vimos obligadas a cavar en el jardín para poder alimentarnos todos. Ahora son los norteamericanos los que nos dan de comer. Pronto plantaremos flores, que es lo que tiene que haber, para que nuestros ancianos puedan admirar la belleza. ¿Ha terminado?

Ada asintió, y la monja le retiró la bandeja, apoyada en la cadera y sujetándola con un brazo.

—Mataron al padre Friedel —informó.

—Lo sé —replicó Ada—, por decir lo que pensaba.

—Bueno, no exactamente —precisó la hermana—. Lo mataron en represalia, por un obispo que dijo lo que pensaba. Era mayor, el padre Friedel. No estoy segura de que supiese lo que estaba pasando. Lo apresaron el día que nació su hijo.

Ada se llevó la mano a la boca y cogió aire.

—Según nos dijeron, no creen que el niño estuviera con él, pero no sabemos qué hizo con el pequeño. Y no se lo podemos preguntar.

—Tal vez lo llevara a un orfanato, a un orfanato católico —aventuró Ada.

La hermana Brigitte frunció el ceño, respiró hondo y abrió la boca para decir algo, pero se limitó a colocarse bien la bandeja en la cadera.

—Sí —continuó Ada antes de que la monja volviera a decir algo. Le faltaba muy poco para dar con él, abrazarlo con fuerza, llorar en su pelo. «Thomas»—. Seguro que eso fue lo que hizo. Iré allí. Cuando esté mejor. —Un orfanato, claro. No se lo habría dado sin más a Frau Weiss—. ¿Querría venir conmigo?

La hermana no respondió de inmediato.

—Quizá —repuso con voz vacilante, e hizo una nueva pausa—. El orfanato fue bombardeado.

—Ada profirió un grito—. Evacuaron a los niños.

—¿Adónde los llevaron?

—Tengo entendido que se los llevaron a una institución.

—¿Adónde?

La hermana Brigitte dijo tras un instante:

—A Dachau.

Tenía sentido. Frau Weiss había elegido a Thomas. En Dachau. Era un niño precioso. Los niños que había visto en la carretera eran huérfanos. Volvería a Dachau, encontraría el orfanato. Allí la informarían, la ayudarían a hallar a Thomas.

El pelo le había crecido y su cuerpo había engordado. Ada estuvo dos semanas en cama antes de que le permitieran ponerse de pie, vacilante en un primer momento, apoyando los dos pies en el suelo, levantándose de la cama, despacito y con buena letra, como un niño que estuviera aprendiendo a andar. Cada día iba un poquito más lejos, daba la vuelta al dormitorio, enfilaba el pasillo, iba al invernadero. Ada se quedó paralizada de miedo al pensar que podía ver allí a Herr Weiss. «Ven a sentarte a mi lado, querida.» La hermana Brigitte le había dicho que había muerto. «Suicidio.» Se cortó las venas con una navaja de afeitar. Dejó una nota dirigida a su sobrino, el Obersturmbannführer Martin Weiss. «De conformidad con los planes del Führer.» Ada siguió andando. Salió al jardín. Hacía frío para estar en mayo, pero el sol de mediodía prometía calor. La hermana Brigitte le llevó algo de ropa, unos zapatos, una falda anticuada demasiado larga y demasiado ancha, una blusa de algodón peinado.

—Lo compró Frank. Dijo que a cambio de un montón de cigarros. —Su cara era seria—. Nadie tiene comida. La gente está desesperada, vende cualquier cosa. Los cigarrillos son dinero.

—Señaló la máquina de coser, que cogía polvo debajo de la cama—. Puede utilizar eso. Meterlo para que le vaya bien.

—¿Me la traje conmigo? —inquirió Ada—. ¿En qué estaría pensando?

—No pensaba —repuso la monja—. Estaba perturbada.

Ada puso la máquina en una mesa. Aún tenía hilo de la casa de Dachau. No le iría mal que la engrasara un poco, pero iba como la seda. Un retoque y listo.

—¿Y un espejo? —pidió Ada—. Me lo prometió.

La hermana la llevó por el pasillo hasta una despensa. En un rincón, cubierto de polvo, había un espejo de cuerpo entero con ruedas. Lo movieron hasta el centro de la habitación y la hermana Brigitte lo limpió con el borde de la manga.

Ada se situó delante del espejo. No veía muy bien, de tanto coser había perdido vista. De lejos veía las cosas borrosas. Se acercó más: tenía la cara chupada, los pómulos marcados, distinguía la forma del cráneo bajo la piel. Sin embargo, sus ojos ya no estaban hundidos ni tenía la mirada angustiada, su piel era de un rosado saludable, y el cabello, abundante, le llegaba por la mandíbula. Se lo apartó del rostro, se lo metió detrás de las orejas y se lo levantó. Se volvió hacia la izquierda, hacia la derecha. Ada Vaughan. Estaba como un palillo, pero era una chica con suerte. «Con suerte.»

La hermana Brigitte, detrás de ella, se sacó un tubito del bolsillo.

—Encontramos esto en su túnica —dijo, al mismo tiempo que se lo ponía en la mano a Ada: la barra de labios. Ada la hizo girar, se inclinó hacia delante frente al espejo y se pintó los labios.

—Gracias —contestó, y agarró a la hermana Brigitte y le dio un beso en la mejilla, dejándole la gran huella roja de su boca.

—Ojalá todo fuera tan fácil como este caso —observó el teniente norteamericano cuando le daba los papeles y el billete de tren—. Hay muchos otros que no son tan claros.

Ada cogió la documentación y leyó el encabezamiento: CIUDADANABRITÁNICAENSITUACIÓNDESAVORECIDA. Pasó un dedo por el nombre: «Ada Vaughan, ciudadana británica, desplazada en el curso del conflicto, cumple los requisitos para ser repatriada al Reino Unido».

Había oído que los alemanes habían bombardeado Londres. ¿Y si su casa no seguía en pie? ¿Cómo daría con su familia?

—Todo irá bien —aseguró la hermana Brigitte—. Se alegrarán mucho de verla. —Sostenía el permiso en la mano—. Mantenga estos documentos con usted en todo momento. Son valiosos e intransferibles.

No tuvo que hacerlo durante mucho tiempo.

El jeep iba descapotado. Era principios de junio, el tiempo había cambiado, y el aire era suave y tibio.

—Sé que no es una limusina —comentó Frank. Él y la hermana Brigitte iban sentados delante, y Ada se mantenía en equilibrio en el banquito trasero—. No está hecho para señoras, la verdad, pero es robusto como un caballo de guerra. —Dio unas palmaditas afectuosas en el volante—. Y nos llevará a nuestro destino. —Volvió la cabeza y sonrió—: Nunca creí que fuera una monja de verdad —afirmó—. Lo supe nada más verla. Tenía que ser otra cosa. —Conducía deprisa, y Ada tenía que agarrarse con fuerza a la parte de atrás del asiento. Tocó la bocina para que se apartara un perro demacrado y esquivó un bache—. «No se lo va a creer», le dije al sargento. ¿Se acuerda de él? Bueno, pues le dije al sargento: «Adivine qué, sargento: ¿se acuerda de aquella monja a la que rescataron? Bueno, pues al parecer no era monja, sino una mujer

normal y corriente». Pero ojo —volvió la cabeza de nuevo—, que es usted un bombón. Ada le dio las gracias con una sonrisa, una oleada de calor desconocido le inundó el rostro. Frank tenía el pelo corto y de punta bajo la gorra. En el cuello se veían escamas de caspa. Las manos asían el volante, un vello moreno rizado asomaba por los puños de la guerrera.

—Así que se va usted a casa —continuó— y me deja solo.

Múnich estaba atestado de gente andrajosa y flaca que deambulaba con bolsas de malla en las manos o paquetes envueltos en papel de estraza. Un hombre paró a un soldado norteamericano y sacó un reloj del paquete. El soldado negó con la cabeza. Las excavadoras habían apilado los escombros, que ahora formaban montículos de cinco o diez metros. Encima se arracimaban mujeres y niños que apartaban las piedras con las manos desnudas, removían los cascotes con trozos de madera o escarbaban en la superficie. Una mujer tiraba de algo que había quedado enterrado, y al tratar de sacarlo entre los ladrillos rotos cayó rodando por la pendiente.

—¿Qué hará allí? —quiso saber Frank.

—¿Dónde? —preguntó Ada.

—En casa.

Ella se encogió de hombros. No se había parado a pensar en ello, no había ido más allá de ese primer momento en que abriera la puerta y los viera a todos, a su madre, a su padre y a sus hermanos.

—Véngase a Norteamérica —propuso Frank de repente—, yo cuidaré de usted. Haré que engorde. —Miró de reojo a la hermana Brigitte—. Pongo a Dios y a la hermana Brigitte por testigos de que la llevaré al altar. No seremos ricos, pero nos las arreglaremos. Deje todo esto atrás, comience de nuevo. En la tierra de las oportunidades. ¿Qué dice, Ada? —Miró atrás y le sonrió—. Cásese conmigo.

—¿Que me case con usted? —Ada se rio—. Pero si no lo conozco.

—¡¿Y eso qué tiene que ver?! —Frank gritaba para hacerse oír con el ruido del motor—. Lo supe desde el primer momento que la vi: está usted hecha para mí.

—¿Y Thomas?

—Niños, me parece perfecto, me encantan.

Ada vio que subía los hombros, lo bastante para engullir el cielo.

—*Si fueras la única chica del mundo y yo el único chico.*

Su voz acalló el ruido de la calle, pura como una caricia, lo bastante limpia para entrar en el mismísimo cielo. Le recordó a su padre, que cantaba como un ruseñor. Él también solía cantar esa canción, de pie junto al piano, en el pub, o dándole una serenata a su madre en la cocina los días que no discutían. Hacía mucho que Ada no oía algo tan bonito. Quizá pudiera seguir a esa voz. «América del Norte.» Casarse con Frank.

Él aminoró la marcha, se volvió y la miró de nuevo.

—*Hoy no importaría nada más en el mundo. Podríamos seguir amándonos como si tal cosa.*

Dejó de cantar para centrarse en abrirse paso por la accidentada calle. Una mujer corrió hacia ellos, ataviada con una falda andrajosa y camisa y zapatos de hombre, y aporreó el lateral del jeep.

—¡Yanquis gordos! —gritaba—. ¿Qué hay de nosotros, los alemanes?

Ada miró hacia otro lado, respiró hondo y abrió la boca.

—*Un jardín del edén sólo para los dos, sin que nada nos quite la alegría.*

«Canta, Frank. Canta, por favor.»

Habían salido de la ciudad e iban camino de Dachau. Aquí y allá un agricultor araba la tierra o sembraba, mimando el campo para que volviera a la vida. Se veían huertos con frutos

diminutos. Manzanas, supuso Ada, o cerezas. Pueblos con casas de madera y tejados pesados, saledizos. Una o dos de las casas tenían geranios en los balcones, flores rojas que contrastaban con la madera negra, curada, de detrás. «Thomas.»

—Ada, no creo que sea buena idea que conciba esperanzas —aconsejó la hermana Brigitte—. No quiero que se lleve un chasco. O que sufra. —Se volvió en el asiento para mirarla—. Quizá sea mejor dejarlo estar.

—No puedo —respondió Ada—. Debo saber la verdad. —La ausencia de Thomas le había partido el corazón, había vivido con el miedo y la desesperación de perderlo. No podía dejar de buscarlo antes incluso de haber empezado—. ¿Y si el padre Friedel no fue al orfanato? ¿Y si se lo dio directamente a Frau Weiss? Tenemos que dar con ella.

—No tiene ninguna prueba de que ese niño fuera Thomas. Que quiera que sea así no significa que lo sea. ¿Se ha parado a pensar en eso?

Si la hermana Brigitte creía que lo que hacía era absurdo, Ada le demostraría que se equivocaba. Sabía, como sólo podía saberlo una madre, que ese niño era Thomas. Lo encontraría. Lo rescataría. En el orfanato le dirían dónde estaba. Darían con Frau Weiss, y Thomas la reconocería, se iría con ella. Tendría que enseñarle inglés, pero lo aprendería deprisa. Llamaría a la puerta de Theed Street: «¿Ada? ¿Ada, eres tú? Dios mío. ¿Y quién es este muchachito?». «Tommy. Éste es Tommy.» Volvería la cabeza, lo llamaría para que se acercase. «Ah, y casi se me olvida. Éste es Frank, mamá. Nos vamos a casar.»

—Ya hemos llegado —anunció Frank mientras subía por un camino hacia una casa grande. Paró el coche y ayudó a bajar a la hermana Brigitte y después a Ada. Luego se apoyó en el capó y sacó el tabaco del bolsillo—. Esperaré aquí.

Ada le apretó la mano a la hermana Brigitte. «Es aquí.» Tiraron de la campana y la oyeron sonar dentro, un gong grave, sonoro, como un címbalo. No salió nadie. Probaron de nuevo. Ada miró a Frank y le preguntó:

—¿Está seguro de que éste es el sitio?

—Que yo sepa, sí.

—Un momento —dijo Ada. Se acercó a la puerta y puso la oreja en la madera—. Viene alguien. Oyeron un descorrer de cerrojos y las vueltas de una llave en la cerradura. Una mujer con un vestido gris y un delantal y una cofia blancos, tiesos, abrió la puerta.

—*Ja? Was wollen sie?*

Ada cogió aire. Llevaba un mes sin hablar alemán y no sabía cómo empezar.

—Estoy buscando a un niño —dijo—. Un niño pequeño. Mi hijito. Creo que pudieron traerlo aquí. Cuando sólo era un bebé.

—¿Cree? —repitió la enfermera—. ¿Pudieron? ¿Lo trajeron o no? —Miró a Ada entrecerrando los ojos—. Usted no es alemana, ¿verdad?

—No —confirmó Ada—. Soy británica.

—¿Cómo íbamos a tener a un bebé británico aquí?

—No sabían que era británico —alegó—. Lo trajo un sacerdote, el padre Friedel. Acababa de nacer. —Aún tenía sangre del parto, con el cordón atado con una cuerda. Era como si lo estuviese viendo, con los brazos y las piernas abiertos, una ranita de ojos saltones—. En 1941, en febrero de 1941.

La mujer resopló.

—De eso hace mucho tiempo.

—Pero tendrán registros —razonó Ada—. Lo podría comprobar.

—¿Archivos? Desaparecieron con los bombardeos. Pregúnteselo. —Señaló con la cabeza a Frank—. Pregúnteles a los norteamericanos dónde están los registros.

—Pero ¿lo recuerda? —insistió Ada—. ¿Al padre Friedel? Era mayor. Y llevaría al niño en el bolso.

—¿Cómo lo voy a saber? —repuso la mujer—. Entonces yo no estaba aquí. —Se volvió hacia Frank y le dijo a voz en grito—: ¡Necesitamos comida, medicamentos! Los niños están enfermos. Tifus. ¡Necesitamos ayuda! —Después volvió a centrarse en Ada—. No nos hagan perder el tiempo.

Retrocedió e hizo ademán de cerrar la puerta, pero Ada introdujo un pie para impedirselo.

—Tenía un osito —añadió—. Un osito de lana.

La enfermera la miró con desdén.

—Todos los niños tienen un osito de lana.

—Marrón.

—Marrón. —Empujó la puerta, estrujándole el pie a Ada, que hizo una mueca de dolor. No podía darse por vencida.

—Frau Weiss —dijo—. ¿Conoce a Frau Weiss?

—¿Weiss?

—La esposa del comandante.

—¿Del comandante? —repitió—. Ah, no, yo no tengo nada que ver con esa gente. Nunca he tenido nada que ver con ellos. ¿Nazis? Jamás he sido nazi. No, no me puede acusar de eso.

—Empujó con más fuerza la puerta.

—He perdido a mi hijo. —A Ada se le quebraba la voz. «No te pongas nerviosa. Tranquila.»— Esa mujer tenía un hijo pequeño. Ella y el Obersturmbannführer.

—Le diré esto para su información —bufó la enfermera de nuevo—: Martin Weiss no estaba casado.

—Sí que lo estaba. —Ada lo sabía, a ciencia cierta.

—No. —La mujer negó con la cabeza. Tras mirar a Ada entrecerró los ojos, se echó hacia delante y susurró—: Era sodomita. —Ada se llevó las manos a los labios. La hermana Brigitte parecía perpleja, y Ada no estaba segura de haber oído bien—. Solía venir por aquí —continuó en voz baja la mujer—. No nací ayer, así que le paré los pies. Casi me cuesta el trabajo. —Había soltado la puerta y tenía los brazos en jarras.

—No —porfió Ada—. Es imposible. Tenía esposa. Y un hijo.

—No sé quién sería la putilla que estaba en aquella mansión —repuso la enfermera—, pero no era su mujer. Y el niño no era su hijo, a menos que se atara el miembro a un cepillo de dientes. Apartó el pie de Ada de una patada y cerró de un portazo. El sonido le recorrió el cuerpo a Ada, partiendo en dos sus esperanzas y esparciéndolas por el árido camino de piedras. No había esposa alguna, Frau Weiss no existía. Era una mujer sin nombre, que habría desaparecido para siempre.

—Lo siento —decía la hermana Brigitte mientras llevaba a Ada de vuelta al coche—. Lo siento mucho.

—Pero Frau Weiss...

—Un alias —apuntó Frank—. Quienquiera que estuviese viviendo con él saldría pitando. Es una causa perdida. —Estaba junto al jeep, moviendo los pies—. No hay papeles, ni registro ni nada. Es como buscar una aguja en un pajar.

—Eso no lo puede saber. —Ada levantó la voz.

Frank no tenía derecho a decir cosas tan crueles. Ahora lo comprendía: no podría ir a Norteamérica. No sin Thomas. Tenía que quedarse allí, buscarlo.

—Ada —decía la hermana, que le cogía la mano y se la acariciaba—. Ha hecho lo que ha podido.

—La hermana tiene razón —convino Frank—. Venga otra vez cuando las cosas hayan vuelto a la normalidad, dentro de un año o así, y búsquelo entonces. Ahora la gente no sabe nada.

Ada miró a Frank.

—Lo tienen ustedes —aseguró—. Usted mismo me lo dijo. Lo tienen ustedes, los

norteamericanos. Está prisionero: Weiss. Pregúntenle cómo se llama la mujer, dónde está.

—Ada, escuche —replicó él, mirando con los ojos entrecerrados, el rostro desfigurado—. Siento su pérdida y todo lo demás, pero creo que tenemos que preguntar a Weiss cosas más importantes que el nombre de su novia.

Habían apartado a Thomas de su lado hacía cuatro años, cuatro meses y diez días. Estaba vivo.

—Ada.

Ada echó a correr camino abajo, hasta la carretera. Veía la chimenea del campo, que descollaba sobre los tejados. Las calles estaban llenas de gente, de manera que se vio obligada a zigzaguear, mirando dónde ponía los pies en los desiguales adoquines y la dañada calzada. Oía el jeep de Frank a su espalda: tocando el claxon y acelerando. Ella dio la vuelta a una esquina.

Y lo vio.

Con un sombrero tirolés marrón y una gabardina beige. Bigote, gafas, sonrisa. «Hola, Ada.»

—¡Stanislaus! —gritó—. ¡Stanislaus!

Cruzó la calle, y ella salió corriendo tras él, la respiración entrecortada, dolorosa. Se sentía débil, estaba a punto de desplomarse. Tenía que darle alcance, hablar con él. «Dime que te perdiste, dime que me estuviste buscando. Que soñabas conmigo cada día. Tú y yo, Ada, cuando la guerra termine, saldremos adelante.» Había pensado en él todos los días, las ideas dando vueltas como una girándula, despidiendo chispas de amor y odio. Stanislaus y Thomas, su familia.

Había desaparecido. Paró, jadeante. Debían de ser imaginaciones suyas.

DOS

LONDRES, JULIO DE 1945

Ada se sentó en el compartimento del tren reservado a las mujeres, la vista clavada en el moteado espejo que tenía enfrente y en los anuncios de Eastbourne y Bexhill-on-Sea, cielos azules de postal y arena de un amarillo vivo. Southern Railway. El tren estaba sucio, las ventanillas llenas de pegotes de hollín. Sonrió a las otras mujeres, con sus sándwiches de pan seco en papel encerado. «Paté de pescado, paté de hígado, sardinas.» La joven del Servicio de Voluntarias, una mujer atractiva con un uniforme verde y los labios pintados de rosa, les dio los sándwiches cuando subieron al tren. Hacía mucho que Ada no veía a alguien así, a una mujer femenina. Se pasó la mano por las partes hundidas de su cuerpo: había adelgazado donde no debía. No tenía pecho ni caderas. Estaba más gorda que antes, gracias a la hermana Brigitte, pero todavía se podía contar las costillas. Las mujeres del vagón también estaban delgadas, todas eran DBS, es decir, Ciudadanas Británicas en Situación Desfavorecida, como ella. Así era como las llamaban. Ada pensaba que había sido prisionera o interna. Eso al menos le daba carácter, la convertía en alguien con un pasado al cabo de tantos años. Pero ¿una DBS? ¿Qué era eso?

Volvía a casa. ¿Llamaba a la puerta? ¿O abría y entraba sin más? «Hola, soy yo.» «Es nuestra Ada. Ha vuelto.» Cissie, su hermana. Tenía once años cuando Ada se fue; ahora sería una jovencita. Estaría fuera, en el trabajo. Su hermana mayor, sana y salva en casa. Todos juntos otra vez. Alf y Fred, Bill y Gladys, su madre y su padre. Sentados en la cocina, con el calor de los fogones y la humedad de la colada puesta a secar. «Ada, cariño, pon el hervidor. Vamos a tomar una taza de té.» Quizá su padre mandara a Fred al pub a por una jarra de cerveza negra. «Nos alegramos de que hayas vuelto, hija.» Su madre refunfuñando. Pescuezo de cordero de O'Connor's. Cebada perlada. Empanadillas. «No te iría mal coger algo de peso, engordar un poco.»

Ada frotó la ventanilla con el puño de la camisa, pero la suciedad estaba por fuera y costaba ver. Pasaron por ciudades en ruinas y pueblos abandonados. Inglaterra era más pobre de lo que recordaba. Los campos que se extendían entre las poblaciones resplandecían, ocres y verdes, con el vivo sol de julio, rebosantes de vida y color. Vieron bosques, pesados robles y hayas, y más casas. Zonas residenciales. Chucu-chucu-chu, adosados con las paredes recubiertas del característico enlucido granuloso. Chucu-chucu-chu por parcelas y jardines con varas de judías y patatas nuevas. Su madre siempre había querido irse a vivir a un sitio así. Purley. Purley Oaks. Sanderstead. Su amiga Blanche se había mudado a las afueras. «*Petit bourgeois*—dijo su padre—. En Purley no vive nadie.»

El tren fue aminorando la marcha. Balham. Clapham Junction. ¿Era eso Londres? Calles enteras borradas del mapa, nada salvo fachadas y muros torcidos. Ada empezó a sentirse angustiada. Pegó la nariz a la ventanilla. Algunas de las ruinas se habían vallado y exhibían torpes avisos: PROHIBIDA LA ENTRADA Y PELIGRO. Vio a niños que subían por las piedras, la mano como si fuera una pistola: pum, pum. Battersea, la central eléctrica, aún en pie. Vauxhall. Y allí, a la vista, el Támesis. La marea estaba baja, las orillas marrones como babosas, el río una lombriz sucia, con sus remolcadores, sus gabarras y sus dragas. Bajó la ventanilla y le llegó el sonido de las sirenas, rebotando de lado a lado. Las oía de pequeña, trompetas melancólicas de pérdida.

El Salón Condal seguía allí, y el Big Ben. Se sentó delante. El río. Aquello no podía ser: no debería verse el río, no desde ese punto. ¿Qué había sido de las fábricas? ¿Las madereras y las

ladrilleras? ¿La Dirección General de Tranvías y los impresores? ¿Los almacenes y los muelles? ¿Dónde estaban las grúas? ¿Y dónde quedaba Belvedere Road?

Sentía la boca seca, el sabor a sal metálica del miedo. ¿Qué habría sido de su casa, de su calle? ¿Y si no estaban allí? ¿Habría muerto su familia? ¿Habría salido volando por los aires, las extremidades descoyuntadas y los cuerpos retorcidos recuperados de entre los ladrillos rotos y las maderas deformadas? ¿Y si se habían cambiado de casa? ¿Cómo los encontraría?

El tren entró en la estación de Waterloo. La máquina de coser pesaba demasiado para subirla al portaequipajes, y no hubo forma de dar con un mozo, así que Ada la había puesto debajo del asiento. La cogió y bajó del tren. Las llevaron deprisa y corriendo del andén a una oficina provisional en cuya puerta, en un letrero, ponía: COMITÉCONJUNTODEGUERRA. Se trataba de una organización constituida por la Cruz Roja y la Orden de San Juan. La voluntaria que se hallaba al frente era tetona, el pecho poniendo al límite los botones del uniforme gris. Estaba sentada, y la falda le quedaba tirante en las caderas y se le arrugaba en los muslos. Resollaba y revolvía papeles, molesta, como si Ada la fastidiara.

—Si fuese usted soldado —dijo, dejando caer con fuerza las carpetas en la mesa—, una prisionera de guerra propiamente dicha, tendría clara su situación. Para empezar no me estaría ocupando de usted. Pero civiles. —La miró con desdén—. Mujeres. ¿Qué hacemos con ustedes? —No es mi intención ser un estorbo —afirmó Ada, y volvió la cabeza hacia las otras mujeres de la cola—. No soy la única.

La tetona miró a Ada y negó con la cabeza.

—Qué le vamos a hacer. —Sacó una gran hucha negra de un cajón y la dejó caer en la mesa—. No podemos hacer gran cosa por ninguna de ustedes, salvo pagarles el billete para llegar a casa. —Cogió cuatro medias coronas y se las dio a Ada—. *Ex gratia*—añadió.

Ada no sabía lo que significaba, pero le sonó a limosna. No entendía por qué tenían que hacerla sentir una mendiga.

—Me figuro que tendrá un sitio adonde ir.

—Sí —repuso Ada, mirando a la mujer a los ojos—. Sí. —Dejó las monedas en la mesa—. Tome, no las necesito. Vivo aquí al lado.

La mujer enarcó una ceja.

—Cójalas —aconsejó—. Es todo lo que va a conseguir. Puede solicitar sus cupones. Allí.

—Señaló unos bultos—. ¿Está usted soltera?

Ada asintió.

—Mmm. —La mujer resopló, se inclinó hacia un lado y, mirando al resto, dijo—: Siguiendo.

Ada cogió el dinero y la máquina de coser y salió a la explanada de la estación. Waterloo. Le entraron ganas de pellizcarse. Por fin estaba allí: en casa. La máquina de coser pesaba. Agarró una de las monedas: consigna. Ya volvería por ella más tarde. Le pediría a su padre que se la llevara. O a Alf, o a Fred. «¿Qué haces con esto, Ada? No me irás a decir que has venido cargando con ella desde allí, ¿no?»

Salió a Waterloo Road, ya sin la máquina. Allí estaba la iglesia de San Juan. Y la maternidad. Stamford Street, los edificios Peabody. «Todos presentes, Señor, pero algo perjudicados si me permite la observación, Señor.» Si esos edificios estaban bien, su calle también debía de estarlo. Cruzó. Exton Street. Roupell Street. Las casas se hallaban en pie. Todas. Una o dos tenían las ventanas entabladas. Los visillos de encaje estaban raídos, y a las ventanas y a las puertas no les habría ido mal una mano de pintura, pero al menos no las habían bombardeado. Todo iba bien, todo iría bien. Echó a correr, los ojos se le humedecieron. Paró a secarse las lágrimas. «Mejor no presentarse llorando.» Su casa. Dio la vuelta a la esquina: Theed Street. La hilera de casitas con sus puertas y ventanas de anticuados cuarterones cuadrados idénticos.

Camina que te camina por el desigual pavimento, dejando atrás la casa de los Chapman y de los O'Connor, las puertas de la calle aún abiertas, de manera que se podía ver el interior, casas

respetables, buenas familias. Después de todo, las cosas no habían cambiado. Sonreía. Quizá saliera alguien de esas casas y la reconociera: «Santo cielo, que me aspen si no es Ada Vaughan».

Y allí estaba. El número 11. Su casa. Ada apretó el puño y llamó, unos golpecitos en la desvencijada madera. Cogió aire y puso la mano en el pomo. Lo hizo girar. Empujó. La entrada era mucho más pequeña de lo que recordaba, pero el papel pintado de flores, descolorido, era el mismo, las mismas manchas en la escalera, y el zócalo verde, astillado. La puerta de la cocina se abrió y salió su madre, limpiándose las manos en el delantal, entrecerrando los ojos al ver a Ada, como si no la reconociera.

—¿Quién anda ahí?

Ada se mordió el labio.

—Soy yo. —Tenía la voz tensa como la cuerda de una trampa—. Ada.

Su madre dio dos zancadas y cogió del brazo a Ada, pellizcándole el codo.

—Menuda caradura estás hecha —espetó—, plantarte aquí sin más después de tanto tiempo.

Ada se estremeció, no entendía nada. Iba a abrazar a su madre, a hundir el rostro en su cabello, a aspirar el olor a sudor y melocotón de su piel. Allí estaba ella, su hija, desaparecida y dada por muerta, resucitada. Un puñetero milagro. Pero su madre no le había dicho ni hola, y desde luego no le había dado un abrazo.

—Causándonos la mar de preocupaciones a tu padre y a mí —continuó la mujer—. Eso lo mató, ¿lo sabías? Murió de repente. Sin más.

¿Su padre? ¿Muerto? Las tripas se le revolvieron y la boca le supo a hierro. No era así como lo había imaginado. ¿Su padre había muerto? Eso no se le había pasado por la cabeza, la verdad. Tragó saliva, pugnando por no llorar. Nunca le había dicho que lo quería. No le había dicho adiós. No le había dicho: «Gracias, papá».

—¿Cuándo? —logró preguntar.

—Dejándome a mí para que sacara esto adelante. —Su madre hizo como si no la oyera—. Sin saber dónde estabas, si habías muerto o seguías viva. Sin saber nada de ti. Na-da.

—No es verdad —repuso Ada—. Stanislaus os envió un telegrama.

—¿Stanislaus? ¿Así es como se llamaba? Condenado alemán.

El nombre se le escapó; no tenía intención de hablar de él.

—Os envió... —Se corrigió para que sonara mejor—. Os enviamos un telegrama para deciros que estaba bien, que no os preocupaseis.

—Bueno, pues aquí no llegó nada.

—Lo mandamos a la señora B. Para que os lo dijera ella.

—¿Me estás diciendo que ni siquiera tuviste la bendita decencia de enviármelo a mí? La señora B. no me dijo nada de ningún telegrama. Vino a verme el día que estalló la guerra. Ese mismísimo día. Me preguntó: «¿Ha vuelto Ada? Porque no ha ido a trabajar hoy?». Así fue como nos enteramos de lo que habías hecho. Largarte a París con tu amante. Qué vergüenza. Pensar que una hija mía haría algo así...

De eso hacía mucho tiempo, años. Desde entonces habían pasado muchas cosas, y allí estaba su madre, sacando eso a relucir como si hubiese sucedido el día anterior, como si fuera lo más importante, como si no la hubiera echado de menos. Ada la miró: se había vuelto una amargada, las preocupaciones le habían llenado de arrugas la frente y la boca, tenía los labios finos y mezquinos.

—Te escribí una carta cuando todo acabó —adujo Ada—. Antes no pude.

—Bonita carta, sí. Toda una aventura, decías. «Una aventura.» Y yo te pregunto: ¿tienes idea de lo que fue para nosotros? —Tenía la cara de su madre cerca, el aliento le olía mal—. Mientras tú te lo pasabas en grande, nosotros vivíamos un infierno. Un infierno. Con los bombardeos, y el racionamiento, y las bombas zumbadoras. Todos tuvimos que aportar nuestro granito de

arena, arrimar el hombro, pero tú... Tú vivías a cuerpo de rey, tú y tu amiguito nazi.

—No —negó Ada—. No fue así. Yo también lo pasé mal...

—¿Que lo pasaste mal? No tienes ni idea de lo que hemos sufrido.

—Me internaron.

Su madre resopló.

—¿Qué significa eso, si se puede saber?

—Preso. Me hicieron prisionera.

—¿En prisión? Apuesto a que sana y salva. Sin tener que preocuparte por nada.

Ada no sabía qué decir. ¿Cómo describir el calvario por el que había pasado? ¿Lo que había visto? Lo único que quería era volver a casa, pero ahora la trataban como si fuese una traidora, y ella no era una traidora. ¿La creería su madre? ¿La creería alguien?

—¿Alguna vez te paraste a pensar en tu padre y en mí? —continuó su madre—. ¿En tus hermanos?

Ada tenía que sentarse. Notaba los huesos sueltos e inconexos, la cabeza le daba vueltas.

—¿Cómo están?

—Ahora preguntas. —Su madre tenía espumarajos en la comisura de la boca—. A Fred lo mataron en El Alamein. Dio su vida por gente como tú. —Escupió en los zapatos de Ada. Ella no había visto nunca a su madre comportarse así, no con ella. Era su padre quien solía llevarse la peor parte de su afilada lengua, pero ahora Ada era el blanco de su veneno—. Alf está bien, y las chicas también. Pero tú... Siempre fuiste una egoísta. Falsa. Nos rompiste el corazón.

Ada se frotaba la frente con los dedos. La muerte de su padre hacía que se abriera un gran cráter en su interior. Quería aspirar el olor a tabaco de su piel, sentir su abrazo, oler su sudor cuando sus labios le rozaban la cabeza, saberse querida otra vez. «Siempre has sido mi preferida, Ada.»

—Lo siento —se disculpó—. No lo pude evitar. —La voz se le estaba quebrando, contenía las lágrimas.

—¿Que lo sientes? —Su madre estaba furiosa—. Es demasiado tarde para sentirlo. No eres bienvenida en esta casa. Así que ya te puedes ir largando, ahora.

—¿Que me vaya? —Ada no entendía lo que decía su madre—. ¿No me puedo quedar?

—No, señor, no te puedes quedar.

—No tengo adónde ir.

—Pues haberlo pensado antes. —Su madre le retorció el brazo y la obligó a ir hacia la puerta—. Y tienes suerte de no traer auestas un bastardo. ¿O acaso tienes hijos? Tampoco sería tan raro. No me extrañaría nada. —Su madre le dio un empujón—. Largo de aquí. Y no te atrevas a volver nunca más. —La empujó de nuevo y Ada se abalanzó hacia la puerta, sintiendo el aire cuando su madre cerró de un portazo.

Ada se quedó allí parada, en el pulcro arco que había fregado su madre alrededor de la puerta. Respiró hondo. «Cálmate.» Su madre estaba disgustada, la impresión al volver a verla. Eso era todo. Siempre había tenido mucho genio. Aun así, podría haber sido un poco más comprensiva. Hacía casi seis años que no veía a su hija. Cabría pensar que se pondría contenta. Se tranquilizaría y se arrepentiría del arrebato. Ada le daría tiempo. Toda esa preocupación contenida, a punto de estallar. Unos minutos más y volvería a llamar a la puerta. «Mamá, por favor.»

Unos niños habían dibujado con tiza una rayuela en los adoquines. Ada cogió una piedra y la lanzó: a la pata coja, uno, dos, tres; cuatro, cinco, los dos pies; seis, siete, a la pata coja. Se mantuvo en equilibrio sobre una pierna, cogió la piedra y la tiró de nuevo.

Se abrió una ventana, y su madre se asomó:

—¡Ya me has oído! —gritó—. ¡Lárgate! —Y cerró con fuerza.

Ada dejó caer la piedra. Su madre podía ser así de rara. Tenía muy mal carácter y no perdonaba.

Podía pasarse años peleada con alguien. Ada sabía que no cambiaría de opinión, no ese día. «Bueno —pensó—, si es lo que quiere, qué se le va a hacer.» Ella salía perdiendo.

Dio media vuelta y echó a andar calle abajo. Se notaba las piernas flojas y las manos le temblaban. No tenía casa, ni ropa, ni amigos, ni dinero, salvo los diez chelines de la Cruz Roja; nueve con once ahora, después de pagar un penique en la consigna de la estación. Toqueteó el resguardo: «Recoger en el plazo de un día natural. Se dispondrá debidamente de aquellos artículos que no se hayan retirado». Todo lo que tenía en el mundo era una máquina de coser. Y debajo de eso no podía dormir.

Había perdido a todos: a su hijo, a su madre, a su padre, a Stanislaus. «Que se vaya con viento fresco.» Y a Frank. Podría haber ido a Norteamérica. Podría haber tenido una buena vida. Frank era un hombre amable y sincero. Le recordaba a su padre. Paró a coger aire. Ni siquiera sabía dónde estaba enterrado su padre. «Ay, Ada. —Era como si lo estuviese oyendo—: A lo hecho, pecho. —No podía hacer nada para mejorar la situación—. Tu madre se alimenta de resentimiento como un glotón en un comedero.» Bueno, podía pasarse sin eso. Había sobrevivido a la guerra, sobreviviría ahora. Le vino a la memoria una canción de la infancia, se la había oído cantar a su padre: «Mete tus problemas en el viejo macutoy *sonríe, sonríe, sonríe*». Pero las cosas ya no eran así. La guerra lo había cambiado todo.

Debía de haber llegado un tren militar. Waterloo Road estaba llena de soldados y aviadores uniformados de azul y con el petate en la mano. Volvían a casa. La guerra era cosa de hombres. Héroes. Qué suerte la suya, que tenían un sitio en el mundo. Pero ¿y las esposas y las mujeres que cuidaban de ellos? Nadie escuchaba. ¿Cómo iba a entender la madre de Ada la guerra que había librado su hija? ¿Cómo iba a entenderla alguien? Había sido una guerra distinta. Atrapada en su curso, como el único resto de un naufragio, sola.

A la entrada de la estación de trenes había un vendedor de periódicos, un hombre bajito y orondo, con el rostro rubicundo y el pelo abundante y blanco. Se apoyaba en una muleta. Le ofreció un ejemplar del *Evening News*, que ella rechazó con la cabeza.

—¡Ánimo! —sonrió—. Podría ser peor.

Era la primera vez que alguien le sonreía desde que había vuelto a Londres. Tragó saliva y notó que fruncía el ceño. «No tiene sentido lamentarse, Ada, hija.»

El vendedor avanzó cojeando hacia ella. Tenía un rostro bondadoso, con arruguillas de felicidad alrededor de los ojos.

—Una chica bonita como tú debería estar como unas castañuelas —observó.

—No tengo adónde ir —confesó Ada—, aunque no se lo crea.

—¿De dónde eres? —preguntó—. ¿De Mánchester? ¿Acabas de llegar a Londres?

Ada lo miró y repuso:

—Sí.

—Prueba en el Ada Lewis House —dijo—. New Kent Road. Es un albergue. Para buenas chicas, ya sabes. —Se volvió y le ofreció un periódico a un hombre trajeado con bombín—. Puedes coger el autobús ahí. —Señaló la parada que había al otro lado de la calle.

—Gracias —contestó Ada.

Supuso que serían alrededor de las cinco. Tenía hambre y necesitaba un sitio donde pasar la noche. Entró en la estación, recogió la máquina de coser y echó a andar hacia la parada de autobús.

—¿Me permite que la ayude, señorita?

Un soldado.

—Gracias.

—¿Adónde va?

Ada señaló la parada. «Cualquier autobús que vaya a Elephant & Castle, continúe andando desde allí», le había dicho el hombre. Quizá el soldado fuera en esa dirección. No le iría mal su

compañía y su ayuda. Se puso a la cola y el hombre dejó la máquina de coser en el suelo.

—Hasta la vista —se despidió.

Cogió el número 12. «Dulwich —recordó—. Elegante.» El cobrador agarró la máquina de coser y la metió bajo la escalera. Ada se sentó en el largo banco, cerca de la puerta, y se puso a mirar por la ventanilla las calles que en su día le habían sido familiares, ahora desoladas y en mal estado. Alargó el cuello: había agujeros donde antes se alzaban casas. Bedlam, el antiguo manicomio, seguía en pie. Y también el colegio de monjas Notre Dame. ¿Y qué había sido de los edificios contiguos? El metro estaba allí, así como el edificio del diario *South London Press*. La mitad, la otra mitad, un montón de ladrillos y argamasa. Pero ¿y el resto? ¿El Tabernacle, la iglesia baptista? ¿El cine Trocadero?

Al bajar del autobús se dio en la espinilla con la máquina de coser. Tardó un momento en orientarse, antes de ir hacia New Kent Road. Diez pasos. Alto. Cambio de mano. La máquina pesaba, apenas si podía con ella. Nadie la ayudaba. Siguió a trompicones, cargando con la máquina de coser, mirando las placas con los nombres. La hilera de casas que quedaba a su izquierda era un montículo de escombros hediondos y ladrillos ennegrecidos, puertas hendidas y fustes de yeso encalados, expoliadas hacía tiempo, mujeres desesperadas sacando de los cascotes una cacerola abollada, un álbum de fotos, un orinal donde cocer remolacha. Lo había visto en Múnich, pero no pensaba que lo vería allí. Ahora parecían tan pobres como antes de la guerra. Mujeres que intentaban recuperar la última patata, que había ido a parar debajo del armario; niños con las rodillas llenas de costras que subían estruendosamente la escalera: «Mamá, ¿qué hay de comer?». Muertos de hambre y mayores antes de tiempo. «Tu cara me suena.» A eso era a lo que había vuelto.

El lugar estaba cerrado con unas planchas onduladas de hierro herrumbroso. PROHIBIDO FIJAR CARTELES, ponía con pintura blanca corrida en las ondas. Tras la valla había una única casa en pie, a la que le habían arrancado un muro, las desnudas habitaciones ladeadas con coquetería, una encima de otra. Se veían tiras de papel pintado y un espejo que seguía en la pared, torcido. A una mesa le faltaba una pata, arrodillada como un mendigo. Algo más allá, todavía quedaba un muro de ladrillo en pie. Alguien había pintado un Mr. Chad en negro y había escrito debajo: «¿Cómo? ¿Que no hay azúcar?». Ada reparó en el tocón de un castaño quemado, las raíces muertas asomando por el asfalto como venas enterradas, partiendo la calzada en dos.

Cogió la máquina de coser. Ada Lewis House.

Era un edificio alto, de ladrillo, con ventanas largas, redondeadas. La cama tenía un precio razonable, e incluía las comidas. Serviría hasta que se recuperara. No se permitía la entrada a niños ni a animales. Tendría que conseguir un empleo, y más adelante una casa en condiciones, para Tommy. Después de pagar dos noches de pensión completa, sólo le quedaban cuatro chelines.

—¿A qué se dedica? —le preguntó la directora.

Ada respiró hondo.

—Soy modista —repuso—. De señoras.

La mujer hizo una mueca.

—Ya no hay mucha demanda de eso —afirmó—. Ahora todo se compra confeccionado, ya hecho. Pruebe en las fábricas del East End. En Whitechapel, por ejemplo.

Una fábrica. «*Arbeit macht frei*.» Frank le había hablado de los cadáveres; Ada no podría trabajar en una fábrica, no después de eso. Además, no había sobrevivido a la guerra para acabar trabajando en un lugar donde se explotaba al obrero.

—Solucione lo de los cupones primero —dijo la directora—, y ya nos pagará lo que nos deba hasta entonces.

La cena se servía a las seis. Callos encebollados. Zanahorias con patatas. Sabroso. Ada lo engulló

todo. Una taza de té. «Una taza de té.» Fuerte y bien hecho. Era una suerte que no le gustara el azúcar.

Esa mañana se levantó temprano y fue en metro hasta Green Park. Había olvidado el calor que hacía en el metro, el olor a hollín y el aire viciado, lo abarrotado que estaba; iba apretujada entre desconocidos, prácticamente aplastada. Se abrió paso como pudo y salió al cálido aire de julio, a Dover Street. Si la señora B. no la cogía, iría a ver a Isidore. Era buena en lo suyo, ahora tenía mucha experiencia.

Pero la casa de Dover Street había sido pasto de las bombas. Otros edificios de la calle estaban intactos, ése era el único que habían bombardeado. Un hombre la empujó en la acera. Llevaba un traje barato que le quedaba ancho, el sombrero de fieltro viejo. Fumaba en pipa.

Ada lo agarró por la manga.

—Perdone —dijo—, ¿sabe qué pasó en este sitio? ¿Qué fue de la gente?

El aludido se encogió de hombros y siguió su camino, dejando una aromática estela a tabaco dulce.

Quizá la señora B. hubiese trasladado el negocio. Ada continuó andando por la calle, mirando los nombres de las placas de las puertas, y después volvió al edificio en ruinas. No sabía dónde vivía la señora B. Cruzó los dedos y cerró los ojos: «Ojalá no haya muerto». Al abrirlos esperaba ver allí a la señora B., con sus labios pintados y sus mejillas empolvadas, pero la calle estaba desierta. Enfiló Bond Street hasta Oxford Street. Ahora los grandes almacenes tenían plantas entabladas o les faltaban algunas partes, como soldados viejos, heridos. John Lewis. Ada clavó la vista en el edificio: nada salvo restos negros, quemados, salpicados de budelias escuálidas y matas de hierba que se habían abierto paso a través de los escombros. Ése ya no era el Londres que ella conocía. Ya no estaba segura de que fuese su sitio.

Los jardines de Hanover Square habían desaparecido. El semisótano de Isidore seguía allí, pero la placa de la puerta no estaba. Ada bajó y miró por las ventanas: no había nada, a excepción de una caja y algunos periódicos viejos tirados por el suelo. Fue tambaleándose por Hanover Street, por Regent Street. Dickins & Jones. Por todas partes se veían las cicatrices de la batalla. El Café Royal. Se detuvo bajo la marquesina, mirando la puerta giratoria. ¿Cómo pudo ser tan idiota? Dejarse engañar por un estafador de tres al cuarto, Stanislaus von Lieben. De no ser por él, las cosas le irían bien. Jamás habría conocido tanto dolor y sufrimiento. «Malnacido.» Qué no le haría si lo volviera a ver. Quizá Ada hubiese heredado algo del carácter de su madre: haría más que ponerlo como un trapo. Lo mataría con sus propias manos.

Saludó con una inclinación de cabeza al lacayo que aguardaba junto a la puerta del Café Royal y siguió andando. Había algunas mujeres jóvenes en Piccadilly Circus, dando vueltas a la estatua de Eros, con los labios pintados y las escotadas blusas, fumando. También las había visto en Múnich. A veces las acompañaban sus madres. «Yanqui, ¿quieres?» Lo hacían a cambio de cigarrillos. ¿Sería lo mismo allí?

Ada se preguntó cómo sería estar con un hombre distinto cada hora. Tal y como estaba ahora ningún hombre la miraría, con el pecho como una tabla y sin cintura. Nadie la desearía, le tocaría la cara con delicadeza y la estrecharía entre sus brazos, la besaría con la dulce promesa del amor. Ahora nadie la amaría, ni siquiera su familia. La invadió una fuerte sensación de pérdida y tristeza, y tuvo que contener las lágrimas. El vendedor aquel no hablaba en serio, les diría a todas las mujeres que eran bonitas. Ada conocía a esa clase de hombres. Aquello no significaba nada. No era bonita, ya no.

Dejó atrás a las pintarrajeadas muchachas y entró en Haymarket. El estuco se había desprendido y se veían andamios en las entradas de las casas. Muchas de las fachadas estaban entabladas y cubiertas de carteles. El Theatre Royal se encontraba intacto. *El abanico de lady*

Windermere. ¿Cómo sería esa obra de teatro? Giró a la izquierda y llegó a Trafalgar Square. «Victoria sobre Alemania —leyó—, 1945.» Aún era temprano, pero la plaza estaba atestada de soldados uniformados que paseaban con sus novias. Había trabajadores con trajes desaliñados, jovencitas con zapatos elegantes y faldas cortas. Algunas estaban sentadas en las fuentes, comiendo sándwiches y espantando las palomas, que las rondaban en busca de migajas. Una mujer sostenía una taza de té en una mano y un termo en la otra. Una taza de té. Ada vio el Lyons Corner House, al otro lado de Charing Cross. En ese establecimiento solían servir un buen té. Sacó el dinero que tenía en el bolsillo: era suficiente.

En la ventana había un anuncio: SENECSITACAMARERA. RAZÓNDENTRO. Un rayo de esperanza. Podría trabajar de camarera, ser unanippy—ése era el nombre que recibían las camareras que trabajaban en Lyons—, hasta que consiguiera un empleo en condiciones. Ada abrió la puerta: las paredes estaban revestidas de una madera cálida, de color marrón oscuro, y la iluminación oculta tras gruesos cristales. Se le había olvidado lo suntuoso que era ese sitio. Había parejas sentadas a las mesas de madera, inclinadas hacia delante, conversando. «Matrimonios —pensó Ada—, que han salido a disfrutar del día, tras haber vuelto de la guerra.» También había mujeres solas, con las piernas cruzadas, mirando por la ventana. Una fumaba, a su lado, en la mesa, una cajetilla de Players; otra leía un libro. «Qué suerte tenéis», pensó.

Se dirigió hacia una mesa libre del centro, pasando delante de una mujer rolliza de mediana edad y su anciano acompañante. «Flaca como un palo —la oyó decir al pasar—. Tísica.» La camarera se le acercó, ataviada con un elegante uniforme negro con el cuello y el delantal blancos, limpios, y una pulcra cofia también blanca con una cinta negra.

—¿Puedo servirla en algo?

—Sí. —Ada no vaciló—. Quería preguntar por el puesto de camarera.

La camarera frunció la boca.

—Tendrá que ver a la encargada —replicó—. ¿Desea alguna otra cosa?

—Una taza de té, por favor.

La encargada, que se hallaba tras un escritorio, indicó a Ada que se sentara, señalándole una silla de respaldo alto, como las del restaurante, de varas duras y asiento brillante.

—Disculpe la pregunta —dijo, echándose hacia delante en la mesa—, pero está usted muy delgada. ¿Ha estado enferma?

—No —contestó Ada.

—Porque si se tratara de una enfermedad contagiosa, no podríamos contratarla.

—No, no es eso.

—Entonces, ¿los nervios?

Ada cabeceó. «He vivido una guerra, mala, eso es todo.» ¿Qué podía decir? La encargada no podría hacerse ni la más remota idea, y Ada ya se había dado cuenta de que nadie quería oír hablar de ello.

—No —repuso—. Es sólo que perdí el apetito.

—Vaya —replicó la mujer—, cuánto lo siento. Confío en que lo haya recuperado.

Ada asintió.

—Ahora como muchísimo.

—Me alegro de oír eso. ¿Ha hecho alguna vez esta clase de trabajo?

—No, pero aprendo deprisa. —Y añadió—: Soy muy aplicada.

—¿Cuándo podría empezar?

—Ahora mismo.

—El salario es de dos libras con diez a la semana, el uniforme incluido. Lavarlo será cosa suya, salvo la cofia y el delantal. Asegúrese de llevar el pelo limpio y recogido y las uñas cortas.

¿Talla?

—¿Talla? —repitió Ada.

—Para el uniforme. No estoy segura de que tengamos algo que le valga. ¿Se le da bien la aguja?

—Sí, la verdad es que sí —respondió.

—Entonces podría estrecharlo. Venga conmigo.

Ada se colgó el uniforme del brazo. Era una chica con suerte. El salario no estaba mal, y quizá le quedase algo de dinero al final de la semana. Cuando arreglara lo de los cupones, se haría con algunas cosas. Necesitaba ropa interior nueva, jabón, pasta de dientes. Lo básico. Tal vez hiciera alguna amiga; en ese sitio trabajaban muchas chicas. Tendría que ir y volver del trabajo andando, por lo menos la primera semana. Miró el reloj de Charing Cross: las tres y diez.

Tardó treinta y cinco minutos a pie. Al llegar al albergue, dejó el uniforme en la cama. Tenía un buen bajo metido y las costuras eran generosas. El cuello blanco era de quita y pon, así que, si era preciso, podía lavarlo por la noche. Se desabrochó la blusa y se quitó la falda. Tenía la combinación mojada. Le dio la vuelta.

Sangre. «Sangre.» No recordaba cuándo había sido la última vez que había tenido el periodo. Gritó y se rio. Le entraron ganas de abrir la ventana y ponerse a chillar: «¡Todo va bien. Todo irá bien!». Allí estaba, Ada Vaughan, de nuevo una mujer. Volviendo a la vida. Preparada para poder volver a ser madre. Unos kilos más y recuperaría la figura. Le llevaría uno o dos meses, pero lo conseguiría. Le iría bien. Iba a tener una vida. Iba camino de conseguirlo. Abrió el monedero. Tendría que ir a Boots a comprar lo básico.

Esas primeras Navidades fueron las peores, pero había otras chicas, del norte, que las pasaron en Londres, lejos de sus familias. La directora les dio una buena cena: pollo con guarnición, relleno de salvia y cebolla, con salsa, incluso un tradicional pudín navideño. Tiraron por parejas de los festivos *crackers*,

[\[2\]](#)

leyeron los chistes que incluían y se pusieron en la cabeza los gorros de papel. Se hicieron regalitos las unas a las otras, envueltos en el papel rizado que sobró de las cadenas de adorno que colgaron: sales de baño, un peine, diez cigarrillos Woodbine.

Ada se preguntó si su madre les habría dicho a los demás que había vuelto, se preguntó qué estaría haciendo su familia en ese momento. Su padre y Fred, «Dios los tenga en su gloria».

Ada. «¿Qué le pasó?» A diferencia de su madre, sin descargar su ira. «No me habléis de ella.»

Ada lo intentó, fue a visitarla un domingo a finales de noviembre, después de misa. Su madre le apartó la mirada, como si no existiera. Ada esperó a que diera la vuelta a la esquina y rompió a llorar. Dios sabía que lo había intentado.

Ahora tenía el periodo con la regularidad de un reloj, había ganado peso, y aunque seguía siendo delgada como un maniquí, volvía a tener curvas. Llevaba gafas, no veía de lejos, dijo el médico, y le extendió la receta con la graduación. No distinguía el número del autobús hasta que prácticamente lo tenía encima, y debía entrecerrar los ojos para leer su propia letra.

—Le saldrán arrugas si sigue forzando los ojos así —le dijo la encargada.

Ada no le podía decir por qué no veía bien. Ahorró para comprarse unas gafas, unas bonitas, modernas, que había visto en un número pasado de *Everywoman*. «Puedes ser bella y llevar gafas —ponía—. Glamur con gafas.»

No se podía permitir hacerse una permanente, pero compró una botella de agua oxigenada

para decolorarse el pelo, y se ponía rulos de trapo todas las noches para tenerlo ondulado por la mañana; se hacía bucles, delante, a ambos lados, por detrás. Quizá un día de esos encandilase a un hombre joven, aunque ya tenía veinticinco años, era algo mayor. Pero más sabía: no volvería a enamorarse de alguien como Stanislaus.

Le iba bien, con el salario y las propinas. Cada semana dividía el dinero: tanto para hospedaje, tanto para cosas básicas, tanto para zapatos y medias, tanto para ropa, tanto para extras. Trataba de ahorrar algo por si surgía algún imprevisto, y para Tommy, pero resultaba difícil. Había tenido que reservar los cupones durante meses para confeccionarse un chaquetón de abrigo y comprarse un par de zapatos decentes, y las gafas le habían mermado el presupuesto de cosas necesarias. Sin embargo, no había tenido que pedir dinero prestado, ni tampoco un adelanto a la encargada. Ahora que la Navidad había terminado, y tenía todo lo imprescindible, quizá pudiera intentar estirar un poco más el dinero. Sólo tenía la falda que le había dado la Cruz Roja, así que le hacía falta otra. Y un vestido. Pero eso eran once cupones. Blusas. Era una suerte que llevase uniforme en el trabajo.

El mercado de Berwick Street. Ése era el sitio. Podía ir y volver en la hora del almuerzo.

Seguía igual que antes de la guerra —«las mejores coliflores, dos por un penique»—, los mismos puestos, los mismos vendedores. Pero el suyo no la reconoció, no en un primer momento.

—¡Madre del amor hermoso, Ada! —Entrecerró los ojos como para cerciorarse—. Estás distinta. Llevas gafas. Y te has teñido el pelo. Te sienta bien el rubio, sí, señor. Pero —se echó hacia delante en el puesto— ¿se puede saber qué te ha pasado? Estás en los huesos. No te vendría mal engordar un poco.

Acabó comprando unos buenos retales y unos contrapesos, además de un poco de seda de paracaídas, ahora que la guerra había terminado, para hacerse una combinación y ropa interior nuevas.

En el albergue había un cuarto de costura, y Ada consiguió permiso para dejar allí su máquina de coser. Se confeccionó un par de faldas, silueta lápiz, tabla invertida. Una blusa, extendida en la mesa, cuidando al máximo las medidas y el corte, los remates y el dobladillo. Le granjeó popularidad.

—¿Podrías hacerme una, Ada?

—¿Y a mí si te doy la tela?

Y cobró por el trabajo. No fue más que un dinerillo extra, pero supuso un cambio importante: por algún sitio tenía que empezar. Las chicas del albergue no eran la clientela que le habría gustado, y tampoco quería recurrir al mercado negro, pero el racionamiento no duraría siempre. Ahorraría y daría la entrada para un local. Se concedería unos años, durante los cuales adquiriría práctica. Luego montaría un negocio: Casa de modas Vaughan; buscaría una casa. Como alguna vez se topara con Stanislaus, se iba a enterar. «Aquí estoy, como una pelota de goma que rebota y vuelve. No te pudiste librar de mí. —Eso le gustaría, volver a verlo—. Creíste que estaba acabada, pero mira tú por dónde no es así.» Eso.

A principios del verano de 1946 el hombre del mercado de Berwick Street la llamó aparte y sacó de debajo del puesto un rollo de muaré azul cobalto. Ya llevaba casi un año de vuelta en Londres.

—Te sentaría de fábula —le aseguró—. Perfecto para una rubia.

Hacía tiempo, antes de la guerra, que Ada no veía nada igual. Las aguas de la tela dibujaban arabescos con el sol, prometiendo luz y misterio y elegancia.

—Es carita, eso sí —advirtió el vendedor. Ada pasó los dedos por la tela. La seda era terca, se resistiría. Con la seda había que tener mano dura.

Le dio todos los cupones que tenía y algo de dinero en efectivo: sabía que le había cortado una cantidad generosa. Valía la pena, costara lo que costase. «De estraperlo.» Todo el mundo lo hacía. Devoró páginas de *Everywoman* de *Woman's Weekly* para que le sirvieran de inspiración y saber cuál era el último grito, consultó *Vogue* en la biblioteca. El muaré azul cobalto no era para llevarlo a diario. Cerró las revistas y los ojos. Entallado, sin florituras, un único tirante cruzado. Le realzaría el pecho, haría destacar su esbelto cuello, su piel sin imperfecciones, los altos hombros y la clavícula. La cremallera, invisible. Debía ser sumamente cuidadosa, un movimiento en falso y se echaría a perder el vestido. Ada dudaba que pudiera conseguir más muaré, no antes de que acabara esa década, a juzgar por lo que decía el gobierno.

Era como una película de agua en calma que fluía con su cuerpo, se arremolinaba en sus pechos y se precipitaba por las caderas como una ola desde las rocas. Ada lo colgó en su armario y se lo ponía cada noche, lo acariciaba. Una vez metida en cintura, la seda obedecía como un criado fiel. No sabía cuándo tendría ocasión de lucirlo, pero soñar le sentaba bien. La vida no era divertida: nada salvo trabajar, trabajar, trabajar. No tenía dinero para salir, no a menos que echara mano de los ahorros. Las otras camareras —las otras *nippies*— sólo querían salir por Leicester Square y tomar té, ¿y qué había de divertido en eso? Además, Ada era mayor que ellas. Sus compañeras eran unas niñas cuando se desencadenó la guerra.

Tommy no querría tener una madre chapada a la antigua, o amargada, frustrada, y Ada no deseaba ser como su madre, enfadada y con mal genio. No le iría mal salir de vez en cuando. Con los ahorros y la cartilla de racionamiento tenía bastante para comprarse unas sandalias que pegasen con el vestido. Tommy lo entendería. Pronto sería todo un hombrecito: cinco años. Se le estarían cayendo los dientes de leche. Querría que su madre fuera feliz. Repondría el dinero la semana siguiente.

Se llevó las sandalias y el vestido al trabajo, lo colgó en su taquilla y se lo puso al término de la jornada.

—¿Vas a algún sitio elegante? —preguntó una de las *nippies*—. No podrías estar más guapa. ¿Tienes una cita?

Ada estaba acercando la cara al espejo, pintándose los labios con una barra que se había comprado en Woolworth's, rojo amapola.

—No te lo voy a decir.

—¿Y adónde vas?

—No te lo voy a decir —repitió, disfrutando con el misterio.

Fue dando un paseo por la calle The Strand, balanceando el bolso. Los hombres la miraban. Hacía mucho que no sentía esas miradas. Sonreía al caminar, era como en los viejos tiempos: Ada Vaughan, maniquí, *modiste*. Conservaba la magia, un golpecito con su varita y lo gris se volvía espectacular; el cuerpo, un paisaje de ensueño y deseo. Giró a la derecha, dejando The Strand, y llegó al Smith's Hotel. Los lacayos la saludaron con una inclinación de cabeza y la dejaron pasar. Ada entró grácilmente en el vestíbulo, una esbelta mariposa azul bebiendo néctar.

No había cambiado nada: aún tenían las arañas de cristal y los espejos biselados, el suelo en damero y la sinuosa escalera, el salón revestido de madera y los sofás de piel. Recordaba que el Manhattan Bar estaba a la izquierda. Subió la escalera.

El maître se hallaba en la parte superior, tras un pequeño atril. Asintió al verla llegar, la cabeza ladeada. «Servil —habría dicho su padre—, lacayo de la burguesía.» Sin embargo, Ada lo entendió: estaban juntos en aquello. Dos personas curtidas contra los petimetres. Lucha de

clases.

—¿Se ha citado con alguien, señora?

«Señora.» Ada sonrió. Ya no era una señorita, sino una mujer madura.

—Ah, no —respondió mientras miraba al fondo, al cristal y a los cromados del bar.

—Lo lamento, pero no se permite la entrada a damas solas —se disculpó el maître.

Ada centró la mirada en él.

—¿Qué? —se corrigió—: ¿Disculpe?

—Es nuestra política —adujo el hombre—. No se permite la entrada al bar a mujeres a menos que vayan acompañadas.

Ada no contaba con aquello, y ahora no podía volverse atrás, sería el hazmerreír de todo el mundo.

—Si se hubiese citado con alguien, la cosa cambiaría —continuó el hombre.

Él se puso a tamborilear con los dedos en el atril, pom, pom, la vista clavada en la pared que tenía Ada detrás.

—Ahora que lo pienso —contestó Ada al darse cuenta de lo que el maître quería decir—, he quedado con alguien.

El maître la miró de nuevo, tamborileando con una mano mientras se metía la otra en el bolsillo. No hizo movimiento alguno, ni Ada tampoco. Tosió, un educado ejem, ejem, y se miró fijamente la mano, sin dejar de golpetear rítmicamente en el hueco atril.

Quería una propina. ¡Menudo caradura! Ada había echado mano de sus ahorros para salir esa noche, llevaba dinero suficiente para pagar un cóctel y volver en autobús a casa, y algo de más por si acaso. No pensaba que tuviera que gastárselo, no en un lacayo. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Abrió el bolso y sacó el monedero. Daba la impresión de que no era de los que aceptarían monedas de cobre, de modo que cogió una de plata de seis peniques y la dejó en el atril. El maître le puso un dedo encima, la tapó, la arrastró y se la metió en el bolsillo. «Tú ya has hecho esto antes», pensó Ada.

La condujo hasta una mesa situada en un rincón a la derecha. Había un espejo en la pared, en el centro, y Ada se vio mientras caminaba hacia éste, el largo cabello rubio cayéndole en ondas sobre los desnudos hombros. Cernía el cuerpo al andar, la cintura se metía, la cadera salía, el contoneo practicado en la pasarela. Se acomodó en el banco, dejó el bolso al lado y le dio las gracias al maître.

Un cóctel, uno nada más. Si se lo tomaba despacio, podía hacer que durara. Sabía lo que iba a pedir, uno no demasiado dulce: ginebra, limón, Cointreau. El salón estaba más desastrado de lo que recordaba, la moqueta raída en algunos puntos. Los espejos seguían siendo los mismos, brillantes y angulosos, y las paredes eran de un color crema manchado de nicotina, más oscuro allí donde se unían con el techo. Ada se acomodó en el banco de terciopelo azul y pasó la mano por el suave velvetón. Una norma extraña, ésa de no permitir la entrada a mujeres que fueran solas. Siempre había ido con Stanislaus cuando acudían allí antes de la guerra, nunca se había fijado en que sólo dejaran entrar a parejas.

El camarero le llevó la copa, que dejó encima de un posavasos de hilo. Un dama blanca. Ada esperó a que se hubiera ido el hombre y se llevó la bebida a los labios, aspirando el ácido intenso del limón y el seco enebro de la ginebra. Tendría que ir con cuidado: hacía años que no tomaba una copa. Desde aquella cerveza en Namur, «no more». Se arrellanó y sacó la cajetilla de diez cigarrillos Senior Service, otro regalo de cumpleaños que se había hecho ella misma. La dejó en la mesa, el barco de vela cara arriba, sacó un pitillo y lo sostuvo entre los dedos. No tenía cerillas. El camarero le daría fuego, se lo pediría cuando pasara por su lado.

—¿Me permite?

No había visto acercarse al hombre. Alzó la cabeza: tenía una hendidura en la punta de la nariz, a juego con el hoyuelo de la barbilla, el cabello pelirrojo, las pestañas rubias, los ojos grises. Le

sonreía, en la mano un encendedor plateado. Ada se llevó el cigarrillo a los labios y dio una calada.

—¿Espera a alguien? —preguntó el hombre.

Tendría unos treinta años, por lo menos, llevaba una americana, una camisa de cuadros de viyella y una corbata azul marino con una insignia. De su regimiento, pensó Ada. Seguro que tomó parte en la guerra. Oficial, a juzgar por su aspecto. Tenía una copa en la mano.

—No creo que vengan ya —repuso Ada, lanzando un suspiro—. Se retrasan mucho.

—¿Le importaría que le hiciese compañía?

—En absoluto —le contestó—. Un ratito.

El hombre se sentó, dejó la copa en la mesa y sacó de un bolsillo el tabaco.

—Me llamo William. —Le tendió la mano desde el otro lado de la mesa, y Ada le ofreció la suya. Él se la estrechó con delicadeza, la mano caliente—. No sé a quiénes estaría esperando, pero son tontos si le han dado plantón —observó—. Está claro que no saben lo que se pierden.

Ada sonrió. El hombre tenía labia, hablaba como un caballero, como los actores en las películas. No se creyó nada, pero resultaba agradable oírlo.

—¿Cómo se llama? —quiso saber.

Ada. Un nombre de lo más corriente.

—Ava —repuso.

—¿Como la estrella de cine?

—No exactamente. Aunque tenemos las mismas iniciales. —Fruunció la boca y lo miró con una caída de ojos—. Pero no, yo soy una Ava normal y corriente. —Pensó deprisa—: Ava Gordon.

—Le puedo asegurar que usted no tiene nada de corriente, querida. —Levantó la copa—. Chinchín.

Había sido oficial. De la RAF, en Berlín, cuando la guerra tocaba a su fin. Nunca había visto nada igual. «Debió de ser terrible.» Recibió menciones de elogio por su valor en combate, lo propusieron para recibir una medalla. No hizo nada para merecerla. «Apuesto a que se comportó con gran valentía.» De vuelta en Civvy Street las cosas no eran fáciles. Nadie quería hablar de la guerra. «Es una vergüenza, ciertamente.»

—¿Estuvo usted en el ejército? —continuó—. La imagino en la sección femenina de la Armada, arrimando el hombro desinteresadamente.

—No —negó Ada.

—¿En el Ejército de Tierra? —Se rio—. No parece lo bastante robusta.

Ada negó con la cabeza.

—Bueno, sin duda tuvo que hacer algo.

—No puedo hablar de ello —repuso. Y era la verdad.

El hombre apagó el cigarro y se inclinó hacia ella.

—Vaya, qué emocionante. ¿Era espía? Sería una Mata Hari despampanante.

—Y, ahora, ¿a qué se dedica usted? —inquirió ella.

—¿Está cambiando de tema?

—Sí. ¿A qué se dedica?

A la agricultura, al cultivo de los campos principalmente, remolacha azucarera, cebada. Ada estaba bebiendo más deprisa de lo que quería. Los padres de William llevaron la finca en su ausencia, pero necesitaban jubilarse, y a él no le importó hacerse cargo, en el fondo era un hombre de campo. Había ido a Londres a hablar con el banco. La agricultura no daba dinero, era preciso rehipotecar, invertir.

—Apure eso —dijo—. Deje que la invite a otro.

Estaba chapado a la antigua, con su americana y sus zapatos de cordones, pero hizo reír a Ada.

No recordaba cuándo fue la última vez que se había reído con un hombre, que se había divertido. Era atractivo, a su manera, a pesar del pelo de color zanahoria. Tenía arrugas en la cara, pero estaba delgado y era de espalda ancha.

—¿Tiene hambre? —preguntó—. Cenemos algo.

Smith's Grill, manteles blancos, almidonados. Ada pasó la mano por los relucientes pliegues, miró la labor del reborde: vainicas. Las habría hecho alguien. Solo, encorvado, bien entrada la noche. El recuerdo hizo que los dedos se le quedaran fríos y húmedos. Lo desechó, cogió la servilleta y se dio unos toquitos en la boca, dejando una mancha de lápiz de labios.

Sonrió a William.

—Me gusta Smith's Grill —afirmó.

Lenguado menier. Ada no lo había comido nunca. Y preparado con mantequilla de verdad.

—¿Le gustaría subir a tomar una última copa?

Habían tomado vino con la cena. No debería beber más, pero estaba disfrutando. La velada había resultado más encantadora de lo que esperaba. Sería mejor que volviera al bar, pero William parecía un buen tipo, no daba la impresión de ser de los que intentaban propasarse. Subieron en ascensor a la cuarta planta y enfilaron el pasillo. Él abrió la puerta.

—Usted primero.

Apenas había entrado cuando él la agarró por los hombros, la estrechó con fuerza y la besó, con lengua.

Ella se apartó.

—Vas un poco deprisa, William.

—No juegues conmigo.

—No lo estoy haciendo. Has dicho una última copa.

—A su debido tiempo —contestó. Le había tomado la cara entre sus manos—. Ciertamente eres la criatura más bella del mundo, Ava.

Palabrería de caballero, manos de agricultor. Tenía la piel áspera, pero la carne firme. Olía a jabón. La estrechó contra sí de nuevo. Respiraba entrecortadamente, y ella notaba la fuerza de su pecho al subir y bajar, el vigor y la vida en sus brazos al rodearla. Hacía mucho que no la abrazaba nadie, que no la deseaban así. Su fortaleza insufló vida a su apagado cuerpo, la hizo sentir joven y con vida otra vez.

La cogió de la mano y la llevó a la cama. Ella recordó la habitación del hotel de París; ésa también tendría cuarto de baño. La tendió en la colcha de satén y la atrajo hacia él. La abrazaba, el tejido áspero de la chaqueta le raspaba la mejilla. Tenía calor y se sentía deseada. Le había dicho que era bella. Notó que sus dedos le buscaban la cremallera, avanzaban bajo la tela, palpándole los pechos. Era rápido, había que admitirlo. Debía de pensar que era una mujer fácil. Intentó quitarle la mano, pero él la mantuvo firme. La notaba caliente en la piel, delicada. Y eso la alteró, la excitó. ¿Por qué apartarlo? Ada no era virgen. ¿Por qué fingir que era buena cuando sabía que no era así? Quería aquello, quería amor, ternura, afecto. Quería olvidar su guerra, el dolor, la pérdida y la soledad, sumergirse en otro ser humano, que la mimaran y la protegieran, percibir el olor a almizcle de un cuerpo masculino y regodearse en su calor. Volver a vivir. Le devolvió el beso.

Encendió la luz y consultó el reloj.

—Deberías irte —dijo.

Ada sabía que no se podía quedar. No estaría bien pasar la noche con él. Se levantó, cogió su ropa y, procurando no hacer ruido, fue al cuarto de baño. Junto a la bañera había sales, cubitos en un envoltorio plateado. Se sintió tentada de coger un par de ellos, pero no quería exponerse a que la llamaran ladrona. Ya era bastante malo estar en la habitación de un huésped a esas

horas. William le gustaba. La había acariciado, había sido tierno y delicado. «Si fueses la única chica del mundo.» Le gustaría volver a verlo, parecía un buen hombre. Se vistió, se atusó con la mano, se pintó los labios y salió. Él se había puesto una bata y estaba junto a la puerta, en una mano el bolso de Ada, haciendo tintinear unas monedas en la otra. —Dos chelines para el taxi —dijo al mismo tiempo que le daba las monedas—. Y dos para el conserje por las molestias. Ahora vete.

—Puedo ir andando —contestó Ada—. No vivo muy lejos, y esto es demasiado.

—Estarás más segura en un taxi.

—Gracias, William —dijo—. Y gracias por la velada. —Él no le proponía una cita—. He disfrutado mucho —añadió.

—Vete ya, te lo ruego —repuso—. Mañana tengo un día movido.

Sería demasiado atrevido pedir volver a verlo, y ciertamente no le podía decir dónde vivía, en un albergue para chicas trabajadoras. Le abrió la puerta y le indicó con un gesto que saliera. Ahora se comportaba con frialdad. ¿Habría hecho ella algo mal? Supuso que si quería volver a verla, encontraría la forma de hacerlo. O lo haría ella. Pediría en recepción su nombre completo y su dirección.

Ya en el vestíbulo, se le acercó uno de los conserjes.

—¿Quiere que le pida un taxi, señorita? —le preguntó.

Ella asintió.

—¿Tiene algo que darme, por las molestias?

Le entraron ganas de decir: «No, la verdad es que no». Podía buscarse un taxi ella sola. Esa gente no se arredraba cuando se trataba de hacerse con un dinero extra. Con la propina del maître y ahora la del conserje, la noche le estaba saliendo cara. El hombre no se movía, las enguantadas manos unidas a la espalda. Pero William le había dado el dinero, así que no le estaba costando nada.

Le dio un florín, y el hombre la acompañó hasta la puerta giratoria y silbó para llamar un taxi.

—Dígale al taxista adónde va.

—No hago esta carrera a menudo —comentó el taxista—. Del Smith's al Ada Lewis House. Te lo has pasado bien, ¿eh, cariño?

La dejó en el albergue. Ada, que tenía una llave por si llegaba tarde, entró, se quitó las sandalias y, tras subir de puntillas por la escalera, enfiló el pasillo derecha a su cama. No debía encender la luz, ya que despertaría al resto. Se quitó la ropa y se metió entre las sábanas.

A juzgar por la intensidad del sol, Ada dedujo que se había quedado dormida. Debía de ser mediodía. Había bebido demasiado y le dolía la cabeza. Se acercó el bolso para coger un cigarrillo, y al abrirlo vio un billete de cinco libras doblado.

Lo sacó y lo sostuvo a contraluz. Nunca había tenido un billete de cinco libras. Se distinguía una línea gruesa: era auténtico. William. Por algún motivo, debía de habérselo metido en el bolso esa noche. Tendría que devolvérselo, claro estaba. Y de paso conseguiría su dirección. *Querido William: me gustaría darte las gracias por una velada magnífica, pero creo que lo que acompaña a esta nota es tuyo, y por ese motivo te lo devuelvo sin demora. Debe de tratarse de un error. Confío en que volvamos a vernos pronto.* Ella no podía darle su dirección, Ada Lewis House. Se haría con un apartado de correos, de ese modo él no lo sabría. ¿Serían caros?

Aunque quizá fuese un regalo. Él quería que se lo quedase, se sentiría ofendido si se lo devolvía. Curioso regalo, dinero, sobre todo teniendo en cuenta la barbaridad que se había gastado con ella esa noche. Era generoso.

«¡Dios mío, no!» ¡Le había pagado! Tendría que haberse dado cuenta antes. Y así habría sido, de no tener la cabeza como un bombo. Él pensaba que hacía la calle. Ada soltó una risotada y

se atragantó con el humo; acto seguido apagó el pitillo en el cenicero. Por eso había cambiado William después y la había querido echar. De lo contrario tendría que pagar el doble por la habitación, y su esposa se enteraría. «Su esposa.» Probablemente el malnacido también tuviera hijos. Un niño y una niña. Ya los estaba viendo, en la finca, un pequeño duro, con un vistoso jersey de cenefas; una niña robusta con trenzas. Conocía los entresijos: el dinero en el bolso, las monedas para el conserje. Era posible que ni siquiera se llamara William.

Toqueteó el billete: era el doble de lo que ganaba a la semana en Lyons. Ahora tendría que abrir una cuenta en Correos, ingresarlo. Repondría lo que había sacado de los ahorros para salir esa noche e iría añadiendo algo más cada semana. Poco a poco.

Ada se encendió otro pitillo y se paró a pensar.

Se lo había pasado bien. A decir verdad, ese dinero no había sido un pago, sino más bien un gesto de agradecimiento, por su compañía. No se había prostituido. No como las chicas que rondaban a Eros o como aquellas pobres desgraciadas flacas de Múnich que hacían lo que fuera por un cigarro. No, William y ella habían pasado una velada agradable. Él se había puesto un preservativo, y probablemente Ada no lo volviera a ver, pero le había resultado atractiva, deseable. ¿Qué había de malo en eso?

Podía ir otra vez. Quizá conociera a otra persona, a alguien para toda la vida. Podía ponerse el vestido azul. Era una chica con suerte. ¿Y si no era así? ¿Y si el hombre no buscaba eso? Lo cierto es que era un montón de dinero por nada. Ahora conocía los entresijos: seis peniques para el maître, dos chelines para el conserje si acababa en la habitación. Si iba todos los meses, ahorraría dinero deprisa. Necesitaría más ropa, tendría que utilizar parte de esos ahorros, gastar dinero para ganar dinero, pero valdría la pena. No se iría con alguien que no le gustara. El Smith's atraía a gente bien, no había nadie peligroso. Sería selectiva, impondría las condiciones. Cinco libras en el bolso, cuatro chelines en monedas para gastos. Nada con lo que no se sintiera cómoda. Tendría que ponerse un preservativo. Si iba dos veces al mes, se haría con diez libras. Se paró a hacer cálculos. Podría dejar el albergue, encontraría una habitacioncita. Tommy necesitaría un hogar. Lo pondría bonito para él. Pintaría coches en las paredes, le daría un balón de fútbol. Podría buscar un local, un taller. En un sitio elegante. Pondría un rótulo: *VAUGHAN, MODISTE*. Tenía la máquina de coser, resistente y fiable. Compraría una mesa y las herramientas propias de su oficio; unas tijeras en condiciones. Tendría que anunciarse: «Señoras: estiren un poco más sus cupones de prendas de vestir». ¿Cuál era la revista que tenía la señora B. en la sala de espera? *The Lady*. Pondría un anuncio ahí. Le costaría dinero, pero podría permitírselo. Y mientras tanto disfrutaría, haría dinero. Imposible salir perdiendo.

La suya no sería una dedicación plena. Las chicas que rondaban la estatua de Eros parecían bastas y ordinarias, y Ada no quería ser como ellas. Sólo dos veces al mes. No haría nada la semana que tuviera el periodo. Seguiría trabajando en Lyons hasta que se recuperara y pudiera abrir la tienda. Le caían bien las chicas. Eran divertidas, y tampoco es que tuviera mucha gente con la que estar. El albergue no estaba mal, pero si se mudaba a una habitación tal vez se sintiera sola. Trabajaría durante el día y saldría los sábados por la noche.

Tres veces al mes serían quince libras.

En sólo tres meses ya tenía en su poder el dinero que necesitaba. La fianza y el alquiler de una semana, por adelantado. La casera era una estafadora, había aumentado el precio, pero era una buena habitación, en Floral Street. En la cuarta planta, no la fastidiarían los vendedores del mercado, que hacían pis en el semisótano.

—Nada de hombres —advirtió la casera.

—¿Y si tengo novio? —quiso saber Ada.

—¿Lo tiene?

—Confío en tenerlo.

La mujer sonrió.

—A decir verdad, soy viuda y tengo un hijo —informó Ada—. Necesito un lugar donde quedarme hasta que me recupere.

—¿Y dónde está el chiquillo? —inquirió la casera—. Aunque aquí no admito niños.

—Me lo están cuidando.

—Bueno, ésta es una casa respetable —continuó la casera, como si Ada no le hubiera dicho nada—. Toda precaución es poca. Las buenas chicas no viven solas, viven con su familia. A menos que su familia viva lejos —añadió.

Era una habitación grande, ocupaba toda la planta superior, con lo que la casera llamaba una «cocinita», un anaquel con un hornillo eléctrico —en un lateral ponía BABYBELLING— y una pila. Había agua corriente. Tenía baldas para las tazas y los platos, un gancho para colgar la cacerola y un armario para guardar las conservas y los productos perecederos. El cuarto venía con una cama, una poltrona, una mesa estándar y un armario. La cama sería lo bastante grande para que cupiera también Tommy, por de pronto. Cuando creciera, tendría que comprar otra. Ya convencería a la casera de que lo dejara quedarse. Pondría el consabido cortinón en medio del cuarto para él; no sería buena idea compartir habitación.

Había un inodoro en la segunda planta, y un cuarto de baño con un calentador de agua por el que se pagaba y que tenía una gran nota de advertencia: HUÉSPEDES,RECORDAD:NOMÁSDE CINCOCENTÍMETROSDEAGUAENLABAÑERA.

Ada utilizó los cupones y los ahorros que le quedaban para darle a la habitación un toque hogareño. No tenía suficiente para unas cortinas nuevas, pero compró unas sábanas de franela de algodón que hacían juego con un cobertor de algodón usado, y un calendario de 1946 con la imagen de un perro. La encargada le regaló una alegría de la casa en plena flor, con la que tendría que pasar hasta que pudiera comprar flores en verano. Venía bien tener el mercado tan cerca.

—¿De dónde ha sacado el dinero para esto? —le preguntó la encargada.

—Murió mi abuela —contó Ada—. Y me dejó unos ahorrillos.

Consiguió comprar, en efectivo, un par de platos y tazas y cubiertos, una cazuela y una sartén, y confeccionó un mantel para la mesa, para no arañar la madera con la máquina de coser. Se hizo con una radio. Era de segunda mano, ocupaba toda la parte superior del armario y las válvulas tardaban cinco minutos en calentarse, pero le hacía compañía por la noche, cuando estaba sola. A veces echaba de menos los ruidos del dormitorio común, Beryl hablando dormida, desvaríos incoherentes con los que le tomaban el pelo por la mañana; Maureen y sus vegetaciones adenoideas dos camas más allá, roncando como una locomotora. Aun así, siempre podía hablar con Scarlett, en el semisótano, si se sentía demasiado sola.

De cuando en cuando se despertaba de madrugada. Oía voces fuera. Una voz de mujer, gritando. ¿Frau Weiss? El corazón le empezaba a latir más deprisa. ¿Frau Weiter? Se daba la vuelta y buscaba el crucifijo, preparándose para lo que pudiera llegar. «Monja. Arriba.» Los dedos se le enredaban en las sábanas. El crucifijo había desaparecido. Tocaba el colchón: estaba en una cama, no en el suelo. Estaba en su habitación, en Londres. Claro. Aguzaba el oído. ¿En qué idioma hablaban? ¿Quiénes hablaban? Sus oídos acabaron acostumbrándose. Era Scarlett. Oía una voz de hombre. «Stanislaus. Era Stanislaus.» ¿Qué decía? ¿Preguntaba por ella? «Bien, bien, bien.» No, no era él. ¿Quién era? ¿Se iba o llegaba?

Se iba. Scarlett terminaba de trabajar a medianoche. Bajaba las persianas. Cerrado.

—Como un establecimiento, ¿entiendes? —le dijo a Ada—. Pero soy un ave nocturna, así que pásate si ves luz y nos tomamos un chocolate.

Todos los sábados, de madrugada, se quitaban los tacones juntas, se embadurnaban de crema

hidratante, se retiraban el maquillaje. Scarlett tenía un aspecto trasnochado con zapatos planos y sin maquillar. Corriente. Era como un camaleón, apagada como un adoquín de día, luminosa como un neón de noche. Los hombres no podían cambiar como lo hacían las mujeres, ponerse un vestido nuevo y empolvase la cara, pintarse los labios y colorearse las mejillas. Su verdadero nombre era Joyce, pero se hacía llamar Scarlett.

—¿Scarlett? —preguntó Ada—. ¿Qué clase de nombre es ése?

—¿No lo conoces? —repuso Scarlett, subiendo la voz en señal de no dar crédito—. Scarlett, Escarlata O'Hara, *Lo que el viento se llevó*.

—¿Qué es eso?

—¿Cómo que qué es eso? La película más condenadamente buena que he visto en mi vida, eso es lo que es. Clark Gable, mi ídolo.

—Ni idea.

—¡Caray! ¿Dónde estuviste en la guerra?

Ada vaciló.

—Lejos —repuso—. En el campo.

—Pues estarías en el puñetero Scapa Flow si no viste *Lo que el viento se llevó*—contestó Scarlett.

Ada cogió su desportillada taza de chocolate caliente y miró a Scarlett, que estaba sentada en la cama, con las piernas cruzadas, el vestido tensándosele en las rodillas, una cajetilla de Woodbines acomodada en el valle que se formaba en medio. Tenía los dedos marrones de la nicotina y la voz bronca, pero a Ada le caía bien.

Scarlett le proporcionaba los condones, tres por dos chelines, y aconsejó a Ada que se asegurase de que los hombres le metían el dinero en el bolso antes de hacer algo.

—Como eres novata, puede que no te des cuenta. Nosotras, las mujeres, debemos formar una piña.

Ada le hizo una falda con un retal que consiguió en el mercado, para darle las gracias. Una suave dayella de cuadritos rosa. «No encoge.»

Haría eso dos años. Nada más. Para entonces tendría ahorrado lo suficiente.

Ada tenía una rutina. Se levantaba por la mañana, se ponía su uniforme *denippy*, el pulcro uniforme negro con el tieso cuello blanco y el delantal blanco, y bajaba camina que te camina por The Strand hasta Lyons. Era cómodo, podía ir a casa a la hora de comer si quería, aunque prefería sentarse con las otras chicas y echarse unas risas antes de volver al trabajo, paseándose entre las mesas con el delantal y la cofia.

—Té para dos y *unscone*. Ahora mismo se lo traigo.

Veía que los hombres la miraban, pero Ada estaba por encima de ellos. Lo sabía, y sabía que ellos también lo sabían.

Prefería el restaurante a la cafetería. Allí el ritmo no era tan frenético y la clientela era distinta, mayor, con mejores sueldos, y dejaba mejores propinas. Eran clientes habituales, oficinistas, probablemente encargados, que acudían a la hora de comer, se sentaban solos con el periódico y pedían del asador, cerdo con compota de manzana, jamón con encurtidos. Los miércoles los establecimientos cerraban antes, de manera que al restaurante acudían dependientas que salían a darse un lujo, pastel de carne de ternera y riñones, salchichas con patatas. Lunes y viernes mujeres con tiempo y dinero que quedaban a almorzar con sus amigas y volvían a casa, a Beckenham o Turnham Green, para prepararles el té a sus mariditos. Ésas eran las mujeres que mejor le caían, con su ropa elegante, sombrero y guantes, siempre, siempre; Ada las conocía a todas. Tenían asistenta, hijos que iban a escuelas privadas en zonas residenciales. También tenían modista, una mujercita siempre a mano.

La mujer sonrió a Ada cuando se levantó de la mesa, tirándose del vestido para bajárselo. Tenía buen tipo, esbelto y cimbreño, y una cara bonita, la tez de color melocotón. El vestido era de rayón, de un rosa claro, con pliegues en torno al pecho y tablas en la cadera.

—Siempre se me sube —comentó mientras se pasaba las manos por las caderas—, y se pega.

Ada no estaba segura de a quién se lo decía. La amiga de la mujer se estaba empolvando la cara, sosteniendo la polvera a contraluz y dándose toquitos en la nariz. El vestido no le sentaba bien: demasiado ceñido en la cadera y demasiado suelto en el pecho. La mujer cogió el bolso y los guantes y fue al aseo de señoras. A las *nippies* no se les permitía entrar allí. Cuando nadie miraba, Ada se coló.

—Si me permite la intromisión, señora, es por las tablas —dijo—. No dan lo suficiente.

La mujer se volvió sorprendida.

—Ya, conque es eso. —Sonaba sarcástica. «¿Qué va a saber la *nippyesta*?»

—Es eso, sí —aseguró Ada—. Si las tablas se hacen en horizontal, la tela tira. Es preciso abrir la mano un poco, tener ese factor en cuenta.

—Es usted modista, ¿no? —Su voz era desdeñosa, pero ahora prestaba atención.

Ada unió los pies y se irguió.

—En efecto —contestó—, y además soy buena. —La mujer se miró el reloj—. Hago esto para ganar dinero —añadió Ada, señalándose el delantal. La mujer tenía prisa, no querría perder el tren de las 15.10 que salía de Charing Cross o el metro desde Embankment—. Quiero establecerme.

La mujer se colgó el bolso del brazo.

—¿Podría arreglar esto? —preguntó.

—Primero tendría que verlo —replicó Ada—. Mirar cuánto se podría sacar de la costura. No haría falta mucho. Medio centímetro en cada lado. Abrir las pinzas.

—Tal y como está no me lo pongo casi nunca —contó la mujer—, pero no lo puedo tirar. Se lo traeré la semana que viene. —Dejó medio penique en el platillo que había junto al lavabo—. ¿Qué podría perder?

Se apellidaba Bottomley, la señora Bottomley. Le llevó el vestido el lunes siguiente. Ada lo volvió del revés para ver cómo estaba hecho. La costurera que había confeccionado aquello no sabía nada de tejidos, ni siquiera era capaz de coser en línea recta. Las tablas estaban torcidas, la tela pillada con el hilo.

—Déjemelo —propuso Ada—. Se lo traeré la semana que viene.

La semana siguiente la señora Bottomley se lo probó y volvió a su mesa, el vestido doblado en su envoltorio.

—Perfecto —alabó—. ¿Tiene usted tarjeta?

—No —contestó Ada. ¿Tarjeta? Ni siquiera la señora B. tenía tarjetas—. Pero puede localizarme aquí.

—¿Para probarme? —inquirió la señora Bottomley.

Ada contuvo una sonrisa.

—Le puedo dar mi dirección —ofreció—. Está aquí al lado. Y trataremos las condiciones. —Le gustaba esa palabra—. Los jueves trabajo media jornada.

La señora Bottomley sacó su agenda, un librito con las tapas de piel.

—¿Cómo se llama usted?

Ada se lo deletreó: VAUGHAN. Y añadió: *modiste*.

Un traje de chaqueta de tweed para la señora Bottomley y un vestido de algodón para su hija. Un vestido elegante para la madre de una amiga de su hija, para un bautizo. Prendas prácticas con tejidos buenos. Nada con lo que lucirse, pero era un comienzo.

Ada escuchaba las noticias de la emisora Home Service. Tenía que estar al tanto de las cosas, *au fait* con los asuntos de actualidad, ya que a veces los caballeros con los que trababa amistad hablaban de ellos. No era que esperasen que ella supiera algo del mundo, pero a Ada le interesaba. Conflictos en Palestina e India. Juicios en Núremberg y Dachau. Resultaba extraño pensar que había estado allí, en territorio enemigo. Pensar que había confeccionado ropa para esas mujeres y que había trabajado en la casa del comandante. Eso no se lo podría contar nunca a nadie, tendría que mantenerlo en secreto, para siempre. El Obersturmbannführer Weiter se había suicidado, y a Martin Weiss lo habían ahorcado —lo vio en el *Daily Herald*—, pero no sabía nada de su esposa y de su familia. Quizá Frau Weiss, o quienquiera que fuese, se hubiera cambiado el nombre y también se lo hubiera cambiado a Joachim. ¿Cómo iba a encontrarlos Ada? Y Stanislaus. Sabía que el de la calle de Múnich, aquel día, era él. Estaba vivo al menos. De lo de Múnich parecía que hacía una eternidad. Y del Londres de antes de la guerra. No siempre recordaba cómo era antes de que las bombas redujeran la ciudad a escombros. No siempre recordaba a Stanislaus. A veces creía que la memoria le fallaba, o que era un producto de su invención. No estaba segura de si lo reconocería después de tanto tiempo.

No había vivido nunca un invierno tan crudo, ni siquiera en Alemania. Enero de 1947. La nieve llegaba por la cintura en The Strand. En la revista *Picture Post* había fotos de ventiscas en el campo, montículos de pesada nieve blanca cubrían los campos y el bosque, las vías férreas y las carreteras. En su habitación había una estufa de gas, pero era vieja, los ladrillos refractarios estaban rajados y la llama no salía limpia. Costaba controlar el gas, y a menudo le salían sabañones. Por las ventanas entraba aire, y también por debajo de la puerta, hasta que Ada encontró arpillera en el mercado e hizo un rulo que relleno de papel de periódico y colocó en la abertura. También compró un calentador de agua de piedra, que envolvía en una toalla y metía en la cama para combatir el frío y la humedad.

El vendedor amigo de Ada comprendía la situación en la que ella se hallaba. En su puesto exhibía tejidos estándar, que cumplían la severa normativa gubernamental; se trataba de un material resistente, a buen precio, con el sello de calidad CC41 estampado por todo el orillo. Sin embargo, debajo guardaba rollos de tela que sólo sacaba cuando nadie lo veía. Y ahora Ada contaba con medios. El muaré azul era perfecto en verano, pero tenía que variar, y el tiempo era tan malo que necesitaba uno o dos conjuntos apropiados. No se lo pensó dos veces con el paño azul marino, con el que se haría el chaquetón de invierno, ni tampoco con el punto negro para un vestido nuevo, aunque ello significara que esa semana tampoco podría ahorrar nada. Ya lo repondría.

El punto era voraz, no tenía medida, se daba de sí donde no debía. Lo trabajaba a la luz de las velas cuando se iba la electricidad, a pesar del condenado ministro Manny Shinwell. Ello le destrozaba la vista, pero si se acercaba la labor a los ojos se las apañaba, como hacía en Dachau. Cosía los fines de semana, mientras escuchaba la radio: *Dick Barton*, el serial del agente especial, los sábados por la mañana; el programa cómico *Much-Binding-in-the-Marsh* los domingos por la tarde. Mangas tres cuartos, un escote corazón que había visto en *Everywoman*, sobrefalda; le quedaba algo de forro del chaquetón, así que lo utilizó en la falda, para que no se

le deformara y le hiciera bolsas.

Sábado por la noche, el primero de febrero. Ada puso buen cuidado al pisar la calle subida a los tacones; enfiló Floral Street, dio la vuelta a la iglesia de los actores,

[3]

pisó la nieve medio derretida y las hojas de repollo rotas del mercado y bajó por South Street, «despacito y con buena letra», hasta llegar a The Strand. La nieve se le metía en los zapatos, tenía las medias mojadas y salpicaduras de barro helado en las piernas, por detrás. Se las limpió en el aseo de señoras, se miró en el espejo alargado del tocador. Las hombreras la hacían parecer alta, y el punto se le ceñía sin formar una sola bolsa. El escote corazón le realzaba el pecho; la sobrefalda, las caderas; la cintura, un esbelto valle en el centro. Se tocó un bucle y se lo remetió. «Ava Gordon.» Hasta con gafas estaba bien. Se colgó el chaquetón del brazo, lo llevó al guardarropa y subió al Manhattan Bar. Le dio los seis peniques de rigor disimuladamente al maître, que la acompañó hasta su asiento.

No había mucha gente.

—Es el tiempo —alegó el camarero—, la nieve. La gente no puede entrar ni salir. Y la huelga del Savoy. A la gente se le quitan las ganas. Tiene miedo de que se vaya a extender. ¿Lo de siempre?

El ritual era el mismo: se tomaba su dama blanca, dejaba un paquete de tabaco en la mesa, sacaba un cigarrillo y lo hacía girar entre los dedos. Nunca se sentaba a la barra: resultaba vulgar. Tampoco echaba un vistazo para ver quién había, de quién debía llamar la atención: eso era poco sutil. Esperaba hasta que aparecía un caballero y veía si el camarero le guiñaba un ojo: «Se aloja aquí». Se quitaba las gafas, se las metía en el bolso y esperaba un poco más.

Con los pantalones bajados, todos los hombres eran niños pequeños.

—Unos inmorales —decía Scarlett—, todos. A veces los veo con su esposa y sus hijos y pienso: «¿Cómo podéis hacer esto?».

Unos pocos quisieron que hiciera cosas que no hacían con su mujer, cosas indecentes, raras. Ada creía que a esas alturas se le daba bien calar a la gente, podía saber cómo era un tipo con sólo mirarlo. Pero lo cierto era que nunca se sabía.

—Cóbrales más —propuso Scarlett—. Esos tipos te regalan los oídos, pero en cuanto se ven a solas contigo son como ratas en agujeros.

—No —repuso Ada.

Era una buena chica, no una profesional, no como Scarlett. En tales casos se levantaba y se iba, quedándose con el dinero. Sabía que no se podían quejar.

Les gustaba hablar, a todos. De cosas que no les podían contar a sus familias. Pobres diablos. A veces Ada pensaba que debería haber sido uno de esos psiquiatras que tan de moda estaban. El día D. El Alamein. Con el susto metido en el cuerpo. Nadie los entendía, nadie quería escucharlos. Habían pasado tanto tiempo fuera que sus hijos no los reconocían y sus esposas no los querían. La vida civil era dura. «¿Te trató bien la guerra?» No bastaba con decir que no. ¿A quién había tratado bien la guerra? Ada lo entendía. «Sé cómo te sientes.» La llevaba muy dentro, el corcho tan incrustado que creía que se rompería. «Eres la primera persona con la que he podido hablar de esto», decían siempre. Ojalá pudiera tener Ada a alguien con quien hablar, soltarlo todo.

«De mí te puedes fiar», decía Ada. Podría haber ganado un dineral en la guerra vendiendo secretos, y ahora podría haber ganado un dineral si cobrara aparte por escuchar. «Un penique por tus pensamientos.» Si se estableciera de redactora de un consultorio sentimental, «las penas compartidas son menos». Les aterraba el recuerdo de los muertos a los que nunca conocieron, pero que volaron en pedazos. La guerra no acababa nunca. No la guerra oculta, esa guerra de la que no se hablaba. Se enconaba como una herida ignominiosa, purulenta, que atormentaba en silencio. De aquello Ada lo sabía todo.

Les ofrecía un servicio, eso era lo que hacía. Y con las gratificaciones que les había concedido el ejército, ellos se lo podían permitir.

—Permítame. —Tenía una caja de cerillas que ponía SMITH'S. El cabello ondulado, peinado con raya a un lado y con una buena capa de fijador Brylcreem. Era un hombre fuerte, con el cabello oscuro y la tez morena, pero de rostro regordete, infantil, como uno de esos niños que se veían en el anuncio de los productos de Cow & Gate. Debía de llevar ya algún tiempo fuera del ejército, puesto que la mayoría de los hombres a los que Ada había conocido aún estaban flacos y tenían la cara chupada debido a las raciones de combate. Protegió la llama con la mano y se inclinó hacia Ada. Por los puños de la chaqueta asomaban sedosos pelillos negros. Su traje tenía un buen corte, no era ni de los que daba el ejército cuando los soldados eran desmovilizados ni estándar. Un hombre de negocios.

—Gracias —replicó Ada.

—¿Espera a alguien? —Hablaba con un acento que no era capaz de identificar; italiano, o español.

Ada se sabía la cantinela: «A decir verdad, sí. Pero se retrasan. Sí, me encantaría que me hiciese compañía un rato». Podía rechazar a cualquiera si no le gustaba. Sin embargo, ese hombre era atractivo, a su manera.

—¿Es la primera vez que viene a Londres?

—No —contestó—. Vivo aquí desde hace muchos años. Ya me considero londinense. ¿Y usted?

—Bueno, lo cierto es que yo también soy londinense —replicó Ada.

—Vaya —repuso él—, ya tenemos muchas cosas en común. Gino Messina. —Tras tenderle la mano, cogió la de Ada y se la llevó a los labios.

—¿De dónde es usted?

—De Malta —dijo—, una pequeña isla del Mediterráneo.

—Apuesto a que en esa zona hace mucho calor —afirmó Ada—. ¿Por eso es usted tan moreno? Él se echó a reír, y Ada se rio con él, «ja, ja, ja». Se sentía relajada.

—Y, usted, ¿cómo se llama?

—Ava —dijo «*Modiste*»—. Ava Gordon.

—Ava Gordon.

La guerra lo había tratado bien, no tenía ninguna queja.

—Pero no me gusta hablar de esos años.

—A mí tampoco —convino ella aliviada. Eso suponía un cambio con respecto al resto—. Yo siempre digo que hay que mirar al futuro.

Cruzó las piernas y se tiró de la falda allí donde se le había arrugado. La nieve le había dejado una marca en los zapatos; un poco de betún lo arreglaría.

Ella no pedía el dinero por adelantado, como las chicas de la barra, sino que dejaba el bolso abierto, discretamente. Comprobaba que lo tenía todo: el taxi, el conserje, su retribución. Le gustaba esa palabra, «retribución». La señora B. cobraba una retribución por sus servicios, y el médico también.

—¿Vienes todos los sábados? —quiso saber Gino mientras ella se vestía para marcharse.

—Sí, la mayoría.

—¿Estarás la semana que viene? —preguntó Gino—. Resérvame sitio en la cola.

—No hay ninguna cola.

—Me alegro de oír eso. En tal caso, resérvate para mí.

Era delicado, sofisticado incluso, el encanto del continente, y tenía la sonrisa de un niño.

Ada asintió.

Esa semana Ada se hizo una chaqueta de punto rosa, con el escote en V, con la lana de una chaqueta vieja que compró en un mercadillo benéfico y que deshizo. Sentada junto a la estufa, uno del derecho, uno del revés, mientras escuchaba una obra de teatro en la radio. Gino quería verla. Se pondría el vestido azul de muaré, pero con el tiempo que hacía necesitaba una prenda de lana. Se quitaría la chaqueta cuando llegara Gino, pero mejor estar calentita mientras esperaba. No se podía arriesgar con un azul que desentonara, y el negro era demasiado sombrío. El rosa era todo un hallazgo.

Se sentó en el banco de terciopelo en el rincón más alejado, lejos de la ventana, porque entraba corriente, y pidió un dama blanca, que bebía a sorbitos para que le durase.

—No, gracias —dijo a un caballero alto, que se acercó con un mechero dorado para darle fuego—. Estoy esperando a alguien.

Esta vez decía la verdad. Sólo que él se retrasaba. Ada se terminó el cóctel y pidió otro. Quizá hubiese olvidado la cita. Le daría otra media hora. Entretanto, no perdía de vista al hombre alto, que estaba hablando con una de las chicas de la barra, pero no paraba de mirarla. Ada sólo tenía que sonreír y volvería. No podía permitirse perder cinco libras sin más ni más. ¿Cuánto tiempo le daría a Gino? Le estaría bien empleado que se fuera con otro. No debía hacer esperar a una chica, hacerla esperar a ella, como si no tuviese otra cosa que hacer. Era de mala educación. No, era más que eso: le demostraba quién estaba al mando. «Tú me esperas a mí, Ava, no yo a ti.» «Pues bien, Gino Messina, Ava Gordon te va a dar una sorpresa.»

Se sacó las gafas del bolso y, tras ponérselas, volvió a ver con nitidez los rostros, las manchas de la moqueta, las volutas de humo en el aire. Se quitó la chaqueta y sacó otro cigarrillo del paquete, haciéndolo girar entre los dedos y mirando al hombre de la barra.

—Ya veo que me has esperado. —No había visto entrar a Gino, abrir la caja de cerillas, encender una—. No te he reconocido con las gafas.

Ahora lo veía perfectamente, con las gafas y la viva luz del bar. Tenía los ojos negros, serenos como un embalse, lo bastante profundos para verse reflejada en ellos; arrugas en la boca y en la frente. Estaba bien alimentado. Una voz en su interior le susurró: «No te fíes de ellos. ¿Es que no aprendes?».

—Estaba a punto de dejarlo estar —afirmó Ada—. Pensaba que no vendrías.

Alargó el brazo y cogió un cigarro de la cajetilla como si fuese suya. «Menudo caradura.»

—Te pido disculpas. Me he entretenido.

—Ya —repuso Ada—. ¿Y qué te ha retenido?

—Negocios —aseguró—. No lo entenderías.

—¿Qué clase de negocios?

Se dio unos golpecitos en la nariz.

—En mi país tenemos un dicho: *Chi presto denta, presto sdenta*. Por querer saber, la zorra perdió la cola.

Ya no tenía qué ponerse. Una cosa era ir con distintos hombres, que nunca la veían con la misma prenda dos veces, pero ahora Gino y ella se veían a menudo, y necesitaba más ropa. Le gustaba la idea, Gino y ella viéndose con regularidad, como si salieran juntos. Era un hombre de mundo, ella lo veía, había viajado, era culto. Tenía clase, caballerosidad a la antigua.

—Eso es lo que necesitas —aprobó Scarlett—. Clientela habitual.

—¿Clientela? —repitió Ada—. Yo no soy lo que crees que soy. —Ella no salía a pescar hombres como hacía Scarlett, que se plantaba en la calle hasta que picaba alguno.

Scarlett soltó una carcajada.

—Creo que la ley no lo vería así.

Gino no era un cliente, sino más bien su novio. La trataba bien, a decir verdad la consentía; la buena vida, vino y oporto después, no la ponía de patitas en la calle nunca, no como otros, que estaban deseando librarse de ella, como si hubiese dejado la cama hecha un desastre.

Su amigo el vendedor tenía crepé de lana.

—Esta semana sólo un retal, Ada, un par de metros, pero casi metro y medio de ancho. Te la dejaré barata.

Color vino, crepé de lana. Ada se acordó de Frau Weiss, aquella primera vez, crepé de lana con cuello de marinero blanco, ceñido, la boquilla. Frau Weiss también tenía el cabello rubio, resplandeciente como el sol recién nacido, que la tela de color rubí hacía resaltar. No se le había olvidado esa elegancia y esa belleza frente a tanta fealdad y tanta miseria.

Lo cortó esa misma noche. No había bastante tela para hacerlo al bies, tendría que ser un vestido sencillo, cortado al hilo, con las mangas rectas y un rombo central bajo la tira del cuello, el escote mínimo, de buen gusto, nada ordinario, perfecto para el Smith's.

El maître movió la cabeza en señal de aprobación cuando le dio sus seis peniques esa noche. El camarero le sirvió lo que había pedido.

—Esta noche estás preciosa, Ava —la halagó—. Creo que me gustas para mí. ¿Has quedado con el caballero de siempre? Ya van cinco semanas seguidas. Se diría que sois novios.

A Ada le agradó la idea. Le gustaba Gino, y sabía que ella le gustaba a él, lo notaba por cómo le recorría el cuerpo con la mirada y le pasaba el brazo por la cintura.

—Preciosa —dijo Gino—. *Bella*. Tienes un gusto exquisito.

—Gracias —contestó Ada.

—¿Dónde compras estos vestidos?

—¿Comprar? —dijo—. No los compro, Gino, mi ropa me la hago yo. El diseño, todo.

—Pues tienes un talento extraordinario, Ava Gordon. Podría ser alta costura, salida de París.

—Me gustaría hacer más —afirmó—. Establecerme, ¿sabes? Tener mi propia clientela, mi propio nombre.

—Te iría bien.

—Podría hacer que funcionase, ya tengo clientas.

La señora Bottomley le había presentado a otra señora que quería un conjunto para la boda de su hijo. «Algo clásico, así no se pasará de moda.» Y ella recomendó a Ada a alguien que buscaba una modista. Aseguró que le escribiría una carta de recomendación cuando quisiera. «La señorita Vaughan es una mujer formal, amable y tremendamente diestra en su oficio.»

—Necesitarías capital —apuntó él—. Respaldo.

—Lo sé —contestó Ada—. Pero lo conseguiré, algún día. Ya lo verás.

Gino se echó a reír.

—Me gustan las chicas con ambición. —Le apretó la cintura—. Tendremos que ver lo que se puede hacer, ¿no te parece?

«Tendremos.» Gino y ella. Ada veía que tenía dinero. Quizá pudiese ser su mecenas, a un hombre como él no le costaría mucho establecerla. Después de todo, él mismo lo había insinuado.

Esa vez en su bolso había unas medias, además del dinero. Calcetería Bear Brand, con costura francesa, de nailon, de cristal.

Gino dejó caer la ceniza del cigarro en la moqueta.

—Un regalo para ti, Ava.

—Gracias, Gino. —Las medias de nailon eran algo especial, y se trataba de un regalo de Gino.

—Bueno, sé cuánto os cuesta a las señoras haceros con las cosillas que os gustan. Dio una buena chupada al pitillo, el humo saliéndole por la nariz como si fuese un semental.

—Supuse que la talla sería la mediana. —Esbozó una sonrisa torcida—. Hay muchas más de donde salieron éstas.

—¿De veras? —se interesó Ada—. ¿Y eso?

—Preguntas, preguntas. —Se dio unos golpecitos en la nariz—. Lo cierto es que tengo aquí algunas de más. Bear Brand. Parklane. Podrías sacar unas buenas ganancias. Mi contacto me las vende a mí, yo te las vendo a ti y tú se las vendes a tus amigas. ¿Qué dices, Ava?

Ada pensó en las chicas del trabajo. Si el precio era bueno, probablemente pudiera vender algunos pares. Tendría que evitar que se enterase la encargada: no quería terminar delante de un juez, aunque siempre podía decir que tenía un novio norteamericano. Pero lo cierto es que la cosa no era para tanto: todo el mundo se hacía con cosas de estraperlo.

—Las compras a seis peniques —decía Gino— y las vendes por un chelín. Se obtiene un ciento por ciento de beneficios. Es un buen trato, Ava. Y un buen precio para las medias de nailon. Y si no conseguía venderlas, siempre podría quedárselas. Con las medias de nailon había que tener mucho cuidado: un enganchón y adiós.

—Dame unas cuantas —pidió Ada—, y pruebo.

Gino sacó dos paquetes de la maleta y se los dio.

—Me fío de ti, Ava —aseveró—; te veré la semana que viene. A la misma hora en el mismo sitio. Y me das el dinero entonces.

—¿Y si no las he vendido?

—Si no las vendes, me las devuelves. No pasa nada. Me aseguraré de que mi contacto lo comprenda. Toma —le ofreció Gino—, ponlas entre las páginas de esto. No queremos que la gente haga preguntas. —Le dio un ejemplar del *Evening News*, y Ada metió los paquetes en el periódico doblado—. Y si alguien pregunta —añadió—, te las dio un marinero yanqui.

Ada se metió el periódico bajo el brazo.

Podría haber vendido veinte pares sin tan siquiera proponérselo en serio.

—No prometo nada —se disculpó mientras tomaba nota de la talla de las chicas durante el descanso en el trabajo la semana siguiente. El sábado por la noche le dio a Gino el dinero que había reunido y le encargó veinte pares de medias.

—Vienen sin el embalaje —dijo al dárselas—, pero son auténticas. —Ella las introdujo entre las páginas del *Evening Newsy* miró el bolso para comprobar que estaban sus honorarios—. La semana que viene a la misma hora, Ava. En el mismo sitio. Ya me dirás qué quieres.

—No podré hacerte encargos todas las semanas —advirtió.

Las chicas de su trabajo no ganaban mucho, y las medias de nailon eran un capricho, no algo de uso diario, salvo quizá para Scarlett o Ada, que tenían algo de dinero extra.

—Creía que eras buena en lo tuyo, y estas medias son una ganga, Ava. —Estaba sentado en la silla, con una toalla atada a la cintura. Se levantó y se acercó al armario. Cogió la maleta, de piel, cara, usada, los cierres cromados. La abrió y sacó un botecito de esmalte de uñas—. Si me haces un pedido, puede que tenga algo para ti. —Le enseñó el bote.

—¿Y si no puedo?

—Te las arreglarás.

Cogió el esmalte: Dura-Gloss, de American Beauty.

Le entregó el florín al conserje y volvió atravesando el mercado. Curiosa la manera en que funcionaba el dinero: una parte para el maître y el conserje, una parte para su casera. Una

parte para Ada por vender las medias de nailon, una parte para Gino, que se las proporcionaba, y una parte para su contacto. ¿Y quién hacía el trabajo? ¿Cuál era el fruto de sus esfuerzos? «Unos malditos parásitos —era como si oyese a su padre—. El capitalismo.» Pero así era el capitalismo, tenía vida propia.

Esa semana encargó once pares de medias y pidió cupones de ropa y de pan, por si el contacto de su novio podía conseguirlos.

—Ya veremos, Ava —repuso él—. Ya veremos.

Volvió a verla las semanas siguientes. Gino no era como los otros hombres, y Ada se estaba encariñando. Él también parecía encariñado con ella, aunque se aseguraba de que todo fuera profesional: los honorarios en el bolso, nada de preguntas, compra y venta. Comisión, lo llamaba él. «Comisión.»

El Dorchester y el Savoy, el Smith's y el Ritz. Solía ir prácticamente a los mismos sitios que frecuentaba Stanislaus, y siempre tenía mucho dinero en efectivo. Sus negocios, fueran los que fuesen, eran rentables. Ada sentía curiosidad al respecto, pero él nunca hablaba del asunto.

—Eres demasiado bonita para que te preocupes por mi trabajo, Ava —argüía—. Son cosas de hombres.

Martinis, damas rosa, julepes de menta. Era un hombre atractivo, sabía tratar bien a una mujer, aunque Ada tenía claro que no amaba a las mujeres, no como William. Se estaba acostumbrando a su cuerpo, le resultaba cercano y familiar, pero él seguía siendo un enigma. Se le antojaba inclasificable, pero quizá tuviese que ver con el hecho de ser del continente. Sólo que ahora, se decía Ada, era sabia, una mujer distinta de la que había sido antes de la guerra. Tarde o temprano acabaría calando a Gino Messina y a los que eran como él.

—Haces que me sienta orgulloso —aseguraba—. La gente se vuelve cuando nos ve juntos. ¿Qué tiene ese tipo, dicen, que no tenga yo? ¿Cómo es posible que los feos se lleven a las guapas?

Probablemente tuviese otras mujeres, otras noches de la semana. A veces sentía una punzada de celos en las costillas, la pillaba por sorpresa. «¿Hacemos un trato, Gino? Saldré sólo contigo si tú sales sólo conmigo.» Sabía que estaba casado; todos lo estaban. Decía que su esposa no lo entendía.

—Me gustaría divorciarme, pero ella dice que no quiere, por el bien del niño.

—¿Cuántos hijos tienes, Gino?

—Uno —contestó—. Un chico.

—¿Cuántos años tiene?

—Seis.

La misma edad que Tommy.

—¿Cómo se llama?

—Gerardo —dijo Gino—, pero lo llamamos Jerry. Nació durante el bombardeo de Londres. Mi amigo, del que te he hablado, mi contacto, dijo: «Llámalo Jerry», por los mamonazos de Adolf.

[4]

Tal y como lo dijo sonó raro, con ese acento y esas erres fuertes y ese alargar las vocales. Por lo demás, su inglés era perfecto. A saber dónde lo habría aprendido. Se reía, «ja, ja, ja». Ada no le había hablado nunca de Tommy, no sabía si era el momento de sacarlo a relucir. Quizá no le hiciera gracia. Él pensaba que ella era libre como el viento. Independiente, había dicho.

—Eso es lo que me gusta de ti, Ava. Y también que eres ambiciosa. Quieres tener éxito en la vida.

La encargada tenía un sobrino, un niño pequeño, y decía que eran cariñosos, mucho más que

las niñas, te echaban los brazos al cuello y se te subían encima: «Te quiero». Ada todavía se acordaba de cómo se decía en alemán: *Ich liebe dich*. No debía olvidar el alemán. *Mütti*. Pensaba en Thomas todos los días. Hacía lo que hacía por él.

—Te puedo conseguir tela —afirmó Gino—. Directamente, de mi contacto. Sin intermediarios.

—¿Sí? —Ya estaba, ahora sí que lo había calado. Lo más probable es que se tratase de tejido estándar con el sello borrado—. Consígueme cupones —pidió Ada. Con ellos le compraría a su vendedor, que tenía cosas buenas de verdad.

Quizá pudiera establecerse antes de lo que pensaba. Ada Vaughan, *modiste*. Y hacer lo que mejor sabía hacer, aquello con lo que soñaba desde hacía tanto tiempo. Su amigo el vendedor sabía dónde conseguir el material. Todo el mundo estaba harto de la guerra, del racionamiento y de apretarse el cinturón, de la estandarización y de la austeridad. Ada confeccionaría ropa que levantara el ánimo. Encaje y batista, georgette y satén, tul y cibelina. Una ropa que se contoneara y bailara, que cantara y riera. Una ropa que se apoderase del cuerpo, que lo transformara en una escultura viva. Extender la tela, izquierda al bies, derecha al hilo. «No tengas miedo —decía Isidore—. La tela no es el enemigo.» Lavar y estirar, aplicar vapor y dar forma. «Lo que cuenta es el trabajo que no se ve, el que hace que un vestido pase de anodino a sublime.»

Tendría que vender lo que hiciera de estraperlo, pero Gino y su amigo la podrían ayudar. La información debería circular de boca en boca. No había nada malo en eso: de este modo ya había conseguido algunas clientas, y a la señora B. le había ido muy bien haciendo correr la voz. Ella decía que era la mejor publicidad. Mucho mejor que pagar por anunciarse; eso era para la ropa confeccionada, que se pagaba a plazos, o bien para C&A. La suya sería a medida, moda para emocionar. Le gustaba eso. Casa de modas Vaughan, moda para las emociones. La señora Bottomley siempre decía algo parecido: «Tu ropa me ayuda a pisar fuerte», aseguraba. Pronto las cosas volverían a la normalidad.

—¿Cupones? —repitió Gino.

—Sí —afirmó Ada—. Me vendrían bien, podría hacer cosas, venderlos. Sé que podría darles salida. Son más fáciles de esconder que las medias, más fáciles en todos los sentidos.

—¿Qué te hace pensar que puedo conseguir cupones?

—Da la impresión de que puedes conseguir casi de todo —vaciló. Tenía que decirlo—. Me gustaría establecerme, Gino. ¿Me ayudarías? ¿Serías mi mecenas? Podrías hacerme un préstamo, te lo devolvería.

Gino se encendió un cigarro y se tumbó en la cama, frunciendo los labios y lanzando anillos de humo al aire con un leve puf, puf.

—Puede —repuso—. Tendríamos que tratarlo todo de manera más profesional.

—Desde luego. —Quizá Gino quisiera obtener mayores ganancias. Con las medias iban al cincuenta por ciento, o eso decía. Quizá quisiera un mayor porcentaje en lo de los cupones, ya que el riesgo era mayor. O una parte del negocio—. Podrías ser mi socio —añadió—. No me importaría. Podría hacer que funcionara, lo sé.

Gino miraba los anillos de humo, que vagaban a la deriva y se deshacían.

—Bueno, no me refería a eso exactamente —contestó, las palabras lentas y fluidas.

—Entonces, ¿a qué te referías?

—A los sábados por la noche. Son arriesgados, ¿no te parece?

—No entiendo.

—Nunca se sabe con quién te podrías topar. Una mujer bonita como tú. ¿Cómo sé lo que haces cuando no estoy? ¿Con quién hablas? Estoy corriendo un riesgo.

—No hay nadie más, Gino —confesó Ada—, sólo tú.

—¿Cómo puedo estar seguro?

—Tienes mi palabra.

—Tu palabra no significa nada. ¿Cómo me puedes garantizar que soy el único para ti? ¿Qué insinuaba? ¿Que no era de fiar? Ada notó que empezaba a irritarse.

—Tienes que creerme, Gino.

Él apagó el pitillo en el cenicero, amontonando la ceniza en el centro.

—¿Por qué no te pago una señal? —propuso.

—¿Una señal?

—Tanto a la semana. Para que te reserves para mí.

Scarlett tenía razón. Ada pensaba que tenía un amante, pero era un cliente, un cliente habitual. «Clientela.» Pues donde las daban, las tomaban: si iba a ser una mantenida, tenía que compensarle.

—¿Cuánto?

—Diez libras —le ofreció.

Ella negó con la cabeza.

—Es una oferta generosa, Ava —afirmó Gino—. Eso a lo que te dedicas es peligroso. Deberías pensar en protegerte.

Había clientes raros, pervertidos, sin escrúpulos. Sabía por Scarlett que no todas las chicas salían bien libradas, e incluso ella había vivido algunos momentos delicados. Ada había tenido cuidado, pero también suerte. Debía guardarse las espaldas por Tommy. ¿De qué le serviría muerta? También necesitaba el dinero, tenía que construir un hogar para su pequeño. Esas cosas no eran baratas, y ella estaba sola.

—Sólo una cosa —precisó él—. Quiero ir a tu casa.

—¿Qué hay de malo en vernos en el Smith's?

—Por cambiar de escenario —alegó.

Sólo era una vez a la semana. Ada se lo explicó a su casera, un sábado.

—Nada de hombres.

Gino era su prometido.

—¿Con semejante nombre? No quiero tener nada que ver con espaguetis.

A medianoche ya se habría ido.

—Nada de hombres después de las diez, prometido o no prometido.

Seguro que la casera también había sido joven; las diez era algo pronto. Ada no le había dado ningún problema: pagaba el alquiler a tiempo, nunca hacía ruido ni se desmadraba. No como Scarlett, en el semisótano, cuyas visitas entraban y salían, o la supuesta vidente del primero, que recibía clientes a todas horas. Era cruel ponerlo en la calle a las diez.

—Las once, como máximo. —Las once estaría bien.

—Pero le tendré que cobrar más, para sufragar los gastos.

¿Los gastos?

—Si voy a llevar un burdel...

—No —negó Ada—, no es nada de eso. Sólo hay un hombre en mi vida, y es Gino Messina.

—Me alegra oír eso —contestó la casera—. Pero, de todas formas, le subiré el alquiler: cuatro libras por semana.

—¿Cuatro libras? Es más del doble de lo que pago ahora.

—Pues tendrán que trabajar más, ¿no cree? —espetó la mujer—. Gino y usted.

—Yo no soy lo que usted cree —aseguró Ada—. Trabajo en Lyons. No me puedo permitir pagar tanto dinero. —Le entraron ganas de añadir: «Estafadora». Le entraron ganas de amenazarla con ir a la policía, pero sabía que no lo podía hacer, no la fueran a pillar también a ella.

—Veremos de lo que es capaz ese prometido suyo —dijo la casera.

La nieve se derritió, las lluvias cesaron y los cielos pasaron del gris al azul. En el aire de abril

bailoteaban motas del polvo que cubría la parte superior de los muebles y los zócalos. La habitación necesitaba una limpieza a fondo. Ada quería que su casa estuviese limpia, la había estado cuidando para ella y para Tommy. El niño crecía deprisa. Podía ser difícil localizarlo ahora, seis años era mucho tiempo. No estaba segura de que Covent Garden fuese el mejor sitio para criar a un niño. La zona era mala, con los vendedores y los pubs abiertos toda la noche, y las chicas de Shaftesbury Avenue y Seven Dials que rondaban la trasera de la iglesia de los actores. Sin embargo, resultaba útil para trabajar, y los vendedores la conocían y le daban unas zanahorias o una coliflor al final de la jornada, aun pudiendo venderlas.

No le gustaba tener a Gino en su habitación. Se ponía cómodo, de manera que el cuarto ya no era de Ada. Se quitaba los zapatos y andaba por ahí en calcetines, ponía el hervidor sin preguntar.

—Eso cuesta dinero —decía Ada.

—Me haré una taza de té cuando me plazca —espetaba él—. No olvides quién paga tus facturas.

No le gustaba que Ada saliera, ni siquiera con las chicas del trabajo.

—Tengo espías, ¿sabes? —Y se pasaba un dedo por la garganta.

Ada se preguntaba si valía la pena pagar ese precio. Quizá se sentía mejor antes, cuando estaba sola y tenía el control. Pero no sabía cómo salir del lío en que se había metido. Gino se tranquilizaría cuando estuviese seguro de ella.

—Además —decía—, esto es un cuchitril. Tengo inmuebles. Terrenos, en Mayfair. Te podría dejar un pisito, en un buen sitio, Stafford Street, Shepherd Street. Quizá tuvieras que compartirlo, pero así estarías acompañada y no te sentirías sola.

A Ada le gustaba vivir sola. Quizá su habitación fuera pequeña, pero era su hogar. No se quería ir.

—Está bien así —decía—. Gracias.

—No creo que me estés entendiendo, Ava —insistía él—. Una chica sola. Piensa en los peligros. Stafford Street. Eso sería caro, el doble de lo que pagaba donde estaba, que ya era bastante caro. No se lo podría permitir, y desde luego no podría ahorrar.

—Ten cuidado —advirtió Scarlett—. Lo siguiente que hará es ejercer de chulo. Así es como empiezan todos.

—¿Quiénes?

—Ay, cariño, qué verde estás. Los chulos. Al principio son encantadores con sus chicas, pero después, ¡pum!, aprietan las clavijas, nos hacen trabajar para ellos, viven de nosotras.

—Gino no haría eso.

—No olvides lo que te he dicho, es un chulo. Y somos nosotras quienes elegimos a nuestros rufianes, no ellos.

—Pero yo no soy prostituta.

—En eso tienes toda la puñetera razón: eres una aficionada. No supones ninguna amenaza, no para mí.

Gino no era así. Sólo era un tanto temperamental, posesivo.

Ada se sentía sola esa primavera. Su madre seguía siendo fiel a su palabra y se negaba a verla, aun cuando ella se pasaba por su casa una vez al mes, o incluso más a menudo. Les había enviado a sus hermanos su dirección, pero ellos tampoco se habían puesto en contacto con ella. No tenía a nadie a quien le importara si volvía a casa o no. A nadie que supiera si alguien la tiraba desde un muelle, que reclamara su cuerpo si la encontraban muerta en el río. Quizá la

encargada denunciase su desaparición si no iba a trabajar, pero las chicas dejaban el trabajo sin más constantemente, así que pensaría que Ada había hecho lo mismo.

Ada se levantó temprano. Un niño lloraba, un llanto ruidoso, vibrante, que se abría paso entre el traqueteo de los carros nocturnos en los adoquines y los gritos de los primeros vendedores. Llevaba llorando algún tiempo, ahora era un buah, buah, buah rítmico, ininterrumpido. Ada cerró los ojos, tratando de evocar la cara de Thomas y su lloriqueo de recién nacido. Había olvidado su cara, había pasado mucho tiempo. ¿Y acaso lloró? Dormía, era un niño muy bueno. Estaba cansado del esfuerzo de nacer. Debió de resultarle duro.

Gino dijo que su amigo podía hacerse con cartillas de racionamiento: ropa, pan, azúcar. Se vivía con más estrechez que en la guerra, y la demanda era mayor que nunca. A Ada no le costaba lo más mínimo pasarlas, entregar el dinero, recibir su parte, efectuar los encargos de la semana siguiente. Eran unas ganancias que obtenía con regularidad, que le proporcionaban un dinero extra que apartaba para Tommy y para el negocio.

—Sólo que tal y como yo lo veo, Gino, puesto que soy yo la que corre todos los riesgos al venderlas en el trabajo, creo que merezco una parte mayor —dijo Ada mientras se aovillaba en el pecho de Gino y sus dedos le subían hasta el cuello.

—No seas codiciosa, Ava —respondió él.

—No lo soy. Sólo quiero una mayor participación en el negocio.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Podríamos asociarnos, tú, tu amigo y yo —propuso, y contuvo la respiración—. Él suministra y yo vendo. Ropa, vestidos. Pensaba que era lo que querías. Montarme un pequeño negocio.

Gino le apartó el brazo y cogió un cigarrillo, se tumbó en la cama y empezó a fumar dando caladas lentas, pausadas.

—Quizá no hayas entendido bien la naturaleza del negocio —repuso, expulsando anillos de humo al aire—. ¿Cómo te lo explico para que lo entiendas? —Se hizo a un lado y echó la ceniza al suelo. Podría haber utilizado un cenicero, pero lo ponía todo perdido para demostrar quién estaba al mando—. Digamos que mi amigo y yo somos el señor Marshall y el señor Snelgrove. O el señor Dickins y el señor Jones. —Ada supo que no iba a acceder, lo veía en su cuerpo, el pecho tenso, los músculos agarrotados—. Grandes almacenes. Con muchos departamentos —continuó—. Distintos artículos. A ti te consideraríamos uno de nuestros empleados. De mercería, pongamos por caso. Tienes talento, tal vez incluso te viéramos de jefa de ese departamento. Te ocupas de los pedidos, pagas a tiempo. Pero ¿socia? —Echó mano del cenicero y apagó el pitillo con fuerza, en el centro—. No. Esto no es una puñetera cooperativa, o John Lewis.

La apartó de malas maneras y se sentó en la cama. Se puso la ropa y se fue. Ada oyó sus pasos en la escalera, el suave clic de la puerta de fuera. «Que te quede bien claro, Ava: yo estoy al mando aquí, no lo olvides.»

Nomeolvides. Azul aciano. Ada emitió un sonido de disgusto al oír el precio.

—Te conozco, Ada. —El vendedor se humedeció el dedo corazón y comenzó a pasarlo por la palma de la otra mano, como si fuese una cartilla de racionamiento—. Vale lo que cuesta.

—Había colocado una fotografía de la princesa Margarita en un lateral del puesto: estaba sentada con un vestido con el cuerpo entallado, de corte elegante, y la falda larga, de vuelo, que se desplegaba a su alrededor.

—Organza —dijo—, esto es organza. —Dio unos golpes en los rollos de tela—. «Nuevo estilo», lo llaman. Pero si es bueno para ella —señaló la foto con el pulgar—, es bueno para ti, Ada.

Pensaba vender los cupones a las chicas del trabajo, apartar el dinero para Tommy.

—Claro que con el maldito racionamiento —decía el vendedor— a nadie le gusta parecer extravagante. Pero eso no le preocupa a esa gente. —Eché la cabeza hacia atrás.

Tendría bastante con los cupones si se los quedaba. Nunca le había preguntado a Gino de dónde los sacaba su amigo, y el vendedor de Berwick Street hacía la vista gorda. Unos tres metros para la falda y uno y medio para el cuerpo. Más el forro. Artículos de mercería. Hilo. Cremallera.

Estudió con atención la fotografía de la princesa Margarita mientras el vendedor cortaba la tela: el cuerpo cruzado, las mangas raglán. La falda sería bastante fácil. Haría primero el forro, a modo de prueba. La organza era floja, necesitaba cuidados. Empezaría el fin de semana, de día.

—¿Te estás haciendo algo bonito, Ava? —Gino escudriñó la máquina de coser—. Una Naumann. El nombre suena extranjero. Alemán.

La mayoría de los sábados Ada guardaba la máquina de coser cuando iba Gino, pero pesaba, no era muy manejable, y ella estaba inmersa en la costura. No se le pasó por la cabeza que él la fuera a mirar.

—¿Es que una Singer no es lo bastante buena para ti? —Eso era algo al margen de Gino; no tenía ningún derecho a criticar. Ada se encogió de hombros—. ¿De dónde la has sacado?

—¿A ti qué más te da? —replicó, la voz leve y etérea, una voz de organza.

—No quiero tener nada que ver con el enemigo, eso me da.

—Bueno, pues no es el caso —espetó ella crispada. Confiaba en que Gino se diese cuenta.

—¿De dónde la has sacado? —Le agarró el brazo y se lo apretó con fuerza. Ése no era asunto suyo. ¿A él qué le importaba?—. ¿Quién te la dio?

—Me estás haciendo daño, Gino.

—¿Y bien?

—Ya que lo preguntas. —Él aflojó la presión y ella se soltó, frotándose el brazo con la otra mano. Le dejaría una marca, un pulgar y cuatro dedos, se le vería por debajo de la manga del uniforme cuando fuera a trabajar. Respiró hondo—. Ya que lo preguntas, me la trajo mi hermano. Cuando volvió de la guerra. Estuvo en Alemania. —Se entusiasmó con la historia—. La compró por cinco cigarrillos. Esos desgraciados. Dijo que estaban desesperados, que venderían lo que hiciera falta, hasta a sus hijas. Pero es una buena máquina de coser. El sol quedaba a la espalda de Gino, perfilando su rostro, oscuro y sin rasgos.

—¿En qué parte de Alemania? —quiso saber.

—En Múnich —aseveró Ada—. Estuvo en Múnich.

—Así que tu hermano es norteamericano, ¿no?

—No, ¿por qué?

—Porque en Múnich estuvieron los norteamericanos.

—Ah. —Ada se paró a pensar un instante—. Bueno, quizá no fuera en Múnich. Sería en otra parte. Nunca se me ha dado bien la geografía.

Gino se adelantó y se sentó en la poltrona.

—No, pero se te dan bien otras cosas. —Se dio unas palmaditas en el regazo para indicarle a Ada que se sentara encima—. A decir verdad —continuó, subiéndolo con un dedo por la falda—, conozco a alguien que estuvo en Múnich cuando acabó la guerra. En un pueblecito cerca de Múnich.

Ada le quitó la mano.

—Conque conoces a alguien. —Procuró controlar la voz, pero le salió un hilo estridente—. Así que por eso lo sabes, lo de los norteamericanos. —Escrutó su rostro, los ojos oscuros, sombríos, la curvatura del labio, los surcos de la piel—. ¿Y qué hacía allí?

—Negocios —contestó. Y añadió—: Con el ejército. —Se echó a reír—. Sé dónde conseguir las piezas. —Señaló con la cabeza la máquina de coser—. Si te hicieran falta. —La hizo levantar,

dándole una palmada en el trasero al hacerlo.

El cuerpo era como una segunda piel, sentaba a la perfección. Azul nomeolvides. Se hizo un par de almohadillas protectoras para las axilas: no quería arruinar el tejido con el sudor. Recordó a la pobre Anni, la cocinera de los Weiter. Anni. ¿Dónde estaría ahora? Probablemente viviendo en una habitación en Múnich. Ada intentaba no pensar en aquellos días. Habían mantenido una especie de amistad. Sin decir ni una palabra nunca, utilizando un lenguaje distinto. Anni la mantuvo con vida. Anni la entendía, tal vez incluso la quisiera.

Ada se puso de puntillas y comenzó a dar vueltas, más y más deprisa, mientras la falda subía más y más, como los anillos de Saturno. El vestido hacía de ella una mujer, le daba libertad, para bailar y hacer piruetas, para ser. Era sublime, volaba por el cielo, una criatura celestial de felicidad y dicha. Se agarró a la silla para no caerse y esperó a que se le pasara el mareo. Se puso los zapatos, las sandalias que llevaba con el muaré azul cobalto. El azul era el color de la suerte.

Camina que te camina. Trafalgar Square. La calle Pall Mall. Haymarket. Piccadilly. Velos de organza como alas de ángel que se desplegaban en abanicos con el cimbreo del cuerpo, la cintura ondulándose con el movimiento. Vio las miradas de los hombres, lascivas, envidiosas. La guerra había terminado, y ella había sobrevivido. Le seguiría el juego a Gino por el momento, pero se libraría de él, y pronto. No había sobrevivido a la prisión de Dachau para volver a ser prisionera en su propia casa. Quería ser libre para remontar el vuelo, para bailar en un cielo de lapislázuli, la luna y ella.

Gino dijo que su contacto quería conocerla, para hablar de negocios. Le guiñó un ojo al decírselo.

«Casa de modas Vaughan», pensó Ada.

Café Royal. No iba allí desde antes de que estallara la guerra, no era uno de los sitios habituales de Gino. «No hay habitaciones, ¿entiendes?» Dijo que la esperaría en el Grill Room, y Ada llevaba una moneda de seis peniques a mano por si llegaba pronto y se servían de la misma martingala que en el Smith's. Tomaría una copa de champán mientras esperaba, el burbujeo le resultaba elegante en la lengua, le hacía cosquillas en la nariz. Se sentaría en la silla dorada, rodeada de espejos, perdiéndose en su propia imagen multiplicada.

Él ya estaba allí, hablaba con otro hombre que estaba repantigado en una silla, la corbata floja en el cuello, el último botón de la camisa desabrochado. Llevaba unas gafitas redondas y tenía el pelo corto, peinado con fijador hacia atrás.

—Ya está aquí —dijo Gino, y le hizo una seña para que se acercara.

El hombre volvió la cabeza. Tras las gafas, sus ojos eran tiernos y claros. «De un suave azul verdoso», pensó Ada, lo bastante etéreos para ver a través de ellos. Una oleada de temor le sacudió el cuerpo: «Stanislaus». No cabía la menor duda.

—Éste es Stanley, Ava.

Se quedó helada en el momento en que él se levantó. Se apoyó en el brazo, pero éste cedió bajo su peso, golpeó la mesa y las copas temblaron. La miró como si no existiera, los ojos ausentes, vidriosos.

—Ésta es Ava Gordon —la presentó Gino.

—Ava Gordon. Invergordon. Encantado de conocerla —dijo, pronunciando mal las palabras y hundiéndose de nuevo en la silla.

Trató de fijar la mirada, pero los párpados le pesaban, y la barbilla se le cayó al pecho. «Stanislaus.» Ada sabía que había cambiado, estaba hecha un palillo, tenía el pelo rubio, gafas. Pero él no la reconoció: estaba demasiado borracho. ¿Ahora se hacía llamar Stanley? Ya no parecía extranjero. Los mismos ojos, pero enrojecidos e hinchados, y la cara surcada de arrugas. Hacía más de siete años que no lo veía. Había engordado un poco, no había envejecido bien. Sin embargo, ahora lo confirmaba: el de Múnich era él, el sombrero calado, el cuello subido. No se equivocaba. Notó las manos frías y húmedas, y empezó a sudar. «Tranquila, disimula, actúa con normalidad.»

Gino llamó al camarero.

—Un manhattan para mí y un dama rosa para la señora.

Ada quería champán, pero él no le preguntó. Gino esperó a que llegara la bebida y se inclinó hacia delante.

—Bueno, Ava. Tenemos algo que celebrar —comentó.

—Ah, ¿sí?

—Las vacas gordas han llegado, por decirlo de alguna manera.

—¿De veras? —contestó. Sabía lo que iba a decir: iba a invertir dinero en su negocio. Él y Stanley. Pero ella ya no quería su dinero. Notaba que el pánico iba en aumento. «Disimula —se dijo—, finge que no lo conoces.» Necesitaba tiempo para pensar—. ¿Por qué no me cuentas?

—Todavía no —replicó Gino. Tenía un cigarro sin encender en la boca, que se movía a medida que hablaba. La miraba con dureza, sin sonreír—. Pero tengo muchas esperanzas depositadas en ti, Ava.

Stanley dio una cabezada y pegó un tirón hacia atrás, despertando. Estaba muy borracho.

—Cuéntame —pidió ella.

—No, todavía no. —Cogió las cerillas y encendió el cigarrillo. Aspiró con fuerza, de manera que la ceniza se acumuló en el extremo. Permaneció un instante con la mirada baja—. Permíteme que te diga que estás muy bella esta noche —dijo—. Como siempre, haces que la gente vuelva la cabeza. —Se dirigió a Stanley—: Escojo bien a mis chicas. Sólo las mejores. —Echó la ceniza en el cenicero e hizo una mueca—. Si juegas bien tus cartas con Stanley, quién sabe lo que podrías sacar —observó.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió Ada, mirando a Stanley, Stanislaus, que asentía como una marioneta y sonreía tontamente. «Seguro que sabe quién soy.»

—Él y yo invertiremos en ti —precisó—. Para que te establezcas.

—Verás —terció Stanley, echándose hacia delante y apoyando los codos en la mesa—, eres de fiar. —Su brazo describió un amplio arco al señalarla con el dedo—. Son las puñeteras bodas de Caná. —Babeaba al hablar, se limpió la boca con el puño de la camisa y la miró de nuevo, los párpados caídos y perezosos, la mirada cansada y nublada—. Conviertes el agua en vino. El metal, en oro. —Perdió el hilo de lo que estaba diciendo, la cabeza se le ladeó.

—Cupones en ropa, dinero negro en limpio —prosiguió Gino—. Si cooperas con Stanley esta noche, será todo tuyo.

—¿Si coopero? —se extrañó Ada.

—Ava, no te hagas la inocente. No te favorece nada.

Recordó la advertencia de Scarlett.

—Te irás con Stanley esta noche —propuso Gino—. Haz lo que quiera, y quién sabe lo que podrías sacar.

—No, Gino. No. Estoy contigo.

—Estás conmigo los sábados por la noche —puntualizó él. Y torció el regordete rostro y sus ojos negros se volvieron agudos y penetrantes—. Pero el resto de las noches estarás con quien yo te diga que vayas.

—No. —Ada se levantó bruscamente, haciendo tambalear la mesa y las copas. Gino la cogió por

el brazo y la obligó a sentarse.

—Eres mi regalo para él. Su recompensa por ser leal. —Le hundió el pulgar en los frágiles huesos de la muñeca, tenía la suficiente fuerza para romperlos—. Ahora formas parte de mi familia. ¿Es preciso que te dé una lección de obediencia?

Ada lanzó un grito de dolor. Scarlett estaba en lo cierto: Gino era su chulo. La había regalado a Stanley como si fuese una botella de alcohol barato. «Palabras, palabras.» Tenía que deshacerse de Gino. No sabía cómo se zafaría de él, pero encontraría la manera. Y de Stanislaus. No la reconocía; podía dejarlo.

—Sé una buena chica —decía Gino—, o tendrás que atenerte a las consecuencias.

Se levantó, se enderezó la corbata y se fue. Stanley echó la silla atrás y adelantó el cuerpo hacia Ada.

—Gino y yo —dijo. La lengua se le seguía trabando, los ojos aún vidriosos y confusos. Cruzó los dedos y los movió delante de la cara de Ada—. Uña y carne. Como hermanos. Nos conocemos desde hace mucho, desde antes de la guerra.

Ada, sentada, estaba demasiado aturdida para hablar. Stanislaus, allí, en Londres. Al cabo de todos esos años.

—Londres, París, Bélgica —continuó. Ada rodeaba la copa con las manos, ahora rígidas—. Supongo que no has estado en París, ¿no? —Stanley se sorbió la nariz, apuró su copa y llamó al camarero—. Esta noche lo vamos a pasar muy bien —aseguró, sin esperar a que ella le respondiera—. Tú y yo. Bébetelo.

«Corre, ahora.» Estaría demasiado borracho para darle alcance. Se levantó y se volvió, dispuesta a salir corriendo.

Gino estaba en la puerta, observando.

Tuvieron que ayudarlo a salir del restaurante; bajó la escalera asistido por dos conserjes. Tropezaba y daba traspies. Se había aflojado más la corbata y la chaqueta le resbalaba por los hombros. La rodeó con un brazo, apoyando todo su peso en ella, y dio pasos inseguros, arrastrando los pies.

—Creo que debería irse a casa —sugirió Ada cuando se acercaban a Charing Cross—. No está en condiciones.

—Mi casa está donde estés tú. —Lo dijo como si fuera un ventrílocuo, hablando despacio y articulando—. No pienso dejarte aquí, esta noche eres mía.

El reloj de la estación marcaba las nueve y media, y el día tocaba a su fin; los adormilados rayos de sol teñían el cielo de un índigo vivo, subido. Todavía hacía calor, y Ada lo notaba con ese vestido; deseó haber hecho las mangas más cortas.

Stanley pesaba. Se le echaba encima, agarrándole con fuerza el hombro. Apenas podía con él. Si se apartaba, se desplomaría, caería de bruces. Y ella podría escapar, dejarlo en el suelo y que se las apañara él solo. Que se le pasara la mona en el calabozo. Intentó separarle los dedos y quitarle la mano, pero no la dejó. Se retorció bruscamente para soltarse, pero él la apretó con más fuerza y le dio un puñetazo con la otra mano en el pecho, dejándola sin aliento. No podía con él, aunque estuviera borracho. ¿Y Gino? ¿Seguiría vigilándola? ¿Qué haría si no obedecía? Gino era alto, fuerte. Y sabía dónde vivía Ada. Sabía dónde trabajaba. Daría con ella. Tendría que cambiarse de casa, encontrar otro piso. «Consecuencias», había dicho. Consecuencias.

Tuvo que ayudar a Stanley a subir la escalera hasta su habitación. Nada más llegar, se desplomó en la cama. Ada puso el hervidor en el fuego, se sentó a oscuras, viendo cómo el pecho de Stanislaus subía y bajaba, y se tomó una taza de té. Podía escabullirse en ese momento. Iría a

ver a Scarlett, ella sabría qué hacer.

Él dio unas palmaditas en la cama.

—Ven aquí, Ava —pidió, hablando atropelladamente—. Acurrúcate conmigo.

Podía darse a la fuga.

—Ahora. —Su voz sonó como un pistoletazo. A pesar de estar borracho, ella percibió la amenaza en su voz. Podía abalanzarse hacia ella desde la cama, cortarle el paso—. O se lo digo a Gino.

«Gino te paga para que hagas esto.» Estaba atrapada. Se acercó a la cama, despacio.

—Así me gusta, buena chica —observó Stanley.

Ada se quitó el vestido y lo dejó a los pies de la cama.

—He visto muchas cosas en mi vida, pero ninguna tan bella como tú —dijo, arrastrando las palabras.

Ada se tumbó junto a él en la cama. Gino la había engañado cuando dijo que le pondrían un negocio. No se refería a la costura: ése era el negocio que tenía en mente. Y allí estaba ella ahora, al lado de Stanislaus. Sólo que se hacía llamar Stanley. Stanley *elcockney*, no Stanislaus el conde.

—Me alegro de que la guerra haya terminado —comentó con lengua estropajosa—. No me malinterpretes, pero me dio una oportunidad en la vida, me ayudó a prosperar, por así decirlo. Su voz era apagada, melancólica, debido al alcohol. Eso ya se lo sabía Ada: esos hombres tenían que hablar. Incluido Stanley. Sacárselo de dentro, contar su historia. Stanislaus, Stanley. ¿Quién era?

—Y tú, ¿qué hiciste en la guerra, Stanley?

Lo veía en Namur, su sombra recortada en la puerta. Se acordaba de ese cuello subido en Múnich, del sombrero bajo. Necesitaba saber dónde había estado entretanto, no volvería a tener la oportunidad de averiguarlo.

—Ando fastidiado del corazón —afirmó—. Fiebre reumática. De cuando era un crío.

—¿De veras? —replicó Ada. «Síguele la corriente.»

—Sí. —Su voz sonaba lejana—. Me declararon no apto. Me habría gustado luchar.

Ada sentía el martilleo de su corazón contra el pecho. Estaba segura de que Stanislaus lo oía.

—Entonces, ¿qué hiciste? —Las palabras le salieron estridentes, ahogadas.

—Dedicarme a los negocios. —Se dio unos golpecitos en la nariz. «Negocios, Ada, negocios.»

—¿No viviste ninguna aventura? —quiso saber Ada.

Sabía lo rápido que podía pasar de un humor a otro, estando borracho, ése era el momento de hacer preguntas. Tenía que saber qué había pasado.

—No —respondió—, la verdad es que no. —Se apoyó en un codo. El aliento le olía a whisky—. Claro que estaba en Bélgica cuando la invadieron los alemanes —contó—. Eso sí fue un episodio.

La sangre se le fue de la cabeza y le bajó por la columna. «Un episodio.» Las bombas atronándole la cabeza, la piel levantándosele con el calor y el polvo mientras corría, sola, en busca de refugio. Su vida destrozada, y todo lo que se le ocurría decir a él era que había sido «un episodio».

—Ah, ¿sí? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí. —Stanley cogió un cigarrillo, lo encendió y se tumbó, un brazo debajo de la cabeza—. De hecho, me encontraba en Namur.

Le entraron ganas de cogerlo por los hombros y zarandearlo de tal forma que la lengua le quedara colgando en la boca y el cerebro se le estrellara contra el duro cráneo. Le entraron ganas de gritar: «¿Es que no me reconoces?». Namur, de hecho, como si no hubiera pasado nada.

—Logré escapar en el último barco —continuó él—. Por los pelos, te lo aseguro.

—Namur está muy lejos del mar.

—Tuve suerte. Soy un hombre con suerte, Ava, de verdad. El último tren, el último barco. La última oportunidad, ése soy yo.

Dibujó unos anillos de humo que se perfilaron en la oscuridad, fantasmas redondos de la memoria que permanecieron suspendidos como grises halos.

—Muchos pobres desgraciados no lo consiguieron. Refugiados. Estaban en los muelles, mendigando. Habrían vendido a su abuela si de ese modo hubieran podido salir de allí.

«Yo no lo conseguí —pensó Ada—. No me salvaste. Ni siquiera me reconoces.»

—El mundo no le debe nada a nadie, Ava, pequeña —decía Stanley—. Si no tienes dinero o cacumen, ¿cómo vas a esperar que alguien te eche una mano? Sávese quien pueda, ése es mi lema en la vida.

El alcohol le había soltado la lengua, un arrebató de energía antes de la caída.

—¿Estabas solo? —preguntó Ada. Temblaba, confiaba en que no se hubiera dado cuenta. En caso contrario, diría que tenía frío tumbada allí desnuda.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por curiosidad.

Él apagó el cigarro y expulsó una última bocanada de humo. Olía amargo.

—Había una fulana tonta que se me pegó. —Estaba tendido en la cama, con la cabeza apoyada en la almohada—. Podría haber ganado un buen dinero con ella, pero me metí en un lío. Me alegro de haberme librado de esa zorra.

Ada tragó saliva.

—¿Qué fue de ella?

—¿Cómo quieres que lo sepa? La dejé en Namur. Era un verdadero fastidio. A decir verdad —se incorporó y la miró—, me recuerdas a ella. Qué curioso.

«Malnacido.» La abandonó. Nunca la quiso. «Fulana tonta.» No la había reconocido. Nunca le importó lo bastante para recordarla. Probablemente no hubiera vuelto a pensar en ella.

—¿Y tú, Ava? —decía—. ¿Qué hiciste en la guerra? —Stanley estaba más sereno ahora.

Ada se levantó de la cama y se acercó a la ventana. La noche era clara, y se distinguían los puntos luminosos de la Vía Láctea, a ciento cincuenta millones de kilómetros de distancia.

—¿No te acuerdas de mí?

—No —admitió Stanley—. ¿Debería?

—¿Ada Vaughan?

—El nombre me suena. —Chascó la lengua, feliz y contento.

Ada volvió a la cama y se plantó delante de él.

—Yo era la chica de Namur. Me llevaste a París, me prometiste una vida y me abandonaste. En Namur.

Él se acodó en la cama y clavó los ojos en ella, la mirada glacial y dura.

—¿En serio? —Se echó a reír, una risa aguda, huera, amarga—. Ya decía yo que me sonabas.

—Ada sintió una opresión en la cabeza, las ideas dando vueltas como la peonza de un niño que giraba descontrolada—. Sí, ahora te recuerdo. Ahí me lie un poco —siguió Stanley—. Eran las fulanas francesas en Londres las que ganaban dinero, no las fulanas inglesas en París, lo reconozco. —Abría mucho la boca para pronunciar correctamente las palabras—. Al menos has prosperado desde entonces. Una de las fulanas de Gino Messina. ¡Caramba!

Ada profirió un grito ahogado y levantó la mano para pegarle, pero Stanley le agarró el brazo y la tumbó en la cama. Luego la sujetó por el pelo y tiró con fuerza, tanto que Ada chilló de dolor.

—¡Malnacido! —exclamó, el dolor, la ira y el desconcierto dando botes en su cabeza, las palabras saliendo de lo más profundo de su ser—. Creí que me querías, me quedé contigo. Y tú me dejaste. ¿Por qué? Me dijiste que te llamabas Stanislaus. Stanislaus von Lieben. ¿Por qué?

—Qué curioso que te acuerdes de eso —observó—. Lo pasamos bien en París, ¿no? —Asentía,

sonriendo—. Sí, por aquel entonces era Stanislaus, tenía muchos nombres, todos extranjeros. Fue una buena racha, ojo —afirmó—. Con papeles y todo.

La tenía inmovilizada en la cama.

Toda su sangre y su calor le desaparecieron del cuerpo, dejando una impronta de odio fría, vacía. Ada nunca había sentido tanta rabia.

—Me abandonaste —espetó—, y abandonaste a nuestro hijo. Se llamaba Thomas. «Thomas.»

—¿A nuestro hijo? Eso no tiene nada que ver conmigo. Haber utilizado un preservativo —escupió, acercándola a él—, como la profesional que eres. Además —empezó a besarla, unos labios mojados, torpes, y un mal aliento que olía a whisky, a vino y a tabaco—, creía que las mujeres sabíais solucionar esa clase de cosas. —Ada intentó empujarlo, pero él la hundió con más fuerza en la cama. Ada se retorció, poniéndole la mano en el mentón, clavándole las uñas en las mejillas. Stanley la abofeteó con dureza y la penetró.

«Namur.» Fue en Namur. Y no se puso preservativo.

Estaba tumbado boca abajo, con un brazo encima de Ada, dormido como un tronco. Ella se escabulló, pero Stanley ni se movió. Se puso la bata, abrió la puerta, agarrando bien el pomo para que no hiciera ruido al girar y no lo despertara, y bajó al aseo.

Stanley Lovekin. Stanislaus von Lieben.

[5]

Lo tenía bien calado. La había abandonado en plena guerra. «Sálvese quien pueda.» Ella no le importaba, nunca le había importado. Y eso que pensaba que la quería. Tiró con tal furia de la cadena del retrete que se le escapó de la mano. Se arrebujo en la bata y se apretó el cinturón. Y Gino. Cortados por el mismo patrón. Ambos la controlaban, ahora se daba cuenta. Scarlett tenía razón. ¿Era eso lo que pensaba hacer con ella Stanislaus en París, o en Namur? ¿Trata de blancas? ¿Pensaba abrir un burdel? ¿Estaba al tanto de la invasión alemana? *Ein wunderschönes junges Mädchen, Herr Beamter*. Se proponía ser su chulo. Claro. Toda esa simpatía, esa forma de embaucarla para que lo necesitara. Igual que Gino ahora. Él y Gino. Decía que se conocían desde hacía tiempo. París. Quizá hubiera ido a reunirse con Gino en Bélgica, en Namur.

Volvió a la habitación. Le diría que se fuera. Le chillaría, gritaría: «¡No vuelvas!». Pensaba denunciarlo a la policía. Estaba fuera de combate. Se acercó a la pila a coger un poco de agua. Para tirársela a la cara, hacer que volviera en sí.

O quizá fuera mejor dejarlo. Tardaría horas en despertar. Se quitó la bata, cogió el vestido de los pies de la cama y se lo puso por la cabeza. Stanislaus se movió, y Ada se quedó petrificada. Después se quedó quieto de nuevo y empezó a roncar, un retumbar aceitoso que le salía de la garganta. Se puso los zapatos, guardando el equilibrio con una pierna, con la otra, subiendo la tira del tobillo; dejó el bolso en la cama. Él tosió y se movió con nerviosismo. Ada se agarró del poste de la cama para no caerse y lo miró.

Allí estaba él, durmiendo, como si no hubiera pasado nada. Ella había sufrido lo indecible, y todo por culpa de ese hombre. Siempre un hombre, pensó. Siempre un maldito hombre. Stanislaus, Herr Weiss, Gino. Si se libraba de todos ellos, ¿qué ocurriría? Podría ser dueña de sí misma, dueña de su destino. Resopló. Hacía mucho que no se acordaba de ese poema: «Soy el capitán de mi alma, la dueña de mi destino». Sí. Dulce venganza. Se la merecía, por tanto sufrimiento a lo largo de tantos años. Había llegado el momento de que sufrieran ellos. Sudaba, notaba las axilas pegajosas. Clavó la vista en Stanislaus, el rostro plateado a la luz de la luna. Los filos dentados de la memoria se pusieron en marcha, llenándole la cabeza con su clamor enloquecido. Thomas, sin hacer ruido en el bolso marrón del sacerdote; Ada, sola en Dachau, muerta de hambre, la piel escamada y la carne carcomiéndose; las bombas cayendo a su alrededor, sacudiendo el cielo y golpeando la tierra. Sintió que la amarga hiel del terror corría

como veneno por sus venas y sus nervios. Stanislaus le había arruinado la vida, la suya y la de Thomas. Ojo por ojo. Tenía en la boca el sabor agrio y metálico de la sangre. Él seguía durmiendo, haciendo ruiditos como un niño. Se libraría de él para siempre. Ada Vaughan. Después encontraría a Tommy, lo llevaría a casa, empezaría de nuevo.

Cruzó la habitación andando de puntillas. Echó las cortinas, levantándolas bien en las barras de metal para que no hicieran ruido, remetiéndolo en el alféizar y solapando los dos paños para que no entrara nada de luz.

Ada se detuvo un instante para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Stanley roncaba, la cama temblaba con cada resoplido. Se acercó, esperaba que su mano la cogiera, pero no se movió. Permaneció a la espera, contando: uno, dos, tres. Se acercó a la estufa, cuatro, cinco, seis, respiró hondo, siete, ocho, nueve. Abrió el gas, oyó su silbido, le llegó su acre olor a azufre. Cogió el bolso, salió de puntillas y cerró la puerta. Acto seguido pegó el rulo con fuerza contra la puerta para que el gas no saliera al pasillo. Diez.

Bajó la escalera, cuatro pisos, salió. Iba conteniendo la respiración, y ahora aspiró el aire con fuerza y de prisa, tanto que le invadió los pulmones y se estrelló contra las costillas. Se dobló sobre sí misma en la acera.

—¿Te encuentras bien, cariño? —le preguntó una voz de mujer.

—Sí, gracias —repuso—. Es sólo que no podía respirar.

«Ponte derecha. Camina. Como si no hubiera pasado nada. Camina.»

Sus piernas eran nervios y zarcillos, un pie avanzando delante del otro. Llegó como pudo hasta el final de Floral Street y se metió por Garrick Street, parando a tomar aliento en la esquina, apoyándose con una mano en la pared de un edificio para no caerse. Temblaba, su cuerpo se estremecía bajo la piel. Pero era libre, por fin. Podía irse con quien le apeteciera, no estaba atada a ningún hombre. «*No more.*» Namur. Ya no más.

Miró el reloj de la calle The Strand: las once. No era muy tarde. El lacayo del Smith's abrió la puerta y enarcó una ceja. Camina que te camina hasta el tocador. Tenía el pelo alborotado. Sacó el peine del bolso y se cardó el cabello debidamente: arriba, hacia dentro, por los lados. Buscó el carmín, se pintó los labios, los presionó. Como nueva. Como si no hubiera pasado nada. Subió la escalera. Tenía el dinero listo.

El maître seguía allí, el mismo de siempre.

—Hacía tiempo que no te veía —comentó.

—He estado ocupada. —Ada dejó la moneda en el atril.

El hombre la cogió.

—El precio ha aumentado —afirmó. Era como si oyera a Gino: «Tengo espías, ¿sabes?»—. El silencio se compra, ya sabes a qué me refiero.

—No lo creo —repuso Ada—, ya no.

Pasó delante de él, se sentó donde siempre y pidió un dama blanca. Sacó la cajetilla de tabaco, la dejó en la mesa, cogió un cigarrillo y lo hizo rodar entre los dedos. No se le había olvidado.

Lo encendió y dio una calada profunda que le despertó los pulmones. Se bebió el cóctel de dos tragos, el amargo alcohol le abrasaba la garganta al tragar.

—¿Le apetece otro? —La voz era suave. Intentó fijar la mirada en el hombre que estaba a su lado, con una chaqueta de tweed y pantalones de pana. Se tenía que estar asando con esa ropa. La miraba, sonriendo, una pipa en una mano, la boquilla entre los labios. Había algo casero en él, paternal. Un buen hombre. Un hombre por el que volver a casa, zapatillas calientes junto al fuego—. Tiene toda la pinta de necesitarlo.

Ada lo miró aturdida y no dijo nada cuando él llamó al camarero. «Otro.»

—Es como si hubiera visto un fantasma —continuó—. ¿Quiere hablar de ello?

Ella negó con la cabeza.

—A veces hablar ayuda. Es usted muy bonita. No soporto verla con esa cara de preocupación.

—Usted no me conoce —espetó Ada—. ¿Por qué le iba a importar?
—Si algo me enseñó la guerra fue que tenemos que preocuparnos los unos por los otros —aseveró—. No intento ligar con usted —añadió—. No se confunda.
Ada se echó a reír, una risa amarga, furiosa.
—Como quiera —repuso, alejándose—. Sólo intentaba ser de ayuda.
—No —recapacitó Ada—. No se vaya.
El hombre retiró la silla y se sentó.
—Me llamo Norman —se presentó.
Ada lo miró.
—Ada —declaró—. Ada Vaughan. —Se sintió bien. Ada Vaughan.*Modiste*.
El camarero le llevó otro cóctel y un martini para el hombre.
—Salud, Ada —brindó, levantando la copa—. Por usted.
La invadió una sensación de cansancio. No quería hablar, no quería compañía. Quería estar sola.
—Perdone, pero, si no le importa, me gustaría estar sola —dijo.
El hombre arqueó una ceja, perplejo y dolido. Se encogió de hombros, se levantó y se fue sin decir palabra. Le llegó el perfume de la pipa.«*St. Bruno*.»Lo que fumaba su padre. «De hebra gruesa.» «Norman era un buen hombre —pensó Ada—, en cualquier otro momento podría haberme ido con él. ¿Por qué los hombres buenos siempre aparecen a destiempo?»

Fue la última en salir del bar, a las cuatro de la mañana. El maître la agarró por el codo para bajar la escalera.

—Nada de clientes hoy, ¿eh? —observó—. No estás en condiciones. ¿Tienes que ir lejos?

—No —repuso Ada—. No.

Dio un traspie al pasar delante del conserje. El maître decía que no con la cabeza. «Esta vez no hay tajada.» Salió por la puerta giratoria a la tenue y limpia luz del alba. El sol amarillo limón proyectaba sombras, y el cielo, de un topacio claro, amenazaba lluvia.

—Hace falta que caiga una tormenta —opinó el conserje—, que limpie el aire.

Se sentía mareada. Apoyó una mano en el cristal de la tienda de la esquina. Veía lucecitas. Se rio tontamente, le dieron arcadas y vomitó en la acera. Se apartó: el vómito le había salpicado los zapatos y el bajo del vestido. Tendría que lavarlo. Meterlo y sacarlo en la minúscula pila. Quizá la organza fuese floja, pero también era peleona. Tendría que golpearla para que se estuviera quieta, mantenerla sujeta bajo el agua hasta que se ahogara. Los pies le resbalaban en los zapatos, de manera que se los quitó, dando saltitos sobre un pie, sobre el otro, abriendo las tiras para desembarazarse de ellos. Los cogió. Como la canción,*De puntillas por los tulipanes*. Había un policía a la puerta de su casa, un poli viejo. «*Conozco a un policía viejo y gordo, siempre está en nuestra calle*—solía cantar su padre cuando ellos eran pequeños—. *Un hombre gordo, con la cara como un tomate, no le falta un detalle.*»

Intentó pasar por delante.

—Agente.

—No puede entrar, señorita —advirtió—. Se ha producido una desgracia.

—Qué, si se puede saber...

—Un asesinato —respondió el policía—, lisa y llanamente.

—Ah. Esto... —Ada puso cara de sorpresa—. Es que yo vivo aquí. —Dio un paso atrás y señaló hacia lo alto—. Ahí arriba. En el último piso.

—¿Y usted es...?

—Ada —contestó, abriendo bien la boca para hablar alto y claro, la elocución precisa, «electrocución». Borracha como una cuba. «El lenguaje, Ada, el lenguaje»—. O Ava. —Se

mordió el labio inferior—. Como usted prefiera —añadió, hipando. Y se tambaleó y se tuvo que agarrar al policía para no caerse.

Él la cogió por la muñeca.

—¿Apellido?

Ada lo miró extrañada. Ese poli no era precisamente simpático.

—Vaughan —contestó—. Ada Vaughan.

—Muy bien, Ada Vaughan, creo que será mejor que me acompañe a comisaría —dijo.

—¿A comisaría? —Le tenía la muñeca agarrada con una mano, y con la otra buscaba algo en el bolsillo. Sacó unas esposas y se las puso a Ada.

—¡Ada! —Scarlett se le acercó corriendo—. Ada, declárate culpable —aconsejó—. Facilitará las cosas. Sólo te caerá una multa.

Ada estaba confusa. Entonces, en un ramalazo de sobriedad, le vino a la memoria una imagen: Stanislaus. Ella había dejado el gas abierto. Habría muerto.

—Fui yo —afirmó—. Yo lo maté.

El policía cruzó con ella la calle y la hizo entrar en el furgón. Ada se sentó en el duro banco, la cabeza dándole vueltas. ¿Se revolvería, tratando de respirar mientras sus pulmones quedaban carbonizados y la garganta se le cerraba? ¿Clavaría las uñas en la pared, intentando escapar, intentando cerrar el gas? ¿Persistiría el hedor de su carne en las chimeneas?

—De-li-be-ra-da-men-te —añadió.

Le había dado su merecido.

TRES

LONDRES, NOVIEMBRE DE 1947

Pasaron meses hasta que se fijó la fecha del juicio, encerrada en aquella celda con azulejos blancos, tizne de hollín y la ventana con barrotes en la parte alta de la pared. La dejaban salir una vez al día para vaciar el cubo y caminar por el patio. Casi habría preferido estar ocupada en la casa del comandante antes que estar atontada en esa prisión, sin que nadie la visitara, ni siquiera Scarlett, ya que el señor Wallis dijo que quizá tuviese que testificar, así que no podía ir.

—No culpable —le dijo a su abogado, el señor Wallis. Lo había hecho ella, lo confesó todo, pero no quería que la colgaran por Stanley Lovekin, dar su vida por la de él. No se lo merecía.

El señor Wallis era joven, parecía un colegial. No pronunciaba las eses, le salían con fuerza y escupía. Se pasaba la lengua por los labios para borrar la saliva, miraba a Ada. Ése era su primer homicidio, le dijo, pero era el único abogado que estaba dispuesto a representarla de balde. Tuvo que ir a juicio con el uniforme de presidiaria, una falda gris que le colgaba por detrás y una blusa verde floja. Le habría gustado llevar su propia ropa, pero el señor Wallis le dijo que la casera lo había tirado todo en cuanto la policía acabó. Lo único que tenía era el vestido de organza azul que llevaba puesto aquella noche, y los polis se lo llevaron como prueba. Vaya par, Ada y el señor Wallis: él, que parecía que se había quitado los pantalones cortos el día antes, y ella, con su uniforme de presa y los feos zapatos de cordones. Sin tan siquiera un toque de pintalabios.

La galería estaba abarrotada a pesar de ser noviembre. La niebla era tan densa que los cobradores se veían obligados a caminar delante de sus respectivos autobuses. Había acudido mucha gente a presenciar el juicio, como si se tratara de un espectáculo público. Su madre debía de saber que la iban a juzgar; el señor Wallis le había dicho que había aparecido en todos los periódicos. Se preguntó si estaría allí, si la habría perdonado. «Pase lo que pase, Ada, eres mi hija, y te quiero a las duras y a las maduras.» Lo más probable era que su madre renegara de ella. «No, se equivocan ustedes, es otra Ada Vaughan. Mi Ada desapareció, antes de que estallara la guerra.» Quizá su padre pudiera verla desde el cielo: «Todo irá bien, Ada, hija. He hablado con tu representante sindical aquí arriba». Risas, guiños. Pensó en Thomas. Tendría casi siete años. La galería se hallaba en un entresuelo, en un nivel superior, de forma que Ada no podía ver quién estaba allí, no desde donde se encontraba. Si conseguía que no la acusaran de asesinato, y el señor Wallis decía que tenía bastantes posibilidades, cumpliría la condena que le impusieran y después iría a Alemania, a buscar a Thomas, por fin.

El jurado se sentó a su izquierda: doce hombres, de mediana edad, a tenor del cano cabello. Tendrían que ser alguien, esos hombres, con propiedades o una gran casa arrendada, en un buen sitio. El señor Wallis aseguraba que resultaba de ayuda contar con hombres. Las mujeres rara vez formaban parte de un jurado, pero podían ser maliciosas, en particular con otra mujer. Ella podía encandilar a los hombres fácilmente, con trajes de fiesta y tacones. El muaré azul, el crepé negro. ¿Esos hombres la considerarían bella con los zapatos planos y la blusa verde de presidiaria? ¿Sin polvos, sin lápiz de labios? El pelo le había crecido, y más de cinco centímetros de raíces castañas hacían que el resto, rubio, resultara estridente y ordinario. Lo llevaba recogido en un bucle victoriano, sujeto con horquillas. Al menos por delante tenía un aspecto pulcro, recatado. Haría lo que pudiera. Pisaría fuerte.

Ya había tenido que ir al lavabo tres veces ese día. El señor Wallis le había dicho que el caso sería difícil. Habría que utilizar muchas dotes de persuasión con el jurado. Él haría cuanto

estuviera en su mano, pero no podía prometer nada. El juez era un hueso duro de roer; y el señor Wallis, joven e inexperto. Dijo que nadie había empleado nunca esa defensa en un caso como el de ella. *Provocación*, la llamó. Salvo que la provocación no fue un único golpe, un acto violento asestado como si de un balancín se tratase, arriba y abajo, sino una mecha larga, lenta, que se fue quemando como una vela a lo largo de los años, el barril de pólvora invisible hasta que finalmente una chispa prendió fuego al sitio, desencadenó un tornado de fuego que atrajo la razón a su vórtice.

Se pusieron de pie cuando entró el juez, el mismo que tomara parte en la lectura del acta de acusación tres meses antes. Era mayor, su cara como una calavera, los ojos hundidos y las mejillas dentadas. Las gafas de leer asentadas en la punta de la nariz, dos manos arrugadas rondando bajo la toga. Parecía un cadáver. Ada se preguntó si estaría enfermo, las ladillas devorándole el alma, royéndole el corazón. Se aferró al barandal del banquillo de los acusados, cuatro dedos arriba, el pulgar debajo. La madera era basta y tenía grabadas las marcas de las uñas de otros pulgares, que se habían agarrado allí como si les fuera la vida en ello. Ada estaba a punto de vomitar.

—Por favor, diga a este tribunal cuál es su nombre completo.

—Ada —contestó—. Ada Margaret Vaughan. —Margaret por su madre.

El escribano leyó los cargos:

—«... en el Juzgado Central de lo Penal, el Rey contra Ada Vaughan..., a la que se acusa del homicidio de Stanley Lovekin la noche del 14 de junio de 1947...»

El techo bajó y las paredes revestidas de madera avanzaron. Ada se sentía débil y pequeña, el juez elevado en su asiento, el jurado en su banquillo, el señor Wallis ante su mesa y el señor Harris-Jones, el fiscal, pavoneándose como si ya hubiera ganado el juicio. Harris-Jones era mayor que Wallis, tenía más experiencia, se notaba por su forma de balancearse sobre los talones y de tocarse el borde de la toga con sus manos de adulto.

Ada empezó a temblar, era como si necesitara un aparato ortopédico en las piernas para sostenerlas, para que no se le doblaran. No estaba segura de poder mantenerse en pie. Ahora entendía lo que significaba eso del peso de la ley. No se refería a la pesada mano del policía en el hombro, «será mejor que me acompañe a comisaría», sino a la gravedad de la justicia aplastándola contra el suelo y reduciéndola a polvo. Alzó la vista a las ventanas en busca de la tierra y el cielo y el horizonte donde se unían ambos, pero estaban altas, y lo único que vio fue la densa flema verde que recorría en masas malolientes las callejuelas y rodeaba las torres de la ciudad.

—¿Cómo se declara la acusada? —preguntó el juez.

Podía decir culpable y acabar de una vez con todo, volver a su celda, pero si lo hacía, la ahorcarían, y no estaba dispuesta a dejarse vencer por Stanley Lovekin. Sobreviviría. Era una superviviente. Una chica con suerte.

—No culpable —afirmó en voz baja.

—Hable más alto —pidió el juez.

En la sala el sonido reverberaba, tendría que proyectar la voz. «Desde el diafragma.» Era como si estuviese oyendo a la señorita Skinner tantos años atrás: «Puede que parezca un cisne, pero si habla como un gorrión, ¿quién la tomará en serio?».

—No culpable. —«Pro-nun-ciar.»

El juez inclinó el cuerpo hacia el señor Wallis.

—No culpable de asesinato, pero culpable de provocación a la comisión de delito de homicidio involuntario —precisó el señor Wallis.

—Gracias. —Escribió algo en el cuaderno que tenía delante. Su bolígrafo era dorado. Debía de valer un chelín o dos—. Ésta es una defensa muy poco común —aseveró el hombre, volviéndose hacia Harris-Jones—. Confío en que habrá puesto en conocimiento de la acusación

la exégesis de la provocación tal como está; ¿es así?

—Así es —confirmó el señor Wallis.

El juez volvió la cabeza para dirigirse al jurado.

—El jurado deberá decidir si hubo provocación suficiente para que la acusada perdiera el control de sus actos, si fue provocada fuera de toda lógica. Por regla general... —el juez se interrumpió y fue mirando a cada uno de los miembros del jurado, miró a Ada, la cabeza gacha, toqueteándose una pielecilla de la uña—, la provocación exige la concurrencia de las siguientes circunstancias. —Levantó la mano, los dedos bien separados—: En primer lugar, presenciar la sodomía del hijo. —Cogió aire y dobló el dedo índice—. En segundo lugar, presenciar el adulterio de la esposa. —Chasqueó los labios y dobló el dedo corazón—. En tercer lugar, la detención ilícita de un ciudadano inglés; y, en cuarto lugar, el maltrato de un pariente. —Expuso la última parte a la carrera, como si estuviera cantando, la voz cada vez más alta, bajando los dos últimos dedos a la vez y volviéndose hacia el señor Wallis al hacerlo.

—Sí, su señoría —dijo éste.

—De manera que sólo queda una última línea de defensa posible. Una muy poco común.

—Sí, su señoría.

—La de maltrato agravado.

—Sí, su señoría.

—Muy bien. —El juez gruñó como una morsa.

El jurado miraba a Ada, ya la estaba juzgando. Las apariencias importan, Ada lo sabía mejor que ninguno de ellos. «Cuando te vi tan elegante creí que eras una clienta.» La verían con la ropa de la prisión, con pinta de ser culpable, la condenarían antes de que empezara el juicio. El presidente del jurado lucía un bigote y una hilera de galones encima del bolsillo de la chaqueta. Un héroe de guerra. Ada no se fiaba de los hombres con bigote, no después de Stanislaus. Se llevó la mano al pelo, para asegurarse de que lo tenía bien, y vio que el señor Harris-Jones se levantaba, amontonaba las carpetas en la mesa que tenía delante y se situaba de cara al jurado. —Para la acusación el caso está claro —aseguró, mirando a los miembros del jurado—. No se cuestiona que el fallecido muriera al serle administrado gas cuando se hallaba inconsciente o dormido. Existe una confesión, corroborada por la prueba, que se puede presentar rápidamente. La única cuestión es si se produjo un maltrato agravado que motivó la pérdida de control de la acusada en unas circunstancias en que una persona razonable en su situación y con sus antecedentes habría obrado de igual forma.

El miedo. Recordaba cómo sabía, cómo le cargaba el cuerpo como si fuese un motor y la dejaba temblando en el sitio. Detrás de ella, en el banquillo, había un policía. Volvió la cabeza, quería mirarlo, arrancarle un atisbo de simpatía, pero el hombre miraba al frente inexpresivo.

—El argumento de este maltrato agravado, miembros del jurado —pronunció las palabras despacio, con cuidado, como si se tratara de un idioma extranjero que nadie entendiese—, se remonta a casi diez años atrás, al comienzo de la guerra.

El señor Harris-Jones habló de Stanislaus von Lieben, un seductor, un canalla y un cobarde, sin lugar a dudas, pero ¿abusó de ella? ¿La maltrató o la insultó? Movié la mano: etcétera, etcétera.

—¿La abandonó? ¿O se separaron en medio de la anarquía imperante en la guerra, sin que fuese culpa de nadie?

Expuso la vida de Ada como si se tratara de un cadáver, diseccionándola. «Ésta es la cabeza, éste es el metro de intestino grueso, el intestino delgado.» Pero no dijo nada del amor o las agallas o el dolor o el miedo, nada de lo que sentía por dentro ella, Ada Vaughan.

Prisionera de los nazis, un embarazo en secreto y un parto. Herr Weiss. Años encerrada en una habitación. Quizá asustada, hambrienta. Un niño pequeño, Tommy, Thomas, en alemán. «Alemán», miembros del jurado. La pérdida de ese hijo.

«¿Tanto la perseguía su memoria como para matar por ella?», su voz sonó sarcástica.

La miraba, haciendo que el jurado siguiera sus ojos, que la vieran vestida como una vulgar delincuente, incapaz de distinguir el bien del mal.

Lovekin. Stanley Lovekin. Stanislaus von Lieben. ¿Había sido el artífice del tormento de Ada durante los últimos diez años, el causante de su sufrimiento? ¿De que cayera en desgracia y pasara a llevar una vida de pecado y desesperación? «¡Oh, vosotros, los que entráis, abandonad toda esperanza!» ¿O sencillamente era un hombre como cualquier otro?

—¿Cuál fue la naturaleza del maltrato? ¿El hecho de que reapareciera? —Hizo una pausa y miró al jurado, hombre por hombre, a cada uno de ellos, antes de volver a mirar a Ada, que estaba en el banquillo, donde apenas se la veía, como un animal enjaulado, o una loca—. Si es que de verdad era él.

—¡Lo era! —chilló Ada.

—Silencio —ordenó el juez.

Ada se dio cuenta de que ese hombre no tenía corazón.

El jurado tenía su confesión. «Yo, Ada Margaret Vaughan...» Ada la había firmado. Un policía dijo que había encontrado el cuerpo en la cama, llevaba sólo una camisa y un chaleco, sin pantalones. Olía a whisky. Un detective afirmó que las únicas huellas que había en la llave del gas eran las de Ada, y también en la ventana, allí donde había echado las cortinas, y lo mismo en la parte inferior de la puerta, donde había puesto el burlete para que no entrara aire. Ésos eran los hechos del caso. Incuestionables. Culpable de asesinato. Pero ¿homicidio involuntario? ¿Provocación? ¿Maltrato agravado?

La hermana Brigitte había engordado desde la guerra. Iba a declarar como testigo, y allí estaba, con un griñón almidonado, limpio, y un escapulario gris marengo sobre la túnica negra, el crucifijo de latón lanzando destellos con las luces eléctricas. Resultaba extraño verla allí, en Londres. Era como si su sitio fuese otro, el continente, la guerra.

Sí, Ada había buscado refugio en la casa de la madre superiora, en Namur. Según creían, se había separado de su esposo, Stanislaus von Lieben. Después de que los nazis ocuparan Bélgica, internaron a las monjas británicas, las llevaron a Múnich, donde las obligaron a cuidar de ancianos.

La hermana Brigitte. Sus palabras hicieron que los recuerdos de Ada cobraran vida, reanimaron el cadáver que había presentado el señor Harris-Jones. Ada era consciente de que estaba temblando. Oía las bombas y los gritos, le olía a cordita y a quemado, y al miedo que la rodeaba aquel día en Namur.

—Si se hubiesen negado a cuidarlos, ¿les habrían pegado un tiro? —planteó el señor Harris-Jones.

—Posiblemente —respondió la monja—. Nunca hicimos la prueba.

—¿No intentaron oponer resistencia?

La hermana Brigitte miró al fiscal con dureza, como si pudiera verle el alma.

—Nuestra vocación es cuidar de los ancianos, allí donde sea necesario y siempre que sea necesario —repuso—. Nuestra vocación no entiende de política ni de guerra. Ni la vejez tampoco.

—Nobles principios —apuntó el señor Harris-Jones—. Prácticos, a la vista del régimen más diabólico de la historia, ¿no le parece?

—Sólo los que carecen de principios recurren al cinismo —espetó la hermana Brigitte, mirándolo a los ojos.

Mantuvo la mirada hasta que él la desvió hacia sus notas. La hermana Brigitte había amilanado a los nazis, de manera que no la iba a confundir un abogado servil, por mucha categoría que tuviese.

—Tengo entendido que se quedaron ustedes en Múnich varios meses después de que finalizara la guerra, ¿es así? —inquirió el fiscal—. ¿Podría decirme por qué?

—No podíamos abandonar a los ancianos. No hasta que estuviésemos seguras de que se encontrarían bien atendidos.

—La acusada, Ada Vaughan... —empezó el señor Harris-Jones.

—La hermana Clara.

—La hermana Clara. ¿Es así como se la conocía?

—Sí.

—¿Trabajaba?

—Sí. No era enfermera titulada, pero podía desempeñar labores domésticas.

—¿Y se comportaba como una monja?

—Sí, lógicamente —replicó la hermana Brigitte.

—Y los nazis no llegaron a saber nunca que no era quien decía ser, ¿no? Ni siquiera estando embarazada.

—Llevaba un hábito prestado, de una monja mucho más corpulenta que ella. No se le notaba.

—¿Y cuando dio a luz?

—Por suerte no hubo complicaciones. El niño nació por la noche, y nuestra celda quedaba fuera del alcance del oído de los soldados.

—¿Una coincidencia?

—No. Buena suerte. —La hermana Brigitte sonrió—. Rezamos. —Ada conocía esa sonrisa—. La Virgen María velaba por nosotras.

—¿Y el niño? ¿Qué fue de él?

La hermana Brigitte tragó saliva y miró a Ada. ¿A quién vería en el banquillo? ¿En qué estaría pensando?

—El niño nació muerto.

«No.» Su delicada piel, púrpura y azul marmóreo, igual que la guarda de un devocionario. Ada apartó entonces el borde de la toalla para poder verle la cara y recordarla. Tenía los ojos cerrados e hinchados, surcados de profundos pliegues. Las manos eran dos puñitos pegados a las mejillas. No tenía pelo, en la cabeza quedaban restos de sangre y de mucosidad. Estaba allí tendido con los hombros desnudos y arrugas en el pequeño cuello. Dormía.

Estaba vivo.

Ada recordó que la estola negra ondeaba en el bolso del padre Friedel con la respiración de Thomas, las aletas de la nariz hinchándose cuando el aire inundaba sus pulmones, cuando movía el pecho, dentro, fuera, dentro, fuera. Era su respiración, no el aire que se creó en el bolso al cerrarse.

La hermana Brigitte lo bautizó para que no fuese al limbo, sostuvo la mano de Ada cuando el padre Friedel se fue.

—Que su pequeña alma descanse en paz. Dígalo conmigo, hermana Clara.

—No —dijo Ada—. No ha muerto.

—Dívalo conmigo, hermana Clara: «Dale, Señor, el descanso eterno. Brille para él la luz perpetua. Descanse en paz. Amén».

No, Thomas estaba vivo.

—¡Estaba vivo! —vociferó entonces Ada—. Hermana Brigitte, estaba vivo.

—Señorita Vaughan —terció el juez—, silencio.

—¿Qué pasó después?

—El sacerdote nos ayudó. Se llevó el cuerpo del niño de tapadillo.

—¿Adónde?

La monja se encogió de hombros.

—No lo sabemos.

—¿Qué hizo con el cuerpo?

—No lo sabemos, pero se celebraban funerales casi a diario. Quizá introdujera el cuerpo del pequeño en el ataúd de algún anciano. Nadie lo descubriría.

—¿Y la hermana Clara?

La monja miró a Ada. En su mirada había ternura y también arrepentimiento.

—Le resultó difícil aceptarlo.

—¿Que el niño estuviera muerto?

—Sí.

—¿Qué hicieron ustedes?

—La depresión posparto es una dolencia terrible en sí —contestó la hermana Brigitte—. No podíamos permitir que empeorara. Lo más sensato era seguirle la corriente.

—Quiere decir mentirle, dejar que creyera que el niño estaba vivo, ¿no?

—A veces una mentira piadosa es lo mejor, responde a un bien mayor. Dios perdona esos pequeños pecados veniales.

«No —pensó Ada—, no.» No era eso lo que había pasado. Thomas estaba vivo, y la hermana Brigitte lo sabía. ¿Por qué decía eso?

—Y cuando ella volvió al finalizar la guerra, ¿siguieron manteniendo esa mentira piadosa?

—Tuvimos que hacerlo —repuso la monja—. Se hallaba en pésimo estado. Estaba medio muerta, había perdido el juicio. No podría asimilar la noticia.

—¿Intentó encontrar a su hijo?

—Sí.

—Y, entonces, ¿no se lo dijeron?

—Pensamos que era mejor que intentara encontrarlo, y que averiguara por su cuenta que no lo podía localizar, antes que decirle que había muerto. Pensamos que el hecho de albergar esperanza contribuiría a su recuperación.

—Usted sabía que ella mentía, ¿no es así?

—¿Cómo dice?

—En lo de estar casada.

—No emití ningún juicio a ese respecto.

—La hermana Monica le dijo que Ada Vaughan no estaba casada con Stanislaus von Lieben. Su pasaporte estaba expedido a nombre de Vaughan, y Vaughan era su apellido de soltera. Tenemos una declaración jurada de la hermana Monica que lo atestigua. Miembros del jurado —se volvió hacia los hombres, que se hallaban sentados en filas, las manos en las respectivas carpetas—, prueba número uno del procedimiento. Ada Vaughan lucía una arandela de cortina a modo de alianza matrimonial. Sin duda, usted sabía que era una mentirosa. Que fantaseaba.

—Estábamos en guerra —respondió la hermana Brigitte—. Todo era confuso, terrible. La gente hace lo que sea para sobrevivir. Yo no condenaría a alguien por eso.

—Ha dicho que estaba usted por encima de la guerra.

—Tergiversa usted mis palabras. He dicho que la vejez no entiende de guerra.

Eso era lo que hacían los abogados. Exponían los hechos sacándolos de contexto, para torcerlos, como un cuadro ladeado en una pared o uno de esos espejos de los parques de atracciones en los que uno se ve achaparrado o alargado. A Ada le entraron ganas de gritarle al

jurado: «¿Es que no ven lo que está haciendo?».

—¿Fue a visitarla Ada Vaughan cuando volvió usted a Inglaterra?

—Por desgracia, no. —La monja negó con la cabeza—. Habría sido bien recibida.

—Permítame que se lo pregunte una vez más: ¿está usted segura de que su hijo murió?

—No tenía pulso, el corazón no le latía, no respiraba. El niño nació muerto. No cabe la menor duda.

—Entonces, Ada Vaughan mentía cuando decía que estaba vivo.

—Se engañaba a sí misma, que no es lo mismo.

—Fantaseaba —observó el señor Harris-Jones—, que es lo mismo.

La hermana Brigitte dejó el estrado, besó el crucifijo y abandonó la sala sin girar la cabeza. Ada tendría que haber ido a verla, sí. Pero ¿de qué habrían hablado? «¿Recuerda usted cuando...?» No había dicha ninguna, ninguna alegría en volver la vista atrás. Únicamente desolación y tristeza.

Ada volvía a ocupar su celda al término de la primera jornada. El señor Wallis fue a verla con unos sándwiches y una botella de soda de jengibre, la cara como una comadreja herida.

—El niño estaba muerto —dijo—. Eso no me lo contó.

—No lo sabía —adujo ella.

Las palabras de la hermana Brigitte resonaban en su cerebro. Quería estrellar la cabeza contra la pared, expulsar los demonios que se habían instalado en ella.

—No la podré defender si no me cuenta lo que pasó.

—Lo juro por Dios —insistió Ada—. No lo sabía.

—¿O acaso lo negó, se negó a aceptarlo?

—¿Por qué iba a hacer eso? —replicó Ada, la voz trémula—. No podría.

—¿No? —La pregunta era cruel.

El señor Wallis le dio un mordisco al sándwich, y Ada vio cómo movía la pequeña boca. Ella no podía comer, no en ese momento. Lo único que veía eran las fosas vacías y la piel con manchas de los cadáveres enterrados. El pequeño Thomas tendido en un ataúd con un desconocido, un anciano sin vida, sin amor.

—Muerte. —Estaba sentada con las manos entrelazadas en la cintura y se mecía, adelante y atrás, adelante y atrás, como si el cerebro se le estuviera partiendo en dos, la desesperanza que recordaba una cuña entre ambas partes—. Muerte y oscuridad.

—Hábleme, Ada —pidió el señor Wallis—. Dígame qué pasó.

Ada negó con la cabeza y siguió meciéndose, meciéndose.

La mañana siguiente la galería también estaba llena. Ada se volvió en el banquillo para intentar ver quién se encontraba allí. Quizá ese día hubiese ido su madre.

El señor Wallis le había advertido que la acusación saltaría a su debido tiempo, como una caja sorpresa, llamando a testigos para que el jurado la viese de determinada manera. Su cometido era demostrar que no existía provocación. Dijo que llamaría a Scarlett, aunque Ada no comprendía la razón: Scarlett no tenía nada que ver con la guerra, ni con Stanislaus, ni siquiera sabía nada de Thomas, y no había visto nada la noche que murió Stanley Lovekin. Ada, en el banquillo, estaba nerviosa y crispada.

Scarlett entró en la sala. Zapatos de tacón bajo, abrigo de cuadros andrajoso, pañuelo atado al cuello, la cara sin maquillar. Podría ser cualquiera, una mujer corriente, anónima.

—¿Podría decirme cómo se llama? —preguntó el señor Harris-Jones.

—Joyce Matheson. —Era la primera vez que Ada oía su verdadero nombre.

—¿Cuál es su relación con la acusada, Ada Vaughan?

—Somos amigas.

—¿Buenas amigas?

—Sí, bueno, nos ayudamos mutuamente.

—¿Y su ocupación?

Scarlett adelantó la barbilla y miró al jurado.

—Soy prostituta. —Scarlett no temía a la ley, así que ¿qué más daba? Ya había estado delante del juez más veces, tenía experiencia.

—¿Es Joyce Matheson su único nombre?

—A veces me hago llamar Scarlett. Cuando trabajo.

—¿Y utilizan todas las prostitutas un alias? —inquirió el fiscal.

—Algunas.

—¿Lo utilizaba Ada Vaughan?

Ada cogió aire: la estaban haciendo parecer una fulana. Dos miembros del jurado meneaban la cabeza. Ada sabía la clase de hombres que eran: puñeteros cristianos. Baptistas. Le entraron ganas de gritar: «¡El que esté libre de pecado que tire la primera piedra!». Se hallaba en un tobogán, arriba y abajo, una y otra vez, temerosa de lo que pudiera llegar.

—Ah, sí —decía Scarlett—. Se hacía llamar Ava Gordon. Ava, por la estrella de cine, ¿sabe? Ava Gardner. —El fiscal asintió, le daba cuerda—. Lo de Gordon no sé de dónde salió. De la ginebra, quizá. Le gustaban los damas rosa —sonrió, entusiasmándose con el tema—. Lo de Scarlett es por *Lo que el viento se llevó*; ¿la ha visto usted?

Harris-Jones la estaba incriminando, y ahora le había tendido una trampa y Scarlett había caído en ella. Ada vio que Scarlett no paraba de moverse.

—¿Diría usted que Ada Vaughan es una prostituta vulgar y corriente?

—Vulgar y corriente no —repuso Scarlett, mirando a Ada—. Con clase. Cobraba más que las chicas de la zona oeste. —Sonrió, haciendo un mohín de satisfacción: estaba orgullosa de Ada, orgullosa de ser su amiga—. Claro que ella no hacía un trabajito de quince minutos. Trabajaba en el Smith's.

—Como decía, una prostituta vulgar y corriente —repitió el señor Harris-Jones con una sonrisilla desdeñosa.

—No —porfió Scarlett. Se había puesto roja, y Ada vio que se había irritado—. No hacía la calle, no abordaba a los clientes. No hacía nada por el estilo. Vamos, que sólo lo hacía para sacarse un dinerillo extra. No hay nada malo en eso.

—Un dinerillo extra o un oficio, tanto da. Vender el cuerpo a cambio de sexo es prostitución.

—Era una chica alegre —afirmó Scarlett—, nada más. Con un corazón de oro. Los caballeros con los que se iba lo sabían apreciar.

—¿Con dinero?

El cabello plateado del señor Harris-Jones se erizó bajo la peluca. Ada lo podía imaginar en el Smith's: «¿Está usted sola? ¿Me permite que me una a usted?». Había estado con algunos abogados. Y también con jueces. Quizá fuese uno de ellos, con la peluca no lo reconocería. Tenía toda la pinta. Y actuaba igual: sintiéndose culpable después, acusando a Ada de sus pecados, como si fuese culpa de ella que hubiera dejado a su esposa en casa con los quehaceres domésticos y algún extra. ¿Qué era eso si no era pagar? Eso era todo cuanto hacía el matrimonio: legalizar el sexo. Una hipocresía. Y por ahí no estaba dispuesta a pasar. Era tan buena como cualquier esposa. No había matado a Stanley por ser prostituta, lo había matado porque era un malnacido perverso, falso.

—¿Cuál era la relación entre Ada Vaughan y el fallecido?

Scarlett se movía nerviosa.

—Yo no lo conocía —aseveró.

—Pero había oído hablar de él, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—No.

—¿Cuál era la naturaleza de su relación?

—¿Usted qué cree? —espetó Scarlett.

—Gracias. —El señor Harris-Jones miró sus notas, levantó la cabeza y miró a la cara a Scarlett—.

Una pregunta más. ¿Mencionó alguna vez Ada Vaughan lo que hizo en la guerra?

«¡Naturalmente que no!», quiso gritar Ada. ¿Por qué iba a hacerlo? Siempre se había mostrado reservada.

—No —contestó Scarlett—. No hablábamos nunca de la guerra. Era mejor dejarla atrás, eso es lo que decíamos.

—Gracias, señorita Matheson —replicó el fiscal—. No hay más preguntas.

Scarlett dirigió a Ada una mirada comprensiva: «Lo siento, cariño. He hecho lo que he podido». Tenía que prestar declaración, aseguró el señor Wallis, no podía escabullirse. Aun así, Ada no veía por qué estaba allí, diciéndole al jurado lo que hacía para ganar un dinero extra.

—¡Lo hice por Thomas! —exclamó Ada—. Estaba ahorrando para él, para traerlo a casa. Pero ahora piensan que ha muerto.

—Señorita Vaughan —el juez se inclinó hacia delante—, mi paciencia se está agotando. Ya tendrá ocasión de defenderse más adelante. Hasta entonces, guarde silencio o me verá obligado a expulsarla de la sala.

El señor Wallis dijo que no tenía preguntas.

La casera era la siguiente testigo, la Biblia en la mano, jurando por Dios Todopoderoso. Ada no la había perdonado por tirarle las cosas, dejándola sin nada que ponerse. Había pagado la habitación por adelantado, no tenía ningún derecho a deshacerse de sus cosas. Probablemente la hubiese alquilado ya. Estafadora.

El señor Harris-Jones se levantó.

—¿Estaba usted al tanto de la ocupación de la acusada cuando le alquiló la habitación?

—Sólo te pueden acusar de llevar un burdel si se utilizan todas las habitaciones —dijo la casera—. Yo tengo las manos limpias.

—Conozco las leyes a ese respecto —aseguró el abogado—. Le preguntaba si estaba usted al tanto de la ocupación de la acusada.

—Dijo que trabajaba en Lyons —repuso la mujer—. Claro que me pregunté cómo se podía permitir la habitación con el salario de un *anippy*, pero, como salía por las mañanas con el uniforme, no lo puse en duda.

—¿Cuándo descubrió la verdad?

—Cuando empezó a llevar al chulo, al rufián, llámelo como le plazca.

—¿Stanley Lovekin?

—No, otro. De nombre extranjero. Un negro. —Lo dijo con voz nasal.

El juez se echó hacia delante y carraspeó.

—¿Se refiere usted a Gino Messina?

—Sí, a ése.

Ada sabía lo que estaba pensando el jurado: sólo las prostitutas van con negros. Moral disoluta. La casera lo había dicho a propósito; Gino no era negro, y lo único que le había dicho Ada es que era su prometido. Era imposible que la casera supiera más. Se lo estaba inventando.

—¿Por qué pensó que él la prostituía?

—Mi cuarto está justo debajo del suyo, y ahí subía toda clase de hombres, se lo aseguro. Esa cama hacía el mismo ruido que un burro con un diente malo.

—¡No es verdad! —gritó Ada.

La muy caradura. Gino y ella no tenían sexo siempre, no todas las semanas, y ahí estaba esa mujer insinuando que lo hacía toda la noche, cada noche, con un fulano cualquiera.

—Señorita Vaughan —terció el juez, mirándola por encima de las gafas, con el ceño fruncido—. Se lo advierto una vez más. —Hizo una señal afirmativa al fiscal—: Continúe.

—¿Qué más cosas oyó? —quiso saber el señor Harris-Jones.

—Peñas. Unas peñas terribles. Podrían haberlas oído al otro lado del río.

—¿Por qué se peleaban?

—Por dinero. Todo el tiempo. O ella no le daba bastante o él no le daba bastante.

—¡Está mintiendo! —vociferó Ada.

—Señorita Vaughan —dijo el juez, la voz grave—, si vuelve a perder los estribos, será desalojada de la sala.

—Esa bruja cotilla debía de tener la oreja pegada a la puerta —adujo Ada. Y, al ver que el juez fruncía el ceño, añadió—: Perdón.

El señor Harris-Jones, que antes miraba al juez, se volvió hacia la casera.

—¿Y la noche del asesinato?

—Bien —la mujer frunció los labios y negó con la cabeza—, quienquiera que fuese el tipo al que subió había bebido lo suyo, estaba claro. Subió la escalera dando tumbos. La oí gritar, y luego ya no se oyó nada más. Me resultó inquietante, ¿sabe usted? No era normal. La cama crujió un poco, y pensé que estaban dormidos. Después la oí ir al lavabo, porque está abajo, en la parte de atrás. Luego no oí nada más, y luego oí a gas.

—¿Y?

—Miré arriba y vi la salchicha aquella, la que utilizaba para que no entrara corriente, fuera. Aporreé la puerta, pero no abrió nadie. No quería entrar, así que bajé corriendo y fui directa al White Lion. Les pedí que llamaran a la policía y a los bomberos.

—¿Está segura de que no había nadie más con ellos? ¿De que nadie más entró en la habitación o salió de ella?

—No —aseguró la casera—, sólo estaban ellos dos. Tenían que pasar por delante de mi casa, y yo lo oigo todo. To-do.

Ada sabía que la casera habría hecho cola para testificar contra ella. Lo que fuera para hacer leña del árbol caído. Probablemente se hubiera quedado con toda la ropa de Ada y la vendiera para lucrarse. El señor Wallis negó con la cabeza, como si estuviese demasiado asustado para arriesgarse a plantarle cara a la mujer. ¿Es que no veía que estaba mintiendo? Debía emplear uno de esos trucos ingeniosos que los abogados hacían con las palabras para que la testigo dijera la verdad. Pero, en vez de eso, se levantó y se alisó la toga como Ada había visto hacer al fiscal. Seguro que lo hacían para darse importancia.

—¿Le gusta beber? —preguntó.

—Me gusta tomar una cerveza negra por la noche —respondió—. Me ayuda a dormir.

—Gracias. —El señor Wallis sonrió, como si hubiese salido vencedor en una discusión, y no se molestó en hacer más preguntas.

—No llamarán a Gino, ¿no? —le preguntó Ada a Wallis en el receso—. No soportaría verlo. No sé qué haría.

—Les habría gustado, pero se negó a testificar —contestó el hombre.

—¿Por qué? —Ada sabía que nunca la había querido, pero quizá tuviese algo de decencia, después de todo: no quería mancillar su nombre.

—¿Es que no lo sabe? —replicó el señor Wallis—. Está en la cárcel.

—¿En la cárcel? ¿Por qué?

—Le cayeron tres años por darle una paliza a una prostituta en Mayfair.
«Consecuencias, Ava, consecuencias.» Debía de haberle dado una buena zurra si se iba a pasar tanto tiempo en prisión.

—¿Se encuentra bien? —se interesó Ada—. ¿La mujer se encuentra bien?

—Creo que sí —dijo—, pero si testificara ahora, se arriesgaría a que lo acusaran de vivir del lenocinio.

Ada cerró los ojos y apretó los puños. Había sido una estúpida. Una maldita estúpida.

La siguiente en testificar fue la encargada. Bien vestida, con un traje de chaqueta negro elegante, zapatos de tacón negros. Y tenía el valor de lucir las medias de nailon que Ada le había vendido. Sintió ganas de preguntarle, para que lo oyera toda la sala: «¿De dónde ha sacado esas medias?».

La encargada confirmó que Ada trabajaba *denippy*, se preguntaba cómo podía permitirse una habitación, vivir sola. Se preguntaba cómo la había conseguido, escaseando como escaseaban las casas y demás.

—¿Y qué le dijo la acusada?

—Que su abuela había muerto y le había dejado algún dinero.

—¿La creyó usted?

La mujer se estiró la chaqueta y miró a la cara a Ada.

—No.

—¿Cree usted que mentía?

—Sin duda.

Hipócrita. Fue a verla con una alegría de la casa, se tomó una taza de té. «Qué sitio tan bonito, Ada.»

Ada vendía a las otras *nippies* medias de nailon, contó. Cupones de ropa, cupones de pan. Había de todo.

—¿Dijo de dónde sacaba esas cosas?

—No —repuso la encargada. Y cambió el peso del cuerpo al otro pie. Se suponía que ella no debía enterarse—. Yo nunca compré nada, entiéndame bien —añadió—. Nunca compro nada de estraperlo. —Ada abrió la boca para decir: «Mentirosa», pero el sonido se le ahogó en la garganta. El juez frunció el entrecejo—. Nunca se hacía en el establecimiento —decía la encargada—, ni en el Corner House ni en Lyons.

—Cíñase a la pregunta. ¿De dónde sacaba las cosas?

—Creo que tenía un novio.

—Una última pregunta —dijo el fiscal—. ¿Alguna vez le contó la acusada dónde estuvo durante la guerra?

—No. Me pilla de nuevas.

Miró a Ada como si no la hubiera visto nunca. Acto seguido dejó el estrado y Ada vio cómo se alejaba; en las medias, cerca del tobillo, tenía una carrera pequeña, que había parado con un pegote de esmalte de uñas.

Ada se preguntó a cuántos más de esos supuestos testigos llamaría el señor Harris-Jones para tergiversar la verdad. Estaba pintando a Ada como si no fuese más que una prostituta codiciosa, corriente. Esperaba ver a su madre de un momento a otro. «¿Mi hija? ¿Escaparse con un amante? Mentira, todo mentira.» La señorita Skinner: «¿Ada Vaughan? ¿El gorrión que quería ser un cisne? Pura fantasía». Los caballeros con los que había trabado amistad no responderían de ella. «Fue una suerte salir con vida de allí, se lo aseguro.» ¿Y qué les dirían a sus esposas? La señora Bottomley y sus amigas la abandonarían como a un perro sarnoso. «No conozco a esa mujer.» Brujas presumidas. La señora B. al menos habría podido responder de ella, pero el

señor Wallis dijo que habían hecho averiguaciones y que descubrieron que había muerto en la guerra, en la tienda, durante un bombardeo de la Luftwaffe. *Madame Duchamps, modiste*. La única persona que quizá hubiese creído a Ada había volado en mil pedazos.

—Me atrevería a decir que Ada Vaughan mintió para obtener el pasaporte —estaba diciendo el fiscal—. Probablemente falsificara la firma de su padre. Mintió a las monjas, a su jefa, a su casera. Y jamás, ni una sola vez, habló de sus vivencias durante la guerra. ¿Por qué?

«¿Por qué? —Ada deseó gritar—: ¡No dije nada porque nadie habría escuchado!» Era poco lo que la gente quería saber de la guerra, nada si la historia de uno no encajaba. Así que era mejor mantener la boca cerrada.

—Las mujeres no saben guardar un secreto. —El abogado sonreía al hablar, un hombre de mundo dirigiéndose a otros hombres—. Sabemos cómo son las mujeres, lo que hacen es chismorrear. Sin embargo, Ada Vaughan no mencionó ni una sola vez esas cosas, incluida la pérdida de su hijo.

Hizo una pausa, el rostro tiñéndose de gravedad. «Es un actor», pensó Ada, nada más, trataba al jurado como si aquello fuese una obra de teatro y ellos fueran el público. Todo era una farsa.

—¿Qué clase de madre no habla de su dolor? Ella nunca mencionó que había perdido a su hijo en la guerra. Escondió el asunto bajo el felpudo como si fuese polvo. Un hijo bastardo, porque eso, miembros del jurado, es lo que era. ¿Pudo ser ésa la piedra angular de la provocación de Stanley Lovekin, hasta el punto de que Ada Vaughan perdiera el control? ¿Y lo asesinara? ¿Por ese hijo del que jamás dijo ni palabra, por el que, debemos colegir, no se preocupaba?

—Respiró hondo—. Además —añadió—, la acusada desearía que creyeran ustedes que el fallecido, Stanley Lovekin, no era otro que Stanislaus von Lieben, un ciudadano húngaro contra el que presuntamente tenía un motivo de queja que se remontaba a las experiencias vividas durante la guerra, las mismas experiencias de las que nunca habló. Jamás mencionó a Stanislaus von Lieben, ni una sola vez, hasta ahora, en esta sala. Es un testigo silente, ausente. A veces, estos testigos que no pueden testificar son los mejores. —Cogió su carpeta—. Les ruego consulten la prueba dos. Como pueden ver, en la documentación de Stanley Lovekin consta que nació en Bermondsey, en el sur de Londres, en 1900 y nunca ha salido de este país.

«¡Lógicamente —sintió ganas de gritar Ada—, porque no tenía pasaporte! Al menos no británico.» Su pasaporte era robado, extranjero. Le pidió a ella que se procurara el suyo antes de marcharse, para ir sobre seguro, para poder subirse al carro. Ahora lo sabía.

—Ésa fue, claro está, otra fantasía —decía el señor Harris-Jones—, que se inventó la acusada para justificarse. No hay ninguna prueba de que Lovekin y Von Lieben fuesen la misma persona, y mucho menos de que la llevara al extranjero y la abandonase. Si existe, sin duda se trata de un secreto mayor que el de la construcción de la bomba atómica. —Hizo una pausa y miró de nuevo al jurado, esperando a que asintiera. Acto seguido se echó hacia atrás la toga y se sentó. Ada comprendió que el señor Wallis lo iba a tener complicado. «Todo irá bien —le dijo cuando se reunió con ella al finalizar el día, el sonido de las puertas metálicas al cerrarse resonando en el corredor—. Tranquila.» La verdadera historia se reconstruiría, como si de ladrillos se tratase, uno por uno. Stanislaus, Stanley. Que la abandonó, la arrojó a los leones sin que le preocupara lo más mínimo. Que a Ada aún la afectaban esas cosas, la siguieron atormentando, preocupando, como si fuese un conejo atrapado en un lazo, durante ocho largos años. Que no pudo oponer resistencia a Stanley cuando lo volvió a ver. Ni siquiera pudo salir corriendo, no teniendo detrás a Gino Messina. Tuvo que esperar a que llegara el momento adecuado. «Ya lo verá —aseguró—, cuando le toque el turno de declarar.»

Ada se esforzó todo lo que pudo. Pidió prestada una barra de labios a una de las celadoras, se lavó el pelo y se lo cepilló hasta dejarlo brillante, se hizo un rulo y lo sujetó con horquillas. Se

puso una chaqueta de punto encima de la blusa, que se abotonó hasta el cuello, y se quitó la mancha de salsa de la falda para que estuviera limpia y arreglada. Echó saliva en los zapatos y los frotó hasta sacarles lustre. La seguridad nace en el interior. Las apariencias importan.

Nunca había tenido que pronunciar un discurso. Nunca había tenido que hablar en público.

—Sea usted misma —aconsejó el señor Wallis—, dígales lo que sabe.

Se lo decía a sí misma cada noche desde que nació Thomas, una y otra vez. Pero para sí, no en voz alta. Nunca había contado en voz alta su historia.

El señor Wallis la animaba y la preparaba: «Empecemos por el principio, señorita Vaughan». Se atragantó más de una vez, pillada como el rayón en los bordes irregulares de la memoria; tiró con fuerza de los hilos.

—¿Y Thomas? —se interesó el señor Wallis—. Háblenos del pequeño Thomas.

Ada se agarró al estrado para no flaquear.

—¿Nació muerto o vivo?

Ada no solía llorar, pero notó que las lágrimas se le agolpaban a los ojos, sabía que la sola mención de él haría que cayeran en cascada al suelo. No había hablado nunca de Thomas, ni siquiera había pronunciado su nombre en voz alta, no hasta ese momento, cuando tenía que hablarle de él al señor Wallis y contarle absolutamente todo lo que había sucedido en su guerra, la guerra de una mujer, nada que ver con la guerra de su madre, «No tienes ni idea de lo que hemos sufrido», nada que ver con la guerra de los soldados, con sus héroes y sus lisiados y los «Recibió menciones de elogio por su valor en combate, lo propusieron para recibir una medalla». Una guerra que no había existido. Nadie había escuchado hasta ese momento. A nadie le había importado.

—No lo sé. —Reprimió las lágrimas, estremeciéndose.

—¿Por qué no lo sabe? —preguntó el abogado.

Ella se paró a pensar, miró al jurado. ¿Era simpatía lo que veía en sus ojos? «Podría haber sido usted mi hija. Una muchacha normal y corriente, tocada por la tragedia.»

—¿Han vivido alguna vez con la muerte? —repuso—. No la muerte cotidiana de los tiempos normales, sino la de cada día, cada hora. Vivir y trabajar con cadáveres que vomitan gases y vapores, ver cómo la piel se arruga y fermenta, lavar carne y notar cómo se desprende y te cae en las manos.

La estaban escuchando, Ada lo sabía. Las palabras brotaban de algún lugar enterrado muy hondo.

—Tenía diecinueve años, veinte —contó—. Era sólo una niña. No podía votar ni tampoco casarme, pero sí pudieron hacerme prisionera, dormir con el hedor de la muerte, soñar con putrefacción y descomposición. —Buscaba a tientas las palabras—. ¿Acaso han estado ustedes allí? ¿«En el valle de sombra de muerte»? ¿Excepto junto a una tumba, a salvo, arriba, con el sacerdote con la sotana?

Uno de los hombres asintió cuando pronunció las palabras del salmo, la miró a la cara. Al percatarse, Ada se volvió al hombre de la izquierda y le habló directamente.

—La muerte estaba en mi interior, y a mi alrededor, la vivía y la respiraba, la llevaba conmigo como si fueran huesos en la bolsa del carnicero. La muerte habitaba en mí. —No bajó la vista—. En mí —repitió—. Llevaba la muerte dentro de mí. Y di a luz en una fábrica de muerte. —Estaba llorando, y se le había olvidado el pañuelo. Se limpió la nariz con la mano—. Pero quería engendrar vida —aseguró—. Quería tener esperanza, vivir. En medio de aquel infierno, quería crear vida, una persona, una masa viva de tejidos, y fibras, y sangre, y amor. ¿Alguna vez han necesitado eso?

El señor Wallis la observaba y asentía.

—¿Alguna vez han necesitado tanto la vida que estarían dispuestos a vencer a la muerte por ella?

No sabía de dónde salían esas palabras, sólo sabía que era de muy adentro, el amor y la emoción enterrados tan hondos que jamás creyó que los volvería a ver.

—¿Y después? —instó el señor Wallis.

—Thomas siguió vivo —repuso Ada—. Siguió vivo en mi cabeza y en mi recuerdo. No pasó un solo día que no viera a mi hijo, que no le tocara la pelusilla de la cabeza, oliera su aroma de recién nacido. Lo veía crecer, le cantaba canciones. «*Era bella como una mariposa y orgullosa como una reina.*» Lo vi dar sus primeros pasos, oí sus primeras palabras, besé sus heridas para que sanaran, le puse hamamelis en los chichones. Mi hijo, Thomas, me mantuvo con vida. Nadie me puede decir que estaba muerto. No murió.

Miró a los demás hombres del jurado, uno por uno, el calvo con el traje que daban a los soldados al desmovilizarlos, el rechoncho pelirrojo con chaqueta de tweed, el presidente con su bigote daliniano, su abrigo gris y sus galones del ejército. Era alta y digna. No era una furcia, una prostituta vulgar y corriente. Era una mujer cuyo dolor llegaba hasta los confines de la Tierra, que había gritado al horizonte y nadie lo había oído. Una mujer que había sobrevivido, a pesar de todo.

—¿Y Dachau? —inquirió el señor Wallis.

—Dachau —repitió Ada. «Dachau.»

Habló. Les contó cómo había sido su guerra, su Dachau, las palizas, el hambre, la peste que salía de las chimeneas, los gases que emanaban sus poros, el caminar por la miseria del mal.

—¿Qué fue de Stanislaus von Lieben? ¿Lo volvió a ver?

—Estaba en Dachau —contestó—. En el pueblo de Dachau. Cuando acabó la guerra.

—¿Qué estaba haciendo allí?

—Yo entonces no lo sabía. Sólo me enteré después. Negocios, me dijo.

—¿Habló con él?

—Lo vi, cruzando una calle. Corrí tras él, pero desapareció. Había demasiada gente.

—¿Está segura de que era él?

—Sí.

—Y Stanley Lovekin. ¿Qué le hace pensar que él y Stanislaus von Lieben eran la misma persona? Ada empezó a toquetearse el puño de la chaqueta y sacó un hilo, que quedó colgando como si fuese un muelle enroscado.

—Lo reconocí —afirmó—. Tenía la misma voz, sólo que sin acento. Pero cuando Stanislaus se exaltaba, el acento se le iba, y a veces hablaba como si fuese de Londres. Eso siempre me llamó la atención.

—¿Tenía el mismo aspecto?

—Estaba algo más gordo —contestó—. Y había perdido un poco de pelo. Pero sus ojos eran del mismo color.

—¿Alguna cosa más?

Ada echó el peso en el lateral del pie. Le costaba admitir aquello, dado lo que había dicho Harris-Jones de ella, pero debía demostrarle al jurado que tenía razón.

—Sí —dijo en voz baja.

—Por favor, dígame al jurado por qué está tan segura de que Stanley Lovekin y Stanislaus von Lieben eran la misma persona.

Una oleada de calor le rodeó el cuello y tiñó de rojo sus mejillas. Se pasó la lengua por los labios y tragó saliva. No quería decir la palabra, pero el señor Wallis insistió en que debía hacerlo. Que no le diera apuro.

—Estaba circuncidado —aseveró—. Nunca me dijo que era judío. No es que quiera decir que sólo se circuncida a los judíos, pero Stanley lo estaba. Y Stanislaus también. Y no muchos hombres lo están. —Se tragó las palabras, pero salieron—. Que yo sepa.

El presidente fruncía el ceño, y el hombre del traje, el que ella creía que podía ser baptista,

farfulló algo.

No lo pudo evitar.

—No era mi intención ofenderlos —se disculpó, mirándolos.

—¿Alguna cosa más?

—Me contó que había estado en Namur cuando lo invadieron los alemanes —contó—, con alguien. Con una «fulana tonta», dijo. Era yo.

—¿No la reconoció?

—Dijo que yo le recordaba a ella. Pero también yo había cambiado. Es lo que tiene la guerra. Ahora debo usar gafas. Y además me había teñido el pelo, y estaba más delgada.

—¿Y cómo se sintió cuando le dijo eso?

—Fue como si apretara el gatillo —admitió Ada—. Todos esos años en Dachau, la pérdida de Thomas, mi hijo, nuestro hijo, el regreso, el rechazo. Años de sufrimiento y desdicha. Fue como disparar una bazuca.

El señor Wallis asintió. Ada respiraba con dificultad, agarrada al estrado, la tensión reflejada en la piel de color magnolia de los nudillos.

—¿Y qué pasó después? ¿En qué pensaba usted?

—Él había estado bebiendo. Mucho. Me insultó. Fue espantoso. Negó haberme dejado en estado. Me ofendió.

—¿Cómo?

—Dijo que era una ramera. Pero no lo soy, nunca lo he sido —aseguró Ada, mirando con gravedad al presidente del jurado—. Nunca he sido una prostituta. Pero me tomó por eso.

—¿Y?

—Entonces pensé que quizá fuera eso lo que Stanislaus quería que hiciera. En París. Tenía sentido. Conocía a Gino Messina, desde antes de que estallara la guerra, durante la guerra, pero algo pasó y sus planes se torcieron.

—Y, después, ¿qué?

—Quise salir corriendo, pero supe que daría conmigo o se lo diría a Gino. Me dijeron que tenían espías. Y entonces estaría perdida. Pensé que era él o yo. Eso fue lo que pensé. Y estaba dormido como un tronco. No lo pude evitar: abrí el gas. Era la única forma de librarme de él y de Gino, de escapar.

Lo había vuelto a admitir, pero él se lo había buscado.

—¿Es que no lo entienden? Me empujó a hacerlo. Me insultó. Me... —vaciló, pero tenía que decirlo—, abusó de mí, me agredió. Me violó. Yo no era capaz de pensar con claridad.

El presidente del jurado enarcó las cejas, y el del traje se enderezó la corbata. El juez la miró por encima de las gafas e hizo una señal afirmativa al señor Wallis para indicar que continuara.

—¿Vio usted el pasaporte del señor Stanislaus? —preguntó éste.

—No tenía pasaporte —respondió Ada—. No británico. Tenía algunos documentos, pero eran robados.

Stanislaus y Stanley. La misma persona. Las rodillas se le doblaron y se desplomó, las lágrimas corriéndole por el rostro, la nariz moqueándole. El policía la ayudó a levantarse.

—Gracias, señorita Vaughan —dijo el señor Wallis. Le sonrió, una sonrisa de orgullo, de afecto casi. «Bien hecho —leyó ella en sus ojos—. Bien hecho.» Provocación. Provocación gradual. Maltrato agravado.

Al día siguiente Ada miró de nuevo hacia la galería que acogía al público: a la tercera iba la vencida. Sin embargo, quienes ocupaban el primer banco eran los mismos desconocidos del día anterior y del anterior a éste. Su madre no había ido, no iba a ir, ahora lo sabía.

Era el turno del señor Harris-Jones para interrogarla.

—Jugará sucio —advirtió el señor Wallis—. Es su trabajo.
Ada ya había contado su historia, ¿acaso no era suficiente? El jurado tenía que creerla, había oído la verdad. Homicidio involuntario. Tres años, quizá cuatro. Buen comportamiento.

—Dachau —empezó Harris-Jones—. Lo cierto es que no estuvo usted en el campo de concentración, ¿no es así, señorita Vaughan?

—No —confirmó ésta—. Estuve trabajando en la casa del comandante.

—¿Y quién era ese comandante?

—El Obersturmbannführer Weiss. Y después, cuando éste se fue, el Obersturmbannführer Weiter.

—¿Qué clase de trabajo desempeñaba allí?

—Eran trabajos forzados. Día y noche. Coser, lavar, planchar.

—Entonces, ¿nada arduo?

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Alguna vez ha hecho usted las tareas del hogar? —espetó—. ¿Ha restregado y lavado pesadas sábanas de hilo, las ha escurrido a mano, las ha tendido? ¿Las ha planchado?

El hombre esbozó una sonrisa afectada.

—Se refiere usted al trabajo que realizan todas las mujeres casadas en Inglaterra, en cumplimiento de su deber para con su esposo y su familia.

—No —lo corrigió Ada—, era más que eso. Me pasaba todo el día con los brazos metidos en agua hirviendo y bórax, y toda la noche cosiendo y remendando. —Sin embargo, los hombres del jurado no lo entenderían. Ése no era trabajo de hombres.

—Cuanto más me cuenta, señorita Vaughan, más normal parece —observó Harris-Jones, aún sonriendo al jurado.

—Me destrocé la vista, estuve a punto de morir de hambre y apenas dormía. Estaba sola.

—Sin embargo no murió de hambre, señorita Vaughan — puntualizó el fiscal—. No murió. Tampoco estuvo en el campo. Esos pobres diablos sabían lo que eran los trabajos forzados, morir de hambre. ¿Cuántos murieron en Dachau? ¿Acaso lo sabe usted? —Contempló al jurado y acto seguido giró sobre sus talones para centrarse en Ada—. Más de treinta y dos mil muertes documentadas. Treinta y dos mil personas. Y usted se queja de un poco de bórax y escasa comida. —Se volvió de nuevo hacia el jurado—: Los alemanes comen mucho chucrut —informó—. Col blanca fermentada. Personalmente no lo soporto, pero el capitán Cook lo llevó en sus exploraciones, y en sus expediciones no murió ni un solo marinero. Ni uno solo.

—Se volvió de nuevo en dirección a Ada, igual que el cuco de un reloj—. La guerra que le tocó vivir a usted fue bastante fácil, ¿no es así, señorita Vaughan?

—No. Fue un trabajo duro, fueron trabajos forzados. A base de sopa de col, nada más.

—¿Intentó escapar?

—No.

—¿Por qué no?

—Estaba encerrada en mi cuarto, la ventana tenía barrotes.

—¿Pasaba todo el tiempo en la habitación? ¿La dejaban salir en algún momento?

—Me dejaban salir a hacer la colada, a tenderla. Y para vaciar el cubo.

—¿Y por qué no intentó huir?

—Me vigilaban —repuso Ada—, todo el tiempo.

No era que Anni se lo hubiese impedido, pero eso no lo dijo. De todas formas, ¿adónde habría ido? La habrían cogido en un abrir y cerrar de ojos y le habrían pegado un tiro.

—¿Hacía bien su trabajo?

—Si no era así, me castigaban.

—¿Cómo?

—Con la correa. Me pegaban.

—¿No hizo nada para oponer resistencia? ¿Para defenderse de los alemanes?

—¿Cómo iba a hacerlo? —respondió Ada. Y añadió—: Lo intenté.

—¿Cómo lo intentó, señorita Vaughan?

Expulsó aire por la boca y volvió a cogerlo. Tenía las manos pegajosas. Una de las ligas se le había soltado, y la media se le caía por delante, la llevaba por medio muslo.

—Intenté contaminar la ropa —dijo—. Me la ponía antes de entregarla, la frotaba contra el cuerpo para que se quedaran escamas de piel en las costuras y en la tela. Sabía que yo les daba asco.

—¿Eso es todo?

—Puse escaramujos en los escudetes y los frunces de la ropa de la señora Weiter. —Ada se dirigió una vez más al jurado—. Llevaba trajes tradicionales con blusas, así que había muchos pliegues. Le irritaba la piel.

Entonces se rio. Harris-Jones se rio.

—¿Lo ven ustedes, caballeros del jurado? Mientras nuestros muchachos luchaban contra Hitler, sacrificando sus vidas por la causa de la libertad, Ada Vaughan se probaba ropa y ponía polvos de picapica en las prendas. —Miró a Ada—: Bien hecho, señorita Vaughan. Sin duda fue una gran contribución al esfuerzo bélico.

Fuera se oyó la campana de una iglesia, un sonoro dong, dong. El Santo Sepulcro. «*Cuándo me vas a pagar, dijeron las campanas de Old Bailey.*» Ada contó las campanadas: las doce. El juez no dijo nada. Ella sólo oía el sonido de la barba cuando se pasaba la mano por el mentón. Cambió de postura. Esas medias gruesas, en cuya parte superior llevaban el sello «Prisión de Su Majestad, Holloway», hacían que le picaran las pantorrillas. Levantó un pie y se frotó la pierna con él. El zapato del pie izquierdo se le había desatado. Ese hombre la estaba rebajando, se estaba burlando de ella.

—No fue así. —Ada estaba harta—. Usted no sabe cómo fue. Yo era su esclava, me encontraba a su merced, encerrada día sí, día también. No tenía a nadie con quien hablar, ni esperanzas, ni escapatoria. Hacía trabajos forzados. Forzados. ¿Ha estado usted esclavizado alguna vez? ¿Lo ha estado?

—Es suficiente, señorita Vaughan —afirmó el juez, echándose hacia delante y mirando como el cuervo a la carroña—. Ya ha sido advertida muchas veces.

—Estaba sola —insistió Ada, desoyendo al juez, mirando fijamente a Harris-Jones—. Hice lo que pude. ¿Qué habría hecho usted?

—Estoy seguro de que hizo cuanto pudo, señorita Vaughan. —La voz del fiscal rezumaba ironía—. Estoy seguro.

Tras hojear los papeles que tenía en la mesa, sacó uno de una carpeta y lo puso boca abajo a su lado. A Ada le habría gustado que continuara, hablar de Stanley Lovekin, o Stanislaus, de cómo era, del malnacido que era.

—¿Podría decirme, señorita Vaughan, cómo es que acabó en la casa del comandante?

—No lo sé —afirmó—. Un día me sacaron de la residencia y me llevaron allí.

—¿Fue voluntariamente?

—No tenía elección.

—¿Qué me puede decir de Herr Weiss?

De pronto vio su cara descarnada. Era como si notara aquellos dedos temblorosos sobre los suyos. Ada se estremeció y sacudió las manos para librarse de la sensación.

—Era uno de los ancianos a los que cuidábamos.

—¿Qué clase de cuidados dispensaban?

—Nos asegurábamos de que los ancianos estuviesen limpios y alimentados, les dábamos sus medicinas. Lo habitual.

—¿Tenía algo de especial Herr Weiss que hiciera que le diese usted un trato distinto?

—Había sido maestro, e imponía mucho respeto, sobre todo a los soldados. Y hablaba inglés.
—¿A qué venían todas esas preguntas sobre Herr Weiss? Miró al señor Wallis en busca de consejo, pero estaba concentrado en sus notas—. Me pidió que hablara inglés con él, para mejorar.

—¿Sacó usted partido de esto?

—¿Qué quiere decir?

—¿Se aprovechó de la atención que le dedicaba?

—Me enseñaba alemán a cambio. Y le estaba agradecida por ello.

—¿Algo más?

—No —dijo Ada.

—¿No le prestó usted servicios de una naturaleza más íntima?

Eran conjeturas, debían de serlo. Ada no le había contado nada a nadie, nunca.

—Responda a la pregunta, señorita Vaughan —pidió el juez.

—A veces era un poco juguetón —repuso ella—. Me obligaba a sujetársela cuando hacía sus necesidades.

—Cuando hacía sus necesidades. ¿Disfrutaba usted?

—Naturalmente que no.

—Estaba bien relacionado, ¿no es así? En Dachau. En el partido nazi.

—Era pariente de Martin Weiss, el comandante.

—¿Y le pidió usted que la trasladara a la casa del comandante a cambio de favores sexuales?

—No —respondió Ada.

No. No se lo había pedido. «La vida podría ser más fácil para ti, *Nönnnerl*, ¿lo sabías?», le susurró al oído, y ella notó su aliento caliente en las mejillas, la barba áspera en la piel.

¿Qué era su vida en ese momento más que un goteo continuo de muerte entre los moribundos?

—Un favorcito —le dijo— y se podría arreglar.

¿Se mostró Ada conforme? ¿Acaso tenía elección?

La piel le colgaba sobre los huesos, como un abrigo que le quedara grande.

—Tú quítate la ropa y déjame mirar —dijo, cogiendo el bastón y levantándole el hábito.

Su piel, aceitosa, frotándose contra ella, impregnándola. La estaba besando, metiéndole la arrugada lengua en la boca. Ella yacía inmóvil.

—No te haré daño —prometió Herr Weiss—. Adelheid, Ada. ¿Cómo te puedo dar placer? Dime qué tengo que hacer.

Le entraron ganas de decir: «Déjame en paz». No sabía a qué se refería. Sus labios estaban junto a los de ella, le babeaba encima.

—Se me olvidaba que eres monja —dijo—, pero no eres virgen, ¿no, *meine Nönnlein*?

Sintió que la embestía, oyó que le rechinaban los dientes, concentrado, su cuerpo blando y pesado encima de ella.

—Soy un hombre de honor —afirmó—. Siempre cumplo mi palabra. Haré que tu vida sea agradable. Te gustará.

Se separó y se hizo a un lado. Puso un brazo detrás de la cabeza, como si fuera un hombre más joven.

—Conozco a alguien que necesita una modista. ¿Qué te parece?

—¿Una modista?

—*Ja*—corroboró—. Éste será nuestro secretillo, Adelheid. Tuyo y mío.

Ada agarró la combinación y se la apretó contra los pechos.

Él la miró mientras se vestía, le dio la llave.

—Abre la puerta.

Ada salió al pasillo. Aquel hombre había visto a una persona tras la carne. «Adelheid. Ada.» Una mujer. Algo que no había hecho nadie en mucho tiempo. Además, una modista.

—Ya entonces —decía el señor Harris-Jones— vendió usted su cuerpo por una vida mejor. Y su alma. El cuerpo y el alma. A los nazis. Un pacto del que Fausto se habría sentido orgulloso.

—¿Cómo lo va a entender usted? —dijo Ada—. ¿Cómo iba a poder entenderlo?

Su vida no fue más fácil en la casa del comandante. En más de una ocasión se preguntó si no habría estado mejor con las monjas en el asilo. Habría tenido compañía, habría estado acompañada, protegida.

—¿Estaba casado el comandante? —quiso saber el señor Harris-Jones.

—En la casa había una mujer, con un niño. —Subió la voz de nuevo. El pobrecito, llorando y llorando hasta reventarse una vena.

—¿Su esposa?

—Más adelante me enteré de que no estaba casado. No sé quién era la mujer.

—Le hacía usted la ropa. ¿Hacía la ropa de alguien más?

—Llevó a sus amigas.

—¿Y también les hacía usted la ropa?

—Sí.

—Dígame cómo era, señorita Vaughan. Un día normal.

Eso no tenía nada que ver con la provocación, ni con Stanislaus. Le estaba haciendo perder el tiempo al jurado, a todo el mundo. Bueno, pues ella también podía hacerlo. Ese hombre no era el único que podía alargar aquello.

—Despertaba —empezó—. La luz me despertaba. Recogía la cama, utilizaba el cubo, cogía lo que tuviera que coser. Quizá algo para remendar, o un dobladillo. Esperaba hasta que me dejaban salir; unas veces no tardaban mucho, pero otras tenía que esperar hasta mediodía, y en esos casos no desayunaba. No me daban nada de comer ni de beber. Cogía el cubo, me aseguraba de que no se derramase nada, porque a veces estaba bastante lleno, salía a...

—Ahórrenos esos detalles —pidió el fiscal—. Queremos que nos cuente lo de la costura. ¿Qué pasaba cuando acudían las mujeres a la casa?

—Venían con la tela y una fotografía o un dibujo de un vestido. Y yo se lo tenía que hacer.

—¿Qué implicaba eso?

—Tomarles las medidas —contestó Ada—, aconsejarlas, hacerles sugerencias, el boceto, a la medida. Preparar un vestido de prueba, sacar el patrón, cortar, hilvanar, coser, rematar.

—El boceto, a la medida. Preparar un vestido de prueba —repitió el señor Harris-Jones—. Eso requiere destreza. Usted no era una costurera del montón, ¿no, señorita Vaughan? Usted era modista.

Estaba jugando con su vanidad, Ada lo sabía, pero disfrutaba con el reconocimiento, no lo podía evitar.

—Supongo que sí.

—¿Lo supone? Se hizo con una clientela considerable en Dachau. Esa mujer, la que usted pensaba que era Frau Weiss, era su cara visible, la que trataba con el público. Era maniquí, ¿no? Un buen negocio. La modista de Dachau, costurera de los nazis.

—No. —Ada se rascaba el pellejo del pulgar—. No.

—Su propio estudio.

—No es así. Y no sé por qué dice usted eso ni qué tiene que ver con Stanislaus.

—¿Se sentía orgullosa de lo que hacía?

El pulgar le sangraba. Chupó la sangre y se limpió la uña en la falda.

—Coser me mantuvo con vida —repuso.

—Le he preguntado si se sentía orgullosa de lo que hacía — insistió el señor Harris-Jones.

—Sí —afirmó Ada, e irguió la cabeza y le lanzó una mirada furiosa—. Sí, claro que me sentía orgullosa de lo que hacía, me convertía en un ser humano. —Apretó los dientes, la voz sibilante—: ¿Qué va a entender usted? —A continuación se dirigió al jurado—: No tenía elección. Estaba atrapada allí, no me pagaban. ¿Cómo me iban a pagar? Ni tan siquiera los favores especiales. Así que ¿qué más daba que Frau Weiss me hiciera trabajar, que ella y sus amigas llevaran mis creaciones? ¿Qué importaba? Me mantuvo con vida. Hice lo que tuve que hacer para poder sobrevivir.

—Lo hizo lo mejor que pudo por esas mujeres, ¿no es así, señorita Vaughan? Esperando sus halagos, disfrutando con sus aplausos.

—No hablaban nunca conmigo. Sólo una de ellas fue amable conmigo una vez, y sí, lo disfruté. Necesitaba sentir amor, pero no espero que lo entienda usted.

El señor Harris-Jones estaba cogiendo el papel que había sacado de la carpeta y había puesto boca abajo en la mesa.

—Prueba número nueve del procedimiento —advirtió al jurado al mismo tiempo que se acercaba a Ada y le daba el papel.

Era una fotografía. Ada la miró, los rasgos se desdibujaban y cobraban nitidez; «ahora lo ves, ahora no lo ves». No cabía la menor duda. Y los perros. Ada intentó recordar cómo se llamaban. Terrieres escoceses. *Negus, Stasi*.

—¿Conoció a esta mujer, señorita Vaughan?

—Sí —admitió.

—¿Quién es?

—Una de las mujeres que vino a verme.

—¿Sabe cómo se llama?

—No. —Ada negó con la cabeza—. No sabía cómo se llamaba ninguna de ellas.

—¿Ha oído hablar de Eva Braun? —preguntó el abogado.

Ada tragó saliva.

—¿Eva Braun?

—Sí, Eva Braun.

—Tenía algo que ver con los nazis, ¿no?

—¿De verdad no lo sabe, señorita Vaughan?

—No entiendo.

—Eva Braun —replicó Harris-Jones, balanceándose sobre los talones, la satisfacción escrita en el rostro— era la amante de Hitler.

Ada había oído algo en la radio, pero de eso hacía algún tiempo. No leía mucho los periódicos y nunca miraba las fotografías. No quería vivir en el pasado.

—Repetiré la pregunta: ¿conoció a esta mujer? —Sostuvo la fotografía en alto con ambas manos.

—Ya se lo he dicho —contestó Ada—, sí.

—Esta mujer —Harris-Jones infló el pecho, de manera que su voz resonó en toda la sala— es Eva Braun.

Las palabras la golpearon como si fuesen una locomotora de vapor. Ada reculó y se agarró al estrado para no caerse.

—No sabía quién era —admitió—. Nadie dijo nunca su nombre delante de mí.

—¿No se lo dijo nadie?

—No. ¿Por qué iban a hacerlo? —dijo Ada—. Nadie hablaba conmigo, y nunca la llamaron por su nombre. A veces hablaban de una Fräulein, esa Fräulein. Como si fuese vulgar. Nunca dijeron

quién era, que era la amante de Hitler. No entonces.

El fiscal enarcó una ceja.

—¿De veras? —inquirió—. Su círculo estaba bien relacionado. ¿La amante de Hitler? ¿Con la que se casó la noche previa a que se suicidaran? ¿Nadie chismorreaba?

Ada tragó saliva. Eva Braun le había dado las gracias, la había halagado. Ella lo había disfrutado, y se trataba nada menos que de la amante de Hitler. Ada no sabía nada.

—¿Reconoce el vestido de la fotografía, señorita Vaughan?

Ada lo conocía bien, cada pinza y cada puntada, la característica flor. Se sintió tentada de mentir: «No, es la primera vez que lo veo.» Pero Harris-Jones debía de saberlo, de lo contrario no se lo estaría enseñando. «Haga lo que haga —le había aconsejado el señor Wallis—, no mienta.»

—Sí —reconoció.

—Lo hizo usted, ¿no es así?

Ada asintió.

—Responda.

—Sí.

—Hizo el boceto, lo cortó, lo cosió. A medida. Enseñó a Eva Braun cómo llevarlo, dónde poner la flor. Ése era el vestido que lució Eva Braun cuando se casó con Adolf Hitler. El mismo que llevaba, sin la flor, cuando murió con él.

Un miembro del jurado tosió, y Ada vio que el presidente estaba inquieto, cruzaba y descruzaba las piernas, movía los pies.

—¿Qué se siente al ser la modista de Eva Braun, señorita Vaughan? ¿Al haber hecho su traje de novia y su mortaja?

Ada no lo sabía. En su momento no lo supo.

—Eva Braun —decía el fiscal—, amante del hombre más poderoso de Europa, si no del mundo. Sin duda el más dañino. ¿Se sigue sintiendo orgullosa de su trabajo?

Ésa no era la cuestión.

—¿Fue ésa su contribución a nuestro esfuerzo bélico?

Las cosas no eran así, ella no había hecho nada.

—¿O al esfuerzo bélico del enemigo?

—Intentaba seguir con vida —adujo ella—. No tenía elección.

—Sólo obedecía órdenes, ¿no, señorita Vaughan?

—No. —Ada se llevó las manos a la cabeza—. No, tergiversa usted las cosas, no fue así.

—Fue usted una colaboracionista, señorita Vaughan.

—¡No! —gritó. No sabía que tuviera semejante chorro de voz—. Me obligaron. Era una prisionera, no lo hice voluntariamente. —Miró al jurado, sentado, los airados ojos atravesándola—. Tienen que creerme. Los hechos no les cuentan la verdad, no les dicen lo que pasó. Ustedes no saben lo que era estar allí, en aquella casa. —El presidente, con las medallas, asentía. Quizá él lo entendiese—. La guerra es un caos —continuó—. Un desbarajuste. En la guerra hacemos cosas para sobrevivir, para llegar al día siguiente. En la guerra no existe el futuro. Yo nunca fui partidaria de los nazis, pero tuve que vivir con ellos. ¿Es eso colaboracionismo? Si me hubiera resistido, quizá habrían matado a la hermana Brigitte. ¿Podría haber vivido con eso? ¿Habría sido eso ético?

El señor Harris-Jones arqueó una ceja.

—¿Acaso son ustedes tan inocentes? —dijo Ada, mirando furiosa al fiscal y después al jurado—. ¿Tanta ética tienen? ¿Con sus armas y sus bombas? ¿Cambiando cigarrillos por reliquias de familia o por el cuerpo de una niña? Yo vi eso. También lo hicieron los nuestros. —Oyó que el juez cogía aire, como si fuera a decir algo. Eso era demasiado. Sabía que se estaba extralimitando, pero debía hacerlo—. Dicen que en el amor y en la guerra todo vale, pero no si

se es mujer. —Ada dio un puñetazo en el estrado—. Creía que se me estaba juzgando por asesinato, no por traición. Esto no tiene nada que ver con Stanley Lovekin. Me están linchando igual que a un nazi en Núremberg. —Se volvió hacia el jurado, con los labios apretados, las chaquetas abrochadas, los dedos moviéndose en los bolsillos. Si pudieran, le afeitarían la cabeza, la desnudarían y la pasearían por las calles—. Nunca he traicionado a mi país. Nunca.

Al presidente le había ido bien en la guerra. A todos ellos. Habían aportado su granito de arena por su rey y su país; si no en esa guerra, en la anterior. Viejos compañeros, todos ellos: los miembros del jurado, Harris-Jones, el juez. Hablaban el mismo idioma, el de los soldados, el de los hombres. Se entendían mutuamente. Veía que miraban por encima del hombro al señor Wallis: «Y tú, ¿qué hiciste en la guerra, hijo?».

El señor Harris-Jones se acercó al jurado pavoneándose, irradiando éxito. De hombre a hombre. Miraba con desdén al señor Wallis, como si fuese el burro de la clase.

—Injuria grave —empezó, levantando una ceja en señal inquisitiva, moviendo la cabeza afirmativamente en dirección a Ada, al jurado—. Y lo dice la mujer que hizo el vestido de novia de Eva Braun. Que se enorgullecía del trabajo que hizo para los nazis. —Alargó las palabras «enor-gu-lle-cía» y «na-zis» para que el jurado no las olvidara—. Entre esto y el asesinato de Stanley Lovekin por asfixia con gas de hulla hay una gran distancia. Una muerte especialmente desagradable, dicho sea de paso.

Dio unos golpecitos con la pluma en la mesa, miró el reloj. «Cree que es cosa segura, que todo está arreglado», pensó Ada. Uno o dos de los hombres del jurado la observaban mientras hablaba el fiscal, aunque Ada no sabía si lo que querían ver era inocencia. Se sintió tentada de lanzarles una mirada airada, pero sabía que tenía que mostrarse arrepentida.

—Y no fue en defensa propia. Ni tampoco hubo provocación —decía el abogado—. Ada Vaughan es una mentirosa. Miente a cualquiera que sea lo bastante necio para escuchar. Miente para medrar. Se miente. No hubo ningún Stanislaus von Lieben, no hubo niño que valiera, no hubo ninguna Frau Weiss. No existe ninguna prueba que lo demuestre. Sí hubo un negocio de costura. Sí hubo una Eva Braun. Hubo prostitución y estraperlo. Ada Vaughan persiguió sus propios intereses de un modo amoral, inmoral e implacable. —Bebió un sorbo de agua del vaso que tenía en la mesa, miró las notas y alzó la vista—. Los hechos son claros. Ada Vaughan, también conocida como Ava Gordon, la noche del 14 de junio de 1947 perpetró el asesinato alevoso de Stanley Lovekin en el número 17 de Floral Street, Covent Garden. La acusada admitió su culpabilidad en el mismo escenario y posteriormente firmó en comisaría una confesión escrita. La prueba forense demuestra que la confesión es auténtica. No hubo atenuantes ni fue apreciada la aplicación de la legítima defensa que puedan explicar sus acciones.

«Muy bien —pensó Ada—. Si se limita a exponer los hechos y me deja a mí fuera, el señor Wallis podrá presentar sus argumentos. No es lo que pasó, sino el porqué.»

—Ni siquiera fue una pelea de amantes: fue una disputa entre delincuentes suscitada por las ganancias de sus delitos. Ada Vaughan, una mujer sin ética ni sensibilidad, mentirosa y fantasiosa empedernida, estaba conchabada con Stanley Lovekin, se dedicaba al estraperlo y con su cómplice, Gino Messina, dirigía una organización criminal. El asesinato del primero fue la consecuencia de una sórdida riña entre un chulo y una prostituta, un estraperlista y una perista, por dinero, riña que dio como resultado que la acusada, con premeditación, abriera el gas que mató a Stanley Lovekin al inhalarlo. ¿Maltrato agravado? ¿Provocación? Estamos hablando de una ramera, no de una monja.

—¡No fue así! —gritaba Ada—. ¡No pueden pensar eso! —Miró al jurado—. Sé lo que parece por esta forma de exponerlo, pero no fue así.

—Señorita Vaughan —amonestó el juez con voz grave.
—Es que no fue eso lo que pasó —porfió—. Deje que lo diga.
—Señorita Vaughan. Es la última vez que la advierto. —El juez hizo una señal al señor Harry-Jones para que continuase.
—Ada Vaughan esperó a que Stanley Lovekin estuviese inconsciente, abrió el gas y se marchó, no sin antes sellar las rendijas de las ventanas y la puerta. Su intención era que muriese. —El fiscal miró al juez como si fuesen iguales, como si estuviesen compinchados—. La pérdida del control es instantánea, sólo puede producirse en el momento. Cuando la provocación, sea la que fuere, es tan grande que anula la razón. La provocación a plazos no existe, no puede llegar años después. No es como comprar un vestido en varias veces o levantar una pared hilada tras hilada. Se da así —el señor Harris-Jones chasqueó los dedos—, en un instante.
Se sentó y miró al señor Wallis.

El señor Wallis tartamudeaba. Empezó mal, la lengua trabándosele con las consonantes, atragantándose con las vocales, atascándose en las eses. Ada vio que le temblaban las manos. Tosió, pestañeó, se detuvo.

—Permítanme que vuelva a empezar desde el principio —dijo. Y respiró hondo y las palabras le salieron completas y moduladas, como si hubiese encontrado la voz y la historia que había tras ella, al completo, lista para ser contada. Había que reconocer que al señor Wallis se le daba bien el lenguaje, utilizaba palabras correctas, largas. Ella contuvo el aliento, los dedos cruzados a la espalda, concibió esperanzas.

»Una bazuca —prosiguió. Se pasó la lengua por los labios, retirándose la saliva—. Éstas fueron las palabras de Ada Vaughan: “Fue como si apretara el gatillo. Fue como disparar una bazuca. —Miró de soslayo a cada uno de los miembros del jurado—. Me empujó a hacerlo”. La provocación de Stanley Lovekin fue tal que cualquier hombre sensato —hizo una pausa y se volvió hacia Ada—, o cualquier mujer sensata, perdería el control. En otras palabras, caballeros del jurado, de haber estado ustedes en el lugar de Ada Vaughan se habrían comportado como ella. —Respiraba por la boca abierta, cogía aire—. Maltrato agravado —aseveró el señor Wallis—. Tan fuerte que cualquier hombre sensato —lo dijo como si no creyera que una mujer pudiese ser sensata— perdería el control. La señorita Vaughan no fue testigo de un acto de sodomía, adulterio o violencia contra un familiar. No era esposo ni padre. No fue testigo de que un inglés fuese privado ilícitamente de su libertad. Estamos hablando de Floral Street —continuó—, no de Birmania, o Italia.

El jurado del traje sonrió. El señor Wallis se arregló la toga, levantó la cabeza y encorvó la espalda para parecer mayor.

—En este caso no son de aplicación las circunstancias habituales de la provocación. Es más, tampoco echó mano la acusada de un hacha o un cuchillo de cocina o una cacerola pesada y mató a Stanley Lovekin presa del delirio. —Hizo una pausa para coger aliento y ladeó la cabeza hacia Ada.

«Está actuando —pensó ella—, representando un papel.»

—Pero tampoco planeaba matarlo. —El abogado sacó pecho—. No hubo un único acto, un maltrato agravado, que la provocara. —Negó con la cabeza, con paternal pesar—. No es así como piensa una mujer. Su cerebro funciona de otra forma. —Ada conjeturó que quizá estuviese metiéndoles ideas en la cabeza a los miembros del jurado, no quitándoselas—. Ése fue el legado de un abuso que había permanecido en estado latente durante siete años y que fue reavivado por Stanley Lovekin, Stanislaus von Lieben, que son la misma persona. Las pruebas físicas concordaban, la conducta concordaba. Estuvo en Múnich, confesó haberla abandonado en Namur. Le destruyó la vida. Era un hombre sin empatía ni remordimientos.

El señor Harris-Jones se sonó la nariz, una ruidosa trompeta que hendió el silencio que reinaba en la sala, rompiendo la concentración. Se metió el pañuelo en el bolsillo con un ademán desdeñoso, alzando la toga y bajándola de nuevo. El señor Wallis permaneció a la espera.

—El dolor que sufrió la señorita Vaughan cuando perdió a su hijo —prosiguió— y cuando fue víctima del programa de trabajos forzados de los nazis fue un dolor que no le interesaba a nadie. De haber sido soldado, prisionero de guerra, de haber regresado de Colditz o Birmania, tal vez alguien le hubiese prestado atención. Pero se vio obligada a enterrarlo en lo más profundo de su ser, donde creció como una fístula, consumiéndole la razón, de manera que, cuando Stanley Lovekin confesó y la despachó llamándola «fulana tonta», un insulto, se mire por donde se mire, pero además un insulto que constituyó una injuria grave dado su legado, y a continuación abusó de ella, Ada abrió el gas, a sabiendas de que él moriría. No se lo pensó. No medió distancia alguna entre la confesión de él y los actos de ella. Perdió el control en ese preciso instante. La provocación, por otra parte, había ido en aumento con el paso del tiempo. Los agravios históricos se enconan. Ada Vaughan no niega haber matado a Stanley Lovekin.

El presidente del jurado se estaba echando hacia delante, y el cadavérico juez hojeaba su carpeta.

El señor Wallis esperó a que el juez centrara de nuevo la atención en la sala.

—Se declara no culpable de asesinato —habló lenta y cuidadosamente, impulsando las palabras como si empujase una piedra colina arriba— y culpable de homicidio provocado.

Durante una hora, se mordió las uñas hasta dejárselas en carne viva. Eso fue todo lo que duró. Ada lo supo en cuanto el presidente se levantó, echó atrás los hombros, sacó pecho, las condecoraciones de héroe en las solapas: no tenía ninguna posibilidad. Podría haberse ahorrado las molestias, se podría haber declarado culpable y haber acabado ya de una vez por todas.

—¿Vendrá a verme, señor Wallis? —La noche caía, y la única bombilla de la celda, alta, en el techo, arrojaba una tenue luz marrón que proyectaba sombras alargadas en las paredes. No tenía a nadie en el mundo—. ¿Antes de que me vaya?

Supo que no lo volvería a ver.

Las celadoras eran buenas con ella; no tenían nada que perder, ni Ada tampoco. No podía escapar. La celda era grande, contaba con un cuarto de baño privado, ¡cuarto de baño!, con bañera y un inodoro propiamente dicho, una mesa y un armario, aunque no tenía nada que guardar en él.

Lo único que podía hacer era sentarse a contar los días. Ojalá lo hubiesen hecho en el acto y no la hicieran esperar. Disponía de tiempo. Del tiempo que le quedaba. El juicio. Curiosa forma de mirar el pasado. Hechos. Bueno o malo, blanco o negro. ¿Dónde quedaba lo que no era ni una cosa ni la otra? ¿La verdad que relacionaba un hecho con otro? ¿El gris? Si se leía la historia en los periódicos, o en un libro de historia, no contaría lo que había sucedido, lo que pasó en realidad. La guerra de Ada sería olvidada.

—¿Un cuaderno? —repitió la celadora de día, una mujer entrada en años, lo bastante mayor para ser su madre. Tenía el pecho caído y el estómago fofo. A Ada le entraron ganas de decirle que se pusiera una faja y que se comprara un sostén mejor, pero habría sido un descaro.

—Y un lápiz —añadió Ada— o dos.

—Los sacapuntas no están permitidos —informó la mujer.

Ada sabía cuál era la razón: sacar los tornillos, retirar la hoja y listo, el verdugo se quedaría sin empleo. Albert Pierrepoint. Ada sabía cómo se llamaba.

—Albert Pierrepont. Es el que se encarga de todas las ejecuciones —contó la celadora de noche. Se pasaron la noche entera charlando. Ada no podía dormir, y no apagaban las luces—. Un buen trabajo, limpio. Hábil. No tiene de qué preocuparse.

Parecía un hombre alegre, normal y corriente, como un tendero, un abacero quizá. Ada se lo imaginaba con una bata de gabardina marrón tras un mostrador. «¿Los cupones? Gracias. Sesenta gramos de cheddar, treinta de mantequilla, cien de té.» Con acento de Yorkshire. Fumaba en pipa mientras la observaba. ¿Qué clase de vida era ésa? Se quitó la chaqueta. Ada esperaba que llevase un metro alrededor del cuello, como un sastre: cuello, treinta centímetros, nudo, como medir un canesú, igual. Caída, tanto, tensión, tanto. No sabía que una sogá pudiese dar tanto de sí.

Ada había terminado un cuaderno, escribiendo con letra pequeña sobre las líneas. Nadie más que ella diría la verdad, contaría su historia, su guerra. Eso era lo que quería decir. Así era como había sucedido. La celadora le llevó otro cuaderno y una goma.

—Aunque no la haya pedido. —Seis lapiceros de dureza media. Intentó no borrar demasiado, porque dejaba manchones en la página. Le salió un callo en el dedo corazón de tanto escribir, y tenía el canto de la mano manchado de gris por la mina del lápiz.

Hizo más pruebas con el señor Pierrepont de las que había hecho cuando estaba con la señora B. Todas en una semana. ¿Sería ésa la última de su vida?

—Yo era modista —contó—. Del cuello a la cintura, sé cómo se mide.

Él no dijo nada, la pipa entre los dientes, saliva en los labios, el olor acre del tabaco Capstan Navy Cut inundando la nariz de Ada.

—Casa de modas Vaughan —añadió—. La iba a llamar Casa de modas Vaughan. Como Chanel. Y también tendría un distintivo, como ella. La mía iba a ser una flor. Una gran flor roja. Como...

—¿Por qué le estaba contando eso? A ese hombre le daba lo mismo. La celadora asintió y le sonrió. Hablaría con ella, le contaría a ella sus historias—. Soñaba con ir a París —dijo—. La rue Cambon. ¿Ha estado alguna vez allí? También cortados al bies, mis vestidos. Cuando acabe el racionamiento es lo que haré.

Paró y se corrigió: es lo que habría hecho.

Lo que debería haber hecho. Ojalá no lo hubiera conocido. Quizá hubiese sido rica sin él. Una mujer triunfadora y feliz. Habría trabajado con ahínco. Casa de modas Vaughan. París. Londres. Y Thomas, Thomas. Su hijo. Su amado hijito. Si hubiese vivido, habría cuidado de él, le habría dado un hogar, con una cama para él solo. «Tu padre murió en la guerra», eso sería todo lo que le contaría. Como decía la hermana Brigitte, a veces había que contar mentiras piadosas. Él nunca lo sabría. Habrían sido felices los dos solos. Una pequeña familia.

La celadora la cogió del codo.

—La llevaré al aseo —dijo. Ada fue arrastrando los pies. Azulejos blancos, en horizontal, la puerta sin pestillo.

—No tengo que ir.

—Por si acaso —repuso la mujer, «antes de que se vaya», como si Ada se fuese de viaje—. Lo siento —se disculpó—, se tiene que poner esto. —Pantalones de percal enguatados—. ¿Sabe cómo van?

—Sí —contestó Ada. Los dedos le temblaban al tirar de las cintas, enrollarlas, apretarlas bien. Le dejarían marca—. ¿Cuánto tardará?

—No sentirá nada —aseguró la celadora.

—¿Dónde me enterrarán?

—En la cárcel.

—¿No me pueden enterrar con Thomas?

—Lo encontraremos —aseguró la celadora—. Encontraremos su tumba y lo traeremos con usted. Nos aseguraremos de hacerlo. —Era una mujer buena.

—Gracias.

—Ha llegado el sacerdote —le dijo.

—No quiero verlo —replicó Ada.

¿Qué había hecho la Iglesia por ella? Su madre no había ido a verla, ni una sola vez. Y sus hermanos tampoco. Estaban demasiado ocupados siendo católicos para ser cristianos. Scarlett había sido la única que había ido a visitarla, y hacía veinte años que no ponía un pie en una iglesia. «Ni lo haré nunca —aseguró—. Eras un enigma. —Y añadió—: Claro que yo habría hecho lo mismo.»

Ada se quitó las gafas.

—No las voy a necesitar —adujo. Y las dejó en la mesa, con los cuadernos.

La celadora le estrechó la mano a Ada.

—Adiós, Ada —dijo.

Ada oyó que la puerta se abría y vio entrar al señor Pierrepont, que la saludó con la cabeza y se dirigió hacia la pared del fondo.

El señor Pierrepont descorrió un pestillo y movió a un lado el armario. Iba montado sobre ruedecillas. Ada no se había fijado. Había una puerta que daba a otra habitación. La abrió y la sostuvo para cederle el paso a Ada, como si fuesen a cenar. El cuarto estaba vacío. Las paredes, de ladrillo, estaban pintadas de verde, oscuro bajo la marca que señalaba la mitad, claro por encima. El suelo era de hormigón, bruñido y brillante. Había una ventana pequeña muy alta, con barrotes, y el sol de febrero entraba por ella, arrojando una luz tenue. «Ésta no puede ser la última vez que vea el sol, que vea una mañana.» No tenía sentido. No había luz. Ada no era capaz de pensar. ¿Por qué estaba vacía la habitación? ¿Adónde la llevaba ese hombre? Delante de ella había otra puerta. El hombre la abrió y cogió a Ada por el codo para que pasase.

Ada vio el nudo de la soga, sabía adónde iría, ahí, justo debajo de la oreja; vio la madera sin barnizar de la trampilla en el pulido suelo de piedra. Estaba sudando. Tenía frío. ¿Por qué no tenían encendidos los radiadores? El cordón de los pantalones le apretaba demasiado, justo por encima de la rodilla derecha. Lo notaba al andar, le presionaba un nervio. Resultaba incómodo. Tenía que aflojarlo. El señor Pierrepont enredaba con algo que Ada tenía en la nuca. Le preguntaría cuando hubiera terminado. Le gustaría agacharse, por favor, para desatar el cordón.

La celadora estaba en la puerta.

—Quédese con los cuadernos —observó Ada—. Ahí está todo, toda la verdad. Mi verdad.

—¿Está lista?

—No —admitió Ada—. No.

NOTA HISTÓRICA

Aunque la segunda guerra mundial constituye el telón de fondo de esta novela, la historia y las personas que encarnan los personajes históricos son ficticios.

El campo de concentración de Dachau se abrió en marzo de 1933, escasas semanas después de que los nazis llegaran al poder, y sirvió de prototipo para otros campos. En un principio se construyó para albergar a presos políticos, pero posteriormente fue ampliado para dar cabida a otros, incluidas minorías religiosas, sexuales y étnicas, judíos y prisioneros de guerra aliados. El número sufrió un importante incremento a lo largo de los últimos meses de la contienda, ya que trasladaron a Dachau prisioneros de campos situados en la línea de avance de los aliados. Llegaban enfermos y demacrados, y empeoraron el hacinamiento y las antihigiénicas circunstancias ya existentes. Aunque no era un campo de exterminio, decenas de miles de prisioneros murieron en él; los cuerpos, incinerados en grandes hornos. Dachau, y sus campos satélite, fue el segundo en ser liberado, pero el primero que permitió la entrada de periodistas, y ocupa un lugar emblemático en la historia de las atrocidades que cometieron los nazis.

Los prisioneros de guerra civiles que se encontraban en Alemania, a muchos de los cuales los trasladaron desde territorios ocupados, fueron utilizados de mano de obra esclava en fábricas, en hospitales e incluso en casas particulares. No sé si la casa del comandante de Dachau se sirvió de esta mano de obra, esto forma parte de mi invención. Lo que sí sé es que a mi tía, monja, la capturaron los nazis cuando ocuparon Francia y la enviaron a trabajar de cuidadora de ancianos, aunque el geriátrico de la novela y su ubicación son creaciones mías y no constituyen necesariamente una representación precisa de un asilo de ancianos en el Tercer Reich.

Martin Weiss fue el comandante de Dachau de enero de 1942 a septiembre de 1943, y después, durante un breve período de tiempo, en abril de 1945. Wilhelm Eduard Weiter fue el comandante de septiembre de 1943 a abril de 1945. Más adelante, Weiss fue ejecutado por crímenes de guerra, y Weiter se suicidó. Weiss nunca estuvo casado; su amante es un personaje de ficción, al igual que Herr Dieter Weiss, Frau Weiter y otros miembros de esos hogares, incluida, naturalmente, Ada. Que yo sepa, no existe ningún testimonio que recoja la presencia de una modista en Dachau.

Fuentes de los archivos nacionales sobre la logística de la repatriación de civiles británicos (o DBS: Ciudadanos Británicos en Situación Desfavorecida, como se los llamaba) internados en Alemania o en la Europa ocupada revelaron que los ciudadanos británicos casados con alemanes que quisieron regresar al Reino Unido al término de la guerra fueron considerados inmigrantes a efectos de la política de racionamiento. En su caso, y en el de otros, la familia debía pagar la repatriación del pariente. Si no podían pagar o no querían hacerlo, la Cruz Roja asumía la responsabilidad del viaje de los DBS a casa y les proporcionaba ropa de emergencia si era preciso; el Consulado británico se ocupaba de los preparativos del viaje y notificaba a la familia el inminente regreso; la repatriación de ciudadanos británicos internados en Alemania se llevó a cabo en barco de Cuxhaven a Hull; del documento de viaje necesario para desplazarse desde Hull hasta el punto de destino se hacían cargo la Cruz Roja y la Oficina Central para los Refugiados. Cuando llegaban al Reino Unido (al puerto, no a la estación de ferrocarril), se inscribían en el Registro Central y recibían una cartilla de racionamiento civil. El Organismo de Socorro ayudaba con la manutención semanal y con el alojamiento en albergues en casos de indigencia; el Ministerio de Sanidad o un funcionario del DPAC (Centro de Reunión de Personas Desplazadas) proporcionaban cupones de ropa si existía una necesidad inmediata. Sin embargo, las mujeres de nacionalidad británica debían ocuparse ellas solas de su situación a su regreso al

Reino Unido.

Con respecto a los procedimientos, me he tomado algunas libertades, puesto que quería que Ada viera el río Támesis al llegar a casa, y gozar de esta vista es posible desde el tren de Southampton, pero no desde Hull.

La familia Messina regentaba burdeles en Mayfair y traficaba con mujeres de toda Europa. De los cinco hermanos, Eugene (Gino) Messina era el más despiadado. Operaba desde Londres, Bruselas y París, y el 24 de junio de 1947 fue declarado culpable de lesiones graves, si bien sólo en 1956 un tribunal de Bruselas lo condenó a seis años de cárcel por proxenetismo. Su mujer y su hijo son invención mía.

La Gran Bretaña a la que Ada volvió, y en particular el Londres que se encontró, se hallaban devastados por la guerra. El fracaso electoral de Churchill en 1945 tras la aplastante victoria del Partido Laborista dio paso a un gobierno socialista que prometió cambios y el final de las desigualdades de la Gran Bretaña de la preguerra. Los laboristas implantaron ambiciosas reformas, nacionalizando industrias clave, instituyendo la asistencia social y un servicio de asistencia sanitaria pública, en 1948, proporcionando oportunidades de enseñanza y, en 1949, asistencia jurídica. Aunque estas instituciones gozaban de popularidad (en términos generales la asistencia social y la sanidad pública persisten, si bien cada vez más son objeto de crecientes ataques), no se podía decir lo mismo de las continuadas políticas de austeridad, incluido el racionamiento de ropa y alimentos, y los laboristas fueron derrocados en 1951. La población estaba harta de privaciones y de monotonía. El mercado negro, que facilitaba artículos tanto de primera necesidad como de lujo, incluidos cupones falsificados de ropa y demás artículos, prosperaba.

Aunque las reformas de 1945 tenían por finalidad hacer de Gran Bretaña una sociedad más justa y equitativa, el Reino Unido de la posguerra era sumamente pobre y continuó aferrado a los mismos prejuicios de clase, sexo y raza que lo caracterizaban antes de la guerra. Las mujeres de clase obrera en particular sufrían una doble discriminación, y las que se veían atrapadas en las redes del sistema judicial lo pasaban mal. Se las procesaba no sólo por el delito que habían cometido, sino también por ser mujeres, como dan fe los casos de Edith Thompson, en 1922, o de Ruth Ellis, en 1955. Ambas mujeres fueron acusadas de asesinato (de su esposo y de su amante, respectivamente); aunque hubo graves problemas con la veracidad de su testimonio y el desarrollo de los juicios, las dos fueron declaradas culpables y ahorcadas. Los clientes de Ada, respetables y de clase media, jamás habrían entablado amistad con ella ni, dados los cargos, la habrían defendido. Habrían intentado poner la mayor distancia posible entre ellos y Ada.

El Londres de Ada ya no existe. Los barrios de clase obrera londinenses, antes y después de la guerra, fueron estratificados todavía más por ocupación y estatus. Las casas de Theed Street y de las cercanas Roupell Street y Whittlesey Street eran conocidas coloquialmente en la zona como las «calles de los visillos blancos», aunque las cortinillas rara vez permanecían blancas mucho tiempo. Las calles próximas a las orillas del Támesis eran tristemente célebres por sus industrias y sus sectores nocivos y su tremenda contaminación. El vecindario de Ada lo constituían familias trabajadoras «respetables», la élite de la clase obrera: mano de obra cualificada con trabajo fijo que se podía permitir alquilar una casa entera y dar tres cartas de referencia a un casero. Sus esposas no trabajaban fuera de casa (si bien podían llevarse trabajo para desempeñar en ella), y mostraban su posición social y la limpieza de que hacían gala fregando a conciencia los umbrales y las aceras, repasando con minio Cardinal las puertas o pintando un arco blanco alrededor de ellas.

Ada constituye un caso típico por su afán de superación. En 1936 la edad de escolarización obligatoria aumentó y se situó en los quince años, pero la mayoría de los hijos de clase obrera únicamente disfrutaban de la enseñanza primaria. Los que querían estudios especializados podían acudir a instituciones como el Instituto Politécnico de Borough, que impartía clases

nocturnas de diversas asignaturas de formación profesional, académica y recreativas. El edificio original, junto con Theed Street y las calles vecinas, sobrevivió a los bombardeos de la segunda guerra mundial. En la actualidad, el Borough —un barrio londinense que en el sur limita con el Támesis y en el norte linda con la City, el corazón financiero de la ciudad— es famoso por su mercado de productos gourmet. Por aquel entonces era una zona de clase obrera, con focos de respetabilidad y de violencia.

Por último, en 1947 el sistema judicial era rígido, formal y misógino. El jurado, el juez y los abogados sin duda serían hombres, y el sentimiento antialemán sería fuerte tras haber concluido hacía tan poco la segunda guerra mundial. Con anterioridad a la promulgación de la Legal Aid and Advice Act de 1949 (gracias a la cual se proporcionaba asesoramiento y asistencia jurídicos gratuitos a quienes no se lo podían permitir, y que forma parte de las reformas de corte social que introdujo el gobierno laborista de la posguerra en Gran Bretaña), los acusados pobres no tenían derecho a la representación legal, y dependían de la buena voluntad de los abogados. Es muy probable que a Ada la representase un letrado joven y sin bagaje, que proporcionara sus servicios de balde para ampliar su experiencia y hacer carrera. La defensa por la que optó en el juicio se basó en la ley de la provocación tal y como aparecía recogida entonces, una ley arcaica y machista que ya se ha revisado y actualizado. Ada no tuvo opción de salvarse.

AGRADECIMIENTOS

Juliet Mushens, mi capaz e inspiradora agente, encabeza la lista de agradecimientos por su ayuda, sus consejos y su apoyo ejemplares, al igual que su homóloga estadounidense, Sasha Raskin, y mis editoras Cassie Browne en HarperCollins, y Anna Pitoniak y Kate Medina en Random House. Sus sugerencias fueron inestimables. Gracias también a Ann Bissell y al equipo de HarperCollins.

Estoy en deuda con los miembros de mi taller literario, siempre llenos de talento e inspiración: Cecilia Ekbeck, Vivian Graveson, Laura McClelland, Saskia Sarginson y Lauren Trimble. Nos conocimos en 2009, cuando asistíamos al máster de Escritura Creativa de Royal Holloway, en la Universidad de Londres, y desde entonces hacemos críticas y disfrutamos de los trabajos de los demás. Siempre tengo presentes su apoyo y sus consejos cuando escribo, y sus comentarios siempre dan en el clavo. Asimismo, me gustaría expresar mi agradecimiento a Susanna Jones, a Andrew Motion y a Jo Shapcott, por su entrega en las tutorías de aquel curso.

También le estoy inmensamente agradecida a Bob Marshall-Andrews, abogado de prestigio, que ha sido seguidor incondicional y crítico constructivo de mi obra a lo largo de los años, me facilitó la defensa de Ada tal y como podría haber sido en 1947, y me sugirió el arma homicida. Doy las gracias también a Judith Walkovitz, que me remitió a fuentes sobre la prostitución en Londres en la década de los cuarenta; a Sally Alexander, a Jane Caplan, a Julia Laite y a Jerry White, a los que recurrí para que me dieran respuestas rápidas a cuestiones complicadas. Sally Alexander, en particular, me hizo el favor de leer la novela, y aprecié enormemente sus comentarios. Ni en sueños habría esperado poder contar con un grupo tan distinguido de asesores en materia histórica. Mi reconocimiento, además, a Sylvia Kieling, que revisó mi alemán y sus diminutivos regionales, y a Thibaud de Barmon, que me ayudó a inventar los nombres de las monjas.

No obstante, cualquier error histórico y lingüístico es responsabilidad únicamente mía.

Todas mis hijas han aportado algo a esta novela: Rosie Laurence, sus consejos en materia editorial; Kate Lane, sus conocimientos de costura, y Alice Lane, sus contribuciones jurídicas. ¡Gracias, chicas!

Por último, gracias a Bill Schwarz y a Ursula Owen, que me ayudaron con la investigación de Old Bailey y con el ficticio Manhattan Bar del Smith's, en The Strand; y gracias a Stein Ringen, mi querido esposo, que también me ofreció su apoyo y su amor incondicionales y, con un comentario espontáneo, la idea definitiva.

Las siguientes fuentes también me fueron de utilidad:

Archivos Nacionales, Kew.

Sally Alexander, *Becoming a Woman*, 1994.

Ian Buruma, *Año cero. Historia de 1945*, 2013.

Mary Chamberlain, *Growing up in Lambeth*, 1989.

C. H. Rolph (ed.), *Women of the Streets: A Sociological Study of the Common Prostitute*, 1955.

Matthew Sweet, *The West End Front: The Wartime Secrets of London's Grand Hotels*, 2011.

Christina Twomey, «*Double Displacement: Western Women Return from Japanese Internment in the Second World War*», *Gender & History*, vol. 21, n.º 3 (noviembre, 2009), pp. 670-84.

Judith Walkowitz, *Nights Out: Life in Cosmopolitan London*, 2012.

Marthe Watts, *The Men in My Life: The Story of the Messina Reign of Vice in London*, 1960.

Jerry White, *London in the Twentieth Century: A City and Its People*, 2001.

NOTAS

[
[1](#)

]. Stanislaus juega con la pronunciación de Namur, parecida *ano more*, que en inglés significa «no más», «ya no más», «nunca más». *(N. de la t.)*

[
[2](#)

]. Caramelos sorpresa que se compran o se hacen en Navidad, de cuyos extremos tiran dos personas a la vez para romperlos y descubrir qué hay en su interior, por lo general mensajes divertidos o algún detalle. *(N. de la t.)*

[
[3](#)

]. Se trata de la iglesia de San Pablo, pero en ella se han llevado a cabo representaciones de todo tipo, de ahí que también se la conozca como la iglesia de los actores. *(N. de la t.)*

[
[4](#)

]. Jerry: «alemán». *(N. de la t.)*

[
[5](#)

]. *LoveyLiebe*: «amor» en inglés y en alemán, respectivamente. *(N. de la t.)*

La modista de Dover Street
Mary Chamberlain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Dressmaker of Dachau*

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño. Área Editorial Grupo Planeta
Fotografía de la cubierta: © Malgorzata Maj - Arcangel

© Ms Ark Ltd f/s/o Mary Chamberlain, 2015

© por la traducción, M^a José Díez Pérez, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2016

ISBN: 978-84-08-15437-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com